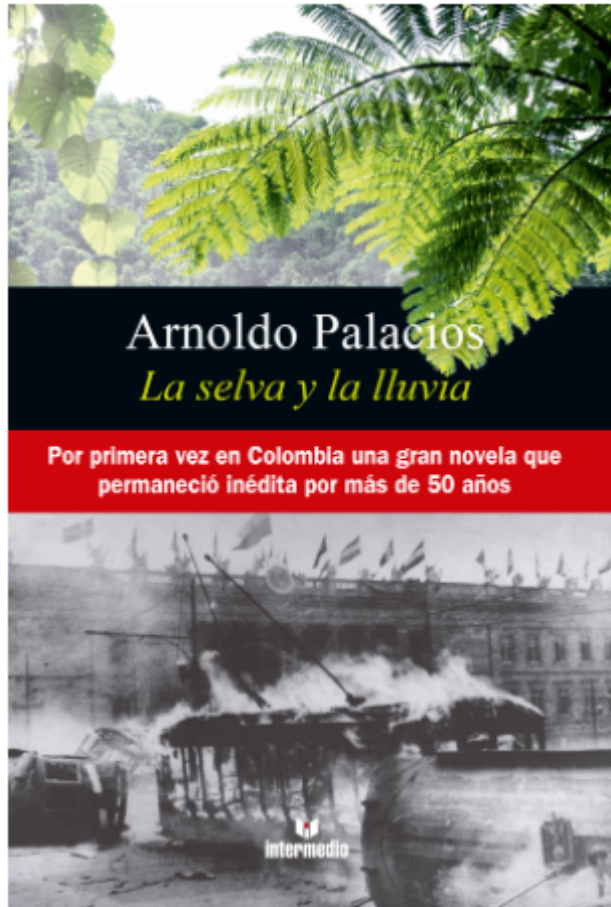




Arnoldo Palacios

LA SELVA Y LA LLUVIA

Arnoldo Palacio

LA SELVA Y LA LLUVIA

INTERMEDIO

A mis padres y hermanos,
A la niña Clarita, en recuerdo de mi
Maestro, J.M. Restrepo. Millán.
Con todo mi corazón.

Preámbulo

He escogido la literatura para vivir en espacio y tiempo, transcurrir días y noches, rodeado de cuanto –con mis amigos y yo– logremos extraer la alegría de la atmósfera que nos proteja. He escogido el arte como ceba de mis actividades, porque el arte es fiel y único merecedor de sacrificio.

La tecnología se ha apropiado del ambiente en donde otrora reinaba la amistad. De esta no se debe olvidar su cultivo y protección.

El libro es un ser vivo. Engendrado, parido se desarrolla. Se lanza a cumplir su destino. Robustece. Desafía tempestades. Canta. Amamanta la inteligencia. Sufre y se aterra. Reflorece la alegría milenaria bordada de semillas. Desafía casi las leyes de la dialéctica como nacer y morir. El

libro trae y lleva las semillas. Es inmortal. Es un amigo fiel. Exige un campo sideral para la amistad. Cuanto más se nutre, más ingiere energía, lo que lo convierte en estrella negra, la que no se extingue sino que es eterna.

La selva y la lluvia vio la luz por primera vez en Moscú, Unión Soviética, en 1958. El libro se agotó pero cultivó un raro silencio y aún debe andar rodando por doquier. *La selva y la lluvia* no entró a Colombia.

Alguien comentó haberlo visto en los anaqueles de la Biblioteca Central en Washington. Lo busqué allí y no lo encontré. La edición actual se hizo según el texto exacto de la Editorial Progreso que está en la Biblioteca Nacional de Bogotá, últimamente se halla un ejemplar perteneciente al Fondo Germán Arciniegas y uno en la Biblioteca Luis Ángel Arango.

Un encuentro fortuito me puso en contacto con Intermedio Editores. Así que la novela surge de nuevo del «mundanal ruido» engalanada para sus lectores.

¡Salud compañeros de la Editorial Progreso!

¡Mis parabienes destinados al personal y dirección de la Intermedio Editores!

ARNOLDO PALACIOS

La selva y la lluvia

Fundada en 1931, la Editorial Progreso, de Moscú, se estableció para publicar «en idiomas extranjeros», es decir, diferentes al ruso, obras de autores soviéticos o de escritores progresistas, aunque no fueran soviéticos ni estuvieran adscritos a la ideología comunista. Los libros de Editorial Progreso abarcan todos los temas: política, ensayo, narrativa, historia, ciencias, etcétera. En español se editaron más de dos mil títulos entre 1931 y 1986. El único escritor colombiano que figura en ellos es Arnoldo Palacios, con su novela La selva y la lluvia (1958).

Después de publicada su impactante novela anterior. Las estrellas son negras (1949), por la editorial bogotana Iqueima, de Clemente Airó, Arnoldo Palacios se fue a Europa con una beca para estudiar idiomas en París, y otra novela que le bullía en la cabeza, al calor de las recientes llamaradas del 9 de abril de 1948. Ese día proceloso, entre los incendios producidos por la revuelta popular, se quemaron los originales y las copias de Las estrellas son negras, que el joven Palacios, entonces de veinticuatro años, tenía recién terminada. La reconstruyó en tres semanas, se la entregó al editor Airó y retornó a Quibdó. Al cabo de seis meses, de vuelta en Bogotá, se encontró con que las Estrellas estaban ya en blanco y negro. Apenas faltaba la carátula. De pintarla y diseñarla se encargó Alipio Jaramillo, famoso dibujante de la

época, hoy refundido en el archivo inescrutable de la desmemoria nacional.

Dentro de la tonta manía de las clasificaciones, a Las estrellas son negras han querido catalogarla de «novela testimonio». La novela testimonio no existe como género. Todas las novelas son testimonio de algo. Ni tampoco existen –sino como etiquetas– la novela histórica, la novela psicológica, la novela urbana, la novela política, la novela social, la novela negra (o policiaca), ni la novela de aventuras. La novela no tiene apellidos, o no debería tenerlos. Es un universo en el que todos los sucesos de la vida fluyen y discurren a través de las pasiones humanas y del escenario en que se desenvuelven. Si un novelista pretende que su novela gire sobre determinado tema, con seguridad terminará haciendo un tratado excelente al respecto (la política, la violencia, la historia, el problema de los indígenas o de las negritudes, el drama de los desplazados o el auge de la corrupción), pero jamás logrará escribir una novela.

Muchos creen, sobre todo los que no las han leído, que las dos publicadas de Arnoldo Palacios son novelas de negros, o de negritudes, o que se ocupan nada más de la vida en el Chocó. El propio Arnoldo Palacios ha rechazado esa estrecha interpretación de su narrativa: «Porque lo fundamental es el hombre. Que se trate de paisaje, o que se trate de lo que se llame urbano: lo fundamental es el hombre, y donde esté el hombre ahí está lo esencial. Lo demás son, quizás, disquisiciones que tienen su valor, pero que no son lo esencial. Lo esencial es el hombre, y yo quise y he querido siempre hablar sobre el hombre, sus problemas, sus sueños, su vida íntima, su fuerza, su vigor, su esperanza, sus luchas, porque creo, también, que el escritor debe estar comprometido con

todo lo que atañe a cuanto lo rodea, especialmente como hombre»{1}.

Una novela como La selva y la lluvia mal podía, en la década de los cincuenta, encontrar editor en Colombia. Eran los días en que la violencia política desatada por un grupo de falangistas que se hicieron del poder, nos había llevado a la guerra civil, y la guerra civil al gobierno militar, del que se agarró el país para salvarse de la violencia como puede asirse de un espinoso alguien que est  a punto de rodar por el abismo. En los Estados Unidos, y en el resto de Occidente, reinaban el macartismo y la cacería de brujas, mientras que la guerra fría enfrentaba los dos mundos surgidos de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). El comunista, liderado por la Unión Soviética, y el capitalista representado por los Estados Unidos. En esas circunstancias, ser prosovi tico en un país de la órbita capitalista era tan azaroso como ser procapitalista en un país de la órbita comunista. Occidente (Estados Unidos y sus aliados) criticaba con feroz ironía al Oriente (Unión Soviética y sus aliados) por su sistema opresor que había aplastado las libertades ciudadanas bajo el peso de la dictadura del proletariado, que no admitía la menor disidencia; pero en los Estados Unidos, campeón de la democracia y máximo defensor de las libertades civiles, se perseguía con saña a todo aquel que se atreviera a disentir de los dictados de Washington y se creó una tenebrosa comisión de actividades antiamericanas, ideada por el senador Joseph McCarthy, que desató la cacería de brujas contra los intelectuales y contra todo aquel que se atreviera a pensar por su cuenta, lo cual se consideraba una conspiración antiamericana. Esa cacería de brujas se hizo extensiva, como es natural, a las naciones de la órbita estadounidense. Incluso los escritores de pensamiento progresista e imparcial, eran sospechosos de proclividad hacia

el comunismo y en consecuencia criminalizados por las autoridades defensoras de las libertades ciudadanas.

Arnoldo Palacios llegó a París a finales de 1949 y al poco tiempo se afilió por Colombia (de motu proprio, no por encargo oficial) en el Consejo Mundial por la Paz entre los Pueblos, cuyo primer congreso se había celebrado en Oslo en 1949. El Consejo, presidido por Jean Frederick Joliot-Curie, estaba integrado por intelectuales progresistas, o de izquierda, y contaba con las simpatías de la Unión Soviética y las antipatías de los Estados Unidos. El segundo congreso debería reunirse en Inglaterra, en el último trimestre de 1950. A la mayoría de los delegados, entre ellos Arnoldo Palacios, se les advirtió que la visa les sería negada. Por sugerencia de la dirección del Consejo Mundial por la Paz decidieron solicitarla de todos modos, con el objeto de dejar constancia de que el Reino Unido había negado las visas para los delegados al Segundo Congreso Mundial por la Paz.

De retornó en París, Palacios recibió otra buena noticia. El gobierno colombiano le había cancelado la beca. De pronto el escritor chocoano se encontró en la Ciudad Luz a solas con su poliomielitis y sin recursos. Sobrevivió como pudo, con la ayuda generosa de sus amigos, con trabajos esporádicos, y en esos años escribió La selva y la lluvia. Por supuesto no encontró eco en Colombia para publicarla, ni en ninguno de los países occidentales, no sólo por estar fichado como un peligroso agente del comunismo internacional, sino por que la novela en sí traía material bastante inflamable.

Con la misma resolución que no lo dejó abatirse por el incendio de los originales de Las estrellas son negras en 1948, se echó bajo el brazo el manuscrito de La selva y la lluvia y se

montó en un tren hacia Varsovia, en los últimos días de 1957, esperando en que conseguiría en la embajada soviética una visa para seguir a Moscú. Dos o tres días después de bajarse del tren en Varsovia, le dieron la cita con el embajador soviético. Para sorpresa de Palacios, el alto diplomático le presentó excusas por no haberlo recibido antes, le agradeció sus deseos de visitar la Unión Soviética, y le extendió de inmediato la visa, con indicaciones precisas de a quien debería presentar sus originales en la Editorial Progreso, de Moscú, donde una editora le recibió el manuscrito y le prometió que en tres meses la daría una razón.

La selva y la lluvia se publicó en septiembre de 1958. En aquella época Colombia no tenía relaciones con la Unión Soviética (rotas el 12 de abril de 1948 a raíz de los sucesos del 9), pero muchos de los títulos de Editorial Progreso los vendía en Bogotá la Librería Mundial, de Jorge Enrique Gaitán. Sin embargo, no parece que se hubiesen recibido en Bogotá ejemplares de la nueva novela de Arnoldo Palacios. Desde entonces hasta hoy no es posible conseguirla. No fue reseñada por la prensa y pasó inadvertida para los lectores colombianos. En Europa fue devorada por el público lector de español y se le hicieron varias reimpresiones. En mayo de 1959, Palacios le obsequió en Varsovia un ejemplar autografiado al escritor Germán Arciniegas, su compatriota. Si este famoso intelectual no hubiese donado en 1985 su biblioteca personal a la Biblioteca Nacional de Colombia, tampoco sería posible hoy localizar en ella un ejemplar{2}. Una fotocopia de ese ejemplar se ha utilizado para componer la presente edición que, por lo visto, resulta ser una novedad auténtica.

Sería una torpeza tratar de establecer comparaciones entre las dos novelas de Arnoldo Palacios. Así se muevan en escenarios similares, trajinen con personajes parecidos, paisajes iguales y protagonistas semejantes, son por completo distintas la una de la otra, y en lo único que podemos asimilarlas es en que ambas constituyen obras maestras. La revista Semana, en la importante selección que hizo en 1999 de los «Cien libros colombianos del siglo xx», entre las veinte mejores novelas incluyó Las Estrellas son negras. Es obvio que los expertos que hicieron la selección desconocían La selva y la lluvia. De otro modo la hubiesen escogido también. La selva y la lluvia es en todo y por todo superior, por ejemplo, al bodrio gramatical y narrativo de Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot, Pax. En el mismo defecto de la selección de Semana incurre la de «Cien novelas colombianas del siglo xx» efectuada por la revista Credencial Historia (2007).

Para hablar de La selva y la lluvia, no tomaré en ningún momento como referencia Las estrellas son negras. Cada una de las novelas de Arnoldo Palacios exige un análisis por separado y específico.

Leyendo La selva y la lluvia me han venido a menudo analogías insospechadas con León Tolstoi. Insospechadas y explicables. No es que exista parecido visible entre el gran novelista ruso y el gran novelista colombiano. León Tolstoi era rico, no tenía poliomielitis y escribía en la tranquilidad beatífica de Yásnaia Poliana. Arnoldo Palacios no es rico, tiene poliomielitis y escribe en la intranquilidad de donde se encuentre. No obstante, advierto en ellos dos puntos sutiles de contacto. El primero, la destreza narrativa, que les permite atrapar al lector desde la primera línea y mantenerlo sumergido en el relato hasta el final. El segundo, la

preocupación por el ser humano, el hombre y la mujer, que son siempre la sustancia primordial de sus novelas. En Tolstoi no respiran mujiks, ni aristócratas, sino personas que, mujiks o aristócratas, están identificadas por el sufrimiento, o por la felicidad, agobiadas por las preocupaciones, animadas por las pasiones o abrumadas por la desilusión. En Palacios no hay negros, ni blancos, sino personas que, negras o blancas, sufren y luchan por vencer un medio adverso, y aman, y se retuercen en grandes pasiones o se ahogan en pequeños conflictos. Tanto Tolstoi como Palacios le dan enorme importancia al ambiente que rodea a sus personajes. Los paisajes, los ríos caudalosos, las ciudades sórdidas, el dinero.

Las cosas más complejas se descifran mediante mecanismos muy simples. La destreza narrativa es uno de esos mecanismos que, simplemente, va conduciendo al lector por senderos intrincados, y haciéndole entender cómo transcurren los sucesos de la vida. La selva y la lluvia, con el poder descriptivo del autor, recorre desde los días de la República Liberal (1930-1946) hasta los meses que siguen al 9 de abril de 1948. Palacios no necesita abundar en detalles. Con pocas pinceladas, y un uso adecuado de los vocablos, muestra las situaciones internas y externas y desnuda el alma de sus personajes. Vino a Bogotá en 1942, a los dieciocho años, y describe la capital y a sus habitantes, los de los barrios pobres y los de los barrios ricos, como si hubiera vivido aquí durante siglos. Pinta el ambiente bogotano de los meses inmediatamente anteriores a abril del 48 con la fidelidad de una película documental que recoge detalles y aspectos que el ojo común no capta, y sin los cuales es imposible entender qué sucedía en esos momentos y por qué la ciudad transitaba un camino fatal hacia la tragedia inmensa. Los brotes de violencia, de la incipiente guerra santa contra «el basilisco

liberal-comunista» desatada desde los púlpitos por los curas falangistas, golpeaban zonas del país remotas de la capital. En Bogotá no se sentía el drama sino por los titulares de la prensa liberal o por los discursos de Gaitán en demanda de garantías. Todos estaban pendientes del magno suceso que constituirá la IX Conferencia Panamericana, y se festeja la llegada de las delegaciones y la inauguración de las obras públicas fastuosas que se han emprendido para adecuar la Atenas suramericana al honor insigne que se le ha concedido. Si la situación política entre liberales y conservadores es de máxima tensión, nadie sospecha lo que habrá de ocurrir ocho días después de inaugurada la Conferencia. Arnoldo Palacios lleva la secuencia con una naturalidad pasmosa. En el café están reunidos los contertulios de siempre, a quienes les sirve tinto y con quienes comparte la charla Aminta, la llanera indómita que ha dejado su tierra para venir a Bogotá en busca de perspectivas mejores. Se comenta lo de siempre, se habla de la persecución cada día más acentuada del gobierno contra los liberales, como veinte años atrás se hablaba de la persecución del gobierno liberal contra los conservadores; se comenta la huelga de los tranviarios y las medidas que el gobierno anuncia para mantener el orden y proteger los intereses de los ricos. De pronto se oyen gritos extraños en la calle, voces angustiadas. Los del café se asoman a ver que ocurre. «¡Mataron a Gaitán!». Sin que nadie los incite, todos corren a buscar un arma, movidos por un impulso interior incontrolable. Palacios concentra el horror de ese día en tres escenas estremecedoras. En la primera, la caída de Aminta, que ha empuñado un fusil para unirse a los amotinados.

Las balas silbaban, cual un gemido extraño en el viento. A diez metros, en la mitad de la calle yacía un hombre, doblado, incómodo como un borracho dormido. Fue la

primera vez que Aminta vio a un hombre muerto, así, en la calle. Protegidos por pequeños surcos de arena y los escasos matorrales de la esquina del Parque de la Independencia, abrieron fuego también. Al comienzo Luis Aníbal casi disparaba a ciegas; decían en el Chocó que el olor de la pólvora daba ánimo. Estaban en una encrucijada: al lado se encontraba el Ministerio de Guerra, con fuerzas armadas hasta los dientes; en la cima, a la espalda, una división de la Policía Nacional; no se sabía con quién esta división estaba. Pareció llegar un instante de calma. Atravesaron la carrera Trece. Avanzaron rápido para penetrar por la primera puerta abierta. Tuvieron que echarse a tierra; del fondo de la calle Veintiséis con la avenida Caracas las balas soplaban como una cuchilla afilada. Los tranvías se habían quedado anclados en medio de la calle mortecina y con la lluvia recia de ahora parecían casitas de una aldea abandonadas. El estudiante de medicina sintió un golpe áspero, misterioso, en su cráneo; quiso incorporarse pero nadie supo si se incorporó o no; quiso decir algo, pero ni él mismo supo si la palabra se articuló en su boca. Contra la pared chisporroteaba el plomo y los vidrios de las ventanas se desplomaban cual la inmensa vajilla que se le zafó de la mano al ladrón en la noche. El grupo avanzó a la orden de nuestro agente. Todo sucedía tan violentamente rápido y difícil, que a nadie se le ocurría perder un segundo para mirar atrás. La sangre del estudiante corría a raudales sobre la acera, vaciándose en la cuneta de la calle, donde la lavaba la lluvia. Ahora veían a los soldados que disparaban; los insurrectos comenzaron a disparar también al objetivo. Aminta no podía comprender cómo en un momento hubiese ya tanto muerto en la calle. Luis Aníbal ya no pensaba sino en accionar su fusil. Quizá otros ya se habrían apoderado de Palacio. A unos metros de la Radio Nacional garrotes, piedras, tinteros, balas; los estudiantes defendían su fortaleza

al máximum de la medida de sus fuerzas. Hasta ahora había existido en el país un cierto respeto hacia las mujeres. Frente a las madres, la mano que golpea se había detenido aun cuando un instante, reflexiva. Aminta se arrojó exponiendo su pecho delante del pelotón de soldados que iba a hacer la descarga, a mansalva, contra un grupo, estudiantes la mayoría. A la entrada dormían ya algunos cuerpos exangües, empapados de lluvia y de lágrimas. Aminta no supo que más ocurrió. De espaldas, el busto sano, erguido, apoyado en el codo izquierdo, como quien va a levantarse, quedó.

En la segunda escena, la salida de la madre de Julio Matiz, un mecánico latonero de la empresa de buses, que promueve el apoyo de los choferes de bus a la huelga de los tranviarios.

De rodillas la madre de Matiz le rogaba a los santos que le trajeran rápido a su hijo. Y de súbito, como si le hubiese fallado la confianza en Dios, irguióse para salir a buscarlo. «¡Ah, cuando te encuentre te daré una muenda como cuando estabas mocososo! Sí, señor, en el primer tumulto, seguro, allí estará el Matiz... ¡Dios mío!»

– ¡Que no se me vayan a mover de aquí! -recomendó a los niños, mostrándoles abierta la palma de la mano.

Su pañolón negro, alrededor de la cabeza y los hombros, se aventó a la calle. Se dijera que existía calma, pero las casas cerradas, así, mudas con portones, ventanas y todo,

ahuyentaban el sosiego. Iba casi corriendo, mas en su mente comenzó a repicar el tiroteo distante y cercano. Miró atrás, hacia la casa, pero no distinguió a esos individuos metiéndole el hombro alportón. La madre se dio cuenta de que aquellos silbidos eran balas y le pareció oír la voz de su marido a propósito de la guerra civil: «...echarse a tierra». La madre atravesó, pues, la carrera Octava, con la firme intención de ganar la calle Novena o Décima, para descender a la plaza de Bolívar. «¡Allí está él!... ¡Mi hijo!»

La tercera escena, y la más dolorosa, se compone de la muerte de la madre de Matiz y de la de los dos niños huérfanos, hijos del Pote Rodríguez, a quienes Julio Matiz y su madre acogieron en su casa. Los sujetos que alcanzó a ver ella, mientras corría hacia la plaza de Bolívar a su cita con la Parca, eran detectives que iban con orden de capturar a Julio Matiz. Furiosa por el alboroto que han formado los detectives, la señora Blanquita, dueña de la casa, expulsa a los dos niños.

-¡Se me van de aquí, chivatos horribles! -gritó a los niños la señora Blanquita, persiguiéndolos.

Los dos niños, asidos de la mano, se le enfrentaron a Bogotá. ¿A dónde? Su «mamá», como llamaban los niños a la señora de Matiz, debería estar en la tienda de la carrera Novena, a la cual solía llevarlos muy a menudo, cuando iba a comprar. En un abrir y cerrar de ojos la lluvia les remojó la ropita.

A pesar de ignorar la causa de esa soledad sórdida, de no comprender la razón de esos estallidos, los sobrecogió el

miedo. Sin soltarse continuaban descendiendo. En la esquina de la carrera Séptima paráronse un momento:

-¡Cuidado!-les gritó una voz. Tarde:

El más pequeño cayó, casi sin gemir. El mayor rompió a llorar; inclinado sobre el cadáver de su hermano, yacente, el cráneo destapado, el rostro borrado por el torrente de sangre, al claror. El niño pensó atravesar la calle para refugiarse en la iglesia de Santa Bárbara. No sospechaba que la torre estaba vomitando plomo.

-¡Cuidado!-repitió la voz.

El niño reculó. La voz le gritó:

-¡Acuéstate!... ¡Espérame allí sin moverte!

El niño alcanzó a ver a un hombre apostado en la esquina, disparando contra la torre. También cayó; pataleaba entre un charco de lluvia-sangre y gritería. El hombre desafiando la muerte se levantó, se acercó, alzando en sus brazos a la víctima. El fusil le estorbaba. ¿Arrojarlo? No. Harto le había costado arrancárselo al soldado, a la puerta de Palacio. Luego, apañó al ya muerto. El hermano aún resollaba. ¿Cómo hacer con ese fusil tan pesado más las dos criaturas? «Pues bien, mi fusil no lo dejo». Dirigióse al Hospital de San Juan de Dios, a cuya puerta sorprendió a un anciano:

-¡Demen un fusil!... Sí, tan joven me mataron a m'hijo... ¡Acaba de irse, m'hijo. ¡Demen un fusil!...

La madre de Matiz iba atravesando la carrera Séptima, pero no alcanzó a poner la otra pierna sobre el andén del Capitolio: de espaldas se dobló. Envuelta en el pañolón enlutado, su cabeza quedó reclinada sobre el asfalto mojado.

Hay lluvia en la selva y hay lluvia en la ciudad. Aquí y allá el dolor y el sufrimiento, y los pocos momentos felices, que son un paréntesis en la refriega, marcan las vidas de los habitantes. En el curso de La selva y la lluvia ventea un aire poético sostenido, y corre un humorcito soterrado, que suavizan la amargura del relato. Los personajes de la novela de Arnoldo Palacios, que hablan con sus propias voces, forman un mundo particular, como los grandes novelistas pueden crearlo, y se hacen entrañables para el lector. Tanto, que al concluir el párrafo final están dispuestos, ella o él, a irse detrás de Baltasar, el Caimacán, en busca de la ruta del murmullo del agua.

ENRIQUE SANTOS MOLANO

17 de agosto de 2010

I

El compa Gaspar se removió bajo la delgada cobija de lana, procurando no estirar demasiado su cuerpo, no fueran a quedarle al descubierto las piernas o los hombros.

El viento de la madrugada penetraba a través de las rehendijas de las paredes de palma de la ancha puerta sin nave.

-Gajpá... Gajpá... -murmuraba la mujer, removiéndolo, para despertarlo-... Gajpá, Gajpá: ya é hora...

-Sí, dejáme quieto, que yo ya me voy a levantá -gruñó él.

A tientes, buscó una caja de fósforos y la pipa, alrededor de la esterilla extendida en el suelo, donde dormían. Rastrilló uno y comenzó a fumar. El compa Gaspar sentía el resoplido de los tres muchachos menores, dormidos allí al lado. Más allá, en un rincón, se diseñaba el bulto de Pedro José, el hijo mayor, acercándose a los once años de edad. La luz de la madrugada venía a raudales, desvelando la verdura infinita. Pedro José se acurrucó en esa especie de nido, donde pasaba la noche, con las sienes sobre un trozo de guayacán que le servía de almohada; se tapó la cabeza hasta la corona para evitar que el día le diera en los ojos. En esto, aquella voz serena, entre cansada y resignada, de cada mañana le interrumpió la intención de continuar durmiendo:

-¡Pedro!... ¡Pedro!... Levántate a rajá la leña...

Pedro José tiró a un lado la cobija y brincó al patio.

Las gallinas comenzaban a cacarear, descendiendo de las ramas de los árboles, donde al anochecer se encaramaban para dormir.

La mujer se dirigió a la cocina a atizar el fogón.

Pedro José agarró el hacha, colocó la cabeza de un madero sobre una tulpá, atravesada, y échele hacha, mi amigo; las astillas pequeñas salían disparadas y las rajas de leña se iban amontonando al lado.

El compa Gaspar brincó a la orilla de la quebrada para lavarse la cara; cogió un buche de agua y, con el dedo índice untado de arena, se restregó los dientes. El eco de los hachazos le hizo voltear la cabeza: plantóse a contemplar a Pedro José, el cual levantaba el hacha y, con un movimiento de rotación alrededor de la nuca, le dejaba descargarse contra el trozo.

«Ya tá grande er muchacho... Hombre, yo no jé qué hacé, pero yo quisieda que mi muchacho no je querara bruto como su papá... Me ran gana de mandálo ar pueblo. Pero quién ayura aquí en casa... Pué, lo que Pedro José gana é una ayura pa subí loj plátano a la casa... Pero, ¿cómo lo mando ar pueblo?... M'ijo tá enteramente dejnuro...»

El compa Gaspar dábale que le daba vueltas a ese pensamiento; sin embargo jamás lo manifestaba.

«En la jamilia e nojótro, narie, lo que se ñama narie, sabe jilmá su nombre... Lo pueren mandá a uno con la sentencia en la mano, y no se pelcáta e lo que rice el papé...» Suspiró, se inclinó de nuevo sobre la corriente, el agua hasta los tobillos, y con el cuenco de la mano se arrojaba agua a la cara, restregándose, insistente, los ojos, las orejas. Se rascó la cabeza: «¡Ah, mandaya sea!» exclamó, mirando hacia la casa. El cercado derecho se había descolgado, no le faltaba nada para caerse.

«Er domingo entrante, me voy a í con Pedro José a coltá unaj basa y unaj cuantaj troza e parma. Pero... primero tengo que ponéle mano ar techo. ¿Cuántoj atado de hoja tengo allí?... Tarvé unoj sei; con eso porémo cogéle laj gotera ar perazo que

tá má venciro...» Paseó sus ojos en torno a la casita: los guayabos coposos con sus florecillas blancas; sus guayabas entreveradas, verdes y maduras; la hilera de palma-crito, delicadas palmeras semejantes a cañas, de hojas lanceoladas, color rojo sangre; la palma de chontaduros con su tallo recto, altísimo, sembrado de espinas, con un racimo todavía verde. De detrás de las montañas se desparramaba la luz. Se oía ya la gritería de los niños.

La mujer puso a hervir agua para el café. Tomó una cafetera de tagua. En un viejo pedazo de lienzo que servía de colador depositó algunas cucharadas de café.

-¡Vení ayuráme a colá er café, vé, Pedro! -gritó la madre.

El muchacho acudió agarrando dos extremos del pedazo de lienzo, mientras la madre chorreaba el agua hirviendo que traspasaba el colador yendo a la cafetera. El aroma les hacía la boca agua.

El compa Gaspar se retornó. Al subir a la casa con los pies húmedos, embarrados, se resbaló; casi se descalabra. La escalera se movió; una escalerita consistente en un trozo de palo, de una braza de largo, cuyos peldaños los constituían bocados arrancados simétricamente del madero. Del hueco de una viga sacó su yesquero, dentro del cual conservaba tabaco en rama y otra pipa de barro con cabo de madera. Vino a sentarse en el corredor, las piernas colgantes, y se echó a fumar, a recapacitar; bombeaba la pipa con fuerza; nubes de humo se disipaban delante de su cara negra.

-¡Ya tá er café! -le gritó la mujer desde la cocina.

-Traéme pa'acá un trago pué -respondió él, con la pipa de la boca.

-Lleváale a tu taita su café, y no lo vayás a botá en er camino -dijo la madre, entregando a la niña una escudilla grande rebosante.

A hurtadillas, la muchachita sorbió un trato de café, y se limpió los labios velozmente con el dorso de la mano. El compa Gaspar puso la pipa a un lado, carraspeó, escupió, agarró entre las dos manos la escudilla de café, un café negro, endulzado con panela, ligeramente amargo. De lo caliente casi le deshollejava la lengua.

Pedro José y los hermanos dedicáronse a desgranar unas mazorcas de maíz dentro de una totuma; repleta ésta, Pedro José plantóse en un sitio limpiecito en el patio, frente a la casa; dejó escapar un silbido conocido. Las gallinas, presurosas, se apiñaron. Él prodigaba al aire puñados de granos que, caídos en tierra, desperdigados, iban a parar al buche de las gallinas. Inclínose y alzó en peso el gallo padrón, el cual todo orgulloso, como correspondía a un macho de su estirpe, se destacaba entre aquellas aves caseras. Con su pico potente, acerado, picoteaba los granos en la palma de la mano haciéndole contractar los músculos. Detrás de la casa se oía el roce metálico del machete del compa Gaspar contra la piedra de amolar. A momentos ese contacto producía un chirrido extraño que destemplaba los dientes.

Más tarde, la mujer sirvió el desayuno: dos o tres platos de tagua con plátano verde, cocido; sendas escudillas de café. En un abrir y cerrar de ojos lo devoraron.

El compa Gaspar se aprovisionó de sus utensilios, batea, almocafre, barra, cachos. Se cambió la pampanilla, pañuelo rabo-de-gallo alrededor de la cintura, por entre medio de las piernas, sujetado por la verijera; se chantó en la cabeza un sombrero de paja, raído. La mujer con su paruma de la cintura a la rodilla y un tetero; una toca en la cabeza, contra el sol. Echó mano a su batea y al mate jagüero. Ambos, a través de un sendero que se abría detrás del rancho, se encaminaron a la mina, seguidos de Pedro José. Los otros niños, demasiado chiquitos aún para trabajar, se quedaron como de costumbre en casa durante el peso del día.

La mina. A lo largo del canalón corría un hilo de agua, arrastrando una arenilla brillante. Era viernes y había que lavar una territa a fin de ir mañana al pueblo a comprar el mercado.

-Pedro José, subíte allá arriba a vé en qu'estao tá la pila... -ordenó el padre-... Dejtapás er cañuto y te venís a ayurálos a remové éta tierra.

Sin responder, Pedro se alejó, escalando el barranco, hacia donde estaba encaramada la pila.

-Gajpá... -habló la mujer.

-¡Ajá!... -respondió él, comenzando a enterrar la barra aquí y acullá.

-¿Me tá uyendo, Gajpá? -insistió la mujer,

-¡Que sí, hombre!... ¡Qué ej la vaina! -rabió él.

-... Yo creo que ar muchacho le pasa argo, a Pedro José -dijo ella.

-Ya venís a salí con cosaj... -arguyó él.

-No, er corazón de madre no se iquivoca... Sí, a m'hijo me le tá pasando argo: no habla, no se come lo que l'echo en er plato... ¿Tái uyendo?

El compa Gaspar se paró, la barra enterrada de punta, vertical. Se hizo un silencio. Conversaban poco, manera de no mentar la desgracia cotidiana. Se dijera que mutuamente le temían a sus propias voces, y que el estallido de una palabra era el despunte de una mala noticia.

-«¡Maldita sea!» -se dijo él.

¡Claro! A él tampoco se le había escapado el cambio del muchacho. ¿Sería porque ya se estaba haciendo hombre? El momento en que el pelado se ponía contento, era cuando abría la citología esa, comprada en el pueblo. El lo había visto garabateando letras con carbón y con piedra-blanca, en el suelo.

En eso se advirtió el ruidaje del agua, abriéndose paso, encajonada.

-¡Sorté la pilaaaa! -gritó Pedro José.

-Güeno, vamo, Mariíta -dijo el compa Gaspar, principiando a remover la tierra, ora con la barra, ora con los cachos. Ambos sacaban el cascajo, amontonándolo a los lados.

De tiempo acá, Pedro José prefería la soledad, incluso hablaba solo. Vagabundeaba horas y horas en el bosque. Deseaba ardientemente huir de algo que lo arrempujaba o, más bien, ansiaba ir hacia algo que le extendía brazos generosos. Nadando entre dos aguas -la niñez y la adolescencia-, comenzaba a sentir en su corazón el hormigueo del rencor. Un rencor infinito hacia algo que su pensamiento no alcanzaba a precisar aún.

Pedro José se dejó caer sobre una raíz; quedándole las piernas en ángulos parados, apoyó el codo derecho sobre la rodilla y reclinó la cabeza sobre la mano abierta; con la yema de los dedos de la mano derecha se puso a acariciar una matica de escobilla. Permaneció pensativo como un viejo. Sabía que estaba obligado a ir a trabajar en el canelón, pero sus ojos se ocupaban en escrutar atentamente el suelo, como si estuviesen a la caza de una aguja... Se agachó bruscamente y apañó una piedrecita negruzca, filuda cual una navaja. Se encaminó monte-adentro. El murmullo de las voces de su padre y su madre apenas si se oían. La caída del agua en la hondonada le daba la sensación de un aguacero distante. El viento, por entre el ramaje, sacudiendo las hojas, dejaba un quejido que le ponía el corazón chiquito al pobre Pedro José. Al mirar hacia el fondo sombrío le parecía sorprender seres animados, con la cara ancha y los ojos chispeando canela. Una vez el diablo se le había aparecido a Pacho, el hijo de la finada Angélica. Al principio Satanás le dio a Pacho un chontaduro rayado,

caliente; nunca él había probado chontaduro tan sabroso. La casa estaba ingrima sola. Los vecinos todos se habían ido a la mina también. El diablo alzó en peso al muchacho y se lo llevó a la loma. Pacho gritaba, gritaba, se desgañotaba. Ese era un diablo cojo. El diablo cojo era peor. Al fin, el muchacho se acordó de santiguarse. A Lucifer le dio rabia, lo azotó, lo arañó íntegro, y lo dejó tirado en la loma...

Pedro José con la piedra afilada, comenzó a sacarle boca ditos a la corteza de un árbol duro, un carrá; esos bocaditos iban dejando en el tronco formas más o menos precisas: una P, una E, mayúsculas. En eso se destapó una voz gritona. Pedro José se quedó seco. Otra vez el grito, que era ya de por sí una amenaza inexorable. Él temblaba, las piernitas se le querían quebrar. Hubiera querido volverse humo, transformarse en árbol, planta, hormiga. Casi faltándole las fuerzas comenzó a treparse a un árbol.

-¡Malnaciro, ya te vire a ónde vái! -apostrofó el compa Gaspar, detrás de Pedro José, agitando una vara flexible en la mano.

Lo asió del brazo.

-¡Arrodilláte! -ordenóle.

Pedro José no obedeció.

-¡Que te arrodillés te toy diciendo!

En un instante a Pedro José le pareció que este hombre era el Patas. Hubiera querido apecharlo, buscarle pelea de hombre a hombre. Sin embargo comprendía que, al fin y al

cabo, ese diablo era su padre, quien tenía derechos sobre él. No había nada que hacer. Tenía de arrodillarse. Furibundo, el padre le asestó varillazos en las costillas, en la nalga, en las piernas. Pedro José se removía como un animalito, en esa tierra arenosa. Un latigazo le atravesó la cara: fue un rayo. «Ya no má», suplicaba... «Ya no má»... «No má papacito queriro»... El compa Gaspar iracundo acesaba; unas venas rellenas le surcaban el rostro.

En eso llegó la madre:

-¡No lo vái a matá! -le gritó.

El compa Gaspar ni se mosqueó.

-¡Vagamundo!... ¡Vagamundo! -apostrofaba a Pedro José.

La madre se le aventó encima: «Entonces te pego a vó también», la amenazó el compa Gaspar. En eso, Pedro José, arqueándose, viendo fuego, se zafó y echó a correr hacia la manigua, como un venado... «No te vai a peldé, m'hijo», gritó la madre. El compa Gaspar dio la vuelta y sus ojos dieron precisos en el tronco del carrá, rasguñado por Pedro José. El no sabía qué quería decir cada signo; en todo caso comprendía que eran letras. Movió la cabeza, y cabizbajo se retornó al ajeteo del canelón.

Pedro se detuvo y se desgajó sobre un montón de hojas secas. Cruzó los brazos bajo la cabeza, y se quedó embebido, viendo ir y venir un ejército de hormigas arrieras, con su carga verde sobre la espalda. Incorporóse para observar mejor aquellos seres silenciosos, que iban ejecutando su trabajo como

si fuesen gente. Si las hormigas tuvieran lengua le contarían su recóndito e infinito viaje en la espesura. De pronto su atención tornóse hacia donde se quebró y cayó una ramita seca. Miró arriba. Encima de una rama temblorosa localizó un pájaro negro, pechi-rojo. Cauteloso, cogió una piedra, y con destreza se la sondeó. La piedra, de un golpe seco, se estrelló y hasta peló la corteza; pero erró el pechi-rojo que alzó el vuelo a la copa. «¡Qué bonito!... Lo tengo que agarrar...» Otra pedrada: plumas se desgranaron. Se sentó en la ramazón. Viéndolo vencido tuvo la certeza de poder atraparlo a mansalva, y abalanzósele con las dos manos hechas garfios: pero el pechi-rojo, pese a lo atolondrado, se defendía. Llevaba un ala desgajada. Alistó otra piedra con la intención de arrojársela sin fuerza, para no hacerle daño. En eso, el pájaro se desplomó. Feliz, Pedro se le aproximó: su cuerpecito, caliente. Apresurado, angustiado, le soplabla la cabeza, lo balanceaba cariñosamente sobre su mano. El pajarito no volvió en sí. Muerto no inspiraba ya aquella alegría vivaz, de hacía un momento, asentado en la rama temblorosa, con su pecho ardiente. Pedro José sintió una extraña tristeza, quizá miedo o, peor, el peso de una culpa. ¿Qué hacer? ¿Cargarlo muerto y comérselo asado con sus hermanos? No. Resolvió abrir un hoyo en la tierra. Cavó lo más hondo que pudo, y con el sentimiento de algo deshaciéndose de su propia vida, lo enterró, emparejó la superficie que cubría la fosa y puso unas cuantas hojas encima. Parece que aquello lo calmó, pues aunque mohíno, bajó al canalón y emprendió el trabajo, eso sí, en absoluto silencio.

Tan pronto como los mayores le dieron la espalda a la casa, los muchachos concertaron irse a jugar a la casa vecina. Frente al rancho desembocaba al río la quebrada Agualimpia; remontándola un poco había otro rancho. La desembocadura de

la quebrada formaba un charco hondo, de manera que los niños hubieron de vadear el río más abajo: Rosalbina, la mujercita, arregazó la parumita, pero viendo que el agua le daba ya hasta la mitad de los muslos, se la quitó. Asidos de la mano llevaba a Carlitos y a Toño -de cinco años el primero, siete el segundo-. Al otro lado cogieron por un sendero fangoso, pendiente. De pronto Carlitos pegó un grito: «¡La culebra!»... Una cosa larga, no mucho, gruesa, rojiza, corcoveándose. Los dos muchachos despabiláronse alarmados, lloriqueando, «¡Que dejen ese sujeto y eja gritedía!... Ejo nu haje daño: ¿no tán viendo qu'ejo é una magre-e-culebra?» -advirtió Rosalbina, siguiéndolos-. Al cabo de cinco minutos salieron al patio del rancho. Una gallina clueca abrió las alas anchamente, abrigando a sus polluelos, que piaban, acurrucados, amarillentos, las patitas débiles, rojizas. Una muchacha, por ahí de nueve años, en paruma, brincó al patio.

-¿Vamos a jugá? -le preguntó Rosalbina.

—Síí -respondió Ana María.

-Construigamo un rancho -propuso Rosalbina.

-Y dejpué hacémo la comira -concluyó Ana María.

Se dirigieron a la ceja del monte y entre todos cortaron, con un machete, cuatro horquetas en forma de Y, de un metro y medio, más o menos: unas cuantas varillas y hojas anchas en forma de corazón. Las horquetas sirvieron de guayacanes; las varillas, cubiertas con las hojas, constituyeron el techo. En tierra, a base de chamizas, atizaron el fogón.

-Eta é la calne -decía Ana María reuniendo raíces y hojas desmenuzadas.

-Aquí tá el arró -decía Rosalbina, depositando un puñado de arena en un tarro de hojalata.

-Ayudá vó Toño a coltá loj plátano -recomendó Ana María.

-¿Cuánto coltó? ¿Una cualta, o mería ración? -preguntó Toño con una mirada transversal, maliciosa. Saltando se dirigió a la ceja del monte en pos de una rama de plantanillo que se advertía desde lejos.

-Cuando yo crejca, me voy a casá -dijo Ana María.

-¿Con quién? -le preguntó Rosalbina.

-No jé, con un hombre que mi haga un rancho bonito. Yo le tejo a él una verijera con hilo e coló.

-Pero tu papá con tu mamá no son casáo.

-Sí, elloj no ma tán arrejuntáo, pero cuando tengan plata, así rice mi mamá, se van a í ar pueblo a velase.

-Ana María: tapémo la calne, que yelba má ligero.

Con una astillita Carlitos escarbaba el fogón.

-¿Vó sabés Rosalbina? Ayel con la noche yo vi una sombra blanca detrás der guayabo...

-Mi papá dice que una sombra blanca es un ánima cuirando un entierro -comenta Rosalbina.

-Sí, cuentan que aquí detrás de la cocina, en la raí der guayabo loj viejo hicieron un entierro... Hay nochej, cuando la noche tá bien ejcura, en la madrugada se ve allí una llamaráa e candela.

-Sí, si la candela é blanca é platino...

-Si la candela e colorada, amarillosa, é oro.

-¡Ana María!

-¿Qué jué?

-Yo tengo miero.

-Sí, yo también tengo erizáo loj vello.

-Pero, si yo me sacara un entierro compraba un traje de calamaco.

-Yo un palcito e zapato.

-Mi mamá rice que si se topaba una sueltecita loj mandaba a la escuela a yo y a Pedro José.

-¿De día no sale la sombra, no?

-Un día mi mamá la vio...

-¡Ay, Vilgen Santísima, amparáloj con tu manto!

-Ahí viene Toño con lo plátano.

-Soplemo la candela, que se loj va a apagá er jogón.

-Aquí treigo también laj pajtilla e chocolate -dijo Toño, mostrando unas bolitas de barro, negruzcas.

Rosalbina recibió el chocolate y dedicóse e desleir las pastillas en otro tarro de agua.

Todos se amontonaron bajo el cobertizo. Entones, sopló una brisa que dio con el rancho en tierra. Luego, las dos muchachitas en medio de la algarabía se treparon a un palo de guayaba y comenzaron a coger las más maduras; algunas estaban casi podridas -gusanos blancos se concoveaban entre la pulpa carnosa y las semillas.

Cuando mirando al sol las sombras de sus cuerpos se proyectaban hacia atrás, los niños comprendieron que había pasado el medio día. Rucios de hambre se regresaron. Rosalbina tomó una cobija; les propuso bajarse al río a «barrer». «Barrer» era una manera de pescar. Carlitos y Toño agarraron un extremo de la cobija, Rosalbina el otro. Se colocaron en la mitad del río y comenzaron a atajar la corriente con la cobija abierta: sacaban la cobija y dejaban colarse el agua hasta ver qué se había atrapado. Esta vez el residuo fueron astillitas, arena, hojas podridas. Continuaron en descenso, sin ruido, sin hablar: ahora, la cobija abierta, se apegaban a la orilla. Quedaron dos sardinitas minúsculas. Más abajo se

pescaron un guacuco y un guachupé. Los niños se sentían rendidos; volvieron a la casa, y, después de destriparlos y salarlos, asaron al rescoldo los pescaditos.

La atmósfera se había puesto más pesada, el sol ardía con una violencia, al parecer, inusitada. Del bosque se escapaba el triste «arrurú», «arrurú», de la tórtola-boba, como haciendo más infinita la esperanza, en esa tierra selvática, solitaria, silente, donde sin embargo había que vivir... Con el peso del día los niños se quedaron dormidos en el rancho, desparramados.

El compa Gaspar se paró. Su sombra comenzaba a alargarse a medida que el sol iba cayendo. «¿Cómo haría hoy? ¿Qué le vamos a dar de comer a los pelados?... La mujer, viéndolo pensativo, así, con la cara al sol y la barra en la mano, suspiró. Se le disipó el odio mortal que había incubado hacia él esta mañana. Pensó decir algo, pero uno hablaba poco... La mujer volvió a suspirar. Sacó su pipa de barro, la cargó y le tendió el yesquero a su marido. Ambos se sentaron sobre sendas piedras filudas que martirizaban el trasero. Pedro José, desentendido, se fue en pos de un achica-pozo, el cual con su cuerpo delicado y sus frágiles alas, besaba intermitente un pozo barbudo, como si tomase buches de agua con la intención de secarlo.

-Güeno, ¿vó qué pensás de lo que t'he veniro diciendo úrtimamente? -dijo el compa Gaspar.

-Yo no sé... Vó sós er que vés -respondió, contundente la mujer.

El compa Gaspar venía de tiempo acá manoseando la idea de cambiar, de irse a conseguir trabajo en Andagoya, o de establecerse por los lados de Condoto, donde se decía que había aparecido una guaca, un platinero. Él había vivido aquí cuarenta años, y, de esos cuarenta años, se contaban en los dedos de las manos las semanas en que se logró comer, sin la pesadilla del día siguiente. El compa Gaspar echó un vistazo alrededor de aquella tierra. El verdad, él no quería jamás abandonarla, como si tuviese los pies amarrados con un bejuco allí... en cada raíz, en cada arena, en cada manantial, en cada pelota de barro. «Er juináó mi pagre, trabajó aquí con la juináa mi mamá... Dende chiquito yo trabajé aquí también, como Pedro José... Aquí, ar juin y ar cabo, uno ha conseguíro su peazo e plátano»... Pero, no le quedaba más remedio que largarse a Andagoya. Pero... se necesitaba plata para el pasaje... Era cierto que bastaba un día de viaje si rodaba con suerte. Empero, dado el caso de que consiguiera esos centavos necesarios, realizar tal cosa sería ni más ni menos que sacarle el bocado de la boca a sus hijos. El compa Gaspar sintió como una puñalada en el pecho... «Encima d'eso yo no tengo una mura e ropa..., no tengo una camisita buena, ni un pantaloncito...»

La mujer no decía ni jota; jamás se metería en semejante aventura. Uno no estaba seguro de conseguir nada allá en ese mentado Andagoya.

-Lo que soy yo, a yo me entierran aquí, Gajpá...
-sentenció la mujer.

Con la tardecita recogieron los utensilios y salieron del monte. La madre y el hijo acortaron el paso, consiguiendo quedarse a la zaga.

-Vámo a bujcá hojaj de calgamanta -dijo la madre-. Hacémo un guizo e calgamanta pa merendá éta noche.

-Yo no sé, mamá -dijo Pedro José-, peo una nona me tuvo zumbando ar oíro tóo er santo día; yo no sé quién é que va a vení hoy a casa...

-Argún pariente, m'hijo o argún amigo -respondió la madre.

-Mamá: dicen que cuando uno ve una mariposa negra... ¿arguno se va a morí? -preguntó Pedro José.

-¡Vó vite una mariposa negra! -exclamó la madre aterrada.

-Nóo, me rejiero a que cuando é nona, entonces é güena noticia.

Al poner los pies en la casa la madre observó que no había agua limpia; no se solía beber la del río ni cocinar con ella puesto que a él venían a parar todas las porquerías de la región.

-¡Vayan a traé agua a la quebraíta! -gritó la madre a los niños- Y se van volando, ¡eh! -agregó.

Los niños se proveyeron de vasijas, quien con una jarra de tagua, éste con un perol, aquél con una totuma, Pedro José

con una tinaja de barro. Se iba a la quebrada, quinientos metros monte adentro, por un sendero pantanoso, bordeado de lamederas, esas hojas similares a las de la caña, y que cortan cual una barbera, al menor roce. Los niños, cantando, brincando, de rato en rato uno se adelantaba y se escondía en un recodo, para reaparecer bruscamente de la maleza, con un berrido, pretendiendo asustar a los otros.

-¡Que no molesten, muchachos! -regañaba Pedro José.

Por entre las aristas de una peña negra y lisa, el agua de la fuente manaba fresca, cristalina, con sabor a hierro.

-Yo tengo sé -dijo uno, doblando el tronco y estirando los labios hacia el ojo del agua.

-Y yo hambre -dijo otro.

-Comé calambre.

-Cortate er dedo y chupáte la sangre.

Todos soltaron una carcajada que recogida por el eco resonó en el bosque vespertino.

No bien llegado a la casa, el compa Gaspar se mudó la pampanilla, y se bajó al río a lavarse el barro. Los pies le rascaban o le ardían, no sabía. Por entre los dedos se le abrían rajaduras sanguinolentas. Se quedó un rato observando esos pies anchos, invadidos por una capa azulosa, hasta los tobillos. «Eta caparrosa me tiene joriro» -se dijo-. Luego, se echó agua

abajo, por la margen. Caía la noche. Las primeras estrellas titilaron en el agua. A ratos tenía que vadear el río y continuar por la playa opuesta. Desde la punta del arenal -había ya caminado cerca de tres kilómetros-, divisó la tienda del amigo Jacinto.

-Buenaj talde, mi gente -dijo desde el patio.

-Buenaj talde, señó -le respondieron en coro varias personas que se encontraban en el chuzo.

-¿Cómo tán pu'aquí? -saludó.

-Como la hoja-seca, compa Gaspar -dijo alguien.

-Alabáo siá er nombre de Dio que loj tiene tuavía con vira -reflexionó aquél.

En el armario se veían, diseminados, paquetes de cigarros, velas, botellas de cerveza, latas de conserva sardinas especialmente. Además, ciertos productos farmacéuticos: frascos de dioxogen, linimento «Sloan», mentolín, yodoformo, calomel, Cholagogue Indio, alcanfor, tintura de árnica. Al pie del mostrador una cántara de aguardiente; encima, un queso y una paca de carne de res seca; a un lado un bulto de arroz. Y en el rincón, montado sobre un parapeto de madera, un saco de sal, uno de cuyos extremos, bastante inclinado, goteaba en una vasija la sal que se desleía; al lado una lata grande de manteca. Una o media docena de personas venían, las tardes, a cambiar su metalito y comprar o fiar la comida. Esto solía transformarse en tertulias, animadas por uno que otro trago de anisado.

-Amigo Jacinto: sílvase cambiáme éte tomín di oro -dijo el compa Nicolás, apegándose al mostrador, al tiempo que desenvolvía con cautela un capachito requete envuelto y liado con una hebra de hilo.

El amigo Jacinto recibió el oro. Quedóse como petrificado, observando minuciosamente ese metal. Le parecía que no estaba bien limpio... Sí, contenía un poco de agua. Manipuleó el peso: funcionaba perfectamente. La pesa de un tomín en un platillo, el oro en el otro, manipuleó de nuevo, soliviantando la cruz: el platillo de la pesa se inclinó.

-No está completo, compa Nico. Además, tá lleno de jagua.

El amigo Jacinto golpeó con el dedo el borde del platillo, y, mientras el metal brincaba a causa de ello, se agachó a soplar la jagua.

-¡Cuidado con mi orito, amigo! -exclamó el compa Nicolás, retorciéndose como si le hubiesen clavado una puñalada en el estómago.

-No se asujte, compa, que yo toy temblando -dijo, chanceándose, el amigo Jacinto; y cambió la pesa de tomín por una más pequeña-. No tiene sino tres cuartos -dijo-, ¿la cambia? -preguntó, apresurado.

-¡Qué si hace mi gente!... ¿No tengo que comprá la meriendita, pué?...

-Amigo Jacinto: pésame éte metalito, por favó son doj tomine, en sucio -dijo alguien.

-A yo, véndame una libra e arró.

-Pol cuánto me da éte gajo e banano?

Cada quien hablaba por su cuenta y pedía según sus posibilidades. El compa Gaspar, arrumazado, remolón, quizá esperaba entendérselas, a solas, con el amigo Jacinto. Antaño, de lo más tranquilo, se arriesgó a fiar el bocado de comida. Hoy, no sabía por qué, le faltaba aquel arrojo: donde el amigo Jacinto le aguardaba cada día una cuentecita que no había podido cancelar. En fin, se le iba a caer la cara de vergüenza...

-Bueno, compa -asintió el amigo Jacinto-. Pero, el sábado, sin falta, me cubre esa culebrita, ¿eh?, puej yo tengo que salí ar pueblo, a rendile cuenta yo también a mi patrón... Usté sabe que a esa gente lo que le farta é tragáselo a uno entero.

El compa Gaspar tomó la media libra de arroz y el gajo de plátanos. Se disponía a retirarse, cuando el compa Nicolás le llamó la atención:

-Gajpá: ¿no se toma un agualdientico, no? -le dice.

-Como no, como no.

-Entonce, doj onza di anizáo, amigo Jacinto -pidió el compa Nicolás.

-Gracia, compa... Háta mañana; pué, mi gente -dijo el compa Gaspar, relamiéndose los labios y esfumándose en la oscuridad.

Su vuelta llenó de júbilo la casa. En espera de que se cocinaran los plátanos, sentáronse afuera, en el corredor.

En la punta de la playa divisaron un bulto blanco... Una sombra blanca, como esa, no podía ser alguien del punto. Tal vez un forastero, puesto que venía vestido. Sin embargo era extraño un viajero en estas ásperas montañas, a estas horas de la vida. O... ¿quizá un animal? En ese caso debería ser por lo menos una vaca, y vacas no las había en el paraje.

Minutos después los saludó un joven, con un joto atado a la espalda, un gajo de plátanos al hombro, una peinilla envainada al cinto, un bordón de palo, topado en el camino, al parecer.

-¡Vean, vé, mi gente!... El hijo e tío Juelipe pu'aquí... ¡Dende cuándo no te veíamo pu'aquí, helmano, pol Dio!

La mujer y los niños vinieron a prisa, rodeando al recién llegado.

-Sentáte... Aquí no te porémo ofrecé nara, peo éta é tu casa... ¡Bendito y alabáo siá Dio!

El muchacho desbarató su joto, sacó la libra de queso y descargó el gajo de plátanos. Envueltos en un papel grueso, un corte de «calamaco» y una camisa rosada. «Eto é lo que le llevo a loj viejo», dijo. Les alargó el gajo de plátanos y la libra de queso. El compa Gaspar y la mujer se negaron a recibirlos. El muchacho insistió que por lo menos partieran un pedazo de queso. «Si no, yo me nojo» -replicó severo. La mujer, por no dejar, partió una tajadita de queso, que añadió a la merienda.

Pedro José sintió una inmensa alegría íntima al ver a aquel muchacho, venido de lejos, que había estado «afuera», y deseaba ardientemente conversar con él, a solas. Le envidiaba su pantalón de dril, rayado, su camisa azul. Observaba su hablar con desparpajo. Francamente, lo consideraba un hombre extraordinario... «Qué de cosas... qué de tierras habrá visto él con esos ojos» -pensaba, admirado, Pedro José.

-¡Jéi, caramba! -comenzó el compa Gaspar-, ya hace tiempo que te juite di aquí, ¿no mi gente?... Er compa Juelipe ya tá viejo; yo lo veí no jé qué día, y loj dijo que no habría sabiro arsolutamente nara de vó... ¡Ah, muchachoj!... Cuando loj hijo se crían, vean ve, y se endependizan, como que se güerben ingratoj. ¡Sía por Dio, Señor!... Contá pué, qué jué lo que vite en tu mundo..s.

«...En Taró me metí a la ejcuela y aprendí a cancanéa. Yo vivía con un paísa y su mujé, yo lej hacía loj mandáo y la comira. Er paísa se jué pa er Valle y yo me queré con la mujé. Ellos tenían una tienda. Dejpué er paísa mandó por su mujé y ella me llevó. Cogimo er balco en Beberó, mi gente, y yo lej digo, mi gente, que en la boca e San Juan, cuando vire er má,

los ojo se me llenaron de agua: me acoldé e mi familia y quise echáme pa atrás; pero er buque se iba metiendo mararentro, hajta que no vi sino cielo y agua. Misiá Fulia me preguntaba: «¿Qué é lo que te pasa Jelipito?»... Yo le recía: «nara, misiá Fulia...» Al día siguiente, cuando rejplandeció er só, lo que yo vire con etos ojo no lo puero ejplicá: er má é cosa linda, pa que sepan... Llegamos a Güenaventura: en er muelle taban anclaroj unoj buque e paquete. Misiá Fulia cogió un carro y lo juimo a un hotel. Ahí mejmito me volé ar muelle a conocé er buque. Helmanito e mi arma, le cuento qu'era un cajtillo, tinto y parado: hay comeror, billal, picina, cine, luz eléctrica... Ar día siguiente lo juímo en ferrocarrí pa Calis... Lo que me pasó allí no acabaría e contálo ni en un libro: a loj dó meses er paisa con su mujé se lalgaron a Merellín y me rejaron ahí, como quien dice, botáo en la calle. Dejpué yo he roráo, y no sé cómo no m'he muelto. Hajta que un día, con loj centavito que tenía, dije: «lo que soy yo me voy pa mi tierra», y así vine a dá a Andagoya...

Había esta noche un mosquitero y tanta chitra que a nadie dejaban en paz. Los mayores fumaban sin tregua para espantar los insectos, en vano. Los picotazos se clavaban en la espalda, en la cabeza, por todo sitio del cuerpo.

Felipito, pues, había trabajado como obrero en la Compañía Minera Chocó-Pacífico, de Andagoya. Les dijo que uno era tratado allí peor que un perro. Fuera de eso no se ganaba ni con qué comprar la mortaja. «Yo, lo único que pure economizá jué pa adquerí éte pantaloncito, y éta jranela, y éta camisa que tengo puejta... Dejando e comé pure comprále éte coltecito e calamaco a mi mamá y éta camisa pa er viejo... Yo había pensáo retiráme de allí dende hace tiempo, peo ar juin y ar cabo yo no quería gorrvéme a casa con laj mano enteramente

vacíaj. Así, jueron pasa que pasa loj mese, los año... ¿Tá uyendo compa Gajpá?... Y vea usté, ayel no má un gringo me levantó la voz y quiso pegáme, er mú dejgraciáo... Yo, con tanto como quiero a mi mamá y a mi táita, ni a elloj lej pelmitiría ponéme la mano encima... ¿Qué sucerió?... Me le encará a mistel Geraldo, y, aquí me tiene, er gerente me echó de su empresa...

«Hombre, esa nu era vira... En Andagoya laj mesmísimas autoritares de Colombia, con sé qu'é la patria e nojotro, no valen nara en comparación de un gringo... Al revé, er dispertó y loj policía defienden a loj gringo... Yo no li aconsejo a naire de pasá lo que yo pase en Andagoya, de arrajtráme como me arrajtré allí, peó que un perro, y me peldonan la comparación...»

La luna comenzó a abrirse campo por entre las nubes ondulantes, y en el ámbito de la noche callada, los grillos y las ranas imponían su perturbadora presencia.

Pedro José no decía ni «mu»; se hubiera creído que dormía. Él pensaba que la nona, allá en la mina, había anunciado exactamente la llegada de Felipito.

Felipito confesó que se sentía rendío, y todo el mundo se metió en su camastro.

Pedro José permaneció un momento solo, frente a la noche. Aquella mancha sobre la luna era San Isidro con su martillo, dale que dale al yunque. Como castigo Dios lo mandó a vivir a la luna. De tiempo en tiempo el viento estremecía el

follaje, y Pedro José afinaba el oído para captar mejor el murmullo del agua.

Su mente se había alborotado como un hormiguero, Felipito se le aparecía cual la revelación casi definida de ese algo que lo llamaba, encendía en él esa llama que lo empujaba a ser otra cosa. En Pedro José, por instinto, se revivieron los latigazos que su papá le multiplicó en el monte; sentía su cuerpo molido, y, más aún, una desagradable humillación. «Yo me iré al pueblo, pero... Yo no quiero irme a pasar las peripecias de Felipito, no... Sin embalgo, yo sé que me puerdo í; yo ya soy merio hombre, dice tóo mundo»... Pedro José no sabía bien si era la luna la que rodaba bajo las nubes, o si eran las nubes algodónadas las que iban dejando atrás a la luna.

El viernes salieron de la mina un poco más temprano, para no tener que limpiar el metal en el oscuro. Al amanecer del sábado una llovizna persistente entristecía el ambiente: las copas de los árboles empapados, el golpeteo de una gotera sobre el entablado, las gallinas acurrucadas debajo de la casa, el río, repuntado, yéndose quejembroso como siempre.

-¡Ay, mi gente! -suspiró el compa Gaspar-... Alijtáte Pedro José que los vamo ar pueblo.

-¿Y si San Juan tá grandé? -inquirió la mujer, preocupada.

-¡Y qué saco yo si el San Juan tá crecero!... Nojótro vamo no má a la obrilla... -dijo el compa Gaspar-. Alijtáte,

Pedro, te lo toy diciendo dende hace rato... Que a la güerta no loj vaya a cogé la noche... ¿Tái uyendo?

-Yo ya toy lijto papá... Mamá, ¿ónde tá mi machetico?

-Helmano Pegro: tráigame un pan -dice María de las Nieves.

-Gajpá no te orvirés de la peseta e ñame -recomienda la mujer-. Y un carreto e hilo...

-Te rigo que yo no voy sino a la obrilla. ¿No tás viendo que no se puere í en pampanilla hajta er centro der pueblo, a laj tienda?

-Le rogáj a cuarquiera... Cómu é que no vái a topá un arma e Dió que te lo compre... El amigo Jacinto no tiene hilo y yo tengo que remendá mij mechita... ¿Tái viendo, Gajpá?...

-Bueno, pué, que si acabe la cantaleta... Pu ahí a las cuatro e la talde ya loj hemos devuerto...

El compa Gaspar y Pedro José brincaron al patio, sendas catangas a la espalda, sujetas a la frente por medio de una cargadera.

-Papá, a yo me trae una camisa -gritó el niño.

Se marcharon, chambimbeando río arriba hasta ganar una playa, en la cabecera de la cual se detuvieron para atravesar al otro lado, de donde arrancaba el sendero que

remontaba la loma para ir parar al viejo camino de la banca. La trocha hecha un pantanero; los pies se enterraban hasta la mitad de las piernas. Pajarillos silbaban de rama en rama o confundidos con el corazón de la espesura. El compa Gaspar adelante, Pedro José iba cogiéndole el paso. A poco advirtieron una claridad y vieron pasar no muy alto el alambre telegráfico; en una que otra rama de árbol viejo brilla el vidrio de los aisladores o bien de rato en rato el alambre se apoyaba en un poste especial, en cuyo tronco habían crecido también algunos retoños. Pedro José contemplaba la instalación como si se tratase de algo maravilloso: sabía que a través de ese hilo se hablaba con una persona distante, se le enviaba una razón a un amigo que vivía lejísimos... De repente Pedro José gritó, deteniéndose. El compa Gaspar se paró aguzando el oído.

-¡Una coral, papá!

-No te movás!... Ya voy pa allá -le recomendó el compa Gaspar.

-Se va -dijo Pedro José, preocupado.

-Si se va que se vaya... -comentó el compa Gaspar, asestándole un machetazo a una rama tierna, flexible. Se acercó. La coral, tal un gusano descomunal, pintada, yacía, balanceando la cabeza como el fiel de una balanza.

-Táte quieto, m'hijo... No te movás, no va y se asujte éte animá der diablo.

-Ahí, papá, dele -dijo Pedro José, entre tembloroso y gratamente emocionado por aquella aventura...

-¿No é así?... A la culebra se le debe dále bien dado... Si no, ¿qué hace la gente der punto con una culebra toreada?

-Dicen que una culebra toriáa é má peligrosa que una tigre paría -anotó Pedro José.

-¡Uno... dój y tré! -el compa Gaspar le asestó un garrotazo preciso e implacable en el pescuezo. Luego otro y otro en diferentes regiones del cuerpo.

-Dele otro en la cabeza, papá, que tarvé nu ha muelto -pidió Pedro José, soltarin de lo contento.

-Esa ya no le hace má daño a naide, m'hijo... Peo no le puero desastillá la cabeza, no vayan y se queren allí loj cornillo... Vó sabés que un cornillo se le puere enterrá a cuarquiera e nojotro en la planta der pie.

El compa Gaspar sublevó por la mitad la culebra con la punta vara; y aquella largura inerte, doblada, fue lanzada a reposar en un guaiico.

Una serie de rastros frescos que se encontraron del kilómetro cinco en adelante les dio a entender que mucha más gente había salido al pueblo. Cosa que comprobó el compa Gaspar al tropezarse con el compa Nicolás en la orilla. Sentáronse ambos sobre sendas piedras aguardando a un pasero.

-Vea Gaspá, er río no tá mu grande que rigamo.

-El aguacero no cayó en cabecera, no.

-Yo taba preocupáo que no fuera San Juan a tá por loj monte...

-Y vó, ¿cómo te sentíj, Pedro? -se dirigió al muchacho el compa Nicolás.

-Bien, tío Nicolás -respondió Pedro José echándose a vagabundear a lo largo de la playa semisumergida.

El San Juan pasaba descolgado, como si arriba se abriesen a cada instante unas compuertas gigantescas.

-¿A cómo tará er plátano eta semana?

-Según mi entendé er maí ha subiro dende hace tré semana.

-La vira se le tá apretando a uno, materialmente...

-Déjeme a yo compa, que ni siquiera tengo una mura e ropa... ¡Vaya por Dio!...

-Compa, con tar de tené la salú, alabáo siá er nombre e Dio...

-Compa, le voy a perí un javó: compráme un carrete d'hilo y una libra e tabaco en rama... Como ujté ve, yo no puero

salí a la calle así, ujté sabe que tá prohibió subí ar pueblo en pampanilla...

-Compa, con mucho gujto, y má que fuera... No juartaba má, compa...

Pedro José observaba atento el caserío del otro lado; se dijera que sus ojos buscaban con avidez insaciable un punto, fijo, esencial, en el horizonte... Sus ojos se detenían en cada casa, en cada techo de paja, en la torre de la iglesia, sobresaliente... Pero no daba con la escuela. Querría localizar aquella casa a donde tarde o temprano debería él venir...

Advirtieron a un joven con una canoa vacía en la ribera contraria.

-¡Pasooo!... ¡Pasooo!... -gritó el compa Nicolás.

-¡Pasooo!...¡Pasooo!... ¡Pasooo!...-le secundó el compa a Gaspar.

-¡Pasooo!...¡Pasooo!...¡Pasooo!... -pidió Pedro José también.

El joven paró las orejas, se volteó hacia ellos y respondió moviendo la cabeza afirmativamente. De seguido vino por ellos.

De pensar que no podía allegarse hasta la calle, para compartir el goce de aquellos niños que jugaban en la plazoleta con una pelotota de trapo: de pensar que carecía incluso de un

mísero pantalón emparchado como aquel de ese muchacho que veía allá sin camisa; de pensar que dentro de pocas horas estaría soterrado de nuevo en el monte; de pensar que ni siquiera hoy le sería dado escuchar cómo hablaba y cantaba un radio...s. como golpeado por una derrota prematura Pedro José echóse sobre la arena, a llorar.

-¡Ah, se abrió el sol! -murmuró el compa Gaspar mirando al cielo.

-Compa, yo voy hata la galería... -le previno el compa Nicolás- Así pué que si se le ojurece su librita e calne y su meria e queso yo se la puera comprá...

-Compa, yo no quisieda ponéle pereque...

-Compa, déjese de esaj cosa... ¿Nosotro no támo é pa ayurálo, pué?

-Entóje compa tome ete capachito e metal; tiene merio cajtellano... Me compra, compa, una meria e calne e novillo, doj libra e arró... Yo lo agualdo aquí mejmo en er puelto... Loj plátano y er maicitó... Y no si orvire, compa Nico, der carrito e hilo y el tobacco en rama como le rijé enenatico en er camino.

-Hata ahora pué, mi gente -dijo el compa Nicolás, yéndose.

Pedro José permanecía pensativo, echado, más bien que sentado, allí en la orilla. Sentía como una ofensa de las más innobles verse reducido a contentarse con sólo ver la imagen

del pueblo sin lograr penetrar al corazón de la plazoleta. Sí, él mismo debería trabajar duro en la mina de ahora en adelante para tirarle a un pantalón. Si él poseyera una varita mágica y, al golpearla ésta le hablara preguntándole «qué quieres», le pediría un pantalón y una camisa...

Hacia las cuatro reapareció el compa Nicolás, con una catanga cargada, sobre la espalda.

-Aquí tán suj encalguito, compa.

-Dió se lo pague, compa, y le aumente suj bien.

Cuando el compa Gaspar se hubo aprovisionado de su ración de plátanos y su almud de maíz, el pasero lo condujo a la boca del camino. Los destellos cobrizos de un sol moribundo se desparramaban sobre las aguas violentas del San Juan y sobre los ramajes de su orilla. El ruido de la corriente se les fue esfumando atrás, y aquí en el bosque las hojas temblaban con el aleteo de los pajarillos.

Aquella noche se puso la carne al fogón; como hubo de ablandar se le agregó plátano verde partido en pedazos pequeños, cebolla, poleo y un último punto de sal; al lado se estaba cocinando una zartén de arroz seco, y a los lados de pie, recostados contra los maderos, plátanos maduros, asándose al fuego lento.

Entre oscuro y claro, serían las seis y media de la tarde, se sentaron todos, las piernas recogidas o estiradas, en el centro de la salita que componía la casa, alrededor de las ollas. Los muchachos se aferraban a los huesos hasta dejarlos como piedra lisa. Cada comida de estas, donde no faltaba la carne de

novillo, tenía la presencia de un banquete. Al soplo de la brisa la lamparita de kerosén oscilaba.

Luego se oyó un murmullo viniendo de la playa. No era el río.

-Buenaj y santaj noche, mi gente...

-Buenaj -respondió en coro la familia.

El compa Nicolás se quedó afuera sacudiéndose el barro de los pies.

-Siga no má pa adentro, compa -lo exhortó el compa Gaspar.

-Nos cuenta un cuento, tío Nicolás... -le pidió María Gracia, agitada por la agradable sorpresa que le causaba aquella presencia.

-El cuento de Aquinillo, tío Nicolás. -pidió Pedro José.

-No, yo quiéo er cuento e Sebajtán de laj Gracia.

-Ese es muy largo... -acotó Pedro José.

-Yo que saco -alegó remilgada la muchacha-... Dende hace tiempo tío Nicolás dice que lo va a contá... Entonce que lo cuente hoy... Sí, er de Sebastián de laj Gracia... -María Gracia

se le arrojó al compa Nicolás, quien la recibió en los brazos, comenzando a mimarla.

-Bueno, ejpérense un momento -dijo.

-No, ya, ya, ya, -dijeron los niños al unísono.

-Dejen el pereque -regañó el compa Gaspar-... No ven que mi compa Nicolás ni siquiera ha acabáo de llegá... Si que son groseroj ujteren... Ujteren no rejpetan a loj mayore, ¡eh!...

-Tése quieto compa, no loj regañe que loj muchachos son así... -comentó el compa Nicolás, y dirigióse a los muchachos: en ejtico lej voy a contá el cuento.

En eso oyéronse más pisadas en el patio y destacóse en la oscuridad el carbón encendido de un cigarro. De la penumbra surgían también voces infantiles. De seguido entró Juan Cancio: -Buenaj noche, mi gente... Aquí traje yo también loj peláo pa que se divirtieran con loj suyo.

El compa Nicolás cargó su pipa.

-Tráeme un tizón, Pedro José -dijo.

Pedro José voló a la cocina; la leña habíase consumido, de suerte que hubo de escarbar la ceniza con la espiga de un machete viejo y con una cuchara sacó algunas brasas del rescoldo.

-Aquí tá la candela, tío Nicolás...

-Bueno, mi gente, si me desatan eta arivinansa, cuento un cuento:

-¡A ver! -exclamaron todos.

Yo soy la señora María Negrita,

Que cuando la apretan grita.

-La gallina negra -se apresuró a responder uno de los niños.

-No señó -dijo Juan Cancio.

-¿Es cosa de comé? -pregunta otro.

-No.

-¿Es cosa de vejítí?

-No.

-¿E cosa di agua, é cosa e monte?

-Tampoco... Sirve sí pa conseguí cosa e comé -dijo el compa Gaspar.

-¡El hacha! -dijo uno victorioso.

-¡Sí, el hacha! -secundaron los demás.

-¿Vó hay vijto que el hacha si se aprieta grita?
-preguntó el compa Gaspar.

-¿Se dan pol venciro?

Hubo un corto silencio.

-La ejcopeta, entonce -dijo Pedro José.

-¡La ejcopeta! -asintió el compa Nicolás, y prosiguió:-
Mi gente aquí va er cuento, peo primero aquí va la ensalarilla:

Yo vi ar guatín

Poniéndose sus botín:

Yo vi a la guagua

Poniéndose su enagua;

Yo vi ar león

Poniéndose er pantalón;

Yo vi ar jején

Caminando en el andén;

Yo vi ar zancuro

Caminando en el ojcuero;

Yo vi a la araña

Viajando para Epaña;

Yo vi ar conejo

Haciéndose er pendejo.

«Jei, mi gente, éte era un hombre casáo con su mujé y la mujé casáa con su mariro... Tuvieron viviendo, tuvieron viviendo, tuvieron viviendo... Viví pu aquí, viví pu acá... Hajta que ar cabo de mucho tiempo lej nació el primer hijo, y lo pusieron Diego...»

Los niños, acurrucados alrededor del compa Nicolás, cada minuto se iban apeñuzcando más y más. No querían perder un solo gesto, ni una sola palabra. El compa Nicolás cambiaba la pipa de un lado para otro en la boca. Su rostro, vagamente diseñado a la luz de la lamparita de kerosén, a ratos semejava encantado. Los niños no sabían que esa presencia, esa voz cálida, esa complacencia paternal hacían de ese hombre la mayor parte de la maravilla de aquella leyenda. Ellos lo hubieran escuchado de buena gana días y noches, sin cesar...

Tarde la noche, el compa Nicolás se incorporó concluyendo:

Este es mi cuento

Y se lo llevó el viento.

Y el ambiente seguía impregnado de la voz triste del compa Nicolás, cuando cantaba una canción de los héroes de su pasata. Los niños, decididos a no salir del recinto aquel a donde los había conducido el hilo de esa historia, quedáronse dormidos tarareando la melodía. Pero, quizá habrían de pedirle otra vez al compa Nicolás les contara el cuento para recordarlo mejor...

II

«¡Ah, mandaya nunca!... Así de cruel era Dios, que dejaba I desamparado por completo a un padre de familia...» Esta exclamación se le escapó en el pensamiento, pero sintió una agonía que le enfrió las venas: el Señor podría castigarlo...

«Hasta cuando usted no me pague, no le largo un plátano más, ni una onza de queso», fue lo que le respondió el amigo Jacinto. El compa Gaspar no dilucidaba bien claro si el amigo Jacinto no había querido aflojarle el bocado de comida o si materialmente no estaba en condiciones de ayudarlo. Incluso, le había hecho mala cara. Se rumoraba que se hallaba alcanzado y que su patrón le había entregado la cuenta al

inspector de policía. El día menos pensado se le aparecería el comisario... «Hemo llegáo a un punto que narie puere prejtále un selvicio al otro» -reflexionó con amargura el compa Gaspar, dejándose arropar de la noche, su cara negra frente a las primeras estrellas. En derredor pesaba un silencio agrio, como si uno hubiese sido azotado.

Los niños, sentados en hilera sobre el corredor, ya no jugaban, ni hablaban. Les ardía el estómago, el cuerpo preso de un desfallecimiento total. Un sudor hecho grano sobre la frente. La madre, se dijera un trozo de piedra ahumada, al pie de un altarcito donde se apeñuzcaban santos de vitela, recortados de almanaques y enmarcados en cuatro tiras de palo, labradas a machete. San Antonio de Padua, con hábito azul, un burdo cordón ceñido a la cintura, calzado con sandalias, cargaba al Niño Jesús en los brazos y parecía sonreír, compadecido.

Sin embargo, aquella noche se reclinaron con hambre.

El sueño, un calmante; la noción del amanecer una esperanza.

La brisa se escurría a través de las rehendijas; el murmullo del agua, los grillos..., todo eso interrumpía la sensación de agotamiento definitivo..., como quien dice, un empujón hacia la lucha por la vida. Con la madrugada la madre se puso en pie, despertó al marido e hizo levantar a Pedro José. Dejó tranquilos a los dos pequeños.

Después, cada cual, machete en mano, emprendieron esta especie de expedición, repleta de suprema ilusión. El agua del río fría, el viento los envolvía en la fragancia de las flores, de la miel silvestre. Río abajo, al pie de un barranco

deleznable, toparon un sendero, abriéndose paso hacia la maraña. De rato en rato sacudían los machetes, rozando la yerba brava: clavaban estacas para que no se les pasara desapercibida la boca del camino -como señal- y le sacaban bocados al cuerpo de los árboles, como muestra también, para no perder la trocha. Anduvieron horas en las entrañas exuberantes de aquella capital del hambre. Dentro de un costal echaban racimos de táparo, manotados de mil-peso. Más allá se toparon un palo de chanó. Y cuando dieron con un algarrobo, Pedro José no resistió a la gula y se atarugó. De pronto la madre se paró, al sentir ablandarse la tierra: algo así como un crujido del suelo barroso, bajo sus plantas.

-Gajpá, vení a vé que aquí como que hay un ñamal -advirtió la mujer-. Vó, Pedro José, coltá una ejtaca y labrále una punta...

Esa noche de domingo regresaron con los hombros agobiados por los costales, taqueados de ñame hasta el codo, y comieron hasta que ya; pasaron la semana a punta de ñame. Vino la otra semana y sucedió lo mismo. Pero, a la tercera, se acabó el último huevo de ñame y también el ñamal. Así que, el próximo amanecer les daba la sensación de un pedazo de peña, suspendido en un hilo sobre la cabeza de cada uno de los de la familia...

La tierra de la mina no estaba lista para ser lavada, ¡ni qué ocho cuartos!... Se dirigieron pues, a catear en viejos lares, donde otrora se trabajó con pingües resultados. Ese cateo era una antigua costumbre para salir del paso.

Bien, con la nohecita, trajeron en el mate jagüero un metalito, con el cual al menos desembolatarían los plátanos. La

madre prendió el fogón. Tomó el metal, húmedo, revuelto aún con jagua y arena, lo puso al fuego, en un plato de tagua para secarlo. Después, al golpear con el dedo pulgar el borde del plato, el metal iba quedando aislado de las suciedades; de vez en cuando, con sumo cuidado, soplaba el todo con la boca, de suerte que las briznas más balsudas saltaban afuera. El compa Gaspar sentíase desfalleciente, y prefirió rajar la leña, en vez de irse allá abajo, lejos, a cambiar el metal. Pedro José podía hacerlo y comprar la merienda.

-Pedro José -llamó la madre.

-¿Qué jué, mamá?

-Vení ligero aquí: andá cambiá er metá onde el amigo Jacinto, y comprás una cualta e plátano, una libra e arró, un rial de manteca, y cuatro onza e carne seca... ¿Tái uyendo?... ¡Y no vái a botá er metá!... Te venís volando, jeh!...

Pedro José empuñó el capachito, imperceptible en la pardura de la noche. Quiso amarrarlo en un extremo de su pampanilla, mediante el nudo ciego que sabía hacer, pero eso le quitaría tiempo. Se fue. En la punta de la playa, al introducirse en el agua para vadear el río, se resbaló en una piedra babosa...

¡Adiós metal!

Empapado hasta la corona, incorporóse, temblando, las piernas flaqueantes, el corazón saltándosele por la boca. Como un águila, se asomó al agua, ansiando descubrir en el fondo el capachito, como si el día estuviese abierto. Se dobló en dos, tanteando con las dos manos el plan, pero no extraía sino una mezcla de arena con hojas podridas y astillas de palo. Tal un

hombre viejo que sufre un golpe moral inusitado e implacable, dejóse caer sobre la orilla, las manos en la cabeza, el rostro entre las rodillas. Lo arropaba la noche, y, en el cielo despejado, acompañando a la primera luna blanca, parpadeaban las estrellas. No veía nada ni escuchaba nada; el mundo se le había convertido en un charco hondo, en cuyas entrañas se corcoveaba una cueva negra, para tragárselo.

«Si vuelvo a casa me matan -pensó-... Lo mejor es huír».

De pensar que no volvería a ver a sus padres, ni a jugar con sus hermanos, sintió correr por sus mejillas unas gotas cálidas y el corazón ahogándosele en el pecho. Si alguien le hubiese preguntado algo, él no hubiera podido responder una mera palabra. Tenía atravesada una bola en la garganta.

Se puso en pie y con el agua hasta los muslos pasó al otro lado. Metióse por un sendero, en busca del camino que conducía al pueblo. «Si Dios quiere, llegaré; tarde o temprano, pero llegaré».

Le asaltó el temor de que el diablo se le apareciera, sin embargo, quiso convencerse de que el diablo era no más aspavientos, para asustar a los niños. En todo caso, cuando el diablo lo atajare, Pedro José le mostraría la señal de la cruz. Y si, en vez aquel, era el duende, entonces entonaría una canción: al oírlo éste se acordaría de la gloria y, espantado, abriría la correndilla, desbocado. Lo peor sería que se apareciera el ánima-sola; él no sabía qué hacer para defenderse del ánima-sola.

Mientras tanto había dado con la ruta e iba andando hacia el pueblo. Tendrá que caminar siete kilómetros. Al claror de la luna veía brillar el hilo del telégrafo y los aisladores de vidrio. Por donde pasare el alambre, por allí sería...

...Aquellos ruidos de la noche que le parecieron normales cuando dormía en su camastro, aquel murmullo de la acequia que le arrulló el rato de insomnio, ahora le parecían extrañamente medrosos. Echando pata hacia delante, alcanzaba a olvidar ese misterio de la selva... era que al fin y al cabo él conocía la selva, y ese contacto personal, mano a mano, en esta noche definitiva de su vida, le daba ánimos.

Nubarrones negros instaláronse sobre su cabeza y le parecía que el camino se iba cerrando o que tenía empañada la vista. De pronto oyó un ruidaje. Quizá una cascada en la hondonada. Pero nunca había tenido noticia acerca de cascadas por aquí, tal vez por haber pasado solo de día. «¡No!» -se dijo-. «Es un aguacerón que viene». Y de seguido unos goterones de plomo se le desgranaron encima. El camino reapareció fugazmente con el lamparazo de un relámpago. Pasa un viento que dobla y desgarras las ramas de los árboles. Pedro se detiene guareciéndose al pie de un carrá corpulento, contra cuyo cuerpo impasible recuesta la espalda. Se oye un disparo seco seguido de un enzordecidor estruendo en el monte: un gigantesco árbol rodaba al precipicio, arrastrando consigo toneladas de cascajo. Los rayos se descuajaban trazando un culebreo luminoso en el espacio. En eso escapóse un silbido agudo, algo diferente de esos gemidos de la naturaleza. Pedro José quiso incorporarse acariciando la idea de devolverse. No quería morir aquí esta noche, íngrimo solo... Una rama de estas o uno de estos rayos podrían caerle encima. «No importa que me falte el plátano, ni mucho menos un pantalón, pero tener

vida». Tiritaba de frío. La lluvia torrencial se cernía por doquier. Abandonó un momento su guardia y cortó algunas hojas anchas que colocó sobre su cabeza, al volver a acurrucarse contra la portentosa raíz del carrá.

De ver que no volvía, el compa Gaspar se había arrojado río abajo en pos de Pedro José, abrigando la firme intención de zambullirlo en la cabecera de una corriente y darle una rejiza para que no fuera sinvergüenza. «Es mú cabeciduro Pedro José», rabiaba el compa Gaspar. Pero, al no toparlo en el camino ni tampoco en la tienda del amigo Jacinto, el pulso le comenzó a temblar.

-¿Qué puere sé, amigo Jacinto? -preguntó, el pensamiento ausente.

-Para mi entendé tengo que er muchacho si ha iro a jugá donde Nicolás... Seguramente en er camino peldió er metá y tiene miero e vorvé a la casa.

-Peo mi compa Nicolás tá lejo.

-Si, tá lejo.

-Bueno, mi gente, yo me voy pá allá abajo.

Cuando llegó a la cabecera de la playa esperó oír las voces de la casa. Sin embargo, sólo el ladrido del perro desgarró el silencio. El perro se le abalanzó al patio, mas en vez de morderlo, le lamió cariñosamente la mano.

-¿Quién é? -habló el compa Nicolás, desde el fondo del rancho.

-Yo, Gajpá, compa Nico...

El compa Nicolás se levantó de un salto, pues no habría de tratarse de cosa buena. Quizá alguien había muerto y el compa Gaspar había venido como posta. Al tanteo dio con el embil y yéndose a la cocina lo prendió.

-Entre no má compa... ¿Qué jué la noverá?

-¿M'hijo no tá pu'aquí, no compa?

-Vean vé, ¿qué hijo, mi gente?

-Pedro José, lo mandámo a cambiá un orito a laj seicita y hajta ahora no güerto... Tampoco lo viro el amigo Jacinto polque allá no jué...

-¡Sia por Dio, señó! -exclamó el compa Nicolás, persignándose... No se le vaya a habé pasáo argo, ¿no compa?... -dijo así el compa Nicolás, sin atreverse a manifestar su pensamiento de que Pedro José se hubiese ahogado.

Los rayos descuajábanse impasibles y el aguacero confundido con la corriente del río, contribuían a embotarle el cerebro al pobre padre. El compa Nicolás llamó a su mujer. Con el reflejo de los relámpagos observaron que el río estaba creciendo.

-Compa Gajpá, no se vaya así, que lo va a cogé la creciente en er camino.

-No compa, tengo que llegá a casa con la noticia... Toy conjundiro, compa...

-Entonce, ejpéreme compa -propuso Nicolás, y agregó, dirigiéndose a la mujer:- bújcame otro embí, que ete ya tá gastáo... Nojotro vamo a bujcá er muchacho... Tan inteligente qu'era y tan bien-mandáo...

El compa Nicolás quedóse pensativo. No quería por ningún motivo descorazonar a su amigo, bien que no hubiese otro remedio sino decir lo que pensaba:

-Compa, no si acobalde... Pero yo tengo miero que Pedro se haiga ahogáo.

El compa Gaspar creyó perecer. Y tuvo de hacer un esfuerzo sobrehumano para que no lo abandonasen sus propias rodillas.

-Vamo a bujcálo compa...

-¡Alabáo sía er Santísimo Sacramento!...

Los dos hombres bajaron de la casa, el embil encendido, chispeando brea ardiente a su paso.

-Ya se tapó la playita der frente compa...

-La creciente continúa, como qu'el aguacero viene de cabecera...

Con los ojos hechos embiles también los hombres desentrañaban las tinieblas, escudriñando contra la orilla, a ver si estaba arrimado el cuerpo de Pedro José. El frío de la lluvia les penetraba hasta la médula de los huesos. El compa Nicolás maniobraba con el embil en la mano, no fuera a apagárselo el aguacero. Se detuvieron en la cabecera de la playa siguiente a donde se formaba un charco: miraron bien, pero Pedro José no estaba. Además, todavía no tenía tiempo de boyar -pensó el compa Nicolás.

-E río se tá nojando -comentó el compa Gaspar.

-Mañana va a habé una crecientén.

Iban en la mitad de la corriente y al pisar una piedra lisa, el compa Nicolás trastabilló: en esas se le zafó el embil.

Al llegar a la casucha, la madre hallábase acurrucada contra el quisio de la puerta.

-¡Ay!... Se me ahogó, m'hijo... No me lo rigan, que yo no resisto.

-¡Valor comadre!... ¡Tenga valor! Puée que er muchacho té en arguna palte -la consoló el compa Nicolás.

-¡No!... ¡No!... Ya no tengo quien me traiga agua de la quebradita... Cuando loj íbamo junto a coltá leña me recía tóo

lo que le pasaba... Mi muchacho ya era casi un hombre. ¡Mejó, pol qué no me paltió un rayo a yo, Diój mío!...

-¡No hablés así!... -dijo el marido.

-¡Ay! ¡Yo no resijto, no!... El otro día viniendo de adentro, der monte, me rice: «mamá: yo vi una nona... Tarvé era una buena noticia...» «Si m'hijo, le rije yo... Lo único malo é si uno ve una mariposa negra...» Eso quér vio tarvé jué una mariposa negra y ér no me lo quiso recí pa no asujtáme... ¡Pedro!... ¡Pedro José, m'hijo, vení!...

-Bueno, compa, e río sigue subiendo... Yo loj dejo, me voy a vé la casa...

-Gracias compa... Váyase po er camino y tenga cuiráo con la culebra, jeh!

-Mañana e mañanita yo vengo a vé cómo olganizámo la bujcara de Pedro José... Unoj pa abajo, otro se tiene que í ar pueblo... Yo no sé, compa, peo er corazón me rice qu'er muchacho tá vivo.

El compa Nicolás saltó al patio, yéndose a paso largo. Para deshacerse de negros pensamientos, entonó una copla en voz alta:

Allá arriba en el quilato

Tengo una piña marura

Cada vé que subo y bajo

La tiento y la topo rura...

La lluvia, que pareció calmarse hacía un instante, arreció. El compa Nicolás creía sorprender voces en la espesura y gritaba más fuerte para no dejarse amedrentar. El ventarrón no lo dejaba casi escucharse a sí mismo...

Allá te mando un pañuelo,

En cara punta un botón,

En er merio va mancháo

Sangre re mi corazón...

Al amanecer toda la comarca se había enterado del suceso y cual más cual menos se apresuró a prestar su concurso al compa Gaspar. La lluvia había cesado e igual la creciente. Así que una cuadrilla, encabezada por el padre, se enrumboó agua abajo en pos del primer remanso donde sobreaguaría el ahogado. Entre tanto, se entabló la discusión entre si se haría velorio y novena a Pedro José o no. Los había que no consideraban al desaparecido en edad de novena. Otros opinaban lo contrario. El compa Nicolás se dirigió al pueblo. «Quien quita que por temor de una rejiza el muchacho se haiga jugáo... A yo mi corazón me rice que Pedro José tá vivo y coliando».

Atizbando el día, al rayar éste, Pedro José advirtió una claridad inmensa y el ruido animado de una poderosa corriente. Salió de entre los árboles y sorprendió el San Juan, en cuya orilla opuesta, apartada, divisó las cocinas de una hilera de casuchas del pueblo, botando su humo azul matinal. Reflexionando, en espera del primer pasero, permaneció allí sentado sobre una piedra gris, cabeceándose. Tenía hambre. Incubó la idea de allegarse al maestro de la escuela. Se comprometería a ser su sirviente, con tal de aprender a leer. Pero, al quedarse aquí no más, su familia lo localizaría en un dos por tres, para obligarlo a volver a la mina. En los linderos de esta perspectiva hacia la sabiduría, pese al cariño dolorosamente tierno que lo ataba a su pasado, Pedro José decidió no echar pie atrás. Si encontrara ya a alguien capaz de arrastrarle hasta Istmina, en la primera embarcación que topara se empuntaría agua abajo. Comprendía que su padre no lograría bajar a Istmina. Istmina, pues, era su tabla de salvación y casi inconscientemente, comenzó a silbar. Al ver rodar a un hombre en una champa grande, con las manos le hizo señas; su pulso prorrumpió a palpar, con el viraje ligero de la proa hacia la orilla.

El hombre le preguntó por qué y hacia dónde se dirigía solo. Que a Istmina, le respondió campante: venido ayer a una diligencia, ahora necesitaba irse de pasajero.

Pero, en su fuero interior Pedro José temblaba de desesperación: de no ser aceptada su propuesta, ¿a qué atenerse? «Embálcate, pué» -dijo el hombre-. «Yo te dejo en el

puelto de la obrilla y de ahí vó te desenrerái, polque yo voy a Primavera» -agregó el hombre-. Este conocía bien la región, sabía quién era perro y gato en Istmina. Quiso preguntarle quién era su familia, sin duda conocía a sus padres: pero no sé qué otro pensamiento se le atravesó, evitándole una mala pasada a Pedro José.

El muchacho, embebido en esa naturaleza potente y exuberante, observaba las riberas apartadas del San Juan, aguas descolgándose con violencia, furia misma, nunca vista. Los patios de los ranchos, repletos de palmeras de chontaduro, de guayabos, guanábanos, cuyos frutos Pedro José había saboreado. De pronto se oyó el rugido de un motor: de seguida, apareció, allá abajo, una lancha rápida. Pedro José quedóse lelo, contemplando desde lejos al mecánico, de pie, rompiendo impasible la corriente. El oleaje desbaratado de la lancha hizo tambalear la embarcación. El hombre manipuló rápido, poniendo su champa de manera que la soliviantara la ola, sin voltearla. En muchas ocasiones ninguna barca resistía, y peligraba. «Malditos gringos» -rabió el hombre-. Él sabía muy bien que esas lanchas eran de los norteamericanos, dueños, además, de esas dragas enormes que sacan el oro y el platino. Todo mundo allí había llegado a odiar a esa gente perversa. Aquella frase mascullada, «malditos gringos», revoloteaba en la mente, inexperta todavía, pero maliciosa, del joven fugitivo.

Istmina. Se imaginaba ver desde la orilla, las pezuñas de una ciudad maravillosa, quizá blanca y brillante. Pero lo desilusionó ese aspecto, exacto casi al de los ranchos en donde había vivido hasta anoche... Bueno, debía irse en pos del maestro de escuela. «Seguramente el maestro necesita quien le

haga loj mandáo. Yo puero sé ése. En cambio que me enseñe a léé». El hombre lo desembarcó en una playita, al pie de la loma que presencia la confluencia del San Juan y el San Pablo. Pedro José subió por una escalera de hierro. Encima, vio circular a la gente, algunos vestidos de dril blanco y calzados, otros descalzos, con pantalones viejos, arregazados, llevando la camisa por fuera, sombrero de paja chantado hasta la nuca... Nadie desnudo, ni en pampanilla siquiera. Avergonzóse de su pequeñez y se consideró tan infeliz, que no le faltó sino llorar. Y recordó que si en la calle la policía pescaba a alguien desnudo en las trazas en que él se encontraba, lo metía sin más vainas a la cárcel. Se sentó sobre el barranco, de espaldas, contra esa que él consideraba ciudad, pero monstruosa, sin corazón, porque no le perdonaba a él salir así en pampanillas, en busca del maestro. Y así, transcurrió el santo día y lo cogió la noche. «Ahora de noche, tarvé no me notan». Oyó una música: debía de ser eso que llaman radio. Hubiera querido acercarse y ver ese aparato que hablaba y cantaba, pero, ¿cómo diablos asomarse a una casa ajena? «No vayan a suponése que voy a robá».

A las seicitas se encendieron las bombillas eléctricas de la calle. Pedro José tuvo la impresión de algo sucedido al influjo de una varita mágica, como en los cuentos. «¡Mandaya nunca!», exclamó, para sí, sin embargo. «Esa luz no me dejará tampoco salir a la calle a buscar al maestro». Ahora, en su mente, el maestro había llegado a ser alguien conocido, un familiar, un amigo que lo esperaba, que le inspiraba confianza. De ninguna manera se quedaría allí. Además, tenía hambre. A decir verdad, no había comido desde antes de la huída...

Alguien pasó cerca. Pedro José se le abalanzó preguntándole por el maestro. El hombre lo miró con simpatía.

«Este debe de llegar del campo» -concluyó para sus adentros-.
«Camina conmigo -le dijo-, que yo vivo de ese lado».

-Aquí es -dijo, minutos después, separándose de Pedro José.

La puerta abierta, nadie a la entrada; en el fondo, detrás de un tabique de madera, se sentían pisadas y ardía una bombilla suspendida del cielo raso.

-¿Quién está ahí? -preguntó desde adentro una voz de mujer.

Pedro José se estremeció. Quiso contestar «yo», pero más bien le calló, disponiéndose a retirarse.

-¿Que quién está ahí afuera? -volvió a preguntar, inquieta, la misma voz de mujer.

Pedro José, al acecho, iba a echarse a correr. Entonces, vio a una mujer envejecida.

-¿Qué querés vó, m'hijo? -le habló, acercándosele.

Pedro José, conturbado, no osaba moverse del dintel de la puerta. Al fin:

-Yo bujco ar maejtro -respondió con firmeza.

-Er maejtro tá ahí, corrigiendo unaj tarea; entrá -lo invitó la madre. Ella observó con piedad a ese niño casi

desnudo. Le pareció extraño verlo en esa traza; en el pueblo se veían ciertamente niños con pantalones rotos y sin camisa, que no en pampanilla. Este niño acaba de llegar del campo...- Entrá pa acá -repitió la señora, conduciéndole de la mano.

Sentado en una sillita enclenque, con espaldar de cuero, el maestro, encorvado contra una mesita, dejó caer un lápiz rojo sobre una pila de cuadernos, y se quedó mirando a Pedro José de arriba abajo. «¿Qué le pasará a este chico?» -pensó.

-De dónde vienes tú?... ¿Cómo te llamas? -preguntóle, entre sorprendido y amistoso.

-Pedro José, maejtro -respondió el huésped.

-¿No tenías un pantaloncito por ahí, para presentarte al pueblo? -inquirió de nuevo el institutor.

-No, jeñó -masculló Pedro José.

-No se dice «jeñó», se dice «señor» -lo corrigió y agregó:- ¿De dónde viniste?... ¿Qué viento te trajo a Istmina?... ¿Me traes algún recado?

Pedro José guardó silencio. Empero, no era que eludiese la respuesta sino que el temor de expresarse mal lo cohibía. Sentía la lengua trabada.

-No temas nada; puedes hablarme francamente -dijo el maestro, en un tono paternal, mientras recogía el lápiz y dibujaba garabatos en una hoja de papel.

En este segundo, a Pedro José le pesó la hora en que huyó de su casa. Quiso decir que su padre lo había enviado a la escuela, pero tuvo miedo de que pronto le cogieran la mentira. «Si le cuento la verdá, me despachará a mi casa... Y yo quiero aprender... Si me devuelvo me quedaré bruto... Ya me salí de allá del monte y no regresaré así, a como vine... Le voy a declarar la veldá... Y si no quiede, le alegraré, me le arrorillaré hajta que me enseñe a lée...» A Pedro José los ojos se le llenaron de agua, la lengua se le puso pesada. El maestro se levantó, acercándosele, y le colocó la mano en la cabeza, cariñoso. En eso apareció la madre, la primera persona a quien Pedro José había conocido en aquella casa.

-Es mi mamá -dijo el maestro-... Ahora vamos a hablar como dos amigos... ¿Por qué has de llorar? ¿Acaso no eres ya un hombrecito?

A Pedro José se le soltó la lengua y no le ahorró detalle al maestro. Este se quedó pensativo durante un rato larguísimo. Su decisión en este momento no era comida de comer. El aceptar o no al muchacho era un acto del cual el maestro debía apersonarse y cargar las consecuencias, tanto más que como individuo, como educador.

La madre abrió un baúl. Sí, desbarataría unos pantalones para hacerle unos calzones a Pedro José; lo mismo haría con una camisa, cosa más fácil, pues le cogería alforzas a las mangas y un gran preñe por detrás. Y no fue cuento, sino que le dio una cuchilla a Pedro José para que descosiera los

pantalones, y ella, aguja en mano, dedicóse a aprontar la camisa; con las tijeras le cortó un gume abajo a la tela y le cogió el dobladillo. De tiempo en tiempo se levantaba dirigiéndose a la cocina a ver las ollas en que cocinaba la merienda. La camisa estuvo lista. Pedro José se la midió, sonriente, y no se la quitó. Luego, la madre recogió libros y cuadernos de sobre la mesa, colocándolos encima del baúl. Tendió un mantel blanco, bordado con florecillas rojas, puso una jarra de cristal con agua y dos asientos. Les sirvió sopa de fideos con queso y plátano asado. Ella comió en la cocina. Después preparó el café. Al tiempo de servirlo se sintió a alguien afuera.

-¡Alto, quien vive! -gritó una voz cálida, risueña.

-¿Pa qué hacéi ese ejcándalo, mi gente?... ¿Quién é que no te conoce la vó?... Dentrá pa adentro, te bebés un trago e cajué.

-¡Qué hubo, compita!... ¿Cómo se siente, eh? -le preguntó el hombre a Pedro José.

Quien alzó la vista y reconoció al que lo condujese hasta aquí. Se sonrió. El hombre observó al muchacho ya de camisa limpia, el rostro totalmente cambiado, contento, pleno de seguridad.

-¿Qué hubo, pues, Baltasar? -lo saludó el maestro.

-Hombre, yo me siento muy, muy aburrido... Si yo permanezco aquí no saldré nunca del barro... Llega un momento en que uno se da cuenta de que su vida ha sido estéril y eso es lo peor... Cuántas cosas yo hubiera deseado hacer y,

sin embargo, véanme convertido en un gusano que roe el pedazo de hueso que le tiran cada día...

-Siéntate, pues, Baltasar, hombre. Tu siempre has sido un tipo emprendedor y corajudo; francamente yo no comprendo qué te pasa hoy -dijo el maestro, preocupado.

La madre apareció con una taza de café:

-Bebéte er cajué, calientico, hijo por Dió -dijo.

-Bueno, ¿qué es lo que pasa?... Las cosas son a como son y a como son son las cosas ¿eh?...

-Figúrese usted, maestro, y dígame si no tengo razón: Yo he trabajado, hace diez años, con el turco Miguel, es decir que yo era un pelado... Hoy se perdieron cinco pesos que estaban sobre el mostrador, y él asegura que fui yo quien me los cogí... ¡Maldita sea hasta mi alma, si yo me he robado cinco miserables pesos!... Para eso, ¡mejor me hubiera pianado la tienda entera!... ¡Yo le juro, maestro, por la leche que le mamé a mi madre, que yo lo contramato a él o él me mata!... ¡Por mi honor sagrado, que mañana entierran a ese bellaco que le roba a todos los campesinos que vienen a su mugre de tienda!... Yo, de eso jamás he dicho nada...

-¡Ay, hijo, pol Dio, no hablés así! -exclamó la madre, abismada.

-Bueno, Baltucho, cálmate... Todo se arreglará en esta vida. Pero, te lo ruego, no te vas a desgraciar... Esa gente tiene

dinero y tiene el poder. ¿Qué vas a hacer tú, hundido en la cárcel por un...? ¡Quién sabe qué pato puso ese huevo!...

Esta última frase se le zafó al maestro, el cual se avergonzó al caer en cuenta de la presencia del niño... Pero, fue un escape de la cólera del maestro, al fin y al cabo.

Baltasar se quedó inmóvil, el rostro entre las manos, los codos contra el borde de la mesa; sus ojos colorados de rabia, sus gruesos labios, trémulos. Trataba de apaciguarse, de convencerse de que el maestro tenía razón, más la ofensa había sido demasiado tajante para perdonarla así por así. «Yo sé que yo tengo mi alma limpia... ¿Qué dirá la gente?» Una saliva gruesa, seca, en la garganta, le impedía articular palabra.

El maestro tomó del brazo a Baltasar, aconsejándole retirarse a su casa. Lo acompañaría y no se retornaría sin la promesa irrestricta de que Baltasar iba a acostarse tranquilo, sin salir a buscar camorra. La calle larga que constituye Istmina, silenciosa y casi vacía. A la puerta de algunas casas veíanse, en el andén, hombres en camiseta, sentados, al fresco de la noche. En un establecimiento melancólico, dos jóvenes jugaban al billar, al claror de una bombilla rojiza, tenue. Sus colegas quizá ensayando disimularse a los ojos del maestro. De cuando en cuando un transeúnte, un vecino, con quien Baltasar y el maestro se detenían a cambiar ideas. Su cerebro, carbón encendido, le quemaba la cabeza a Baltasar. De pronto agudizó el oído: tal vez gente tomando trago en una cantina... El eco de una canción...

-Maestro, vamos a escurrirnos un traguito... ¿Cómo le parece?

-Hombre, yo tengo que acostarme... Y no me acostaré hasta cuando te deje en tu casa, tranquilo.

-No se preocupe, yo ya me siento bien. Pero lo que soy yo no me acuesto sin tomarme un aguardiente.

En esas iban cuando dieron con la bullaranga. No fue cuento, sino que Baltasar penetró a la cantina, tirando al maestro de la manga.

-¡Bien venidos! -los acogió la concurrencia.

-Comadre Emelina: dos tragos más -dijo el que tenía un tiple.

-Nosotros nos sentimos orgullosos de departir con usted, maestro.

El maestro se excusó, alegó que tenía que corregir tareas; en vano trató de zafarse. De pie, el maestro se tomó la copita de aguardiente. Les explicó la promesa de conducir a Baltasar hasta su casa. «Por eso no tema», respondieron los otros en coro. «Nosotros conocemos el problema y no vamos a dejarle meter la pata a un amigo nuestro, a un hermano».

-Pero antes -dijo Isacito Rentería, el del tiple-, óigame esta canción, maestro, y vos también, Baltasar.

Isacito Rentería se cuadró el tiple. Registrando algunas notas, charrangueó golpes de pasillo. Carilargo y melancólico, no se sabía si su tristeza era fingida o, si en lo recóndito de su alma le lastimaba una pena. Sobre sus ojos se desplegaban párpados de largas pestañas, que imprimían a su rostro un viso de compasión profunda hacia todos los seres sufrientes. La gente se levantó ofreciendo sus taburetes al maestro. La cantinera sacó de debajo del mostrador un cajón vacío: en él podían sentarse apretadas dos personas. Isacito Rentería inclinó la cabeza cual un crucifijo y entonó la canción:

Santo Dios del cielo:

¡Yo que l'amo tanto!

Para qué tanto amor,

Si hemos de estar

Por siempre separados.

Yo lejos d'ella

Y lejos d'ella yo...

Emelina, la cantinera, comenzó a frotarse los ojos, soñolienta, llorosa.

Algo doloroso, amargo, carcomía las venas, los huesos, la carne de Baltasar. Evocó aquella muchacha que lo quiso en los umbrales de la adolescencia y que murió ahogada en el río San Juan, la tarde del día en que le había dado el «sí», en un patiecito, detrás de una cocina. Al entierro asistieron los niños

y niñas de la escuela, un cura adelante, cantando responsos bajo el cielo ardiente del peso del día y regando aguabendita con el hisopo...

De entonces habíanse esfumado diez años... ¡Cómo pasa el tiempo! Lo que le trabajaba ahora era la sensación de tener que irse de aquí, mañana mismo, tal vez.

Emelina llenó de anisado las copas. ¿Acaso, de verdad, Isacito la quería? Ni más ni menos que un plantillero, todas las mujeres lo decían. ¡Y bebía tanto! «¿Qué haría yo con un individuo de tal facha?... Se me bebería todo el aguardiente y, después, qué comemos?», pensó en broma, para sí, y se sonrió, lanzando una mirada cariñosa al tiplista. En la noche, hasta afuera, en la calle, llegaba la letra:

¡Para qué la conocí!

Mejor me fuera,

Que nunca ni jamás

La hubiese visto,

Tan graciosa y bella

Como una estrella,

Para después...

Tenerla que olvidar...

Isacito Rentería poseía una voz clara de tenor que subía, bajaba y pasaba de uno a otro matiz con la facilidad de un bordoneo de guitarra. El eco de su canción parecía haberse quedado en la atmósfera soledosa de ese punto del mundo donde aquéllos hombres se empeñaban en estrangular la monotonía y hacer del hambre no más que una ilusión... «Yo también soñé / cuentos de ilusión... / desde mi niñez /... Y fue un sueño azul / el que me engaño /... Yo quisiera soñar / y dormir de una vez para no despertar»... El maestro evocó este tango, a pesar de que él rechazaba con violencia todo asomo de tristeza, todo aquello que intentara desquebrajarle las alas a la esperanza. «Yo no sé por qué, pero yo me siento con las pezuñas aferradas a la vida... Cuanto es vida, todo aquello, aunque fuere apenas gustar de este sol, del verdor de esta tierra nuestra»... Cuando el maestro se sentía mal, en medio de esos días que rasguñan a cada hombre y que parecieran querer ahogarlo, él entraba a la escuela, y el sólo ver a los niños, sentir que venían fielmente cada día a recibir lo que sinceramente el maestro les entregaba de buen corazón, le retornaba su fe incólumne en un porvenir mejor... Por eso el maestro huía del trago, pues no era un santurrón ni mucho menos; además, le avergonzaba el volver a la casa hediondo a alcohol y que su madre lo notare.

-Bueno, la fiesta está muy buena, pero ya es tarde; vamos a dejar a Baltasar -dijo el maestro, terminante.

Isacito Rentería le guiñó el ojo a Emelina y recostó el tiple a la pared. Emelina no le contestó, al contrario, arrugó la cara.

Condujeron a Baltasar hasta su casa y se separaron cuando Baltasar les juró que se sentía bien.

El maestro sorprendió a su madre y a Pedro José, cada cual templando un pedazo de pantalón, aguja en mano, prespunteando el dobladillo de las piernas. Se sonrió y sentó a la mesa a acabar de corregir las tareas. Para terminar, la madre añadió a los pantalones calzonarias hechas a fuerza de añadiduras de sobras de la misma tela.

-Pedrito, m'hijo, merite er pantalón -dijo la madre, liberando un suspiro, prolongado, victorioso.

-¿Ya está? -inquirió el maestro volviéndose a mirar.

Pedro se metió los calzones: le quedaron flojos en la cintura y una pata más larga. El maestro se sonrió al ver escurrírsele por en medio de las piernas una punta de la pampanilla.

-Mañana, al vestirte, te quitas la pampanilla -dijo el maestro, como distraído, para que el muchacho no se sintiera apocado.

Temprano, al día siguiente, Pedro José al lado del maestro, se encaminaba a la escuela, un lápiz en el bolsillo y su cuaderno bajo el brazo; tal como pasaban los otros niños.

Hacia las ocho cundió una algarabía espantosa. Las puertas de las casas se iban abriendo de par en par, dando paso a individuos constituyéndose en muchedumbre, deseosos de

indagar. Los niños de la escuela se levantaron de las bancas, arrojándose afuera; el maestro los contuvo.

Baltasar estuvo a punto de desgraciarse con el turco Miguel. La policía encontró a Baltasar desarmado. (Un amigo le quitó el cuchillo y lo escondió). La cuestión, pues, a los ojos de la autoridad, no había pasado de trompadas, bien que el turco hiciese un disparo.

Así acabó Baltasar su carrera de dependiente de almacén de víveres y abarrotes. Unánimes, los amigos estuvieron de acuerdo en que Baltasar se despidiera de Istmina.

¿A dónde emprender esa fuga en pos de una vida más sosegada?

Sus padres, envejeciéndose, quedarían con el hijo mayor, Juan Sabino, y con Rosario, la de más tierna edad.

... Y esa misma tarde, por el viejo camino del Istmo o arrastradero de San Pablo, Baltasar con un joto al hombro dijo adiós a su familia y amigos. Isacito Rentería lo acompañó tres kilómetros. Al separarse abrazáronse con la promesa de encontrarse algún día en mejores condiciones. El corazón de Baltasar le golpeaba en el pecho, preso de una profunda inquietud.

Sin embargo, hilvanaba los mil proyectos con que desembarcaría en Quibdó.

Isacito Rentería se buscaba a sí mismo y no se hallaba. De una cosa sí se dio cuenta cabal: no podría ni debería seguir esa vida. ¿Qué iría a hacer cuando no topase quien le diera el trago de aguardiente?... «Lo que más me choca es que se ha cometido una injusticia... Pero todo mundo sabe que Caimacán aunque se estuviese muriendo de hambre no se hubiera robado cinco miserables pesos...» Las piernas le flaqueaban. Se detuvo en un llanito al borde de la trocha, arrumazó hojas secas y se sentó a dejar consumir allí su aburrimiento. Al lado se desenvolvía el ovillo de una cangrejera. De pronto vio un cangrejo negruzco moviéndose sin saber hacia dónde... «Ah-suspiró-, yo también me estoy yendo para atrás como el cangrejo»... En eso reavivóse en él una vieja llama: llegar a ser cantor de la iglesia. Muchas veces había manoseado este deseo, pero nadie se había dado la pena de enseñarle. El aprendizaje le costaría cien pesos, según le dijeron; pero ¿de dónde diablos los sacaba?... El viento le traía perfumes cambiantes: respiró un intenso olor al musgo de las raíces; ora saboreaba la miel de las granadillas, ora lo embriagaba la presencia de una mata de santamaría-de-anís. En eso arqueóse una rama y, al alzar la vista, vio asentado en ella, balanceándose, un enorme chamón. Al rato prosiguió su marcha, pero antes de entrar al pueblo penetró al bosque, del cual sacó un ramillete de heliótropos para Emelina, la cantinera. No bien llegado dirigióse al convento de los curas para arreglar de una vez por todas el asunto de aprender a tocar el armonio y a cantar. El padre le dijo que precisamente necesitaban un cocinero y mandadero. Si Isacito Rentería no veía inconveniente podía desempeñar aquellos menesteres y en sus ratos libres el sacerdote le enseñaría a acompañar la misa...

-Sí, mi padre -asintió Isacito, y con una respetuosa inclinación de cabeza se despidió, yéndose. En el umbral de la puerta se detuvo, pensó un momento y se devolvió:

-Perdóneme su reverencia... Pero yo ya estoy grande y me he quedáo bruto... ¿También podía aprovechá pa apren- dé a deletreá manque juera en la citología?

-Veremos, veremos, veremos... Véte en paz -lo despidió el presbítero.

Al día siguiente el maestro fue destituido, aparentemente sin causa. ¿Qué había hecho?, se preguntaba en sus numerosos momentos de meditación. Había trabajado devotamente. Jamás negó a los niños nada de cuanto tuvo en sus manos. Salía poco, comenzó a llevar una vida de anacoreta. Su recreo favorito era ir a bañarse al río, junto a la caída de la tarde. De lo poco que su madre le servía apenas si masticaba con desgano un bocado; en cambio bebía café sin tregua. Cada semana que volaba se sentía con más peso la miseria que se cernía sobre ellos. Pero no sólo esto lo acobardaba: al maestro lo roía una tristeza taladrante provocada por la ausencia de la escuela, la algarabía de los alumnos. Pedro José continuaba yendo a las clases. Un día se le ocurrió preguntarle por qué lo habían destituido, si ello era definitivo, o si más tarde lo reintegrarían en el puesto. El maestro tragó grueso. No quiso decirle que por ser conservador. Sin embargo Pedro José había olfateado en la calle la verdad. Naturalmente él no comprendía qué era ser conservador o no serlo, pero sabía que ahora los liberales estaban mandando. Y si se intenta penetrar un poco en la realidad del asunto, veremos que el maestro tampoco conocía a fondo por qué era conservador. Oriundo de Tadó, la mayoría allí era conservadora, los viejos habían hecho la guerra

civil contra el liberalismo. Él era conservador porque su padre y su abuelito lo habían sido, así como otros eran liberales por razones idénticas. Esa costumbre de llamarse conservador y de admirar a los próceres conservadores, lo obligaba a no cambiar su opinión. En fin de cuentas lo que a él le interesaba era trabajar, trabajar como maestro, pues, ¿qué diferencia había entre el origen y vida suyos con los del maestro venido para reemplazarlo? Y pensó en cómo le había chocado antes presenciar la persecución desatada contra sus amigos, cuando en el colegio se le cerraba el paso a muchachos pobres, negros como él, cuyo único pecado era querer aprender. «Hoy se me persigue a mí y los perseguidos de ayer no han ganado cosa distinta a la indiferencia...»

Pasaban los días tan veloces como la corriente del San Juan. El maestro habíase dedicado a hacer memoriales, pero Istmina era demasiado pequeña para contentar al ejército que los redactaba... El maestro apenas sobreaguaba. La madre lavaba y planchaba, e Istmina era demasiado estrecha para satisfacer a tantas madres ocupadas en idéntico menester.

El maestro comenzó a andar con camisas remendadas: al principio la cara le sudaba de vergüenza: llegó el momento en que el remiendo ostentaba una tela de otro color y por ende las rodillas y el fondillo lucían parches como banderolas.

-¡Mamá, nos vamos! -decidió el maestro.

Una madrugada lluviosa, tapada de neblina, se embarcaron San Juan abajo. Entre Bebedó y Negría pidieron posada en un rancho. El maestro dedicóse a la agricultura y

más tarde fundó allí una escuela alternada. Los padres de los niños y niñas le pagaban, uno con un gajo de bananos, éste con un racimo de chontaduro, aquél con una peseta de ñame, quién con un pescado.

No sé qué día el maestro se levantó muy desganado. Hizo la clase en el corredor soleado del rancho. Como de costumbre, los niños al fastidiarse echaban a volar la imaginación frente aquel silencio desafiante, en medio de aquella selva bravía... El chirrido cercano de un pajarillo de plumaje encantador y vistoso los entusiasmaba, y el golpe de la varita del maestro contra el piso, los hacía doblarse sobre sus ajados cuadernos.

Sí, no sé qué día el maestro se sintió muy mal. Quién sabe qué comió ayer y que no le sentó bien. Eso quizá pasaría solo. Lo triste fue que la comarca se vio privada del maestro, casi de repente. Nadie supo de qué murió, fuera de las conjeturas, de las cuales tal vez la más aceptada resultó ésta: al pobre lo mató un cólico miserere. Isacito Rentería acompañó con su corazón, el armonio y su voz, la misa de ánima. Pedro José ofició de acólito. El cadáver fue enterrado en el cementerio de Istmina.

La madre, Pedro José e Isacito Rentería hasta durante el último parpadeo del crepúsculo, se quedaron echándole tierra a la sepultura y pisando bien el barro para que la lluvia no fuera a destaparla...

«Fue para mí como un segundo padre», mascullaba Pedro José, bajo las estrellas, paso entre paso, al margen del camino.

Sin embargo no se descorazonó. Hoy como mantequero de un comerciante, ya como carguero a través de la trocha de

Istmina al Tambo, ora como cartero casi ad hoc de la oficina telegráfica, bien llanamente vegetando, Pedro José no se retiraba de la escuela. Aspiraba a ser algo. E hizo de tripas corazón hasta lograr amasar unos centavitos.

Con eso, un buen día, detrás del lucero de la boca de Quito, como si aquel astro fuese una seguridad terrenal, Pedro José levó anclas rumbo a Quibdó, al Colegio Carrasquilla. «Tengo que ser bachiller... En el barro no me quedo», se repetía, mientras con el dedo índice arqueado se escurría el sudor de la frente, a lo largo del camino verde, húmedo, estremecido por la brisa, cantado por los parajillos, animado por el paso -a ratos medroso- de un animal grande.

“¡ah,sí!... la destitución del maestro!”

III

Aquí la vida parecía quieta a la par que la atmósfera de las tres de la tarde: sol ardiente, calor sofocante, la sensación de un mundo estático. Sí, apenas la sensación. Los años corrían a velocidades. Pedro José miraba atrás y le parecía mentira encontrarse hoy, a las seis de la mañana, en esa sala tupida de

jóvenes, en el Colegio Carrasquilla. Afuera caían las últimas gotas de lluvia de este amanecer con sol tardío. Sentía su alma henchida de demasiada alegría y, a pesar de que deseaba concentrarse, no lograba fijar su atención en el tablero, donde el profesor escribía, trazaba, borraba números y líneas, para demostrar una operación matemática. En el patio, especie de huerta descuidada, veía verdear maticas de hojas anchas y, de trecho en trecho, una florecilla raquílica; más lejos las cocinas de casas de madera, desvencijadas, derritiéndose. Todo le recordaba su miseria. Le había quedado vecino un muchacho descalzo, que no perdía un milímetro del hilo de la explicación, el cual vestía camisa y pantalones remendados, pero limpios y hasta almidonados. Al fondo, un mozalbete blanco: Pedro José le observaba su cabeza bien peinada, su rostro infantil, e hizo rápido la cuenta de que este muchacho terminaría su carrera, bachillerato y universidad, más o menos a la edad de veintitrés años... «En cambio yo, si ruedo con bien, saldré pero casi viejo»...

En esas sonó la campana; la clase se removió. «Nadie se me va, hasta tener cada quien copiada la tarea», advirtió el profesor. Pedro José no tuvo otro remedio que copiar detalladamente los ejercicios. Contaban con una hora para salir a desayunarse y volver.

Pedro José, en compañía de otros, se dirigió a la calle de la Yesquita, donde una señora se había comprometido a servirles la alimentación, mensual, por quince pesos. Misiá Amelia vivía en una casita de paja, cercada de palma, sin empañetar; dividida en tres compartimientos, separados por tabiques de madera que no legaban al cielo raso. Separada del

marido, desde hacía marras, vivía con sus hijos, una mujercita de nueve años, María de las Nieves, y un hombrecito de once, Rafael. María de las Nieves ayudaba a lavar los platos y, ¿por qué no?, a preparar la comida. Rafael estaba en la escuela, y cuando salía brincaba al mercado a vender los panes o cualquier otro mecate alistado por la madre para ganar el sustento. Rafael, siempre avispado, cuando llegaba el barco de Cartagena, hacía negocitos: una vez se dedicó a desenterrar botellas vacías, a diestra y siniestra; reunió un bulto de botellas y las trocó por media arroba de Bocachico salado. Aquella transacción le produjo con qué comprar un pantalón nuevo y tres cocos; éstos, Misiá Amelia los convirtió en cocadas, y así se pudo desembolatar el mercado esta primera semana del compromiso con la alimentación de los estudiantes.

-¡Mamá, ahí vienen! -gritó María de las Nieves, desde la puerta.

Misiá Amelia, en volandas, tendió sobre la mesa un mantel almidonado, pulquérrimo. María de las Nieves puso la jarra de agua y algunos vasitos de cristal; en torno a la mesa cuatro asientos de madera con espaldar de cuero de vaca.

-Buenos días, Doña -saludaron los muchachos, así en coro.

-Buenos días -respondió la señora, sonriéndose tímidamente, y agregó:- no sé si se amañarán conmigo... Yo haré todo lo posible.

En el acto les sirvió plátano frito con queso y una taza de café con leche, oscuro.

-No está mal -dijo Pedro José a sus compañeros.

-Dentro de una hora verás si el buche no te dice nada -observó alguien.

Terminaron. Aún les sobraba un cuarto de hora. Las nubes se disiparon; el sol brilló, amarillento, comenzando a secar techos y calles húmedas. De trecho en trecho se topeteaban con las muchachas que iban al colegio y a la escuela. Como quien no quiere, Pedro José miraba aquella jovencita erguida, morena color canela, pelo crepo pasudo, los pómulos ligeramente salientes, toda ella atrayente.

-¿De dónde es? -preguntó él.

--Costeña -le respondió uno de los compañeros-... ¿Por qué? -interrogó el mismo.

Pedro José no hizo caso, o se hizo el que no había oído.

Terminó la jornada. Se sentía un poco cansado; casi no se le escapó un solo detalle de la sucesión de materias que lo ponían en los umbrales de la ciencia. Cuanto se había expuesto hoy, en verdad, no era cosa del otro mundo, pero sí más extenso de lo que él había aprendido. Lo impresionó mucho, mucho, un profesor, viejancón él, por la franqueza y desenvoltura con que se acercó a los alumnos, semejante a un simple maestro de escuela. Al inaugurar su cátedra de castellano les dictó un poema, recomendándoles aprenderlo de memoria y comentarlo para la próxima clase. Por la primera

vez, Pedro José se sintió faz a faz, conscientemente, con la literatura. No dilucidaba si era la personalidad del profesor aquello que lo conmovió o si, más bien, él comenzaba a penetrar en algo más que en la mera sonoridad de las palabras de una poesía. Esos versos le dejaron una sensación de descarga de una preñez insospechada, de un vago sentimiento de plenitud. Otra cosa: por primera vez oía mencionar a Porfirio Barba-Jacob, el autor, vagabundo redomado, según el calificativo dado por el profesor...

La vida es clara, undívaga y abierta como el mar...

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles...

«No. Lo que yo siento no puede ser apenas el roce de unas palabras...» Con ese pensamiento penetró al zaguán de la casa de Petronita, donde compartía un cuarto apretado. Poseían una mesa rústica en común; dos de entre ellos dormían en catres de lona; Pedro José y el otro, en el suelo raso, alargados o acurrucados en una esterilla. Solo, se sentó a la mesa a preparar sus tareas a fin de que no le cogiera el tiempo. No lograba poner en un punto fijo su pensamiento y se echaba a divagar en el porvenir, cuando él fuere Doctor y se instalare con su familia, llevando una vida organizada, feliz... Se le vino a la memoria el rostro anguloso, a la vez rudo y fino de la «costeña» vista esta mañana. Deseó encontrársela de nuevo, y hasta dirigirle la palabra. Deseo silencioso y agudo, casi doloroso, que lo llenaba de un extraño optimismo y de un anhelo de superación. Dejó caer el lápiz y se salió a errar por esas calles empedradas y polvorientas de Quibdó, donde casi todo le era secreto aún. El aspecto era tan miserable como el de Istmina, pero había más gente, dos automóviles y algunos camiones que pasaban o pitaban de vez en cuando. Se detuvo a

la orilla de la Yesca y contempló esa agua turbia, escasa. Algunas lavanderas regresaban con atados de ropa en la cabeza. Aquí, a la orilla, comenzaron a croar las ranas y a estremecerse las ramas de los árboles. A diez pasos principiaba la selva, un conocido familiar y acogedor para con él... El pensar en su familia no lo abandonaba, aun cuando a ratos le parecía extraña su propia adolescencia. Había vivido en la selva casi al par que las bestias. Evocar ese pasado amargo, trágico, lo inundaba de odio hacia algo, hacia alguien que sin embargo no localizaba con precisión. Tal vez el «Gobierno». Pero no sabía a ciencia cierta por qué el «Gobierno» precisamente... No comprendía bien: existían aquí dos bandos de liberales y el partido conservador. Los godos querían tomarse el poder; los liberales mandaban... «empero, nosotros, pase lo que pasare, somos los perseguidos, vegetamos en la miseria, aun siendo liberales». Enigma para su mente inhábil aún. Se encendieron las parcas bombillas de las calles... Se cerró la noche.

Antes de quedarse dormido, ya tarde, se convenció de que al fin y al cabo su entrada al colegio había sido un triunfo más sobre esa vida y ese universo, empeñados en serle siempre hostiles...

No bien agonizado el mes siguiente, le llegó un momento penoso: pagar los quince pesos de la alimentación, los tres de la lavada de ropa, más su parte correspondiente al alquiler del cuarto.

-Hombre, ¿no me ha llegado la plata!... ¡Maldita sea! -le dijo desesperado Luis Aníbal.

-Pero te tiene que llegar -murmuró Pedro José.

-¡Claro!... Pero, ¿cuándo?... ¿Mañana? Yo no sé, pues ha debido venirme desde hace ocho días. ¿Tú me puedes prestar un peso para los cigarrillos? -rabiaba Luis Aníbal.

-¡Ja!... ¡Ja!... -rió Pedro José, risa sarcástica, burlándose, quien sabe, de sí mismo o del otro.

-Pero no te rías, te hablo en serio -anotó Luis aníbal.

Sentados en un banco de cemento, bajo las ramas envejecidas de un almendro del parque, veían pasar de un lado para otro, gentes sin premura... Cielo teñido de un color lila, manchado de brochazos blancos. Se desmenuzaban los últimos bostezos del crepúsculo, el sol había desaparecido. Se paseaban niños blancos, bien vestidos, acompañados de niñeras negras, descalzas. Frente a ellos se pararon dos estudiantes de cuarto año. José del C. Valencia, el uno, llevaba bajo el brazo un libro, cuyo título se escapaba apenas: Platón: La República. Pedro José había oído mencionar a Platón muy, muy por encima. José del C. Valencia gozaba fama de buen estudiante y se chuchoteaba que le dolían los ojos del mucho leer. Se había familiarizado tanto con los libros, que el hombro derecho se le había subido a la fuerza de portarlos bajo el brazo; actualmente, aun sin llevar una mera hoja de papel, su andar denotaba la impresión de que él cargaba un texto apretado en las axilas. «Ese tipo irá lejos», comentaba el vulgo, con respeto.

-¿Tú no sabes que él ha leído a Marx? -informó Luis Aníbal en voz baja.

-¿Qué? -inquirió Pedro José, pues no agarró nítida la palabra. «¿Qué es Mar -se preguntaba a sí mismo-, una novela o un autor?»

Luis Aníbal permaneció con la boca sellada. Tal vez sus conocimientos al respecto, no le alcanzaban como para transmitirlos. A lo mejor, Pedro José le seguiría preguntando. Tuvo en la punta de la lengua soltar que Marx era fundador del comunismo o un filósofo comunista. Pero prefirió comerse las palabras, dado que de ahí para adelante...

José del C. Valencia hablaba, gesticulaba, se quedaba inmóvil, el rostro levantado, como imbuído en la reflexión acerca de si el Ser y el no Ser se encontrarán algún día en alguna parte. Pedro José lo observaba con admiración... ¿Cómo habría logrado ése escalar las ramas del saber?... Luis Aníbal deseaba con inquietud escuchar aquel diálogo, penetrar en el dominio de quienes sabían. Luis Aníbal tampoco era quibdoseño, pero residente aquí desde años atrás, había cursado la escuela urbana. Se había sostenido como sirviente en casa de un comerciante. A pesar de haberle servido a éste durante ocho años, nunca le mejoraron el trato de criado infeliz: durmió siempre en la cocina, junto con el perro guardián. Ahora que había entrado al colegio se sentía un individuo digno y se había desligado del patrón. Sus padres le mandaron una boleta de Bagadó:

Mijo querido, emó sentiro un placé tan grande ar sabé cás entráo ar colefio Carrasquiya. Los ace farta palabra pa espresáte ese placé que los llena er corazón. Manque ya tamos avanzaros de'dá te prometemo allurate cada mé con lo que poramos pa que continués tuestudio, mijo. Diós meriante llegarás a sé un hombre utí pa nuestra patria. Tenemo la fe que no cerramo lo ojos ante de velte graruaro.

Ambos se levantaron en direcció de Misiá Amelia. Al entrar observaron la mesita desnuda, y una escuálida atmósfera en vez de la risueña del primer día. Misiá Amelia salió de la alcoba:

-Yo no puedo servíles má la alimentación... Ustedes no me han pagado y yo no cuento ni siquiera con qué comprar er bocado de comida para mis muchachito... Yo lo siento en el arma.

Pedro José comenzó a aprender sastrería; dentro de poco se desenvolataría unos centavos. Al salir del colegio se encerraba a trabajar, hasta la una, dos, tres de la mañana. Comía poco, muchos días casi nada; se la pasaba, por ejemplo, con cinco centavos de bananos maduros. Al principio había sido un alumno excelente, sinceramente excelente. Los profesores constataron que ya no se presentaba a las clases con asiduidad: un día lo pillaron escabulléndose nada menos que a las diez de la mañana; el profesor se quejó ante el rector, quien le rebajó la conducta. Su presentación personal de mal en peor, de día en día: los pantalones notoriamente remendados en las rodillas, los zapatos boquiabiertos, la suela gastada casi íntegra, sin medias. En el cómputo de los exámenes trimestrales,

precedente a los finales, Pedro José analizaba silencioso su libreta de calificaciones: ¡Ah, hijue!... Cuatro materias perdidas, y en presentación personal le habían chantado dos y medio. ¿Qué hacer? Hasta las narices del rector llegó el toletole de que Pedro José estaba enamorado, se pasaba íntegro el tiempo con la «costeña», Tulia, y bebía. Pedro se sentía avergonzado de que se creara tanta mentira alrededor de un muchacho cuyo delito consistía en trabajar para no robar, ni perecer. Lo cierto era que todo el mundo lo quería, muchas gentes trataban de ayudarlo, pero éstos, si no más pobres, lo eran tanto como él. En las semanas que faltaban para los exámenes finales haría un esfuerzo; aunque raspando, lo esencial era ganar el año. Ya sabía coser pantalones y le caían clientes; sólo carecía de máquina, pues su patrón veía con malos ojos la competencia. En fin, obtuvo máquinas prestadas o alquiladas, por aquí una hora, media por allá.

-Bueno Luis Aníbal -dijo Pedro José-, yo quisiera preparar junto contigo los exámenes, ¿qué tal?

-De acuerdo, precisamente hay otros en las mismas... Las matemáticas y la biología es lo más duro.

-Demetrio dice que hay una escuela donde podemos trabajar de noche; utilizaremos el tablero.

-Entonces esta tarde nos encontramos para decidir...

Pedro José hasta el último minuto abrigaba la esperanza de ganar. En los momentos libres se entregaba a sumar por aquí, a no desperdiciar ni un céntimo en el cómputo de sus calificaciones; además, tenía la certeza de haberse debatido como un león en los exámenes; lo que más le chocaba era el no

haber alcanzado a terminar el de historia; se le deslizaron sin respuesta nada menos que tres preguntas; las otras dos, perfectas: quizá el profesor lo tendría en cuenta.

Ahora, al igual que los demás, con el corazón en la mano, aguardaba su turno, en el centro del aula máxima del colegio, llena de padres de familia, de las autoridades del lugar. Al escuchar la lectura de sus calificaciones un chorro de sudor grueso se le desgranó de la frente. Perdió el año.

Afuera hacía una hermosa noche de plenilunio. La luna y las estrellas rasgaban portentosas el firmamento; se le hacía cruel no sosegar en noche tan serena. Ora trataba de justificar su fracaso, ya se condenaba. «Si yo hubiese vivido en mejores condiciones quizá no hubiera perdido el año... O, tal vez yo soy un bruto».

Aquella noche hubiera querido emborracharse hasta perder el conocimiento. «¡Me voy a matar!...» Y se largó al barrio donde prostitutas negras y blancas se vuelcan más y más en la miseria, dando al traste con el resto de ardor de sus corazones, al fin y al cabo humanos. Pedro José se paseaba a lo largo de aquella callejuela tenebrosa, las manos en los bolsillos, dispuesto a mendigar una cerveza o un trago de aguardiente en esta postrera noche de su tránsito por el paraíso terrenal.

En torno a una mesita enclenque de madera, desnuda, se perfilaba José del C. Valencia, de piernas cruzadas, displicente, la mano abarcando un vaso coronado de espuma. Con él, otras personas y una mujer distraída, soñolienta o aburrida. Casi escondido, tras la nave de la puerta, en compañía de cuatro

individuos que Pedro José solía ver en la calle, pero cuyos nombres ignoraba, notó a Baltasar; aquí lo apodaban Caimacán, a causa de su temperamento violento, mejor, por su coraje. Durante el año, los dos se habían topeteado en repetidas ocasiones, sostenido uno que otro diálogo fugaz. No sé si carecieron de una buena oportunidad. Pedro José atravesó el umbral de la cantina, acercándose a la mesa de Caimacán.

-¡Entre hermano! -exclamó Caimacán con visible alegría-, ¡yo me siento orgulloso de departir con usted!... ¡Choque esa mano! -dijo, poniéndose de pie para ofrecer su silla al estudiante-. Nosotros abrigamos una fe ciega en esta juventud que se levanta... Sí, nosotros los réprobos, los perseguidos, los que llevamos la maldición en el pellejo.

Su voz recia se hizo patética, y atrajo la atención de los concurrentes. Pedro José no supo en el acto qué posición tomar. ¿Acaso Caimacán estaría borracho? ¿O hablaba seriamente, así todo el tiempo? Borracho o no, lo que acaba de expresar era una verdad, quiérase o no.

-¡Ah, me parece que fue ayer! -añadió Caimacán, en tono confidencial-... Aquel anochecer en que te encontré en Istmina, recién desembarcado... Tú no sabes cuánto bien me hiciste... Yo me iba a arrojar al agua... a pesar de que estas patas mías no han salido del pantano, lo comprendo, la vida vale la pena de vivirse... Yo no he tenido como tú la formula de frecuentar las aulas de un colegio, no... ¡lástima!... Pero, me he leído mis libritos y me los sigo leyendo... De grano en grano la gallina se llena el buche, ¿no es cierto?... Esos caballeros que ves allí -se interrumpió Caimacán, señalando con el rabo del ojo el grupo de José del C. Valencia-, son estudiantes profesionales, de la Universidad del Cauca... Dentro de poco tú

serás como ellos, y, quién quita, quizá más... José del C. Valencia sale el año entrante para Bogotá...

-Es un diletante -anotó alguien, con voz grave.

Pedro José no comprendió bien qué significado encerraba esa palabra: «Di-le-tan-te» -se repitió para sí.

-Tiene razón -intervino Pedro José-, pero yo soy un carajo. Perdí el año.

-¿¡Que qué?!

-Sí... Por eso he decidido... -Pedro José cambió de pensamiento-, consagrarme a la sastrería exclusivamente... Yo ya estoy muy viejo para seguir estudios... Además, no puedo sostenerme en el colegio, a menos de obtener una beca, lo cual, como usted sabe, para nosotros es casi una quimera... ¡Uff!... No sólo de pan vive el hombre...

-Pero de pan también -apuntó Caimacán.

Todos se rieron. Caimacán permaneció cabizbajo durante unos segundos:

-Hombre, nunca es tarde para el perdón... Si pudiera, yo mismo me metería a estudiar. No te acongojes: al que algo quiere, algo le ha de costar... Yo meto la mano a la candela: tú no perdiste al año ni por haragán ni por vagancia... La vida que tú has llevado como estudiante, eso no es vida.

-Así es -asintió Vicentico Cuesta, quien alzó su copa de aguardiente-... ¡Salud!

Al retirarse, Pedro José sentía su propia alma una cosa y su cuerpo otra. Dando traspiés, al fin en un momento se plantó, balanceándose, tal una caña de azúcar en el huracán.

Entró a su cuarto y se descuajó como un racimo de bananas, descargado por el peón después de una jornada de llevarlo al hombro. Se despertó bajo el influjo de una paliza; le dolía la cabeza, le parecía tener el estómago anudado a los riñones. Santo remedio: juró nunca más beber.

Desde tiempo atrás, Matías Lozano le venía tirando a la dirección de la Imprenta Oficial. Obrero concienzudo, incluso trabajaba más de la cuenta; dueño de un gusto exquisito, si en lo impreso la tinta se regaba, o si por desgracia se le movía la galera, Matías Lozano permanecía con dolor de cabeza durante una semana. Infatigable lector de prensa, se mantenía al corriente de todo cuanto se pasaba de cabo a rabo en el país. ¡No importaba que los periódicos llegasen amontonados el día de correo! Se los sorbía. Versado en olfatear el circo de la politiquería nacional, sabía quién iba a ser senador, representante, ministro, próximamente. Mucho, muchísimo antes, él atravesó una larga época de miseria. Como sería, que le tocó salir a la calle descalzo.

Aquí existían varios grupos políticos regionales. Fuera de los conservadores, aparentemente anonadados a partir de 1930, los liberales se comportaban entre sí, peor que perro y gato. Un sector formado por los blancos, otros por los negros.

Refriegas por repartirse la marrana: de otra manera resultaba imposible ganarse el pan. Naturalmente había negros coaligados con los blancos; blancos apoyados en grupos disidentes de los negros. Un instante la nave parecía virar hacia la orilla negra. Incluso fue nombrado Intendente un negro. Matías Lozano alcanzó a destacarse, aún como dirigente. No queriendo crearse problemas con ese negrerío, el gobierno central dio la orden de descabezar tal movimiento. Matías Lozano se calló la boca, como por encanto. Después resultó partidario del grupo liberal «genuino»{3}, lo cual le valió una chanfaina. «Lo que soy yo, decía, mi teta no la suelto». Las malas lenguas aseguraban que Matías Lozano sería presto director de la Imprenta. «Si me la dan, esa carnada, lo primero que hago es arreglar mi casita: le cambio el tejado, levanto la cocina; en el patio, detrás, construyo un excusado.»

Se levantó a las seis de la mañana, y, mientras saboreaba la taza de café tinto, hirviente, se bajó, como de costumbre, a la calle, y con los ojos abiertos abarcó su morada, cual arquitecto, proyectando aquí una ventana pintada de verde, acá las puertas, en ese espacio un huertecillo.

-Matía: el muchachito le ha dão la recaída, vorbió a amanecé con fiebre -dijo la mujer.

-¡Qué será lo que le pasa a este niño! -se dijo Matías, rascándose la cabeza.

Faltando un cuarto se marchó al trabajo.

Y a las ocho en punto Caimacán se presentó a los talleres de la Imprenta Oficial. Al ratico apareció Vicente

Cuesta. Se saludaron, y, uno al lado del otro, pusieron manos a la obra, removiendo las cajas de tipos.

Vicentico estaba de a cuerdo con la idea esa: «Aquí lo tienen a uno jodido sin ninguna prestación social». Sin embargo continuaba indeciso: si a causa de inmiscuirse en el sindicato lo botaban del puesto, ¿qué diablos haría él? Ya le costaba suficiente dolor de cabeza, sostener a la familia con el sueldo. «Mi mujer, hasta el último momento, se opuso a que empeñásemos las alhajitas de Julia... Pero debíamos meter este año la muchacha al colegio. Cuando Julia termine, entrará al magisterio y será una ayuda para la casa... Quién quita que, con ese buen corazón que tiene, no se encargue ella de la educación de su hermano».

-Caimacán oye: yo estoy de acuerdo -dijo Vicentico Cuesta-, pero...

-...Tienes culillo de que te echen al asfalto, ¿no es verdad? Ya bastante saliva hemos gastado pidiendo aumento, lambiéndoles la nalga a estos carajos... El único que está contento aquí es el lambón de Matías...

-¿Quién es que se está jugando la boca, allá, con mi nombre?... -refunfuñó furioso Matías Lozano, estirando el tronco y alargando su pescuezo largo, por encima de la prensa en que se hallaba tirando un decreto en hojas volantes.

-¡Vos sós! -gritó Caimacán-... ¡Te lo digo para que te emberraqués, si sós mucho macho!... ¡Me tenés hasta aquí!... ¡Ya no te puedo ver ni pintado!...

Matías Lozano lo miró con unos ojos blanqueados, preñados de rencor. Alzó en peso un asiento, y se le vino encima a Caimacán.

«Le quito la silla, se la clavo de ruana y lo contramato», pensó Caimacán.

Los demás brincaron, apartándoles, antes de echarse manos.

La cosa se quedó de ese tamaño.

—El señor intendente desea verte —le anunciaron a Matías, a eso de las once de la mañana. Con el corazón en la mano, subió las escaleras, haciendo castillos en el aire: «pago doble a sencillo que me van a comunicar el nombramiento».

El intendente, arrellenado en una silla giratoria, ante un enorme escritorio deslustrado por la humedad, parecía estar descifrando alguna escritura ilegible, allá en las nubes, a través de la ventana. El intendente no hubiera podido notar cosa distinta a devoción en el rostro de Marías Lozano. «Este vergajo tiene cara de reo», pensó, sin embargo Matías, acercándose humildemente al mandatario.

—¿Qué tal, hombre, mi querido Matías? —lo saludó el intendente, alargándole la mano, sonriente, como suelen hacerlo las gentes que han aprendido las buenas maneras y que, empero, conservan su interlocutor a una distancia astral.

Al cerrar la entrevista, el mandatario lo despidió con la misma cortesía. Lozano hizo un esfuerzo sobre humano para no delatar su desengaño. En eso el intendente se volvió a él:

-Olvidaba decirte que... -dijo, pampeándole cariñosamente el hombro.

Matías Lozano casi se derritió de satisfacción. Ni siquiera pudo articular palabra.

-...Te hemos subido cinco pesos de sueldo, mi fiel teniente -concluyó el político.

-¡Gracias! -respondió el fiel teniente. Pero en su fuero interno, Matías Lozano sintió algo doloroso, saboreó una cierta hiel. «Así se burlan de un pobre diablo como yo estas gentes... ¡Por qué no se abre la tierra y nos traga a todos de una vez!»... Desde la baranda del último piso contempló el patio triangular: el viento despeinaba las palmeras de coco; alrededor rancias techumbres de zinc, chamuscadas y corroídas por lustros de sol y lluvia.

Ay, Juan, cómete lo que te dan,

Que el azúcar está en el plan.

-Se le vino a la mente ese dicho, mientras descendía, grada por grada, las escaleras. «A mí me ocurre que siempre lo quiero todo a manotadas... Esta gente sabe más que uno;

seguramente desean asegurarse de mí, y entonces sí, aflojarme la chanfaina gorda»...

Desde afuera, en el corredor, oyó un lamento en los talleres. ¿Qué ve?: su mujer bañada en lágrimas, los compañeros calmándola.

-¡Ay, Matías! ¡Le dio un ataque al peladito y se me quedó en los brazos!... ¡Sí, en los brazos de su mamásita se que quedó tieso m'hijo!... ¡Dios mío! -la mujer se desplomó. Las baldosas la habrían recibido de frente si Caimacán no la sostiene.

Días después Caimacán recibió un mensaje: leyó la hojita de papel: permaneció pensativo un instante, y apachurró el pliego en su puño erizado. Arrojó el decreto por la ventana. Vicentico Cuesta lo miraba de soslayo, ávido de conocer la intranquilidad silente del amigo, más no osaba despegar los labios.

-Bueno, Vice, hermano, me acaban de nombrar ingeniero civil...

-¡No charles! -respondió el otro, entre escéptico y deseoso de entablar conversación.

-Si, hoy comenzaré a medir las calles... ¿Qué me quedará haciendo en Quibdó, para arriba y para abajo?... Estoy pensando volverme al San Juan. Lo mejor sería salirme a Cartagena o al interior del país. De esto sí, ni hablemos: no tengo sobre qué caerme muerto: no faltaba sino que ponerme a

pensar en viajar... Ves, si nosotros tuviéramos el sindicato sería más difícil patear a un trabajador, así miserablemente. Nosotros viviremos jodidos aquí, estoy convencido: cada cual no jala sino para su lado... Yo no sé, pero Lozano me da lástima: ser lambón es la peor desgracia que le pueda sobrevenir a un individuo... Y, encima, al pobre se le muere el hijo.

El doctor César T. Ferrer D. pensaba seriamente renunciar a la intendencia, quedaría libre de lanzar su candidatura a la Cámara de Representantes. Desde su oficina, abierta al cielo, su imaginación velaba. En Bogotá comenzó a hacer política en la universidad, e incluso asistió a una convención liberal como delegado del Chocó. En la convención se codeó con personalidades de talla nacional. «Intendente es el más alto cargo aquí -pensaba-... Ya soy intendente, ¡y qué!... ¿Me voy a quedar allí? No. Este es el umbral de mi carrera»... En el firmamento parecía ver trazado su destino con caracteres brillantes, inconfundibles. Debía aplastar aquí esos movimientos izquierdizantes. Podría dudar de su conocimiento en muchas materias, pero de una cosa estaba seguro: no apartarse de la línea de la dirección liberal. «Sin embargo yo tengo de realizar aquí algo para ganarme la opinión pública: voy a fundar unas escuelitas, aun cuando fueren pasajeras; mejorar un poco el camino de herradura de El Carmen a La Troje»... En eso lo sorprendieron unas pisadas: una voz de mujer lo llamaba familiarmente desde afuera. Serían las seis y pico de la tarde. Se había encendido la luz eléctrica. Su esposa vino a buscarlo:

-Nos vamos a bañar, ven a alistarte rápido...

-Podemos ir a Cabi -asintió él.

-Cambarala vino a decirme que ya está lista la lancha en el puerto de don Félix.

Ardido, Caimacán, abandonó el palacio intendencial. ¡Hacía un calor! La calle parecía azotada, junto con aquella gente famélica desfilando lentamente, con las manos en los bolsillos. Caimacán trataba de deducir una explicación honda de lo que sucedía. En fin, comprendía que esa vida no era justa, que esos individuos coaligados contra nosotros debían ser reducidos a añicos... ¿Cómo? ¡Ahí está el carbón!... En la esquina del café Puerto Nuevo se tropezó con algunos amigos, escoltados de unas copas de aguardiente. En eso vio al intendente salir del palacio y ayudar a su esposa a montar al carro. Caimacán, con una risa sarcástica, dijo, fuerte: «Lo que soy yo, no le dejaré sacar un solo voto en Istmina a César T. Ferrer D.» El automóvil desapareció ruidosamente, entre la tolvanera alborotada en esa calle empedrada con cascajo arenoso de la playa.

En las circunstancias complejas por las cuales atravesaba, Caimacán no podía deshacerse de la imagen de Pedro José, y se levantó de la mesa en su búsqueda. Lo sorprendió recostado en un catre, un libro de par en par sobre el vientre. Pedro José había querido disipar su abatimiento, pero en realidad no había alcanzado a leer veinte líneas en toda la tarde. ¿De cuándo acá la visita de Caimacán?

-Hombre -dijo éste, sin darle tiempo de resollar- la vida nos empuja el uno hacia el otro como si algo estuviese planeado, no sé dónde... Vine a buscarte porque, dicen, que un buen consejo vale más que cien pesos... ¿Sabes una cosa? El Colegio Carrasquilla solamente tiene hasta cuarto año; después, para terminar el bachillerato, tienes que ir a Bogotá, Medellín,

Popayán. Una vez bachiller, se aparecerá por delante la universidad, cinco o seis años más... A mi juicio que lo mejor para ti sería resolverte a entrar en la Escuela Normal. Son cinco años aquí en Quibdó; de allí sales con tu cartón de maestro en la mano. Si acaso, más tarde, la vida te ofrece la posibilidad de continuar tus estudios... En tu caso, es lo que yo haría. En fin no tengo por qué meterme en tus asuntos... Yo estoy en el asfalto, me echaron de la imprenta oficial porque quise fundar un sindicato. ¡No importa! Yo me vuelvo al San Juan. Como dice Rivera: «Déjame volver a la tierra de donde vine...»

Luis Aníbal no pudo desprenderse del Colegio Carrasquilla, a cuyas aulas humildes lo acercaba un cariño como el que inspira una persona. Si bien el Carrasquilla no había proporcionado estudios completos a sus hijos, sus puertas constituían una de las claves de la esperanza. Luis Aníbal se detuvo en el patio, frente al colegio; era el último día de exámenes, al anochecer. Como una ráfaga se habían desquiciado cuatro abriles; todas las calamidades que a ratos lo habían colocado al borde de renunciar, habían desfilado también. A pesar de que sus padres no podrían enviarlo a Bogotá, Luis Aníbal se sentía satisfecho de haber coronado esta primera etapa. Ahora se las arreglaría para conseguir un trabajo y, más tarde, con los centavos ahorrados, se marcharía a Bogotá. Su voluntad de no detenerse era tan fuerte que le parecía estar ya en posesión del porvenir.

A los tres meses le resultó el nombramiento de inspector de Policía de Bagadó. Volvía pues al lado de sus padres. Sin embargo al instante de embarcarse, y cuando la canoa comenzó a remontar pesadamente el inmenso Atrato,

flanqueado de selva, Luis Aníbal masticó cierta nostalgia. Bagadó, en los confines de un río soledoso, se le representaba como una aldea quejumbrosa y burda sobre sus hombros...

-¡Que no léas tanto porque te vas a ciegar! -le repetía la madre. Luis Aníbal no le hacía caso, o apenas si refunfuñaba una especie de asentimiento.

En la oficinita se pasaba varias horas del día. De vez en cuando se sentaba a la puerta a conversar con el secretario, un tipo de unos cuarenta años, que conocía al dedillo códigos y sumarios amontonados allí durante cerca de medio siglo. A ratos, el tipo, mientras revisaba no sé qué, lanzaba una carcajada:

-¿Qué ocurrió, Dionisio? -le preguntó ahora, Luis Aníbal.

-Le pegó porque le dijo «individuo» -respondió el secretario desternillándose de risa.

O si no, por la tarde, venía el maestro de escuela:

-Señor inspector: ¡hasta cuándo le repito que la escuela ya se va a caer!... Yo tengo la responsabilidad de esos muchachos, y un día de estos se nos va a desplomar el techo... Además, no hay tiza, no hay tinta, carecemos de mapas... Francamente yo estoy aburrido y el día menos pensado me largo al patio de los infiernos...

-Mire maestro: yo no pretendo tomarlo a usted del pelo... Entre otras cosas, yo nada saco con tomarlo a usted del pelo... Lo cierto es que yo me he dirigido a la Dirección de Educación, de donde ni siquiera han acusado recibo de mis oficios.

Después hablaban de libros, de nimiedades: de una u otra forma habían de matar aquella monotonía.

Luis Aníbal tragaba páginas. Los dos años en Bagadó fueron una escuela de lectura; cada bajada a Quibdó compraba cuanto volumen nuevo topaba. Naturalmente jamás tenía suficientes, no obtenía lo que deseaba. Cuando materialmente consumía el último párrafo, recurría a La vorágine. Esta obra violenta, cruda, la consideraba como una especie de biografía de todos nosotros, a pesar de comenzar a sospechar que a La vorágine le faltaba algo. Incubó esta idea cuando le cayó en mano La madre de Máximo Gorki. Los hombres de La madre se organizaban para defenderse, y al sucumbir en las garras de la policía nada ni nadie podía destruirles la fe, la confianza. En La vorágine, Arturo Cova y sus compañeros terminaban pereciendo, anónimos, ni rastro de ellos, en las caucheras de la hoya amazónica.

Luis Aníbal se había interesado en la política, como su amigo Pedro José. Este había votado e incluso viajado a organizar los comicios electorales en Pató, donde puso mayoría liberal «izquierdista», contra los de derecha y los conservadores. Luis Aníbal no pasó de simple observador pasivo a pesar de sus ardientes deseos de participar activamente en la campaña electoral. Pero él en ninguno de estos candidatos creía, y pues no hubo otro partido opuesto contra todo, Luis Aníbal se abstuvo. Una brisa así, nueva, sopló

el año pasado con la venida del doctor Julio Rengifo Mosquera, joven abogado recién salido de la universidad. Se decía que su ánimo era el de fomentar una revuelta de la conciencia. Unos lo apellidaban de socialista; aquellos, despectivos, lo tildaban de comunistoide. Se comentaba que en Bogotá gozaba de prestigio y que tenía lazos profundos con personalidades de la plana mayor del liberalismo. Entre la muchachada circuló la noticia de que el Doctor Rengifo daría unos cursos de Marxismo.

Una tarde se realizó el primer encuentro. Luis Aníbal vibraba de entusiasmo, y trajo a Pedro José casi amarrado.

-Yo no me meto, no quiero inmiscuirme en ese asunto
-protestó Pedro José.

-Veamos, ¡qué diablos vas a perder! -arguyó Luis Aníbal-... Al contrario, se nos despejarán los horizontes... Quién quita que estos tipos sean de buena fe...

La reunión ha debido empezar a las cinco. A las cinco y media, cuando Luis Aníbal y Pedro José llegaron, no había nadie. Esperaron un cuarto, media hora, en vano. Se fueron a dar una vuelta. Regresaron a las seis y media y encontraron dos más. A las siete de la noche comenzó la reunión. El joven abogado miró su reloj de pulso, arrugó el ceño, y amontonó una serie de libros sobre la mesa. Su explicación hormigueó de nombres: Kant, Feuerbach. Saint Simon, Hegel, Heráclito de Efeso, Marx, Engels... «En fin, el liberalismo no podrá continuar vivo sin abrevarse en las canteras del socialismo... Esto no lo invento yo, pues ya fue sostenido por el mismísimo general Rafael Uribe Uribe... El socialismo y el comunismo difieren en lo siguiente: el primero predica: a cada cual según

su trabajo, el segundo: a cada quien según sus necesidades...» El doctor Rengifo hablaba con entereza como para no dar pábulo a que se desconfiara de su integridad personal.

La reunión se terminó amigablemente, con cierto entusiasmo, a pesar de que, en resumidas cuentas, no se sacó en claro ni jota.

-De todos modos vale la pena... como inquietud -anotó Pedro José.

-Sí, con una cualidad más: lo dejó a uno en las mismas -cotejó Luis Aníbal y agregó:- él mismo no sabe qué es lo que quiere, o no quiere decírnoslo... Su posición no me convence, que digamos...

-Entonces -pide Pedro José-, explícame tú qué es el marxismo...

-Bueno, yo sé que te quieres burlar de mí, pero para serte franco yo no he comprendido aún bien eso... Tú te equivocas si crees que te voy a llenar la cabeza de viento.

Pedro José frunció el ceño. Reñían a menudo. Claro, ellos habían sellado una amistad indestructible. Eran uña y mugre, como se dice. Viviendo siempre en el mismo cuarto, lo del uno pertenecía al otro, salvo el cepillo de dientes. Mientras Luis Aníbal estuvo como inspector de Policía muchas veces Pedro José recibió un girito, pequeño sí, pero un aporte. De rato en rato, Pedro José recapacitaba: «Esta amistad no durará, el hombre es egoísta por naturaleza». Sin embargo, entre hermanos de una misma madre no fue tan añudado un lazo fraternal. No era que estuviesen de acuerdo en todo. Se les

presentaban serias discrepancias. Al introducirseles la política en el diálogo, terminaban casi repartiéndose trompadas:

-Los extremos se tocan: Eduardo Santos y Laureano Gómez son en el fondo la misma cosa. La disputa reside en que el uno y el otro quieren para sí solo la marrana entera -sentenciaba Luis Aníbal.

-¡Entonces, tú no eres liberal! -lo acusaba Pedro José.

-Admitamos... Pero godo mucho menos -se defendía Luis Aníbal-... Tú parece tener los ojos tapados con dos pelotas de m... barro: Durante el régimen conservador se nos mantuvo en la miseria, se nos persiguió, asesinaron a Manuel Saturio Valencia, a pesar de ser él mismo conservador... Para ellos, quien que se levantara contra la opresión será un enemigo, y por ende no tiene perdón... Hoy estamos en régimen liberal y fuera de unos huesitos chupados que nos han tirado, ¿acaso la suerte ha cambiado para nosotros?... Además, ahí tienes a los gringos como una sanguijuela en nuestro pellejo... Aquí se necesita una revolución...

-¿Qué revolución? -interrumpía iracundo Pedro José.

-Yo no sé... tú comprendes muy bien lo que yo quiero decir... -respondía semiembarazado Luis Aníbal, procurando calmarse.

Postrimerías de enero. Pedro José manoseaba en su bolsillo el cartón de maestro, expedido por la Escuela Normal; ahora le acababan de notificar el nombramiento de director de

la escuela de Nóvita. En la puerta de la Dirección de Educación se encontró con Luis Aníbal.

-¿Y tú cuándo te vas a Bogotá? ¿Al fin te salió la beca?

-No, todavía -respondió Luis Aníbal-. Pero, me voy... Me voy con los centavitos que ahorré, correspondientes a mis vacaciones, pues no las tomé... En Bogotá veré cómo me las arreglo... El que no arriesga, no pasa el mar, Pedro...

Entraron en La Estrella, donde se vendía helados, refrescos, bizcochos, café. Un corredor interior, sobre un patiecito con flores y hermosas, verdes palmas de iraca. Al fondo del corredor las últimas mesas miraban al Atrato, con sus márgenes verdes, indómitas. Les llegaba el aroma del pan caliente, el horno donde los asaban estando contigo. Ambos pidieron jugo de guanábana.

-Entonces, tú me escribirás acerca de la vida en Bogotá, tal vez me anime; y si consigo con qué, te caeré un día de estos... Tú allá, quizá sea más fácil para mí arrancar.

-A lo mejor será más duro de lo que yo me imagino... Estoy dispuesto a batirme -dijo apasionado Luis Aníbal; se dijera desbordante de un optimismo desenfrenado.

-Tenemos la vida delante de nosotros -anotó, entre reflexivo y concluyente, Pedro José.

Entre oscuro y claro se separaron. Pedro José debía encontrarse con Tulia, quien partiría con la madrugada.

«¡Qué bueno el que Tulia haya sido nombrada maestra en Pizarro, al lado de su familia!» -se decía, mientras la aguardaba, impaciente, en la falda de la colina de la Virgen. Tulia era en él una especie de remanso secreto, una enseña en la tormenta. Pero ella hablaba poco; veces hubo en que Tulia abrió la boca, y de repente tragóse de nuevo las palabras...

-Sí, Perucho, yo te quiero... Tú me crees... Pero yo pienso que nuestro destino es igual al de ciertas gaviotas en la costa del Pacífico... Las gaviotas abren el vuelo, se consideran amo y señor entre cielo y agua..., las coge una tempestad y regresan con las alas rotas, a la playa... Nosotros los costeños nos hemos acostumbrado a la grandiosidad del mar, quizá, por ende a ver todo en grande, a tener una fe ciega en nuestras fuerzas... Tal vez ello sea una magnífica cualidad, pero lo cierto es que sufrimos caídas con que no habíamos soñado...

-Entonces, ¿tú crees que vale más romper nuestras...?

-¡No he dicho eso!... Tú te vas a un sitio, yo me voy a otro... Tú tienes el proyecto de continuar tu carrera, yo no sé, el corazón me dice algo...

Calmada contempló a Pedro José, discretamente... Horas, años, transcurren como vuelan lustros en el cine: se había hecho hombre: casi alto, delgado, la cabeza bien puesta sobre los hombros, el corte de las líneas de su cara, definido... analizaba esos ojos vivos, al claror de las estrellas, protegidos por largas, surcadas pestañas, llenos de ternura... «Cuando él

desconfía de algo que acaban de decirle, lanza una mirada, y esos ojos adquieren una malicia insoportable».

Tulia y Pedro José no se juraron amor eterno. Hubiera sido natural jurárselo. Pero, con una extraña entereza de carácter, ambos se comprometieron a esperar. Se estrecharon fuerte. Se besaron largo en los labios. En eso distinguieron a unos transeúntes, que soltaron un silbido agudo.

-«¡Soltáaaaa!» -gritó alguien.

Tulia se asustó, apartándose, toda mohina. Y se fue.

Las tareas escolares se abrirán solamente a comienzos del mes. Pedro José decidió ir a ver a sus viejecitos y hermanos.

El corazón le latía de contento al presentir desde lo alto de la loma, la claridad del caserío en el vallejuelo. El canto de los gallos, el rumor de la corriente, fuerza rediviva que lo acercaba a su infancia. Solo, por el camino, a ratos, se paraba a contemplar el paisaje o un ave, los árboles o un rastro, respiraba a todo pulmón el aire fresco de la selva. No le parecían distintos, ni muchos menos extraños, estos parajes; en cambio, todo más vigoroso, más expresivo.

El alegrón de sus padres resultó violento mismo. No lo esperaban hoy. La madre lo veía y lo veía; a momentos su mirada se tornaba escéptica, frente a ese hombre bien vestido, de una manera de comportarse tan diferente ya a la de ellos, como si Pedro José viniese de otro mundo. El compa Gaspar se

sonreía, no lograba articular palabra, su pecho rebozante de satisfacción. En el acto se bajó al río y se afeitó con el machete; se prodigó unos cuántos zambullones y retornó rejuvenecido, tarareando una cancioncilla. La madre brincó al patio y mató la gallina más gorda. Esa noche, prácticamente, hubo una fiesta. Los vecinos acudieron a saludar al maestro Pedro; durante la semana, el desfilar de la gente, continuo. La hermana no estaba; arrejuntada con un tipo de Tadocito, allá vegetaba con su marido y dos hijos. El otro hermano, aquí en la mina. Pedro José hubiera querido llevárselo consigo, pero estaba demasiado grande para meterlo a la escuela, según la ley.

-Bueno, yo pienso que ustedes se vengan a vivir conmigo, apenas yo me instale bien. En caso de no poder vivir juntos, cuenten con mi ayuda.

Con la mañanita, Pedro José cogió el camino, acompañado de su hermano, quien cargó la maleta hasta la orilla del San Juan.

«...La vida está peor que cuando yo huí de aquí, hace diez años. Algunas familias se han desaparecido; muertos los padres, los hijos se hallan dispersos... Aún los ranchos se han consumido... Me costó reconocer el solar del finado Carlos... Está tan amontado que, si no hubiese sido por los guayabos en pie, no quedaría señal de que allí vivió gente. Quedarse con los brazos cruzados y conformarse con un miserable sueldo de maestro de escuela, de ahora en adelante, sería una traición a sí mismo...»

-¿Qué piensas hacer tú? -preguntó al hermano.

-Yo voy a reuní lo de mi pasaje, y pa comprá un pantaloncito y una camisita... Aquí la vira é trijte, helmano Pegro... Yo me voy con ujté... Ar láo suyo, tarvé yo llegue a sé argo yo también...

Se detuvieron un instante en la trocha, bañados en sudor.

IV

La máquina cesó sus roncós, desvalidos alaridos y frenó en la estación de La Sabana. Luis Aníbal bajó del tren, con una achatada maleta de madera al hombro. Nadie vino a recibirlo; se plantó pensativo al bordo del andén. Atontado, a empellones, logró salir afuera. Gentes de diferentes calañas circulaban a su alrededor y, a través de la calle, autobuses, camiones, automóviles y perezosos tranvías tintineando sus campanas. Frente a Luis Aníbal se había colocado un hombre en pantalón de dril, alpargatas, el busto envuelto en una ruana; un sombrero negro, alón, le tapaba casi media cara. Luis Aníbal apechó su maleta; la asía tan fuerte que comenzaban a arderle los dedos. Todas las pasatas acerca de los robos en Bogotá se le vinieron apelotonadas a la mente. Le daban a uno un golpe seco en la nuca, o le pasaban por la nariz un bálsamo-narcótico; le cortaban el bolsillo con una barbera, o simplemente, le arrebatában la maleta a las malas. Luis Aníbal no se aventuraba a pedirle consejo a nadie. Se echó de nuevo la maleta encima y se fue caminando por una callejuela sombría, pero animada, a la caza de cualesquiera hotelucho o pensión. Andando así, de lo más natural del mundo, no delataría su facha de recién llegado. «Al contrario, me temerán»... Divisó,

antecitos de la esquina, un letrero: «Pensión Santa Fe»... «No hay de otra, sino meterme allí». Estaba cerrado el portón, imperturbable. De una ventana se escapaba el reflejo de una pálida lumbre. La puerta ostentaba un pedazo de hierro en forma de puño. Luis Aníbal, después de empujar en vano la nave, se imaginó que ese puño tal vez era para golpear, y golpeó. Una muchacha blanca, delantal azul, entreabrió la puerta:

-¿Qué deseaba el señor? -preguntó, entre desconfiada y amable.

-Un cuarto -respondió en seco Luis Aníbal para demostrar que no era provinciano, ni mucho menos.

-Siga señor... La señora está aquí, puede hablar con ella.

Luis Aníbal notó cierto respeto en los modales de la sirvienta. Lo llamaba incluso «señor», no obstante ser blanca. Penetró al tétrico zaguán, aclarado apenas por el destello de la bombilla encendida allá en el comedor. La muchacha lo condujo. La propietaria se hallaba acostada en un lecho de caoba inmenso, esculpido en la cabecera y a los pies. La habitación, avara, repleta de muebles repujados y de una profusión de cuadros, litografías los más. Encima del tocador un florero atarugado de pensamientos marchitos y amapolas. Afuera, el resoplido de las llantas. El piso pulcro, encerado, espejante. Al pie de la cama, los zapatos de gamuza de la mujer, sobre una alfombra pelada. Luis Aníbal suspiró, más bien que vio, de un solo golpe, la atmósfera extraña de esa alcoba, como jamás las había visto él. La mujer tenía sobre el

cojín un periódico abierto, a punto de deslizarse. Se había incorporado, y sin responder al saludo mascullado por el forastero, le dijo sin ambajes:

-¿El señor desea una pieza?... ¿Con alimentación o sin alimentación?... Le puedo dar la alimentación... Son dos con cincuenta, dos pesos con cincuenta centavos, que se pagan adelantados...

Luis Aníbal, cansado, movió la cabeza, afirmativo, y metió la mano al bolsillo sacando un paquetico de billetes. Le tendió tres pesos. La señora trató de alargar el brazo para tomar su cartera, pero, se colegía que no deseaba incomodarse en lo más mínimo.

-Como el señor estará, sin duda, aquí mañana, entonces mañana yo le devuelvo las vueltas... -sonrió o quizá hizo una mueca, dejando caer su cabeza sobre el amplio cojín de plumas... María: déle, por favor, la llave al señor y muéstrele la pieza..., y pregúntele que si quiere comer...

Al retirarse, Luis Aníbal observó en otro rincón un altarcito repleto de santos; un Cristo caído, la cabellera desparramada: el Señor de Monserrate; ardían lámparas de aceite. «...No sé, pero ese cuarto me ha dejado una sensación sospechosa... La mujer tiene la cara reluciente de crema, el cabello negro, negro... Es vieja, no, tal vez lo parezca... En todo caso muchacha no es...»

La sirvienta abrió el candado de la puerta e hizo girar el interruptor : una bombilla mezquina iluminó el cuarto. De dentro se desprendió un aire rancio, yerto. Luis Aníbal se tiró sobre la cama de hierro, pues ésta tenía colchón. «¡Tengo

hambre!... Se puso en pie rápido, entreabrió la puerta sondeando una ojeada secreta en ese patio silencioso y sombrío; había comenzado a lloviznar del cielo ennegrecido. Tintineaban los cubiertos. Se aventuró al comedor; entró calladamente. Tres tipos sentados en diferentes mesas lo miraron indiferentes. Luis Aníbal saludó con una imperceptible inclinación de cabeza. A falta de mesa libre, para sentarse pidió permiso a uno de los comensales, el cual le recibió con visible simpatía. Vestido de paño negro, de duro cuello su camisa rayada, haciendo estrupicio con el tenedor y el cuchillo. La muchacha, sin preguntarle qué deseaba, le sirvió un plato de mazamorra, y después, un trocito de carne de res con garbanzos; le trajo un estrecho y corto vasito de leche, más un platito de dulce de mora. A Luis Aníbal no le pareció mal: por la primera vez él comía algo así, organizado, varios platos sucesivos; al final le sirvió una taza de café negro, casi completamente frío con un sabe sabe, como el de un café preparado desde hacía varios días; se alcanzó a tomar apenas tres tragos. El hombre sacó un paquete de cigarrillos, extendiéndoselo primero a Luis Aníbal, quien aceptó uno, mientras se esculcaba los bolsillos en vano, a la caza de fósforos, para retribuir la amabilidad del vecino.

-Perdóneme, no tengo fósforos -murmuró Luis Aníbal.

-No se preocupe -replicó el otro, rastrillándole su mechero en el mentón, y agregó:- ¿El señor es de la costa?... Precisamente yo viví algún tiempo en Barranquilla...

-No, señor..., del Chocó -respondió Luis Aníbal, queriendo decir algo más, pero no encontraba palabras o,

mejor, carecía de sujeto. Desde su salida de Quibdó había hablado poco; durante largos trechos ni una coma.

El hombre hubiera deseado entablar la conversación. La lluvia golpeaba fuerte ahora en el patio. Sería mejor no salir más esta noche... ¿A qué?

Otra sirvienta, somnolienta, vino a ayudar a recoger los platos: blanca, de una blancura transparente, pelo castaño, liso; gorda, escasa de caderas, parecía tener la espalda demasiado larga; dos trenzas atadas con pedazos de trapo le balanceaban sobre los hombros; vestía el delantal azul que Luis Aníbal debería ver siempre en las sirvientas de Bogotá; un delantal sucio, tiznado, despedía un hedor a estropajo. El tipo de más allá, vestido de paño carmelita oscuro, con bigotico bien domesticado, sacudiendo desentendido la ceniza de su cigarrillo en el plato, semejaba leer; la sirvienta comenzó a alzar los platos de su mesa; el hombre soltó el periódico:

-Está buena esta india, ¡eh! -exclamó, pellizcándole la nalga y destapó una carcajada que llenó el comedor.

Los demás se echaron a reír. El tipo se retorció de felicidad. Luis Aníbal quiso levantarse a castigarlo, pero se detuvo.

-El indio sós vos, chivato horroroso -le enrostró la cocinera, yéndose pesadamente.

-Ah, vieja puta, ¡venirme a tratar de indio! -rabió el hombre caminándole a la mujer, el brazo en alto, con la mano abierta.

La mujer ni se mosqueó; se esfumó, y él agarró su periódico y se escurrió, indignado. Los demás cesaron la risotada. La otra muchacha entró.

-Los señores serían tan amables... La señora Carmelita ha dado orden de apagar la luz... Después le vienen a cobrar la electricidad y me echa la culpa a mí, y a ustedes qué les importa...

-Muy buenas noches -dijo Luis Aníbal, levantándose.

-Que duerma -le respondieron los otros, levantándose.

El vecino alargó el paso, alcanzando a Luis Aníbal en el pasillo:

-¿El señor no querría acompañarme a una cervecita, en la esquina?

En verdad a Luis Aníbal lo aguijoneaba la necesidad de de departir con alguien, comenzar desde el comienzo a agarrarse a esa ciudad grande, en cuyo corazón él era una pizca movediza, sujeta a erguirse para triunfar sobre la vida, o perecer. Él acababa de conocer al hombre; el tipo no tenía facha de mala persona; en cambio el otro, el que pellizcó a la sirvienta, era un bicho raro.

-Bueno -se decidió Luis Aníbal, siguiendo al hombre, a lo largo del corredor cuasi tenebroso.

El aguacero se había reducido a una llovizna menudita.

Salieron de la pensión; a pocos metros dieron con la calle Trece, que remontaron hasta la plaza de San Victorino. Luis Aníbal se paró a contemplar la estatua de Antonio Nariño. Aquí y allá, la algarabía de las radiolas en el fondo de innumerables cafetines, hediondos a tabaco y a alcohol. Se metieron a uno que tenía figura de antro, repleto de gentes con empaque de indios, envueltos en gruesas ruanas, el sombrero caído sobre la cara. Encima de las mesas yacían docenas de botellas de cerveza vacías, junto con otras desbordantes. El compañero de Luis Aníbal pidió dos. Un individuo de ruana, sombrero y alpargatas, se arrinconó a la radiola con una moneda en la mano, la depositó en el aparato y cabizbajo espero el turno de su disco... Al fin se charrangueó un tiple, acompañando a una voz melancólica que resonó en la sala bulliciosa:

Bajando de la montaña

Se oye de noche un cantar.

Boquita dulce de caña

Quién te pudiera besar...

El zumo de la cerveza se le fue subiendo a la cabeza y con ello su ánimo dio rienda suelta a la nostalgia. Se acordó de su familia, lejana, soterrada a la orilla, en la cabecera del río Andagueda. «Si Pedro José estuviera aquí, ahora mismo comenzaríamos a construir el plan de lucha para el porvenir...

Nosotros hemos vivido como los árboles, sujetos al viento, a la lluvia, al rayo, al hachazo que un día u otro se hincan en el tronco para derribarlo. Nuestra niñez se envejece y muere, a veces en la esperanza diluida o bien, así no más, simplemente: como si se nos hubiese impuesto, por adelantado, el nacer con la soga en la garganta, con el estómago trancado, una tierra resbaladiza bajo nuestras plantas. ¿Alguien puede probar que lo hemos aceptado por las buenas? ¡No! ¡Se equivocan! Llegará el día de una revuelta como no se ha visto aquí nunca, y nosotros marcharemos hombro a hombro con los primeros que se levanten...»

Al principio, Luis Aníbal tenía la intención de no pellizcar un solo centavo, sino para lo estrictamente necesario; incluso planeó dejar de comer una vez durante el día, para que el dinero no se le consumiera rápido... «Sin embargo yo no puedo darle a este tipo la impresión de que soy un pobre diablo, ni mucho menos la de que he venido a bebérmelo...»

-Señorita: dos cervezas... y un paquete de cigarrillos, con una caja de fósforos -ordenó.

-¿Cuál es el plural de «fósforo»? -preguntó intempestivamente el hombre.

-Fósforosss -replicó Luis Aníbal, semipedante, haciendo silbar la «s».

-No, dó jójoro, dicen en Barranquilla.

Hubo una carcajada.

-Entonces, vamos a hacer una cosa, don Luis Aníbal -propuso el hombre, recobrando el tono serio-... ¿Sabe? Esta noche nos vamos a meter al cuarto de las dos indias... Hoy está uno aquí, mañana no se sabe dónde lo coja la noche, pasado mañana a lo mejor está muerto y se acabó el carbón... ¿Qué queda de una vida como la nuestra? Es triste decirlo, pero hay que reconocerlo: ¡Nada!

Luis Aníbal tosió, volvió a toser; el cigarrillo había comenzado a consumirse encendido dentro del cenicero. La propuesta le pareció demasiado atrevida; empero, cuando el hombre expuso su concepción de la vida, Luis Aníbal, como despertándose de un letargo, se dijo: «¡Vaya un tipo interesante!... Tiene una filosofía de la vida...» Y el hombre se expresaba con seguridad, sin titubeo. Luis Aníbal sentía el mundo girar alrededor con botellas y mesas, mecerse las paredes; sintió ansias de vomitar. Se quedó mirando al hombre con admiración.

-¡No tomo más! -resolvió Luis Aníbal, irguiéndose para levantarse, pero perdió la cabeza y se fue de bruces contra el filo de la mesa; un golpe seco en la frente lo dejó viendo chispas-... ¡Ay, mi madre! -se quejó.

El hombre se paró bien en sus dos pies y vino a ayudar a Luis Aníbal, quien haciendo un esfuerzo monstruoso, se alzó en peso, echando a andar; el hombre le pasó el brazo por la espalda.

-Déjame -le pidió Luis Aníbal-... Yo puedo ir solo.

Hora avanzada de la noche, las calles humedecidas respiraban una frescura sedante; brillaban diseminadas estrellas amarillentas; soplabla una brisa cortante. Pesados camiones de carga desembocando por la carrera Doce, la Décima, la Once, hacia la plaza grande.

-¿Cómo vamos a entrar? -preguntó Luis Aníbal, recobrando la lucidez.

-Yo tengo llave -respondió el hombre.

La pensión completamente dormida, en medio del patio brillaba un charco de agua, al resplandor del cielo claro.

-Entonces, ¿vamos? -inquirió, azorado, el hombre.

-Yo no sé -respondió quedo, Luis Aníbal; un «yo no se» incierto, preñado de angustia.

-¡Ah, carajo!... Yo no sospechaba que tú eras maricón -le recriminó el hombre, en un tono incisivo, y adelantándose en la oscuridad. Luego, se quitó los zapatos y continuó a gatas, tanteando el vacío, no fuera que una viga o una silla mal puestas se le vinieran encima... ¡Vaya el estruendo que se formaría!... «¡Maldita sea, se me mojaron las medias!...»

El cuarto, al fondo, en el segundo patio, contiguo a la alberca, colindando con el inodoro y el baño, abrigaba un reposo impresionante. El tipo pegó el oído al hueco de la

cerradura, y hasta sus venas vino el ceceo voluptuoso de las dos mujeres con el niño. Se incorporó, y con un arrojo de patrón golpeó la puerta: la nave cedió. Salvo el dintel, manteniendo aun afuera la mitad de su cuerpo, vuelta la cabeza atrás, con tamaños ojos desorbitados, en vano, escrutando la penumbra. Nada perturbó su aventura, ni siquiera se hizo presente una de esas brisas que arrastran una brizna de papel, dando la impresión de gente escondida. A lo largo de su cuerpo corría un espeso sudor ardiente y su corazón le latía contra las costillas como una pelota de acero.

La madre abrió los ojos:

-¡Ay! -gritó, atragantada. Echó mano al niño, saltando del camastro, en actitud de tenderse a correr.

El hombre la ciñó de la cintura, abarcándola, impetuoso:

-Si te movés, te mato -le advirtió.

El niño prorrumpió a berrear. El hombre fue empujando a la cocinera hasta el camastro, obligándola a sentarse. Sacó su pañuelo del bolsillo y comenzó introducirlo en la boca de la madre, en cuyos brazos pataleaba el niño.

-Si gritas te ahogo.

La otra se había despertado. No se sabe si comprendió o no, lo cierto es que no dijo ni «mu», ni intentó huir: tuvo miedo de llamar la atención. Se arrojó hasta la corona, violentándose

en el más profundo de los sueños, sus párpados aleteaban desesperadamente indómitos.

Al lado se alojaba el señor aquel, lector de El Espectador. Tenía un oído de tísico y cuanto ocurría alrededor, se registraba en él como en la antena de una hormiga. «...¿Por qué no levantarme mi número yo también?...» Se levantó en puntillas, avanzó, tal un ratero, y encendió la luz, sembrando un pánico cuasi mortal. Con presencia de ánimo desconcertante, apagó, y se volcó al rincón donde yacía el otro cuerpo, envuelto en las mantas.

De la alcoba de la señora Carmelita se proyectó hacia fuera un hilo de luz; la puerta chirreó suavemente, y un individuo con sobretodo negro, el cuello levantado, sombrero coco, salió disparado; tras él cerróse de un tirón el portón. Minutos después otro espectro se adueñó de la oscuridad: la señora Carmelita, en persona, dirigiéndose a abrir... Alguien alto, fornido, con un kepis, seguro militar, entró. Gimieron las bisagras.

Luis Aníbal no alcanzó sino a quitarse uno de los zapatos y a desanudar el cordón del otro. Estirado al sesgo, una pierna colgante, la otra encogida sobre la cama, despertóse al eco de una algarabía. Abrió los ojos en la oscuridad glacial e incorporóse, sus músculos no le obedecieron: permaneció cual un trozo de leña. Sacudió la pata, liberándose del otro zapato, y, a tientas, agarró un extremo de la manta, ensayando cobijarse... Vagamente sentía su cuerpo extraño a algo, helado quizá. Inútil. Dio un sobresalto; de afuera, de los pasillos se escapaba una gritería, chirridos, como una gloza entre mujeres, de cocina a cocina en Quibdó.

«¡Mi casa no es un burdel!... ¡Ni un minutico más, mi reina!...» -insistió la señora Carmelita, sarcástica.

Hacia el medio día, las sirvientas empacaron en cajas de cartón sus harapos. La madre, cargando al niño en el pañolón, se empuntó por los lados de la plaza de Los Mártires, donde pasó rezagada todo el santo día. Al anochecer remontó la calle Diez y, a tres pasos de la esquina con la carrera Novena, al ver un letrero que ella no sabía leer, pero que debería ser el anuncio de una pensión, entró por el zaguán. Allí no se necesitaba cocineras.

-¡No!... Que no la necesitamos, ¿no estás oyendo?... ¿O no tienes oídos? -le repitieron.

Ella no quiso retirarse. La propietaria la atrapó del brazo, empujándola hasta la escalera. Ella se aventuró, entonces, al centro de la ciudad, allá donde se agitaba la vida, mágica, iluminada en el rostro de este gentío que se movía mareado, como frailejones mecidos por el viento. Entró a decenas de portones, hoteles, pensiones, casas de familia. Hacia la media noche, en un pretil del teatro Santa Bárbara, barrio de las Cruces, se recostó contra el muro, envolviendo bien al niño en el pañolón. La criatura dormía chupándose el dedo pulgar. Al terminarse la película las gentes salieron en tropel, la mayoría vestida pobremente, muchísimos con ruanas, harapientos. El contacto imaginario con esos seres parecidos a ella la alentó. Un hombre, al sacar las manos de los bolsillos de su gabardina, abotonada hasta el cogote, dejó caer un

periódico: la mujer voló apoderándose del diario; se arrinconó lo más cómoda posible, y se cubrió con los pliegos de papel.

Al amanecer se cernía una bruma helada de la cordillera de los Andes. La madre se acurrucaba, doblada en ocho, sin lograr calmar al niño, de quien el lloro hacía gemir el silencio, pero no la indiferencia glacial del costado armado, rico y podrido de Bogotá.

Y bajo la llovizna, Julio Matiz descendía la calle Cuarta; en la carrera Séptima se detuvo en el paradero del tranvía. Se quedó observando el grupo de la madre con el niño, arropados con un periódico desgarrado, a punto de desleírse. A pesar de que él se encontraba azarado, de mal humor, se inundó de ternura por aquellos seres... Se le subió la sangre a la cabeza: la diezmilésima vez, en que se topeteaba con aquel cuadro. El tranvía se paró, Julio Matiz, asiéndose de la barra niquelada, saltó adentro; el tranvía soltó un resoplido y continuó lentamente, pues las ruedas se resbalaban sobre los rieles húmedos.

El tranviario, la gorra ladeada, iba con los ojos pegados al vidrio empañado. Al voltear la curva del colegio San Bartolomé y el Capitolio, el tranvía le patinó. Frenó en seco. Los pasajeros recularon violentamente. El motorista seguía imperturbable, las mandíbulas apretadas. De pronto palpó su manivela con cariño... Él le conocía todos los resabios a esa máquina... «Si a mí me vendan los ojos, creo que aun así, a ciegas, podría ir a la avenida Chile»... Se sonrió. Cualquiera hubiese considerado su gesto, una mueca mecánica... Pero no, él era consciente de ser una tuerca esencial de todo el engranaje

del tranvía: «Si nosotros declaramos el paro nos tendrán que oír»...

Matiz quiso preguntarle en qué había parado la asamblea de anoche, si estallaría o no la huelga. Había que resolver el paro de los buses. Un movimiento compacto habría de llegar a alguna parte. No dijo nada y se bajó, encaminándose al garaje donde trabajaba. Matiz se puso manos a la obra, reparar la portezuela de un bus. De vez en cuando abarcaba con una mirada este mamotreto: «Toda la carrocería está en un estado lamentable, ¿eh?...; un día de estos ese bus se queda en plena calle». Trabajaba con tal aplicación como si el bus fuera suyo; le producía una profunda, callada satisfacción, realizar a la perfección su labor. La portezuela le estaba quedando nuevecita; le pasaba la mano suavemente, acariciándola...». Al fin y al cabo es chocante desperdiciar la buena voluntad, el mejor trabajo, por nada, al servicio de estos vagabundos... ¡Ah, diablos!... Estamos jodidos para que lo sepan... la mayoría en la empresa de buses no quieren jalarle a la huelga... En todo caso, quiéranlo o no, se convencerán de que a las buenas la gerencia no aflojará un centavo...» Soltó las herramientas y se fue a almorzar a una chichería del barrio de San Diego. Hacía un día gris.

Alguien le tocó el hombro. ¿A quién ve? Al Pote Rodríguez.

-¿No has oído la radio? -preguntó el Pote Rodríguez.

-¿Qué dice? -interrogó Matiz.

-Si declaramos la huelga, el gobierno está dispuesto a mantener el orden.

-Claro, el «orden» de ellos es echarle la policía encima a los obreros -comentó Matiz-... Esta noche se reunirá nuestro sindicato para decidir sobre el apoyo a los tranviarios... ¿Tú qué opinas?

-Yo no sé -dijo, dubitativo, el Pote Rodríguez-... Si hacemos huelga no conseguiremos nada, si no la hacemos quedamos en las mismas...

-Entonces, ¡que nos coma el tigre!

-Yo no soy un «amarillo» ni mucho menos, pero no nos metamos en camisa de once varas...

-Me parece magnífica tu manera de ver la situación, Pote... Precisamente a tal estado han deseado reducirnos los patronos... Y mientras ellos sepan que nosotros no somos capaces de levantar un dedo, entonces nos pondrán más duro la pata en la nuca.

Entraron a la chichería. Una muchacha corpulenta, casi redonda, de pupilas negras, brillantes, pelo castaño, atareada, sonriente, se acercó:

-¿Qué desean los señores?

-Un plato de mazamorra -pidió Matiz.

El Pote Rodríguez, con ojos maliciosos, miró a la muchacha y trató de pasarle la mano por las caderas. Ella se apartó, rápida, asestándole una cachetada:

-Vos siempre tan atrevido, Pote -le gritó, dejando escapar una risotada vulgar-. Decí ligero qu'es lo que querés.

A poco, entró José del C. Valencia, con un tratado de Derecho Civil.

-¡Mucho gusto, doctor! -lo saludaron Matiz y el Pote Rodríguez, abriéndole campo en la mesa.

José del C. Valencia se sentó, esforzándose por no demostrar su tormenta íntima; pero una vena rolliza, atravesada en su frente, hacia las sienes, traicionaba su angustia.

-Buenas..., vecina -saludó José del C. Valencia a la muchacha

-Espérese un momento -dijo ésta yéndose a la cocina, a susurrarle algo a mi señora Teodolinda, su madre.

-Ahí está él sentado, mamá... ¿Le sirvo el almuerzo? -le preguntó la hija.

-Yo no soy mamá de nadie para dar y dar de comer de balde, ¡no! -refunfuñó mi señora Teodolinda-... Andá decíle que yo ya no aguardo más, qu'el m'esta mamando gallo.

La muchacha salió a prisa y al instante se detuvo, al oír un grito de mi señora Teodolinda, llamándola:

-¡Fulia!, servíle la mazamorra a ese pobre muchacho... Cuando uno tá lejo de sus taitas no es lo mismo... Y decile que cuando acabe de comer se venga por acá a hablar una palabrita conmigo.

José del C. Valencia tragó a la ligera y brincó, apurado, a tomar el tranvía. Temió perder la cita con el doctor Jiménez. «Sí, Bogotá es Bogotá... Aquí se le puede tragar a uno mapera si no se levanta una palanca... Si el doctor Jiménez me mete el hombro, el diablo que me contenga» -José del C. Valencia había sido uno de sus mejores alumnos en Derecho Penal. «Cuando se te ofrezca algo, ven a buscarme» -le dijo el Doctor Jiménez un día. En otra ocasión, al terminar la clase, condujo a Valencia en su automóvil, desde la Ciudad Universitaria, hasta la carrilera del tranvía, en la carrera Trece. En este momento Valencia, impaciente, notó que el tranvía no pasaba, y le pareció ver más peatones que de costumbre. Sin embargo, no se descorazonó. Aguardaría... El otro día, hallándose ocupado hasta el pescuezo con su candidatura para senador, el doctor Jiménez llamó a José del C. Valencia a fin de que éste le redactase una serie de propaganda. Valencia había, pues, dado en exagerar su propio valor; engreído, en las discusiones empleaba un lenguaje intrincado: «nuestra generación es el cuociente de un pesimismo tradicional y el dinamismo trágico del mundo actual» -exclamó una tarde en el atrio de la Biblioteca Nacional.

«Mandaya nunca, voy a llegar tarde... Quizá el doctor se haya ido...» Los transeúntes se apretujaban más y más en las aceras. «¡Ah, carajo, debió estallar la huelga!» Corrió rápido hacia la carrera Séptima en pos del autobús. «A lo mejor el bus se ha solidarizado con el tranvía». En el paradero se plantó. Transcurrió el primer minuto. Tuvo la sensación de horas

íntegras. De súbito, le pitó en la oreja, raspándole la hombrera del saco, un bus, flechado, tan repleto que parecía quererse destripar. Media hora después José del C. Valencia logró meterse a codazos.

Los eucaliptos empinados de la falda del cerro le imponían más severidad a la tarde. José del C. Valencia no se había enterado de cuanta hondura de tristeza emanaba de aquellos cerros milenarios, a trechos pelados, o apenas recubiertos de una vegetación mezquina. Una vez al escalarle, oyó aullar el viento, y ese gemido le produjo siempre la sensación de que el vientre de esta ciudad se doblaba, agobiada de dolor. En aquellos instantes ambicionó fundirse, con todos esos seres que de una u otra manera naufragan en la zozobra de cada fragmento de la vida. Y de repente se quedaba lelo, ahora, ante la contemplación de estas mansiones del barrio del Nogal: la profusión de jardines, tapizados de césped verde y tierno, los pinos esculpidos y cipreses sombríos. Aun el jardinero de aquella casa con sus tijeras, podando los árboles, respiraba calma. Cruzó la verja de la casa cuya dirección tenía anotada en su bolsillo, y tocó el timbre de una puerta que ostentaba la imponencia de un pórtico antiguo.

-Sí, el doctor Jiménez lo aguarda en el salón -dijo la sirvienta.

El doctor Jiménez le ofreció un cigarrillo americano, diciéndole:

-Ya hablé con el doctor Cadavid y se te va a dar un puesto en el Juzgado. Son ciento cincuenta pesos que te pueden

sacar a apuros por el momento... Después veremos qué otra chanfainita se presenta.

Se sintieron afuera pisadas francas. Una voz juvenil, segura:

-Papá, yo me voy a donde las Soto y luego a comprar la tela para el vestido del perro...; el pobrecito ya no tiene, materialmente, qué ponerse... Mamá se queda en casa -comentaba la muchacha en el vestíbulo. Minutos después entró, le dio un beso fugaz al doctor y le obsequió un saludo informe a José del C. Valencia. Este se puso en pie e inclinóse con galantería. Leonor lucía un suéter verde, arremangado con aparente negligencia y una falda larga, gris-claro, que una cremallera invisible cerraba en su cuadril. Un perfume imperceptible, imperecedero flotó en el recinto y José del C. sintió una atracción indómita hacia ese cuerpo, casi viril a fuerza de lozanía.

-...Yo me retiraré de la Corte Suprema de Justicia, pues mis negocios particulares no me dejan tiempo. Además, acabo de ser nombrado abogado de la Standar Oil Company. Claro, mi catedra de la universidad la conservo: no podré vivir sin mis alumnos... Bien -se interrumpió bruscamente el doctor-, si algo se te ofrece, llámame... -y sonriendo con amabilidad, le tendió la mano como quien dice: váyase.

Serían las seis de la tarde. Pelotones de tranviarios estremecían la calle Veintiséis, rumbo a una manifestación en la plaza de Bolívar. No faltaron quienes concibieron la idea de

acostarse sobre la vía a impedir el tránsito de ciertos coches, rezagados, contra la unidad de la huelga.

-Señorita, métase más bien por la otra calle, por favor, pero no se ponga ensayar de abrirle campo al tranvía con su carro -dijéronle a Leonor-... No se haga la lerda, ¡eh!...

Leonor, lentamente, continuaba su camino, lamiéndole las costillas a la gente; el tranvía, maliciosamente la seguía de la cola. Los obreros le advirtieron a la muchacha por la quinta vez de que le resultaría más conveniente doblar por la calle Veintitrés. Leonor, hecha un tigre parida, los labios trémulos cual un amo ultrajado, asomó cabeza y colmillos por la ventanilla:

-¡Indios horrorosos, no están viendo que los voy a aplastar! -gritó, haciendo una embestida.

Ante el peligro evidente, los obreros se desparramaron; Leonor avanzaba impetuosa como si la ciudad entera fuese apenas un jardín que le perteneciera por completo.

El Pote Rodríguez accionó y accionó impaciente la campana de su máquina, olfateando las huellas del automóvil. De la multitud se destacó Julio Matiz, arrojando un puñado de hojas sueltas que impulsadas por el viento, se esparcían como bandadas de palomas. De repente, Leonor se sintió anclada; creyó haber frenado sin darse cuenta y luego de un suspiro hondo y de un instante de reflexión, presionó con ahinco el pedal de la velocidad. ¡Nada! El automóvil pareció aplastarse, inclinándose ligeramente hacia la derecha. En eso... ¡bom!, un

golpe seco. Reculó contra el espaldar del cojín dejando libre el volante y, por instinto, sus manos aferráronse a la cabrilla con una fuerza casi insospechada. El Pote Rodríguez, azorado, saltó del tranvía: «¡Yo no la maté! -se defendió-... ¡No fue intencionalmente!... ¡El carro de ella se paró primero, sin saber!» La policía repartía bolillazos a diestra y siniestra. Y un olor penetrante, terrible, fue impregnado el espacio con la violencia implacable. La gente se frotaba desesperada los ojos con el dorso de la mano; ante la potencia de los gases lacrimógenos la ciudad comenzaba a navegar bajo una sombra nueva, impuesta por los párpados que se cerraban. De un vistazo Leonor vio su «Packard» con las llantas despedazadas, la parte trasera apachurrada y llena de raspones. «¡Tú fuiste!» -le gritó al Pote Rodríguez y, de un tirón, le quitó la gorra. El Pote Rodríguez se escabulló, dejando el tranvía, sobre la carrilera.

«Aquí está el cuerpo del delito» -musitaba Leonor, manoseando la gorra con el número del tranviario.

Pareciera que el mundo quisiese volverse al revés. Bogotá es terrible. Transida de cólera, regresó Leonor al anochecer: «¡Sí, son unos indios horribles!... ¡unos miserables!... ¡Que los consuman todos en la cárcel!... El indio ese me las pagará: aquí le quité la gorra sucia con el número... ¡Yo misma iré con el policía hasta su casa!... Sí, papá tiene la culpa por haber también ayudado a que se les conceda demasiada libertad... Me le rompieron las llantas al carro y me le arrancaron el guardabarro... ¡Ah, yo le pegaré en la cara al muy indio!»

-Tranquilízate, mi hija, que gracias a Dios no te mataron esos indios salvajes... Lo del carro no importa, tú sabes que está asegurado...

Leonor, sentada en el sofá quería calmarse, pero no podía aceptar que se turbase esa vida apacible en que se habían deslizado siempre sus horas. Hasta ahora sólo la habían enervado las disputas con su novio. Otro día en que sufrió profundamente, casi hasta morir, fue cuando le trajeron el cadáver del perro gozque que ella había amamantado con su propio pecho, en silencio... Pero hoy era otra cosa, algo que no se había visto nunca, que ella no había visto nunca. Entró a su cuarto, cerró con llave por dentro y se echó sobre el lecho como una pelota desinflada... «Hacerme eso a mí es una ignominia... Como si a esta chusma se le hubiese metido el diablo a la cabeza»... pensaba, agitada. De pronto se hundió en una meditación que rayaba en la evocación de algo recóndito en su corazón; ese algo existente desde decenas de años atrás y cuya existencia no habíamos querido reconocer, o se nos había deslizado indiferente como, al salir del teatro, acostumbrábamos a ver los niños tiritando de frío, a media noche... Si, una tarde por curiosidad, en casa de las Soto, abrieron el radio a ver qué decía el indio: «Pueblo, el paludismo no es liberal ni conservador, cuando hace pasto sobre el pueblo; así, la oligarquía es una, tampoco se diferencia... Tenemos que aplastar a la oligarquía»... Las Soto movieron la aguja del radio, era mejor escuchar una canción. Esas frases eran para la chusma... A Leonor le produjo una inquietud vaga la voz de ese hombre, y, ahora, al evocar esa voz, se estremeció. Leonor no pudo, sin embargo, impedirse de admirar a ese hombre un instante; pero una especie de nostalgia infinita, incomprensible quizá, le nubló ese brote inesperado también. Si ese hombre no se hubiese apartado del lado nuestro

él podría impedir que la chusma le causara al país tantos males. Cómo diablos no había pensado ella nunca, que aquel lago azulenco, bordeado de mandarinos, aquellos bosques abotonados de orquídeas, en que ella había flotado risueña en los brazos de su amante, habían sido apenas un cristal aparente. Y como un golpe en el corazón le pareció oír ahora bruscamente la misma voz, que se atrevió a exclamar el otro día: «Si traiciono, ¡matadme!... Si me matan, ¡vengadme!»

El Pote Rodríguez se detuvo en una salchichería de las Nieves, sudoroso, y, con la mano en forma de peinilla, se echaba hacia atrás los rebeldes cabellos. No sabía por qué, pero deseaba impaciente ver a Matiz, tal vez Matiz lo ayudaría a recapacitar, y aun mismo a salir del paso. Él había aceptado la miseria, vivía convencido de que en la miseria moriría; en el cielo se acabarían las pesadumbres. «Yo no he buscado la camorra, al contrario, quise prestar mi servicio público por encima de todo». Pidió una cerveza y comenzó a tomársela con la esperanza de calmarse.

Afuera había reaparecido la tranquilidad. No obstante, la falta de tranvías daba a Bogotá una traza de desolación. Los peatones, apelotonados en las aceras, imprimían a la urbe una figura provinciana.

En fin, el Pote Rodríguez seguía su camino, con la cabeza revuelta. Siempre agitado, perseguido por pensamientos negros, buscó otra chichería donde tomarse una cerveza más.

Aquella noche llegó tarde a su casa y se disculpó con la huelga, la falta de transporte. Quiso interrumpirle el sueño a la

mujer para referirle la historia. Hubiera querido decirle que era la última noche que pasarían juntos, pero las palabras se le aglomeraron en los labios, sin escaparse. La mujer le preguntó si tenía hambre. Ahí le había guardado la mazamorra. El Pote Rodríguez miró al rincón el reverbero en que se solía hacer la comida, y en un camastro a sus dos hijos dormidos. Siempre el Pote Rodríguez había mirado con rencor ese cuartucho, pues le inculcaba la certidumbre de que así viviría eternamente. Pero ahora Rodríguez descubrió que tenía allí muchos afectos encerrados, es decir, mucho de sí mismo. Una nueva idea, mejor, una nueva actitud comenzó a echar raíces en él. «Toda la vida me he inclinado, quien lo haya querido ha pasado por encima de mí, y me duele reconocer que hasta cobarde he sido... Hoy, el gorgojo se va a convertir en zorro». A la mujer le pareció observar algo raro en él, pero se desentendió. Jamás había sido demasiado cariñoso, al menos no demostraba su cariño. Quizá tomó mucha cerveza. La mujer se acostó para evitar la contienda. Al quedarse en tinieblas, el Pote Rodríguez le murmuró algo al oído, y le pasó su mano tosca suavemente por el vientre. Hortensia se estremeció, abandonándose a la caricia mágica. Por encima de las mantas, el cuarto estaba yerto. Hortensia se dejó abrazar de su marido, acurrucada para no escapar una sola gota de calor. El Pote Rodríguez le dio unas palmaditas en el muslo, pensando: «¡Como estoy yo encoñado de esta india!» «Voltéate pa'aca» -le dijo quedo-. Ella refunfuñó sin hacer la menor resistencia. Después, quedóse inmóvil, la respiración atajada. El Pote Rodríguez la llamó. No respondió, pero el Pote advirtió el eco muerto de un sollozo y la volvió a llamar:

-¡Hortensia!

-¡Papá!... -gritó uno de los niños, revolviéndose en el camastro.

-Duérmete, Potecito, -dijo el padre-... ¡Hortensia! -la llamó de nuevo-... ¿Qué fue?... ¿De qué está lloriqueando?...

-Porque vos no has sido siempre así cariñoso... Yo había creído que vos me aborrecías... Es el primer día en que he sido feliz en esta casa.

El Pote le pasó los brazos alrededor del cuello y la mordió suavemente en el centro del pecho. Luego, hombro a hombro con ella, sin poder pronunciar una palabra de comentario, mientras ella dormía, él planeaba su porvenir, en vigilia. Lo atormentaba ese deseo inexplicable, casi agónico de ver a Matiz. Sin ruido, tal un gusano adiestrado, el Pote se escurrió de debajo de las cobijas, se vistió, yéndose hacia la puerta. Durante una ráfaga de lucidez comprendió que era tarde; no sabía siquiera dónde vivía Matiz. Se conocían desde hace varios años atrás; se habían echado sus «palitos» muy a menudo. ¡Cómo diablos no le había preguntado su dirección! Sólo sabía que Matiz moraba en el barrio Santa Bárbara, ¡y qué! El comprendía su descuerdo con Matiz, porque Matiz no andaba sino con asuntos de sindicatos, de huelgas, carajadas de esas; y, para evitarse dolores de cabeza, el Pote no había entrado en la huelga; él había sido de los pocos tranviarios de carácter que hicieron el sacrificio de transportar a la ciudadanía. «Yo no sé, pero el Matiz tiene algo que me gusta: nunca los desanima a uno, y cree que todo es posible, aun cuando ya se esté perdiendo.» El Pote comprendió que la ausencia de Matiz abría en todo su ser un vacío mortal. Se

devolvió del umbral de la puerta. Sacó su cartera del bolsillo; a tientas, en el oscuro, contó los billetes y le dejó a la mujer más de la mitad del resto del salario que le habían pagado anteayer. Se acostó, y a cada momento daba un sobresalto, abriendo los ojos, como quien no quiere que lo agarre el día en la cama.

Bajo la neblina de la madrugada se diseñaban las sombras de los cerros de Guadalupe y Monserrate. Paso a paso, Matiz ascendía la callejuela. Al evaporársele la ira de hacía un momento, ahora se sentía melancólico: no había sido apoyada la huelga de los tranviarios; los buses continuarían su marcha imperturbable mañana, como si los obreros del bus no tuviesen los mismos problemas que los tranviarios. «Estos tipos no comprenden nada, son unos estúpidos... ¡Cómo diablos no se percatan de que unidos, íntegros, a los trabajadores sólo les bastaría bajar los brazos para conseguir sus reivindicaciones!... Yo me retiro de la lucha, y que cada quien se las arregle como le dé la gana» -rabió Matiz, víctima del desconcierto. Entró a su casa pero no logró conciliar el sueño.

No bien amanecido, Julio Matiz se puso en pie. Entre oscuro y claro salió al patio y abrió la canilla para lavarse; el agua helada parecía ponerle más a tono. Luego, se sentó al lado de su mesita, en un cuartucho repleto de herramientas de carpintería. Leyó y tomó apuntes durante una media hora, y se fue a su trabajo. Iba a pie, pues parecía no haber tranvías. En la Plaza de Bolívar, a su espalda, un ruidaje. «¡Siguen andando los muy condenados!», se dijo. «De todos modos continuaré a pie; por lo menos no le daré hoy los cinco centavos a la empresa: es una manera modesta de solidarizarme con los tranviarios». Se acercó a un voceador de prensa: compró El

Tiempo, y le dio un vistazo: «La manifestación organizada por elementos bolcheviques fue un fracaso... Los trabajadores, respondiendo al alto espíritu cívico de nuestras tradiciones, volverán a sus puestos como un solo hombre. El doctor Jiménez, llamado anoche a Palacio, acepta el Ministerio del Trabajo... Arreglaré el conflicto -declaró a nuestros redactores-...»

Julio Matiz se quedó pensativo: «A mí no me salen con esas». El doctor Jiménez era conocido incluso como filántropo, pero al fin y al cabo, era abogado de la Standard Oil Company, y propietario de grandes fincas en Boyacá y en Tolima. Claro que solucionará el conflicto con tal de que no pierdan los patrones. Matiz continuó hojeando el periódico: Heridos, detenciones... «Amanecerá y veremos» -murmuró. Los tranvías pasaban más de seguido. A Matiz le pareció ver al Pote Rodríguez... «Hoy al almuerzo le meto una vaciada» -se prometió.

Al medio día el tráfico completamente normal. Matiz comió solo: esperó en vano al Pote. No se imaginaba qué le hubiera podido ocurrir, pues en la cárcel se hallaban no más que huelguistas y manifestantes.

-¿El Pote estará preso, señor Matiz? -preguntó misiá Teodolinda, de pie, las piernas apartadas, las manos en jarra.

-A los «chupas» no los toca la policía, mi señora -respondió burlón, Matiz.

Por la tarde, al desplegar El Espectador, Matiz se quedó mustio: esa era la cara del Pote, con su camisa descotada; una de esas fotografías desteñidas, tomadas en los parques. El pulso alterado, Matiz se recostó a un poste, comenzando a leer:

«Jaime Rodríguez, apodado el Pote, abandona el hogar... Aprovechando la confusión creada por elementos bolcheviques en la tarde de ayer, después de deteriorar el automóvil de la distinguida señorita Leonor Jiménez... «El quiso robarme la cartera -relata la distinguida dama-, pero yo le golpee y le arrebaté la gorra con el número»... Nosotros deploramos, reprobamos tales incidentes, y esperamos que la policía con la diligencia que la caracteriza, sabrá salvaguardar los intereses de la ciudadanía...»

«¡Qué canallas!» -masculló Matiz.

Se quedó contemplando la ciudad, detrás de la cual se desmoronaban los últimos destellos del claror. Los cerros se alineaban pelados, azulencos, como un gigante animado que arrugara su ceño impasible. «¡Que canallas! De los ricos nosotros no podemos esperar sino la horca y la difamación. El Pote Rodríguez no hubiera sido capaz de cogerse una aguja; lo que sí era él era un reaccionario sinvergüenza que no quiso meterse en la huelga. Pero, de todas maneras, lo que me preocupa es no saber qué diablos le pasó. Aquí adentro hay gato enmuchilado. ¿Cómo se originó la historia esa con Leonor? Me pueden cortar la mano, pero yo juro que la acusación es falsa. Lo que es a ese lo perseguirán, lo asesinarán en una emboscada, todo, para escarnio de los obreros.» -Matiz comenzó a evocar difícilmente donde vivía Rodríguez. Un número de revoloteaba en la cabeza, pero un número frágil.

«¡Ah, qué pendejo soy, si el número de la casa está aquí en el periódico!... ¡Cómo se vuelve uno pendejo!...».

Anocheecía. El universo seguía su curso, los unos por aquí, los otros por allá. Matiz dobló el periódico, metiéndoselo al bolsillo, y se encaminó hacia los Barrios Unidos. Tenía la sensación de un viaje; al atravesar los barrios residenciales, repletos de automóviles, jardines y arboledas, Matiz se creyó en otra ciudad. Las calles iban en declive hasta cuando apareció la sabana, con sus montículos, sus eucaliptos, su horizonte lejano... A la vista de un buey con el labriego, Matiz se sintió en el campo y respiró a pleno pulmón el aire tibio, impregnado del vaho de la tierra.

Tocó a la puerta. Nadie. Volvió a tocar. Más allá, una vecina asomó la cabeza, como temerosa de ser vista. Al constatar que no se trataba de la policía, dijo, sin salir:

-Hortensia no está. Me dijo que ahí me recomendaba a los muchachitos, que ella se iba a una diligencia que tenía que hacer.

-Y, ¿no la puedo aguardar? -preguntó Matiz, acercándose a la sombra de la cabeza que le hablaba.

-Usted verá, vecino -dijo la mujer-... ¡Que desgracia la que les vino encima a los pobres, eh!... Para decir la verdad, nosotros nunca le sospechamos al Pote malos vicios... Pero dice el dicho que cuando río suena, piedra lleva.

Matiz empujó la puerta; tanteó el interruptor en la pared e iluminó la desvalida bujía. Todo estaba revuelto; las cacerolas boca-abajo, restos de mazamorra esparcidos; algunas piezas de ropa en un rincón. Matiz quedó observando el uniforme de tranviario del Pote, apachurrado, las mangas del saco al revés. En el camastro dos niños dormidos, uno patas-arriba, otro acurrucado. Matiz se sentó en un banco. A lo lejos las luces de casuchas diseminadas en la sabana. El viento gemía por entre las ramas de coposos eucaliptos. La respiración ininterrumpida de los chiquillos resoplaba en la penumbra. Distante, Matiz recogió el alarido de una locomotora, cuyo rumbo ignoraba. Inútil. Matiz cerró la puerta y se fue, lentamente, con la esperanza de topetearse con la señora en la calle. A medida que iba penetrando en esa ciudad que lo traicionaba con su calma aparente, Julio Matiz cayó en la cuenta de que su promesa de no luchar más se le había olvidado. Ahora, su odio contra los ricos y el poder de los ricos se hizo más ardiente. No supo cómo se le vino a la cabeza que el Pote le había dicho que su mujer era costurera en el barrio. «Es una solución», pensó.

Ya no alcanzaba a irse hasta la casa, y se dirigió directamente a la reunión organizada por el Partido Comunista. Se acordó en primer término obtener la liberación inmediata de los detenidos. Organizar una campaña contra las calumnias lanzadas alrededor de un trabajador, el Pote, y realizar una colecta para comprarle una máquina de coser a Hortensia; lo último, a proposición del camarada Julio Matiz. «La represión va a ser más y más dura... Pero nosotros no estamos hechos de papel» -comentó alguien, mientras cada cual había ya comenzado a retirarse por su lado.

Después de que la policía sin piedad requizó la vivienda, y de ser intimidada de que si no confesaba, ella

pagaría por el marido; cuando el barrio entero pregonó de boca en boca la historia, Hortensia, casi sin sentido, tomó un tren.

Ya era la media noche y ella continuaba en la falda del cerro, sentada sobre una piedra. ¡No! Ella no regresaría, jamás. Le dolía el corazón de pensar en sus hijos, pero el horror de presentar su cara llena de vergüenza cada día, pesaba sobre todo su cuerpo, impidiéndola levantarse hacia Bogotá. El viento silbaba en el abismo, y un ruido, sordo, encajonado, de agua que se despeña, le producía un escalofrío mortal. Una bruma densa cubría las fauces del abismo, y, arriba, más alto que la cúspide de las montañas, titilaban tímidamente las estrellas. El viento remolineaba, desencadenado, insolente, y de repente, una corriente de pavor le circundo las venas. Se calmó un instante, y a su mente clara se acercó la imagen del día lejano en que se vino aquí mismo con el Pote a piquetear: habían comido papas saladas con sobrebarriga... Después, cuando el Pote se hubo «jinchado» de cerveza, escalaron la montaña, y en un llanito limpio, al amparo de los frailejones agitados, el Pote la había acariciado como anoche. Quizá desde por la mañana el Pote se habría despedido de este mundo. Hortensia sacó del bolsillo de su abrigo viejo una cartica, la puso sobre la piedra grande, pisada con otra pequeña, y de un impulso heroico, para no sobrellevar la deshonra, se lanzó. Los copos de agua revueltos en las tinieblas la envolvieron, como las aspas de un molino, hasta llegar a los pies milenarios del Salto de Tequendama, quien se alimentó impasible y bello, de una nueva víctima que él no sabía por qué le ensangrentaba su ropaje impecable.

«¡El Espectador!... ¡El Espectador!..., con el retrato de la víctima!» -gritaba el voceador de prensa, cuando Julio Matiz, al día siguiente, salía del trabajo empuntado hacia la casa del Pote.

Tuvo que pararse en seco y apretar las rodillas. Ahora, no se entristeció, ardió. Leía sin lograr comprender cómo podía irrespetarse la luz con semejantes mentiras. Ya no se decía que el Pote intentó robarse la cartera, sino que su esposa se sintió cómplice de la «cartera robada»; y en vez de «Rodríguez» se escribía tranquila y llanamente «el criminal». Al final se relataba cómo «los comunistas han tomado la defensa de su camarada».

«A mis hijos, los encomiendo a Dios...», decía la carta. Julio Matiz con cierta melancolía pensó que Dios estaba muy lejos para ocuparse de esas criaturas, que Dios estaba más bien al lado de los ricos. «En fin no me voy a poner a filosofar ahora, pues los muchachos debe estar muertos de hambre». Tomó un bus volando y se fue a los Barrios Unidos. La vecina había recogido a los niños en su casa, sin responderles por qué la madre no venía. Matiz, luego de cruzar con ella unas cuantas frases acerca del suceso, le agradeció el comedimiento y le pidió a los niños. Vino a la casa, cerró la puerta con llave, y dio su dirección a la vecina para por si era necesario. Anocheciendo, Matiz, cargando al más pequeño, y el más grandecito asido de la mano, paso a paso, buscaba la estación del autobús, camino de su casa.

-¿Usted es el hermano de mi papá? -le preguntó el mayor.

-Sí -respondió Matiz, sonriendo, acariciándole los mechudos cabellos.

-Leonorcita, querida -le dijeron las Soto-, hiciste como una santa... El mal hay que cortarlo de raíz...

-¡Pero, y esa señora que se suicidó!... Yo no dije que me había robado, es decir, fue con la rabia...

-No, mi hija querida, no nos vas a salir con que te vas a meter a un convento... Tú sabes, Bogotá ya no es como antes -intervino mi señora Amelia Soto, la madre-... no... Hoy, los hombres, ¿tú crees que se levantan para cederle el puesto a una dama en el tranvía o en el bus? ¡Eso sí que no!... Además, las indias de las chicherías se meten con sus canastos y le pisotean a una íntegro el vestido; y si una les llama la atención, ¡el vaciadón que le meten!...

-¿Qué quieres tú, mamá? Bogotá se ha modernizado y evidentemente se ha llenado de provincianos... Esa gente no tiene buenos modales, ni tiene por qué tenerlos, son vulgares... Y encima de eso, la chusma se ha revuelto. Si vieras, hijita, lo que me dijo el chófer esta mañana, y con qué insolencia: «¡Yo no soy esclavo suyo!»

-Mira: la idea de Alicita Restrepo, de que entremos todas a la Sociedad de Amor a Bogotá es fenomenal...

-Hacer que Bogotá vuelva a ser lo que fue. Principiaremos por...

-Empezaremos por saludar a los chóferes con gentileza, con palabras finas, para que ellos vean cómo se saluda.

-A la muchacha de la casa le haremos comprender que debe continuar usando el pañolón; los abrigos son muy caros...

-Magnífico, ala, pues las indias estas cuando se ponen un sobretodo, se consideran iguales a las señoras, ¡qué es esto, por Dios!

-Entonces, yo me haré miembro de la Sociedad de Amor a Bogotá -dijo optimista Leonor-... Me muero de la pena pero tengo que irme porque voy a recoger al Negro al colegio.

-Y no te olvides que el sábado estamos invitadas a tomar onces donde las Restrepo.

-Alicita es un encanto... ¡Adiós, querida!

-La Leonor es loca... -murmuró alguien cuando ésta se apartó.

Pepe esperaba paciente a la hermana en la acera del colegio. Acababa de comenzar el quinto año de bachillerato; dos añitos más y lo despacharían a los Estados Unidos a estudiar medicina. Eran tres hermanos: Alberto, el primogénito, se había hecho abogado; desplegaba una actividad sorprendente; incluso ya había comprado carro; el mes pasado

se casó con Teresita Lleras y se hallaba en Europa, en viaje de bodas. Leonor no había tenido voluntad de continuar en la Facultad de Bacteriología de la Universidad Javeriana. A Pepe, siempre callado, le ardían los comentarios acerca de su hermana; ahora andaba para arriba y para abajo con el Pato Gómez. El asunto del periódico, tanto ayer como hoy, lo tenían un poco mohíno; se hablaba tanto de su hermana, de su familia, que él, normalmente hubiera podido sentirse orgulloso, pero no, esto le molestaba. Quizá porque sabía que todo eso no era sino un provecho político sacado de un capricho de Leonor. «Papá dice que no es justo atentar contra la integridad moral de la persona humana». Pepe no comprendía dónde residía entonces la razón profunda por la cual se le hacía aquello a un tranviario. Sentóse en el césped del jardín del colegio, bajo un pino, y empezó a enjugar unos lagrimones que le brotaban de algo que se había roto violentamente en su propio ser; algo que antes no tuvo el coraje de afrontar, quizá por ser muy niño e impotente. «Leonor es bonita, casi rubia; la llaman la «mona». Alberto es alto, fornido, de ojos azules, se dijera hijo de un inglés. Yo fui el único que salí «negro», con pelo indio, como mi abuela. El «negro» me han llamado cariñosamente». Ahora notaba cómo se sentían engréidos los hermanos cuando se les apellidaba comúnmente, eí mono Alberto, ía mona Leonor, No sabía por qué, de tiempo acá, todo cuanto el negro Pepe obtenía le llegaba de parte del doctor Jiménez; éste le había dado la plata para comprar un moto. Y, el mes pasado, antes del matrimonio de Alberto, lo llamó a su alcoba y le confió en secreto: «Si obtienes buenas calificaciones, te mandaré a los Estados Unidos». El Negro Pepe observó que el doctor Jiménez le dijo eso con cierta ternura rayana en compasión y amargura. A partir de hoy Pepe se sintió perseguido y esa persecución se la había revelado la prensa al defender a su familia. Una vez, Leonor, durante una disputa casera, le enrostró: «indio taimado

como tu abuela». De pronto, pues, Pepe se despertó inundado de algo pastoso, impreciso, que le soplaba un lenguaje comprensible pero cruel: era la bocina. La sombra del carro de Leonor se dibujó tras los pinos y cipreses del jardín cuasi solitario. «Podrías no haber venido a recogerme, ¡vieja puta!» -masculló, y de inmediato el filo helado del arrepentimiento, como un inmenso puñal se le estampó en el costado. Pepe se enjugó el copioso llanto y se sobó varias veces la nariz, conservando el pañuelo empapado en la mano.

-Sí, ya voy -gritó, y se aproximó a la hermana, tamborileando con los dedos el cuero de su maleta de libros, para disimular su aprehensión.

Tarde la noche vino a casa el doctor Jiménez. No había tenido tiempo de comer en todo el día. La sirvienta le informó que la comida estaba lista, pero él le pidió solamente café y una que otra tostada con mantequilla. Bueno, el ministro de Gobierno se había puesto de acuerdo para liberar a los presos, suspender la caza del Pote Rodríguez. Había hablado con el director de El Tiempo a fin de ahogar la campaña de prensa para evitar el furor de las masas; en cambio, atizar la opinión pública en torno a las próximas corridas de toros y del campeonato de fútbol. El doctor Jiménez sentíase más tranquilo, un mal paso táctico podría dar al traste con su carrera política. Ahora, comenzó a pensar en grande: «Nosotros, es justo reconocerlo, hemos varajado demasiado la paciencia de las masas... Uno de nuestros peores errores ha sido empecinarnos en creer que el país es el mismo de hace diez o quince años. No hemos educado al pueblo; hemos sido avaros en la aplicación de ciertas reformas estatuidas por el constituyente. El pueblo es como un niño, a veces se enoja y hay que engatuzarle con un juguete, con bombones... Yo sigo

en desacuerdo con la Dirección Liberal: el "gaitanismo" no es ningún fenómeno esporádico; el gaitanismo ha sabido recoger todo el descontento que cunde en el país, y ese es su mérito, su peligro...»

El doctor Jiménez con una cortesía no acostumbrada le dio las buenas noches a la sirvienta, la cual se sintió lisonjeada; luego, en puntillas, se dirigió a su alcoba con la intención de quedarse profundamente dormido; se desvistió en absoluto silencio. A su mujer le cogió el sueño con la boca entreabierta, sus párpados suavemente desplegados; los últimos destellos de feminidad cálida agujaron en el doctor un deseo callado, sereno. Pero él no podía dormir, se levantó yéndose a la biblioteca. Al entrar lo sorprendió la luz de una lámpara, al lado de una especie de estatua petrificada en el escritorio.

-Se ve que comenzaron las clases, ¿eh? -exclamó el doctor Jiménez.

-Sí. ¿Sabes, papá, que la mujer del Pote se echó al Salto?... Yo me preguntó qué será de los huerfanitos...

-Tienen parientes -cortó el padre, esquivando la conversación.

Pepe supuso que el padre deseaba quedarse solo, y antes de que lo despidiera, se le adelantó:

-Buenas noches, viejo -le dijo, besándolo con cariño.

El doctor Jiménez se asomó a la ventana. Las curvas de los cerros, tan cercanos, le impregnaron más intimidad a su vigilia. Quiso escudriñar con los ojos el horizonte, pero algo,

tal vez el paredón de los cerros, le impedía palpar las entrañas profundas del país. ¿De qué lado vivirán los dos niños del Pote? Quizá nunca lo sabría, pero se sentía culpable de aquella tolvanera revolcándose. «Sí, Gaitán será eliminado de una manera u otra. Nosotros debemos canalizar este movimiento que él ha desencadenado sin querer; así lograremos apaciguar esto un poco, mientras en la mitad del camino reunamos nuevas fuerzas con que adaptarnos al mundo actual. Si no aprovechamos esto, ipso facto, después nosotros mismos no sabremos dónde meternos...» El doctor Jiménez quiso sentarse a la máquina y escribir un artículo reconociendo el descontento de la chusma. Renunciaría al Ministerio y se echaría él también a la plaza pública. De repente sintió en el pecho una corazonada: ¿Si Gaitán no gana? No era prudente echarse encima a la Dirección Liberal. «Yo mismo soy una de las figuras con las cuales el liberalismo cuenta, llegado el caso.» Lo que él haría sería renunciar al Ministerio. Las cosas tenían ahora la pata delgadita, él no iba a arriesgar su prestigio.

El Pote Rodríguez se empujó a los Llanos. Una vez en Puente Quetame, desde cuyas faldas se presentía el Llano, muchos vaqueros que descansaban al lado de una cerveza le hablaron de la vida libérrima a través de los bancos de la sabana o de la mata de monte, y ese cuadro se grabó en el Pote como un grano de curiosidad y de esperanza.

Esta noche en un camión de carga el Pote acababa de llegar a Villavicencio. El chófer se ofreció a conducirlo hasta San Martín, eso sí, tendrían que salir dentro de dos horas. El Pote se quedó sentado en la plaza, intencionalmente semioculto, bajo la sombra proyectada por los bambús. Le

ardían los ojos a fuerza de querer ver desde lejos al detective que vendría a agarrarlo. «En último caso -pensó-le clavó este cuchillo en el corazón... Yo no he buscado la camorra...» Tenía hambre pero no se atrevió a ir con el chófer al restaurante. El pensamiento no se le apartaba de Hortensia, de sus hijos. Un segundo sentido, agudo, misterioso, le hacía sentir que Matiz haría algo. «Esto no se queda así, esto se hincha», pensaba. «Los tipos como Matiz no se dejan joder... Lo que más me choca es no haberlo visto antes. En fin, la suerte está echada y Dios no me abandonará»... En su desasosiego concibió la idea de confesárselo todo al chófer; estos llaneros están habituados a hablar a calzón quitado; son de los que se juegan la vida a cada rato, y saben entender la desgracia ajena. «Pero, si en vez de guardarme el secreto me deja tirado y me denuncia, me traga la tierra... ¡No! Si me sale con una mala pasada, le doy su merecido aquí en la carretera... Le voy a decir que de ahora en adelante yo soy su fogonero y le escupo toda la verdad».

-¡Ah, llanero no toma caldo ni pregunta por camino!
-exclamó el chófer, haciéndole señas al Pote, a tiempo que examinaba las ruedas del camión y el estado en que iba la carga-... Yo me llamo Pedro Pablo Cuvides, pero todo el mundo me dice el Flaco, no sé por qué.

-Mi nombre mío es Alfonso Puerta.

-Bueno Alfonso, montáte al camión.

La máquina carraspeó un ronroneo sordo y, por entre nubarrones de polvo, fue descendiendo al imperio de los morichales; los potentes faros enceguecían el ojo opuesto; soplabá un viento tibio, tocado de humedad hacia el alba. El Pote iba dormido contra la portezuela; de cuando en cuando, al

sacudón mandado por una piedra grande, atravesada en la ruta, abría los ojos inertes, enderezando la cabeza, para luego dejar azotar el mentón de nuevo sobre el pecho. Dormía con ingenuidad. La aurora se despuntó sobre el anchuroso océano de tierra; oleaje de pastizales mecidos por el viento, bogaba hacia el oriente, hacia el más allá del más nunca. Pedro Pablo Cuvides, llanero de pelo en pecho, había escuchado la historia con los puños cerrados, las mandíbulas apretadas, temblorosas. Con los años que llevaba, obligado a ganarse el pan a regañadientes con los patrones esos del diablo, él comprendía hasta dónde podía llegar la perfidia de los ricos. «Primero me cortarán la cabeza antes de permitir que se le toque un pelo al Pote» -masculló-. Luego, frenó lentamente. Al cese del movimiento el Pote volvió en sí, dio un sobresalto, y, como extrañado, observó el derroche de luz incontenible.

-Bajáte un momento -dijo el Flaco.

-No sé dónde estoy -replicó el Pote entre dormido y despierto. Se restregó los ojos con el dorso del pulgar, aspiró una bocanada de aire, y sonrió, poniendo su pesado brazo en el hombro del Flaco.

Ambos se bajaron. Al margen de la cuneta, en la cabeza de un puentecillo de madera, corría un ojo de agua. Los pies bien puestos en tierra, apartadas las piernas, los dos se agacharon a lavarse la cara y la cabeza con agua fresca, arenosa. Tomaron buches de agua, restregándose los dientes y las encías con el dedo índice. Una garza blanca se asentó a

varios metros, sin temor. Los parajillos chirreaban saltarines, al unísono de la secreta corriente del ojo de agua.

-Bueno, Pote, hermano, después de descargar el camión inmediatamente te llevaré a la orilla del Ariare, te quedarás en casa de Aminta. Yo también dormiré esta noche allá... A mi regreso de Bogotá te traeré noticias, la semana entrante.

El Pote sintió correr por sus venas una cierta tristeza. Comenzaba a masticar el destierro. ¡En su propia tierra! Una noción nueva de la miseria humana tomó forma, mientras él, en silencio, contemplaba esa tierra sin fin, hacia la cual se perfilaba su salvación. Un fino torrente cálido manaba de sus ojos.

Flaco -dijo-, perdóname..., quisiera darte las gracias.

-Arrieros somos, y en el camino nos encontraremos... ¡Vamos! -dijo el Flaco.

Tres horas después, ya en San Martín, el Flaco se acercó al Pote.

-Ves, llanero no toma caldo ni pregunta por camino... Dentro de un momento unos vaqueros se marcharán al Arauca; he pensado que te puedes ir con ellos... No tendrás que preocuparte... Son amigos, dentro de unos días, meses tal vez, te llegarán noticias mías.

-Y... -el Pote comenzó a dudar, pero al ver la cara franca del Flaco, compuso otra frase-... yo trabajaré con ellos... Me tiente la vida de llanero.

-Bueno, andáte a la casa del Tuerto Jaime... Ahí viene por ti, no temas. Buena suerte, hermano... ¡Espera! -le gritó reflexivo- escíbeme la dirección del Matiz...

-No sé... Ah... búscalo en la chichería de mi señora Teodolinda en la Perseverancia, en la calle Treinta y dos, arrivita de la carrera Séptima.

En la placita soledosa, con el sol abrasador, se hallaba sentada Aminta bajo la fronda de un caimo anciano. El Flaco la reconoció a la legua y se le aproximó.

-Aminta, yo pensaba pasar por allá, por donde ustedes esta tarde... ¿Cómo estás?

-Flaco, precisamente vine a buscarte: he decidido irme a Bogotá. Tú sabes, para un llanero es difícil dejar el Llano, pero yo quiero cambiar un poco de vida.

-¿Y qué harás tu en Bogotá, Aminta?... Entre otras cosas te diré que eso ha comenzado a dañarse en Bogotá.

-Lo que pueda, Flaco; estoy dispuesta a salirme... ¿A qué horas de vas, Flaco?

-Yo quería pasar la noche en casa de ustedes, estoy muy cansado, y madrugar mañana... Además, yo tengo un negocito que arreglar con tu hermano.

-Mi hermano se fue para Cumaral y no viene sino el lunes -dijo Aminta, serena, y miró al Flaco, convincente.

-Bueno, qué se va a hacer: nos largamos ahora mismo y como ya es tarde nos detendremos en la finca de don Luis Anzola y allí pasaremos la noche... Mañana iremos a Cáqueza y el domingo entraremos a Bogotá.

-Bien, Flaco -asintió Aminta.

-Pero, yo tengo sed, Aminta, vamos un momento a buscar un vaso de guarapo.

-Yo tengo guarapo, Flaco -respondió Aminta, sacando de un saco en forma de morral una botella de contenido ligeramente espumoso. Le sacó el corcho, limpió la boca con la palma de su mano, y se la ofreció sonriente.

El Flaco alzó en alto la botella, a dos o tres centímetros retirada de los labios, y, con la cabeza hacia el cielo, tragaba ávido el guarapo que le llovía en la boca. Se relamió, devolviendo la botella a Aminta. Tomó el morral, un maletín de cartón, y los echó atrás. Después abrió la portezuela de la cabina y le tendió la mano a Aminta para ayudarla a subir. Aminta, con sus ojazos negros, protegidos de largas pestañas, recapacitaba, soñadora, frente a aquel paisaje familiar.

Hacia las siete de la noche el Flaco apretó la sirena, parando el camión al margen de la carretera, frente a una casa, de la que venía el lenguaraje de los niños y la pálida luz de una linterna de kerosén. Un perro mozo ladró y se abalanzó, e irguiéndose sobre sus patitas traseras, posó cariñoso las delanteras en la falda de Aminta, quien se había apeado.

-¡Buenos noches, don Luis! -gritó el Flaco, extinguiendo definitivamente el motor- Aquí hemos venido a ponerle pereque esta noche.

-No faltaba más -aseguró don Luis-, sigan adentro.

Toda la familia afloró al patio. Cuando Aminta se detuvo a saludarlos, a mimar a los niños, la más pequeñita escondió la cara en un pliegue de la bata de la madre. Por entre la noche flotaba un bochorno desesperante; ejércitos de mosquitos llovían impertinentes. La señora voló a la cocina, a prepararles de comer: arroz seco, huevos fritos, plátanos. Don Pedro se dedicó a colgarles los chinchorros. El Flaco alegó que con el calorón infernal este, prefería quedarse en el patio. Don Pedro le guindó el chinchorro entre dos naranjos. Aminta se acostó con la señora en el lecho matrimonial. Don Luis se reclinó en un chinchorro, en el corredor.

De media noche para el día apareció la luna. El cielo despejado, sirviéndole de domo al llano, creó en Aminta una sensación de placidez infinita. Ella siempre había querido sentir la vida así, fecunda, clara. Quiso ponerse a contar los luceros más grandes, pero al surgirle el deseo de comparar en qué se distinguía la lucidez de aquél, de la del más lejano, se le transformaba la cuenta y hubiera querido recomenzar siempre. Aminta se incorporó de pronto; no tenía una pizca de sueño; el croar de las ranas le devolvió la sensación de las orillas del Ariari, con el crujido secreto de las matas de monte. Se levantó en puntillas, en camisola, y sentóse en el umbral de la puerta, estirando sus piernas desnudas, sudorosas, sobre la tierra; la grama transpirada le cosquilleó los talones; sus senos duros, casi visibles, puntiagudos, permanecían vivos en la quietud. Aminta estaba pletórica de alegría, vibrante. Si por si acaso allá

no le iba bien, o si la ciudad trataba de ahogarla -como le dijo el Flaco-, Aminta tuvo la seguridad de que volviendo al Llano colmaría esa sed de amor y de reposo que le había prodigado aquí la naturaleza, horizonte tras horizonte... Detrás de la casa cantó un gallo. Aminta recostó la espalda al quicio de la puerta; le parecía que si se levantaba faltaría al Llano. Y se quedó dormida hasta cuando la tonada del vaquero y el susurro de la brisa empapada con el rocío de las corolas de la tibabana en la madrugada, le anunciaron, implacables, la huida de la noche.

V

En una de esas casona de dos plantas, una casi bajo tierra, barrio de Santa Bárbara, Luis Aníbal se había conseguido una piecita, que le servía sólo para las horas de sueño, pues no penetraba una gota de aire ni un hijo de luz; tanto que, pese a la avaricia secular de la propietaria, ésta no se enojaba si, por casualidad, él encendía la luz durante el día. A veces el cuarto de Luis Aníbal se convertía en una suerte de asilo, donde pernoctaban otros estudiantes. Esto sí que no lo perdonaba la propietaria. Sus compañeros optaron por entrar después de media noche y huir al amanecer. Ella sospechó la trama y hubo noches en que, toda nerviosa, se quedó en el portón, agazapada, para darles el zarpazo:

-¡Ya no más, don Luis Aníbal!... Estos caballeros no me pagan ni un centavo y yo no puedo permitirles que se queden -gritó la señora Blanquita, atravesándose en la puerta para cerrarles el paso.

Luis Aníbal se salió de casillas y se formó un violento altercado. Bueno, afuera no se podían quedar a estas horas; además, no eran criminales. Luis Aníbal los mandó avanzar costara lo que costare. La señora Blanquita vociferaba, chillaba, como si le hubiesen metido una aguja no se sabe dónde. Todos, muertos de hambre, se acostaron. Al día siguiente se levantaron tarde, era domingo.

Luis Aníbal se dirigió al patio, y, mientras se lavaba, encorvado, al borde de la alberca, Matiz esperaba su turno.

-Hágame el favor -le dijo Luis Aníbal, haciéndole comprender de que no le molestaba el que Matiz hiciera lo mismo simultáneamente, junto con él.

-Muy amable, don Luis Aníbal -asintió, amistoso, Matiz.

En lo íntimo de sí su interlocutor se sintió halagado. Esa actitud mezquina de los inquilinos de Bogotá, evitándose los unos frente a los otros, la habían sentido dolorosa. Cuando mucho, apenas si la gente se masculaba los buenos días en los pasillos.

De ahí en adelante, las relaciones entre Luis Aníbal y Matiz dejaron de ser aquel contacto agrio y desconfiado; aquel cruzarse de miradas transversales sin el aliento de una sílaba.

Así, en otra ocasión, Luis Aníbal se salió al sol y en un asiento de madera sentóse a leer al lado de la higuera raquítica que con la alberca hacía parte de los enseres del patiezuelo. Serían las once; uno de los niños se le acercó.

-¿La mamá suya no viene a verlo? -le preguntó.

-Está muy lejos, en el Chocó -respondió.

-¿Por qué no viene aun cuando una sola vez? -inquirió el niño.

-Es lejos te digo -y, doblando un extremo de la página, para no perderla, Luis Aníbal atrajo al niño, acariciándole la cabecita.

Matiz, contento al sorprender la conversación amical, le gritó al niño desde dentro:

-¡No molestes a don Luis Aníbal!...

En eso la madre de Matiz, un pañolón negro alrededor del busto, las piernas regordetas, pesadamente salió al patio, y tomando al niño de la mano, habló al estudiante:

-Don Luis Aníbal -dijo-, ¿por qué no se queda usted a tomar la mazamorra con nosotros?

-Muy amable, mi señora, muy amable -repuso conmovido.

-No es gran cosa, pero lo hacemos con mucho gusto -anotó la madre.

En la mesa Matiz le disparó una serie de preguntas sobre el Chocó. Luis Aníbal le habló en general, primero, luego comenzó a dar detalles aún de su propia experiencia vivida.

-El aspecto de la empresa minera norteamericana Chocó-Pacífico, ahí me tiene un problema del cual nosotros nos hemos ocupado muy poco, casi nada -dijo Matiz, como haciéndose un reproche personal... ¡Cómo es posible que no exista allá un sindicato!

El más pequeñín comenzó a jugar con la cuchara de palo, revolviendo el fondo del plato, haciendo chispear la mazamorra; se había embarrado toda la camisita y la cara, como un gato al que se le hubiese sumergido la cabeza en la leche.

-¡Que te voy a meter una zurra, chivato horroroso! -lo regañó la señora, amenazándolo con la mano abierta, en alto.

El niño se escapó y acurrucóse entre las piernas de Matiz, lloriqueando. Matiz le pasó la mano, cariñoso, por la frente:

-Para qué es chivato con su mamá, m'hijito -le habló, distraídamente-... Don Luis Aníbal, si le parece, pasemos a mi cuarto -dijo, levantándose.

El sol pálido de Bogotá se iba alejando del patio. La propietaria, en una de sus idas y venidas al baño, se había detenido a apretar con ahinco y perseverancia la llave del grifo de la alberca, pues se estaban desperdiciando algunas gotas de agua.

Matiz, pensativo, exclamó de pronto:

-¡Ah, godos bellacos!

-¡No hables así! -dijo la madre, asustada-... ¡Va y te oyen m'hijo, por Dios!...

La habitación de Matiz era un verdadero taller, la camita perdida entre los libros y herramientas; en el suelo y sobre un banco de carpintería yacían sus obras, unas terminadas, otras a medio hacer: juguetes para niños, cuyas piezas estaban todas labradas en madera. Había fabricado un caballito que al rodar daba la sensación de galopar por su propio bello gusto. Luis Aníbal tomó el caballito en sus manos y, lelo, contempló tan esmerado trabajo; prácticamente una escultura. A cada brote de la admiración de Luis Aníbal, Matiz se sonreía, y con los dedos corazón e índice se peinaba el bigotillo de su cara angulosa.

-Mi mamá tiene que soportar un serio trabajo de guardián, para que los dos muchachos no me desbaraten demasiado esto... No hay modo de sacarlos de aquí, lo cual, de cierto modo me satisface porque de lo contrario se aburrirían quizá, los pobres...

-¡Tú eres un artista!... ¿Cómo has llegado a hacer esto? ¿Y a qué horas lo haces? -inquirió asombrado Luis Aníbal.

-Hombre, ves, cuando salgo del trabajo y los domingos... Menos mal que ahora no iré más al taller... Desde hace ocho días me despidieron... Voy a ver si puedo colocar algunos jugueticos en el comercio...

Luis Aníbal se quedó meditabundo, mirando por todos lados el caballito de madera. Hacía ya largos meses que él también buscaba seriamente trabajo, de lo contrario no podría continuar en la universidad. Al oír el caso de Matiz, un individuo que sabía bien su oficio, se desconcertó profundamente. Su sueño de terminar la facultad de Arquitectura comenzó a diluirse de manera casi inevitable. Fuera de eso, todo parecía volverse al revés en el país: los muertos de Manizales habían resonado como una tronamenta lúgubre que no anunciaba nada bueno. Luis Aníbal, echándose para atrás sobre la cama, sus ojos escrutadores fijos en el bajo cielo raso, como hablando consigo mismo, dijo:

-Yo no sé lo que vamos a hacer...

-¿Lo que vamos a hacer?... Lo peor sería que esa oleada de sangre continuara y nos topara con los brazos cruzados, nos sumergiera... Luchar, sí señor... Yo por lo menos definitivamente me entregaré a poner mi granito de arena en la organización de la clase obrera... Con una clase obrera fuerte, unida, la cosa les será más difícil a ellos... ¿Por qué no salimos un rato al centro, don Luis Aníbal, a tomarnos un tintico?

Andaron a pie, a lo largo de la carrera Séptima. En la calle Veinte Matiz se detuvo y entraron a un café no muy grande, pero concurrido y nublado de humo de cigarrillos. Había una sola mesa desocupada, inexplicablemente desocupada.

-¡Ah, el señor Matiz si no se deja ya ver! -exclamó Aminta, burlona, sonriente con una simpatía desbordante-...

Siéntensen aquí, que esta mesa se la he reservado a los estudiantes... Y espérensen un momentico, que ya vuelvo.

Aminta les sirvió dos tasitas de café tinto; ella misma le puso el azúcar. Tomando una cucharadita la llevó a la boca y la probó con la punta de la lengua, a ver si estaba bueno de dulce. Lo cual no se hacía nunca; si el patrón la hubiese visto, quizá la habría reprendido; por otra parte ella no lo hacía igual con todo el mundo, sino con aquellos hacia quienes, por alguna razón, se sentía Aminta más próxima. Y pues Luis Aníbal vino con Matiz... Los dos siguieron platicando, sin poder separarse, como cuando después de una añeja amistad, de pronto descubre uno que llegó el momento de decirse adiós, y quiere uno volcar todo cuanto encierra en el pecho.

Especialmente Luis Aníbal creía sinceramente haber perdido años enteros de este contacto aparentemente tan simple, pero que si se detenía un momento a reflexionar, no era simple sino por cuanto en ese contacto había de humano y nítido.

Aminta terminaría su turno dentro de un cuarto de hora; le dijo a Matiz que la esperara afuera, en la esquina. Al oírla, Luis Aníbal se levantó despidiéndose de Matiz para dejarlo libre. Matiz le rogó aguardarlo: al contrario, se irían los tres juntos. «¡Qué hombre éste -se dijo Luis Aníbal-, tan amplio, tan sin misterio!... ¿O será que quiere sacar algo de mí?». Luis Aníbal se atormentó a causa de este último pensamiento, pero en su vida, en nuestra vida, entre extraños habíamos encontrado tipos hipócritas, o bien tipos que nos despreciaban y nos pateaban para acabarnos de hundir.

Era ésta una noche bastante fría: Luis Aníbal enfundó las manos en los bolsillos. Aminta marchaba entre los dos. Matiz la tomó suavemente del brazo. Remontaron la avenida Jiménez, la cual abandonaron arriba, al dar con la sombría, sucia, mísera carrera Tercera. Se cruzaron con mucha gente vestida de harapos, el rostro escurrido, tiritando. De pronto se topetearon con un grupo de niños agarrados, prodigándose patadas y puños; uno tenía la boca reventada, pero sin embargo, no soltaba la naranja que tenía apechada, y cuyo jugo rodaba sobre su pecho y su vientre. Matiz y Luis Aníbal los apartaron y los sermonearon con una lección paternal. Se detuvieron en una casucha, de espaldas al pie de los cerros. Subieron cuatro escalones para ganar la nave del portón. Adentro descendieron una escalera, hasta un patio húmedo, tenebroso. Aminta sacó de su cartera una llavecita y abrió el candado de su puerta.

-Perdone -dijo, dirigiéndose a Luis Aníbal-, yo quisiera ofrecerles otras condiciones pero no he podido conseguir otra cosa.

Se quitó su abrigo, de color carmelito, bien conservado, y lo colgó en un roperito adherido a la pared, junto a la cama. Le indicó a Luis Aníbal un banquito de tres patas; Matiz se sentó en la cama.

Luis Aníbal observó el orden minucioso de aquel aposento, se dijera todo impregnado de la mismísima Aminta. En un ángulo, un cajón forrado en papel periódico, encima un reverberito de alcohol, algunos vasos, tazas, platos; paradas boca-abajo contra un costado del cajón un ollita y dos

cacerolas; en la cabecera de la cama una imagen del Cristo de Monserrate, caído, la cabellera desgredada.

-¿Qué les voy a preparar yo a ustedes de comer? -se preguntó Aminta, plantada en la mitad de la pieza.

-Si tú no sabes, nosotros sabemos menos -comentó Matiz.

Luis Aníbal hubiera querido decirle que no se molestara; que él no tenía hambre, etc., pero se sintió en una atmósfera tan profundamente acogedora que se dio cuenta de la futilidad de esa frase gastada.

-Papás fritas, huevos pericos, chocolate en agua porque no tengo leche, ¿eh, Julio?... -decidió Aminta.

-No hay que confundir en el Chocó late un perro con un perro en el chocolate... ¿No es verdad Luis Aníbal? -preguntó Matiz. Soltaron la carcajada.

La velada se les pasó en evocación y evocación de los Llanos y del Chocó, acerca del porvenir. Hacia las nueve y media de la noche Luis Aníbal se despidió. Se encontraría de nuevo con Julio Matiz, mañana.

-Te advierto -dijo Aminta-, que mañana vendré tarde, pues tengo clase de mecanografía por la mañana; de noche trabajo. Cueste lo que cueste, dentro de poco yo deberé ser mecanógrafa... Yo no sé, Julio, pero yo te aseguro que me siento muy bien... Hacer algo, ojalá sea minúsculo, con la certeza de que se contribuye a una obra más grande, ha sido para mí como el descubrir un mundo nuevo... Yo comprendo

claro, hoy, que cuando me salí del Llano no fue por el capricho, la curiosidad de la ciudad, no... El Llano se me hacía monótono: yo no tenía tierra, ni ganado... Yo era huérfana de padre y madre, y el único hermano que tengo, cuando no estaba de peón por ahí, se enrollaba en esos viajes interminables, trayendo ganado a través del Llano, como te lo he hablado... Bogotá ha sido para mí una cárcel... Julio -le llamó la atención-: yo creo que esto se va a poner feo...

Aminta se calló y permaneció así, la mente viajera, unos minutos. Matiz sacó unas cuartillas de donde las había; puso un espejo boca abajo sobre la cama, encima el papel y comenzó a escribir, pacientemente. Todo incómodo, al rato le dolía la espalda, pero no quería acostarse antes de dejar listo el trabajo.

-No, no estoy de acuerdo, o, mejor, no es que no estoy de acuerdo, sino que a mi modo de ver el artículo no está claro: nosotros no debemos ponernos contra cualquier liberal sin ton ni son, ¿ves Julio? El liberalismo ha tenido o tuvo una tradición: por eso se le cree; en cambio, la oligarquía ha abandonado esta tradición democrática; hoy viven de la demagogia. Yo no sé si me explico, pero eso es lo que tú has de hacer sentir a los ojos de quien lee...

-¿Entonces, tú crees que lo debo volver a hacer?...
-preguntó Matiz, semidesconcertado, pero reflexionando.

-No, la primera parte, hasta aquí, está pasable -dijo Aminta, sonriendo.

-¡Qué carajo! -Matiz le arrebató las hojas y las rasgó.

-¡No! -prorrumpió Aminta, pero, silencióse viendo que era demasiado tarde. Luego, habló de nuevo:- ...Eso te hubiera podido servir de base, yo no quise enojarte...

-No, no estoy bravo -se apresuró a responder él, apenado, esforzándose por calmarse-... Lo voy a volver a hacer, m'hija... Dame un cigarrillo, hazme el favor...

Aminta sacó de su cartera un paquete flácido, tendiéndoselo a Matiz. El, sin mirar, obtuvo difícilmente uno, y le preguntó:

-¿Te quedan más?

-No, me quedan menos..., naturalmente -respondió Aminta, riéndose.

Matiz soltó también la carcajada.

Al día siguiente Matiz volvió a media noche, los bolsillos de su viejo abrigo, preñados de papel. A Aminta habíale tocado el turno de noche y no llegaba. Matiz comenzó a preparar los utensilios, de manera que al entrar ella pudieran comenzar el trabajo. Matiz se agachó al borde la cama, estiró el brazo introduciéndolo hasta el hombro, allá debajo, hasta agarrar un cajón y arrastrarlo hacia fuera. En eso chirreó la puerta y apareció Aminta; se quitó el abrigo y manos a la obra: sacaron el mimeógrafo del cajón, lo bañaron de tinta, extendieron el exténcil, y empezaron a imprimir las hojas

volantes: se trataba de una explicación neta, concisa del carácter antidemocrático de la Conferencia Panamericana; la sumisión al imperialismo yanqui; consecuencia: acentuación de la miseria y la violencia en el país.

Matiz encendió el reverbero, puso a calentar agua, y al cabo de diez minutos sirvió dos tazas de café. Aminta se hallaba en el lecho, las cobijas hasta la garganta. Matiz le colocó un periódico viejo sobre el pecho y allí encima le puso el café, a fin de evitarle incomodarse. Ella leía, ansiosa, una revista ilustrada, acerca de la vida en la Unión Soviética.

«Parece increíble que exista un país tan grande, donde todo el mundo pueda trabajar y vivir libre, sin temores» -pensaba entusiasmada.

De tiempo acá Luis Aníbal venía también a estudiar en el café de la calle Veinte. Aminta le dio unas cuantas hojas. El las leyó y espontáneamente las repartió en la universidad.

El viernes, desde temprano, Luis Aníbal llegó a ocupar su mesa favorita. En ese recinto enrarecido por el humo de tabaco, olor de salchichas, aroma de chocolate y café, la radiola repetía el mismo disco de moda; intermitente, chisporroteaba el chasquido de las bolas de billar. Los estudiantes habían aprendido a concentrarse, cuando no se embrutecían; al lado, éste hacía girar un fémur entre los dedos, al tiempo que no

despegaba los ojos de un libro voluminoso y de unas copias al mimeógrafo. La radiola insistía:

Yo vi una araña con pelo
en el alar de mi casa
con rabo y con cuatro pata
que se parecía cangrejo....

Ritmo rápido de danza desaforada, insistente...

Sin embargo la mayoría de las caras veíanse descolgadas, aburridas.

Sería la una de la tarde, pasada. Desapareció el sol, la calle se tornó gris. De afuera, con el viento sopló una sensación de pesadez incomprensible, como si las paredes se hubiesen estrechado para apretarnos en plena calle. En fin,

L'araña te va a picá:
agárrala por detrás;
l'araña de va a mordé:
sujétala por los pié...

Uno de los estudiantes llamó a Aminta:

-No tengo ni cinco centavos, chata -le dijo, discreto.

-¿Para eso no más me llamaste, a hacerme perder el tiempo?... Mañana me pagas... Y en caso de que mueras, pues que eso te sirva para tu entierro... ¡Mentira!... ¡Yerba mala no muere!... -chanceó ella riéndose, dándole una palmadita cariñosa en el hombro.

-¡Señorita, señorita! -llamó un cliente. Ella acudió a atenderlo.

De pronto se sintió algo extraño. Dentro del café todo mundo se volvió a mirar hacia la calle, sin saber qué ni por qué.

Se escaparon gritos rasgando ese mundo, demasiado monótono, un segundo antes, pues incluso amenazaba llover. De seguido el eco de una correndilla pavorosa, multitudinaria, irrumpió, pisoteando el asfalto.

Aminta salió, a la puerta, sacando medio cuerpo, su cabeza girando escrutadora.

Un hombre con una cara de fiera y de dolor, machete en mano, desenvainado, relampagueante, iba como un viento hacia el sur. Aminta se le arrojó, abarcándolo:

-¿Qué pasa? -le preguntó temblorosa.

-¡Abajo este gobierno de asesinos! -gritó el hombre.

-¡A Palacio! -gritó ese que iba marchando por la mitad de la carrera Séptima con un hacha al hombro.

-No es hora de lloriquear -dijo el hombre, zafándose de los brazos de Aminta.

-¡Viva el Partido Liberal! -gritó el estudiante de Medicina, saliendo del café, enarbolando su fémur como arma, y aproximóse a Aminta-: ¡Mataron a Gaitán!

-¡Mentira! -gritó Aminta, no dudosa, sino aterrada, entrando de nuevo hacia el fondo del café... Dio un salto por sobre una silla que al caerse se le atravesó en el camino. Oyó el radio que decía, casi calmadamente, una calma agitada, caótica:

Tómense las gobernaciones...

Tómense los telégrafos...

Tómense los ferrocarriles...

A la cárcel los reaccionarios...

Cuidado... Los curas están disparando contra el pueblo desde las torres de las iglesias...

Luis Aníbal se apoderó de un cuchillo de mesa y de un tenedor, con los cuales bien empuñados, se dispuso a brincar a la calle.

-Espera un momento -le dijo Aminta, de codos contra el mostrador, escuchando la radio.

A Luis Aníbal lo exasperó verle esa figura tan tranquila.

¡Cómo diablos no se daba ella cuenta de que estábamos en plena revolución! Iracundo, Luis Aníbal la miró cara a cara como si quisiera tragársela, y la sacudió de los hombros.

-No podemos perder un minuto, ¡qué es la carajada!

-¡Espera! -le ordenó Aminta.

-«¡La Radio Nacional en poder de los estudiantes!... ¡Se necesitan refuerzos! Se necesitan refuerzos! ¡Urgente!... ¡La Radio Nacional está en nuestras manos!... Refuerzos a la Radio Nacional...»

Aminta se puso su abrigo encima de su delantal de trabajo:

-¡Nos vamos a la Radio Nacional -le dijo a Luis Aníbal-. Tienes que armarte.

Los obreros iban descendiendo de los andamios de las construcciones, y armados con ladrillos, picas y palas, se juntaban marchando hacia el sur.

-¡Queremos armas! -clamó un pelotón de jóvenes imberbes que repartían sus martillos y palas.

-¡A la Radio Nacional! -ordenó, insinuante, Aminta, deteniendo al grupo.

En eso, ante la hocihada de una macana, vieron ceder la puerta de un almacén. La multitud penetró como un turbón. Las escopetas que durante años quizá habían estado colgadas, mohosas de lo nuevas, para la venta, fueron descendiendo al calor de los brazos de los hombres en rebelión. Luis Aníbal y Aminta, con su grupo irrumpieron en el almacén y salieron como tanques. En el camino se toparon con un contingente de policías a caballo. Los estudiantes regularon.

-¡Abajo la policía asesina! -les gritaron, enloquecidos.

-¡Viva la democracia! -respondieron los policías, enarbolando banderas rojas.

-¡A la Radio Nacional! -pidió Aminta con una voz seca en la garganta.

Los policías repartieron fusiles. Luis Aníbal le alargó su escopeta a alguien que casi se la arrebató, a la carrera, y se terció el fusil. ¿Cómo dispararía él? Luis Aníbal jamás había utilizado un arma de fuego. Trató de manipular el arma, igual que lo había visto algunas veces desde lejos. Pero el fusil no respondió. Luis Aníbal, rabioso, movió y removió la palanca brillante. Pero el fusil parecía un pedazo de palo y hierro, inerte. Uno de los policías se bajó del caballo e instruyó en un dos por tres a los estudiantes.

-¡Todo el mundo a tierra! -comandó el agente de policía al desembocar a la calle Veintiséis con la carrera Trece.

Las balas silbaban, cual un gemido extraño en el viento. A diez metros, en la mitad de la calle yacía un hombre, doblado, incómodo como un borracho dormido. Fue la primera vez que Aminta vio a un hombre muerto, así, en la calle. Protegidos por pequeños surcos de arena y los escasos matorrales de la esquila del parque de la Independencia, abrieron fuego también. Al comienzo, Luis Aníbal casi disparaba a ciegas; decían en el Chocó que el olor de la pólvora daba ánimo. Estaban en una encrucijada: al lado se encontraba el Ministerio de Guerra, con fuerzas armadas hasta los dientes; en la cima, a la espalda, una división de la Policía Nacional; no se sabía con quién esta división estaba. Pareció llegar un instante la calma. Atravesaron la carrera Trece. Avanzaron rápido para penetrar por la primera puerta abierta. Tuvieron que echarse a tierra; del fondo de la calle Veintiséis con la avenida Caracas las balas soplaban como una cuchilla afilada. Los tranvías se habían quedado anclados en medio de la calle mortecina y con la lluvia recia de ahora parecían casitas de una aldea, abandonadas. El estudiante de Medicina sintió un golpe áspero, misterioso, en su cráneo: quiso incorporarse pero nadie supo si se incorporó o no; quiso decir algo, pero ni él mismo supo si la palabra se articuló en su boca. Contra la pared chisporroteaba el plomo y los vidrios de las ventanas se desplomaban cual la inmensa vajilla que se le zafó de la mano al ladrón en la noche. El grupo avanzó, a la orden de nuestro agente. Todo sucedía tan violentamente rápido y difícil, que a nadie se le ocurría perder un segundo para mirar atrás. La sangre del estudiante corría a raudales sobre la acera, vaciándose en la cuneta de la calle, donde la lavaba la lluvia. Ahora veían a los soldados que disparaban; los insurrectos comenzaron a disparar también al objetivo. Aminta no podía comprender cómo en un momento hubiese ya tanto muerto en la calle. Luis Aníbal ya no pensaba sino en accionar su fusil.

Quizá otros ya se habrían apoderado de Palacio. A unos metros de la Radio Nacional garrotes, piedras, tinteros, balas; los estudiantes defendía su fortaleza, al máximo de la medida de sus fuerzas. Hasta ahora había existido en el país un cierto respeto hacia las mujeres. Frente a las madres, la mano que golpea se había detenido aún cuando un instante, reflexiva. Aminta se arrojó exponiendo su pecho delante del pelotón de soldados que iba a hacer la descarga, a mansalva, contra un grupo, estudiantes la mayoría. A la entrada dormían ya algunos cuerpos exangües, empapados de lluvia y de lágrimas. Aminta no supo qué más ocurrió. De espaldas, el busto sano, erguido, apoyado en el codo izquierdo, como quien va a levantarse, quedó.

Al río este de sangre se le sumó una lluvia incesante rasgando la oscuridad de la noche prematura. Matiz, a través del vidrio empañado de la ventana, se asomó a la carrera Trece. Desde la estación de la Sabana se dominaba el gentío que ahora parecía diseminarse enloquecido. O... ¿qué era eso? Bajo el apretado tejido de lluvia, Matiz vio a un turbión de individuos violentar la puerta de un almacén situado a pocos metros. Minutos después veíanse hombros agobiados por bultos, manos repletas. Decenas se arrebatan una botella de vino en la esquina.

-¡Matiz! -gritó alguien-... Sí, lo que es la estación de la Sabana la tenemos controlada... De aquí no arrancará una sola locomotora... Es bello nuestro movimiento...

-Mmm... -murmuró Matiz-, hay que tener cuidado... Si no le salimos al paso a esta matanza, la catástrofe que se

cernirá sobre el país será algo nunca visto... Ven aquí un momento -llamó Matiz al compañero-... ¡El saqueo!

El hombre movió la cabeza, aquiescente:

-Mucho nos han robado los ricos... ¡Que al menos se aproveche el pueblo de una lata de sardinas!

Matiz, iracundo, lo agarró de la solapa, los dientes castañeteándole:

-Vos también te dejás arrastrar... ¿No ves que este maldito saqueo desvía la atención del pueblo? ¡El objetivo hoy no es ninguna lata de sardinas ni qué pan caliente, sino dar al traste con este gobierno de asesinos!...

-Bueno, ¡pero no me vas a matar!... ¡O, te saco yo de aquí por la ventana! -replicó el otro colérico.

Matiz comprendió su error. ¡Cómo diablos no pudo dominarse! En momentos como éste uno está sujeto a que la sangre se monte a la cabeza. Sus dedos, segundos antes crispados y aferrados a la pechera de la camisa, se desprendieron de ésta, serenándose.

-Sí, compañero, no nos vamos a desgraciar los dos... Además, tiempo no tenemos para disputas de menor cuantía... Tú comprendes, el saqueo es hoy uno de nuestros peores enemigos... Tú no puedes dejarte engañar.

-Compañero Matiz -informa alguien que venía empapado de lluvia-... Compañeros: se ha constituido una

Junta Revolucionaria a la cabeza de Molina... Se dice que Ospina Pérez huyó de Palacio...

Matiz queda pensativo. ¿Qué perspectivas concederle a la Junta Revolucionaria? ¿A quién le constaba que Ospina Pérez había abandonado la Presidencia? No era de buen agüero el que precisamente los dirigentes comunistas se encontrasen ya encarcelados... La Junta Revolucionaria. De dos males el peor...

-Sí, evidentemente -dijo Matiz-, debemos propagar la noticia y abogar por el apoyo a la Junta Revolucionaria... Eso sí, no nos quedaremos allí... La Radio Nacional volvió a manos del gobierno.

-El doctor Echandía se ha dirigido a Palacio -interviene alguien-... Debemos tener confianza en Echandía.

-Bueno, ¿y en qué quedamos con la declaración del paro general? -insistió un ferroviario-... Sí, señor, el país está prácticamente paralizado íntegro... Lo que somos nosotros no dejaremos rodar una locomotora.

Matiz tenía la impresión de que aquello iba tocado al caos. No había una línea definida; de verdad nadie sabía exactamente a dónde iríamos. Claro, una cosa era indiscutible: el país entero se había levantado contra el régimen. Matiz logró establecer unos momentos de calma, de reflexión. Explicó aquellos pensamientos y pidió procurar no dar un paso más, a las patadas. Por lo pronto acordóse que Matiz tomara contacto con la Junta Revolucionaria.

Dicho y hecho. Matiz marchaba con su fusil listo a escupir. La vista de un almacén saqueado a cuya puerta un hombre muerto a cuchilladas, le produjo una tristeza amarga. Empero, él debía entender que el pueblo lo hizo por hambre también... No sabía por qué pero el corazón le decía algo: Aminta. Sin duda Aminta se hallaba en algún puesto de combate. «Yo me siento orgulloso de estas colombianas... ¡Qué de cosas nos referiremos mañana, cuando pase la tormenta!... Aminta ha sido en mi vida un hallazgo: me ha prodigado su ternura y no me ha dejado decaer el ánimo en la depresión... A lo mejor nos topetaremos por ahí en una encrucijada...» No veía. La noche cerrada lo obligaba a andar a tientas. En un instante trastabilló; sus pies chocaron contra algo. No acostumbrado al fusil, el peso de éste casi lo echa a tierra. Matiz se plantó. Sus pies habían dado contra el cuerpo de alguien. Inclínose y observó el rostro enjuto de una cabeza encanecida «¡Malditos!... ¡Nos las pagarán una por una» -vociferó Matiz, hablando consigo mismo-. Lo acongojó un pensamiento tétrico: otra vez Aminta. Extraño. Uno no suele sentir a un vivo, así, como latía ahora Aminta en su corazón. «¡Me voy a buscarla!» Pero ¿y la misión? Le habían confiado un mensaje los ferroviarios... Ir hasta la Junta Revolucionaria. «¿O quizá Aminta me estará buscando en la noche?... ¡Ah, noche perra!... ¿Por dónde andará el pobre Pote?... Aminta... No puede haber sido la última vez...» Al articular estas palabras en su garganta seca -«última vez»-, los ojos comenzaron a arderle, y sus hombros agobiáronse.

De rodillas, la madre de Matiz le rogaba a los santos que le trajeran rápido a su hijo. Y de súbito, como si le hubiese fallado la confianza en Dios, irguióse para salir a buscarlo. «¡Ah, cuando te encuentre te daré una muenda como cuando

estabas mocoso!... Sí, señor, en el primer tumulto, allí estará Matiz... ¡Dios mío!».

-¡Que no se me vayan a mover de aquí! -recomendó a los niños, mostrándoles abierta la palma de la mano.

Su pañolón negro, alrededor de la cabeza y los hombros, se aventó a la calle. Se dijera que existía calma, pero las casas cerradas, así, mudas con portones, ventanas y todo, ahuyentaban el sosiego. Iba casi corriendo, mas en su mente comenzó a repicar el tiroteo distante y cercano. Miró atrás, hacia la casa, pero no distinguió a esos individuos metiéndole el hombro al portón. La madre se dio cuenta de que aquellos silbidos eran balas y le pareció oír la voz de su marido a propósito de la guerra civil: «...echarse a tierra». La madre atravesó, pues, la carrera Octava, con la firme intención de ganar la calle Novena o Décima, para descender a la Plaza de Bolívar. «¡Allí está él!... ¡M'hijo!»

La señora Blanquita, al advertir el estruendo se apresuró al portón, no para abrirlo, sino para trancarlo mejor.

-¡Que abra!

-¡No!... ¿Quién es?

-¡Que abra..., o vamos!

El portón cedió.

-¡Con que lo quieres esconder! ¿eh? -le gritaron los detectives, irrumpiendo.

-¿Yo?... ¡Dios me libre! Gracias, gracias de por Dios, entren a requizar todo -los exhortó.

Remolones, los niños salieron al patio. Y al ver a esos tipos armados, caminando a zancadas, los niños se pegaron contra la pared, en la sombra.

Los detectives espernacaron las puertas de las habitaciones. En un dos por tres esculcaron la cocina. He aquí juguetes creados por Matiz. Uno se quedó observando minuciosamente, desde lejos las obras: el caballito parecía querer galopar. ¿No contendría pólvora ese caballito? Con cuidado lo atrapó.

-Decomizar todo eso para someterlo a investigación... Las herramientas también -ordenó.

-¡Se me van de aquí, chivatos horrorosos! -gritó a los niños la señora Blanquita, persiguiéndolos.

Los dos niños, asidos de la mano, se le enfrentaron a Bogotá. ¿A dónde? Su «mamá» como llamaban los niños a la madre de Matiz, debería estar en la tienda de la carrera Novena, a la cual solía llevarlos muy a menudo, cuando iba a comprar. En un abrir y cerrar de ojos la lluvia les remojó la ropita. A pesar de ignorar la causa de esa soledad sórdida, de no comprender la razón de esos estallidos, los sobrecogió el miedo. Sin soltarse continuaban descendiendo. En la esquina de la carrera Séptima paráronse un momento.

-¡Cuidado! -les gritó una voz. Tarde:

El más pequeño cayó, casi sin gemir. El mayor rompió a llorar, inclinado sobre el cadáver de su hermano, yacente, el cráneo destapado, el rostro borrado por el torrente de sangre, al claror. El niño pensó atravesar la calle para refugiarse en la iglesia de Santa Bárbara. No sospechaba que la torre estaba vomitando plomo.

-¡Cuidado! -repitió la voz.

El niño reculó. La voz le gritó:

-¡Acuéstate!... ¡Espérame allí sin moverte!

El niño alcanzó a ver a un hombre apostado en la esquina, disparando contra la torre. También cayó: pataleaba entre un charco de lluvia-sangre y gritería. El hombre desafiando la muerte se levantó, se acercó, alzando en sus brazos a la víctima. El fusil le estorbaba. ¿Arrojarlo? No. Harto le había costado arrancárselo al soldado, a la puerta de Palacio. Luego, apañó al ya muerto. El hermano aún resollaba. ¿Cómo hacer con ese fusil tan pesado, más las dos criaturas? «Pues bien, mi fusil no lo dejo». Dirigiéndose al hospital de San Juan de Dios, a cuya puerta sorprendió a un anciano:

-¡Demen un fusil!... ¡Sí, tan joven me mataron a m'hijo!... ¡Acabó de irse, m'hijo!... ¡Demen un fusil...

La madre de Matiz iba atravesando la carrera Séptima, pero no alcanzó a poner la otra pierna sobre el andén del Capitolio: de espaldas se dobló. Envuelta en el pañolón enlutado, su cabeza quedó reclinada sobre el asfalto mojado.

Leonor se levantó temprano. Si había o no dormido, no lo sabía. Entró al baño y en eso oyó un grito de la sirvienta:

-Niña Lionor: ¡dicen que el agua ha sido envenenada! Aquí tiene una jarra de agua limpia, es agua de lluvia que recogí anoche.

-Servime el cacao -dijo Leonor.

-Niña Lionor, leche no hay.

-¿Y por qué nos has comprado? Ya son las ocho de la mañana.

-No se consigue nada. Madrugué a buscar y todo amaneció lleno de camiones repletos de soldados que pasan y pasan... dicen que apenas hoy va a empezar en serio la guerra... ¡Yo qui hago, niña Lionor!...

-¿El Pepe no ha venido? -preguntó la madre desde la alcoba. Su voz contenía pesadumbre.

No. Nada ni nadie podría devolverle a él tampoco a su hijo. El doctor Jiménez se estrujó la cabeza entre las manos y dejóse desplomar en la mitad del salón. Leonor, en un rincón, le daba vuelta a una montonera de pensamientos, confusos al fin y al cabo. En el cementerio fue la primera vez en que se vio rodeada de esa gente. Al principio le parecieron extranjeros. Una gran parte vestida con overoles manchados de aceite;

otros, estudiantes con ropas viejas, zapatos gastados. Sin embargo, aquellas caras indígenas le recordarían perennemente a Pepe, el Negro. Luis Aníbal y demás condiscípulos de Pepe la habían ofrendado una corona. Nadie se había preguntado si Pepe cayó combatiendo o si al mero impacto de una bala perdida. Los obreros y los estudiantes vinieron a darle el último adiós, porque Pepe había caído, cuando el pueblo quiso defender el honor, el porvenir de sus mejores retoños.

La muerte de Aminta sembró en Luis Aníbal la sensación de un dolor que él no conocía; algo así como un rasguño que se hincaba incesante en su pecho. El recuerdo de Aminta le surgía siempre como el testimonio de un inmenso crimen que había de cobrarse. Al principio, el deseo de venganza lo impulsó, incluso a levantarse de su camastro, a media noche, para ir a matar a todos los policías que encontrara. Pero, bruscamente, como al regreso de una pesadilla, se convencía de la inutilidad de esos policías muertos. Entonces comprendía que aquel ponzoñoso insistente, causado por la muerte de Aminta, estaba ligado también a cada sensación profunda de lo que era hoy el país. Aun la fisonomía material, la figura externa de Bogotá se había cambiado. En el antiguo local del café donde ella trabajó se alzaban ahora enormes andamios en torno a un varillaje nuevo de acero que, cada minuto, se cubría de ladrillos frescos sobre el solar calcinado del viejo edificio. Una mañana, en la plaza de San Victorino, se había topeteado con una muchacha parada en una esquina, maleta en mano, inquieta, apresurada. Luis Aníbal se detuvo a saludarla, a preguntarle qué había sido de ella, perdida tanto tiempo. «Me voy ahora para Girardot... En Bogotá no he conseguido más trabajo... Voy a buscar qué hacer en Girardot... ¡Adiós!» Era Julia, compañera de Aminta en el café. Ese viaje presuroso, inquietante, ahondó en él la certidumbre de que algo

sólido se extinguía en Bogotá cada día. Girardot no pasaba de ser una pequeña ciudad provincial, evacuada también por enjambres de desocupados que iban en busca de fortuna hacia las ciudades más populosas. Salir de Bogotá a Girardot en pos de trabajo resultaba casi cómico. A Luis Aníbal no se le borraría jamás la imagen de Julia, maleta en mano, presurosa. Bueno, él estaba casi decidido a abandonar esta urbe también. Con una tristeza indecible se le había quebrado su optimismo desenfrenado: no podía continuar en la universidad. Se le habían comenzado a romper los pantalones; sus zapatos rajados de tal manera que daba risa ese aspecto de pescado que tenían. Reducido a salir únicamente por la noche, caminaba por las calles más sombrías y solitarias, a paso sospechoso, como un saltimbanqui. Para infundirse valor, leía biografías de grandes hombres surgidos de la miseria. Estos habían resistido y el infortunio había sido impotente para ocultar la chispa de genio. Mientras devoraba párrafos y párrafos en su cuartucho, su mente ardía iluminada; el hambre misma se le apaciguaba horas y horas. Pero, de pronto la realidad lo agujijoneaba con una impertinencia que él maldecía en silencio. Y comprendió que los genios habían sido unidades; que uno solía ponerlos como modelos sin limitación alguna; pero uno se olvidaba de recapacitar un instante en la inmensa masa anónima que perecía a montones; muchos de estos, ¿por qué no hubieran podido ser lumbreras también? A lo mejor los hubo, cuya capacidad de resistencia, cuya voluntad de hierro, no logró sin embargo prevalecer contra una invasión de microbios. ¡La teoría de que el genio debe salir necesariamente de la miseria es una farsa! -quiso gritar.

Cierto que algo concretamente nuevo se despejaba. Si bien no se había identificado en lo total con aquellas ideas, tampoco las rechazaba. Por ejemplo: sabía que grupos de

jóvenes como aquel en que figuraba no constituían íntegra la mayoría del país. ¿Cuándo estallará la revolución para fundar aquí el socialismo? Eso no lo sabemos. ¿Luchar, repartir una docena de periódicos a mimeógrafo, pegar un cartel que la policía arrancaba inmediatamente?... ¿Dedicarle su vida entera a eso, sin saber exactamente cuándo se realizaría la revolución? ¡Somos unos quijotes! No obstante, Luis Aníbal se encontraba bien en medio de esos seres, quienes a pesar de la miseria, la persecución, jamás se descorazonaban, ni predicaban la doctrina del «país perdido». Luis Aníbal, con el rabo del ojo miró el reloj de un tipo que se hallaba en la mesa de enfrente. Matiz no venía. En fin faltan aún diez minutos. Son las nueve menos diez... Y sintió como si se le hubiese ido la cabeza. Quiso apoyarse, pero sus manos extendidas hacia delante tocaron en el vacío.

«Son las nueve menos diez», se dijo, al despertarse. Pero, al caer en sí comprendió que se hallaba en un estado lamentable: su propio organismo fallaba, era la tercera vez que le ocurría aquella sensación extraña: ¿Iría a morir?

Al punto llegó Matiz, su rostro fresco, pese a una barba de dos días. Se detuvo un momento a mirar la cara cadavérica de Luis Aníbal, su frente sudorosa.

-¿No has tomado nada? -le preguntó-. Tenemos tiempo de tomarnos un café... Señorita: dos tintos -pidió Matiz.

-¿Sabes?... Yo creo que estas idas y venidas no conducen a ninguna parte... Si fuera cosa de agarrar el fusil ahora mismo y echar para adelante yo sería el primero... ¡Estoy

hasta aquí!, lo que nosotros necesitamos es la acción, la acción y la acción.-Luis Aníbal temblaba, presa de una ira soterrada, escarbada ahora con la punta de un alfiler.

A Matiz lo sorprendió no solamente esa combatividad desencadenada, sino ese ánimo alborotado con sus ojos febriles. Lo dejó hablar y, luego, no quiso interrumpir el silencio. Pensó criticarle su actitud violenta, dispararle unas cuantas frases para explicarle el sentido profundo de la revolución y de la lucha; meterle una sacudida para sacarle la idea de que sólo el fusil y la macheza arreglarían las cosas. Pero Matiz resolvió callar.

El desborde de aquella fuerza bruta, la coronación de una paciencia secular que estallaba, como una cápsula cargada, enterrada en el rescoldo de un fogón, esa desesperación no era negativa al fin y al cabo. Matiz dejaría que la espuma de la copa se disolviera hasta quedar de nuevo la sangre tranquila, pero impregnada de reflexión y de sabiduría.

Matiz tuvo la certeza de que razonaba bien...

-Son los hijos de Anarkos -murmuró, sonriente, sin la menor sombra de ironía, y miró a Luis Aníbal:- Ves, hubo un instante en que Valencia se acercó a nosotros, mejor dicho, en que intentó aterrizar o aterrizó tal vez... Oye bien:

El hombre como el huevo

En nido de dolor será serpiente

En nido de piedad será paloma...

-...Pero, ves tú, Luis Aníbal, Valencia fue como una de esas estrellas que se desprenden del firmamento y que tienen sin embargo sus raíces en ese mismo firmamento. Creemos que esa estrella viene a la tierra y que caerá sobre un rancho cualquiera de nuestros montes; pero, luego, da una curva y se engrana de nuevo en su mundo. La hemos visto brillar, individualizada, y hemos creído que nos pertenece. Si la estrella misma creyó pertenecer a nosotros, eso no lo sabemos. Valencia fue un aristócrata y bogó siempre hacia la aristocracia; tuvo hacienda, dinero, y defendió a los ricos; fue reaccionario y se constituyó en abogado de la pena de muerte... Si Valencia hubiese venido hacia la masa, si no se hubiese desarraigado de nosotros, aun cuando él no hubiera nacido directamente entre una familia obrera o campesina, su obra indiscutiblemente habría sido más humana, y nos estaría ayudando hoy a combatir en estas tinieblas. Pero, ¿cuál fue su testamento final? Escucha bien, Luis Aníbal, qué interesante:

Sacrificar un mundo para pulir un verso

Querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo...

-Una contradicción flagrante: apurar hasta las heces el cáliz de su capricho personal, aferrarse a un egoísmo sórdido con tal de masticar él solo la flor cultivada por millones de seres, eso es el burgués. «No importa que perezca el universo si con su sangre nos alimentaremos nosotros, nuestra familia encasquillada en la torre de marfil. Querer sentirlo, verlo y adivinarlo, yo, solo, a costa del hundimiento del universo»... ¡Bonita gracia!... La garrotera entre san Antonio y el Centauro, Satanás y la cruz. El triunfo de la destrucción sobre el egoísmo

del monje... En fin, una batalla extraña a nosotros, y que vence y a la vez periclita en Valencia mismo. ¿A dónde quería venir yo? Es cierto que hay momentos en que queremos arreglar las cosas contra viento y marea, nos desesperamos porque parece que nos vamos a ahogar... Hombre, podemos seguir discutiendo esta cuestión... Vámonos, Luis Aníbal, va siendo hora...

Luis Aníbal, mientras marchaba al lado suyo, iba recapacitando en las cosas que decía Matiz. Luis Aníbal hasta ahora sobre todo había querido a Matiz y había comenzado a querer a Aminta por la confianza que él depositaba en ella. Ahora, Luis Aníbal profesaba no sólo cariño sino admiración a Matiz. Matiz no había estado nunca en el colegio ni en la universidad. ¿Cómo sabía aquellas cosas? Ese lenguaje nuevo, vivo, le hizo olvidar a Luis Aníbal su quebranto.

En la sala había en especial estudiantes: Luis Aníbal observó algunas caras nuevas. Incluso la de Medina, el poeta. Se había hecho casi popular por un poema dedicado a un obrero mandado a asesinar por los yanquis en Barrancabermeja. Medina a primera vista parecía un adolescente.

Matiz empezó a hilvanar una recapitulación general de la historia del Partido Comunista de la Unión Soviética...

«El aprendizaje de esta historia no puede ser ninguna lección de papagayo. Cualquiera con una buena memoria puede repetir al pie de la letra todo lo que hemos leído. Pero, ¡y qué!... Necesitamos sacar conclusiones que nos ayuden a comprender mejor la sociedad colombiana, a conocer a fondo

nuestro país, y así sacar a flote las características fundamentales de nuestros problemas y orientarnos para llevar a cabo nosotros mismos nuestra revolución... Veamos concretamente: nuestro país ha llegado a un punto:

Matiz cortó, intempestivo, su frase.

-¡Manos arriba! -gritaron los esbirros penetrando con pistolas automáticas.

Comenzaron echándole mano a Matiz. Luis Aníbal quiso saltar para defenderlo. Uno de los detectives hizo fuego. La bala pasó más alto de su cabeza. Le pusieron las esposas en las muñecas y con los calibres de dos pistolas rascándole cada costado, Matiz fue conducido.

-No importa, muchachos, ¡no podrán arrestar al país entero, y el país entero está contra ellos!...

En eso el policía le asestó una gaznatada en la boca. Matiz trastabilló, recobró el equilibrio, se irguió.

En la calle comenzó a formarse un tumulto. La policía los dispersó con disparos. A Matiz lo metieron primero a la jaula, a empellones; luego, a los cinco estudiantes.

Al día siguiente la prensa a grandes titulares dio la noticia oficial acerca de los detenidos. Matiz figuraba como cabecilla de un complot comunista contra el gobierno. Ninguno había confesado aún con precisión cuáles eran las conexiones principales en el país, ni dónde se hallaban los depósitos de armas. Algunos periódicos pedían consejo de guerra para los «delincuentes». La prensa liberal vespertina se vio obligada a

insertar tímidamente la protesta pública en defensa de los detenidos. La libertad de reunión y de palabra se aseguraban en nuestra constitución. Ninguna prueba atestaba la veracidad del dicho complot. Hacia las siete de la noche la radio anunció que los estudiantes habían sido liberados condicionalmente.

No se dijo nada acerca de Matiz.

Una noche, Luis Aníbal se presentó a casa del doctor José del C. Valencia. Este vivía con su mujer y dos hijos en una pequeña casa de la calle Diecisiete. Era precisamente la hora de la comida. La sirvienta le dijo que el doctor Valencia le rogaba esperarlo un momento en el salón. Él se sentó en el extremo de un sofá nuevo, ordinario; de una mesita agarró algunos periódicos viejos y se puso a leer distraídamente. En eso apareció de nuevo la sirvienta. El doctor le mandaba decir que tuviera la amabilidad de entrar al comedor para tomar el café juntos. Luis Aníbal dirigióse a través de un patiecito con marquesina y, una vez saludado todo el mundo, se sentó al lado de la niña, la cual tendría unos tres años.

-Bueno -dijo el doctor-, rodaste con suerte, que no te pudrieron en la cárcel... Se ve que todavía le tienen pavor a la presión popular. ¿Y del Chocó qué has sabido?

-Del Chocó nada. Tal vez yo me vaya al Chocó pronto.

-¿Y la arquitectura? Eso sí que no... Tienes que terminar.

-Luis -interrumpió la señora-, sírvete un poco de arequipe... o si prefieres bocadillos veleños -la señora le sirvió

arequipe en un plato de dulce que acercó a Luis Aníbal con una cucharita.

-Muchas gracias, mi señora Magola -dijo Luis Aníbal.

-Hombre, la vida se está poniendo difícil en este país. Nadie se imaginó este diluvio. A unos los meten a la cárcel, a otros simplemente los asesinan, nosotros en nuestras oficinas vemos que nuestros negocios no andan tan bien que digamos... Los niños crecen: uno necesita una camisa, otra un par de zapatos, la mujer un sobretodo...; lo que le falta a uno es que lo saquen del medio despachándolo a Sibaté... Estudia, Luis, eso es mi consejo. Nosotros los negros hemos nacido ya, peor que nadie, sujetos al infortunio. Si nosotros no llegamos a alguna parte por nuestro propio y único esfuerzo, nadie nos da la mano, al contrario, se nos trata de hundir. La humanidad está al pie de la horca, y yo también a veces tengo la veleidad de creer con el profeta de Patmos que aquí va a llover fuego, revuelto con vidrio molido.

La mujer, de codos contra el borde de la mesa, se apoyó el mentón sobre la mano izquierda, observando a su marido en silencio, con mirada lejana. La sirvienta irrumpió con una cafetera; distribuyó sendas tazas y colocó un azucarero en el centro de la mesa. La señora Magola se incorporó y les vació cuidadosamente el café humeante, cuyo aroma se esparció en la casa.

-... Sí, decía que una mañana de estas todos vamos a amanecer amarrados y que van a pagar justos por pecadores... -continuó el doctor Valencia, revolviendo el café con la cucharita, sus ojos fijos en un punto impreciso de la pared.

-¡No hables así, Chepe!... Parece que tú no piensas en los niños... No ofendas a Dios con ese lenguaje -dijo la señora Magala, tomando a la niña y sentándola en su regazo.

-Mamá, yo no quiero comer más, yo tengo sueño
-refunfuñó la criatura.

-Come, que papá te pega si no comes -le dijo la madre, temblorosa, la cabeza agitada por un presentimiento que trataba de esquivar, pero que la perseguía siempre como una flecha clavada en su pecho.

-Bueno, doctor, yo he venido con el encargo de solicitarle una ayuda... -Luis Aníbal se interrumpió para saborear su última cucharadita de arequipe. Alzó los ojos y observó que la figura del doctor Valencia tomó el viso de quien desea evitarse determinados encuentros cara a cara. Luis Aníbal se sonrió irónico, seguro de que el doctor se había imaginado que la ayuda costaba dinero. Por otra parte, era requete sabido que el doctor le tenía apego a la plata como la custodia lleva la hostia.

-Te he dicho que... -comenzó el doctor, pero Luis Aníbal le cortó la frase.

-... He venido a solicitarle si usted firma esta petición por la liberación de Matiz -Luis Aníbal metió la mano al bolsillo, sacando una hoja bien arrolladita, extendiéndosela al doctor.

-¡Ah, esa cuestión del comunismo, te he dicho que no te metas! -le aconsejó su mujer, asustada-. ¡De por Dios te imploro que no firmes eso!

El doctor Valencia se cruzó de brazos y comenzó a pasearse por un costado del comedor, sin proferir una sílaba. Luis Aníbal deseó penetrar a la cabeza de ese individuo y descifrar sus pensamientos íntimos. El doctor Valencia se aproximó a la mesa, desplegó la hoja de papel y leyó detenidamente.

-... Sí, yo he seguido con interés este proceso y estoy convencido de que es una monstruosidad. Yo no niego que los comunistas no sean capaces de organizar un complot, aventura que entre otras cosas yo condeno a pesar de que me unen muchos puntos de contacto con los comunistas. A decir verdad, yo desde hace mucho tiempo me he divorciado del liberalismo. Hoy el liberalismo no es ese liberalismo aguerrido, inmaculado de Uribe y Herrera... Gaitán fue una expresión auténtica de esa tradición... A mi modo de ver ese postrero retoño de aquella tradición se fue a la tumba en la trágica tarde abrileña -su voz se tiznó de un timbre de despecho; cambió de posición, cruzando las manos por detrás; y paseándose, se detenía dubitativo, como quien agarra, pierde, rompe el hilo de su propia existencia-... Hubo un momento, años, en que yo me convencí a mí mismo de que yo era un luchador... Cuando me tocó transcurrir íntegra la santa noche en una banca helada del Parque Nacional y que, sin embargo, no me rendí, me consideraba un león... Por entonces conocí a Matiz; él venía a almorzar en la chichería de la señora Teodolinda y discutía con el Pote Rodríguez; parecía que ya se iban a pegar; pero eran

grandes amigos. La injusticia que se cometió con el Pote Rodríguez me dolió en el alma. Después yo supe que Matiz se encargó de sus dos niños huérfanos. ¡Quién sabe qué fue de la suerte del Pote!... Empero el país no hizo caso, se creyó que ese acontecimiento se quedaría de ese tamaño, una huelga fracasada, un episodio de la vida de los parias en los Barrios Unidos o en San Fernando, qué se yo...

La señora Magola se levantó, la niña dormida en sus brazos:

-Buenas noches, Luis -dijo, yéndose pesadamente, el rostro congestionado.

De repente, el doctor se calló. Sintió pudor de desnudarse así, públicamente. Quiso recoger una a una las sílabas escapadas. Sin embargo, se sentía como soliviado de esa atmósfera cargada, que tronaba en su intimidad. ¿Por qué había él dejado que la vida le tomase la delantera? Evocó el rostro de sus dos hijos, su pasado miserable, repleto de ambición, y quiso justificarse aprobando todo cuanto había hecho, puesto que había sido por propio bien, por sus hijos... «Lo que yo poseo, no me lo ha dado nadie, lo he ganado con el sudor de mi frente».

-Doctor -dijo Luis Aníbal-, ya va siendo tarde, yo me voy... Además, nosotros pensábamos rogarle a usted entrevistarse con el doctor Jiménez... La firma de él, persona influyente, no nos caería mal -Luis Aníbal esperó.

-Yo no firmo. La entrevista con el doctor Jiménez se las puedo arreglar. Qué más da una firma más o una firma menos...

-Muchas gracias, doctor, y no se moleste, nosotros solicitaremos directamente nuestra entrevista... ¡Que duerma, doctor! -dijo Luis Aníbal, aparentemente tranquilo, haciendo esfuerzos por no meterle una patada en la nalga al doctor Valencia.

Noche serena, estrellada, el cielo limpio. Luis Aníbal se fue andando pacientemente hacia la casa de Medina.

-Sí, le estoy dando el último retoque a mi libro de poemas; es una forma de expresarme; yo nunca puedo terminar un poema; siempre que abro la página encuentro algo de cambiar. La imagen bien lograda no es el todo; la perfección arquitectónica del soneto, del verso, no es suficiente. Tenemos el contenido, el soplo de confianza en la vida, la contribución a una lucha definida por la libertad de que debe embriagarse quien nos lea... Francamente, yo tengo miedo de lanzar este libro. Me asalta el temor de que esos versos no sean recogidos por el pueblo como algo suyo. La obra nuestra, me imagino, ha de ser, digamos, como un bambuco que viene del pueblo y vuelve al pueblo en su totalidad. Hace seis meses tuve este librito listo; lo he tenido que rehacer de cabo a rabo. Ahora quisiera trabajarle todavía dos meses, pero se me presenta la otra duda, es decir, que por querer hacer algo auténtico caiga yo en el pulimento, en la disecación del calor humano. ¿Te leo uno?... Verbigracia. El Mendigo de la Calle Real... Pero dime primero cómo fue lo del doctor Valencia: ¿firmó?

-Si hubieras oído no más la quinta parte del discurso que me zampó. A la hora de firmar me salió con unas largas y otras cortas...

-Es natural, ¡qué quieres tú!... El es socio del doctor Jiménez y el doctor Jiménez es el abogado de las petroleras norteamericanas. Si no se mete el rabo entre las piernas, entonces qué come.

-Francamente, Medina, me he desconcertado un poco... Bastante...

-Piensa no más en Matiz... Matiz está en la cárcel, lo han torturado. Yo lo fui a ver, y allí, detrás de los barrotes, te parece que en él hay muchas más fuerzas que en todos nosotros los que estamos afuera -dijo Medina, pensativo, sentándose en el extremo de la camita de hierro.

-Hay que insistir, el doctor Jiménez es, como se suele decir, un mal necesario: su apellido en la petición influye... He resuelto que vayamos directamente a su casa, ¿eh?

-No veo inconveniente -asintió Medina.

Medina se paró, se acercó a la mesita, y de entre un montón de papeles seleccionó algunas hojas.

-Escucha, y pon atención porque necesito tu opinión sin embages -dijo.

Al apagarse la voz del poeta dentro del pequeño cuarto de la pensión al fondo de la noche, Luis Aníbal enderezó la cabeza, mirando al cielo raso. Medina esperaba. Sin embargo, Luis Aníbal callaba. Ese silencio, luego de varios minutos, se le convirtió a Medina en una desilusión torturante. Le hubiera encantado oírle decir: «es pésima», en vez de ese mutismo que él consideraba despectivo. Le pesó el haber leído. Sus ojos en su rostro de adolescente, sonrosado, adquirieron un brillo febril.

-...De que es bueno tu poema, es bueno... -habló Luis Aníbal, como a la vuelta de un letargo; un bostezo largo le interrumpió la frase-. Yo no sé, yo no soy literato tú sabes, pero me pareció un sí es no piedracielista.

-Entonces tú quizá no entendiste -dijo Medina, entristecido.

-Yo personalmente, prefiero tu poema sobre Barrancabermeja... Por ejemplo, ves, hay aquí mucha palabra rara, como que le quieres dar tú a uno la idea de que tú sabes mucho. Además, es muy largo; en todo caso esto es lo de menos. Yo no sé, piensa bien la cosa... De todos modos, el poema tiene un valor, eso es innegable...

Medina se echó de espaldas sobre la cama, las dos manos, superpuestas, descansando sobre su frente. Le ardían las sienes. Hubiera querido oír un elogio; tanto había recapacitado y borroneado para lograr ese poema. En un instante quiso abandonar la poesía y consagrarse exclusivamente al derecho. Mejor le hubiera sido no haberle

hecho conocer el poema a Luis Aníbal. Se incorporó con el ánimo de arriesgarse a leerle otro poema, pero en el acto se retuvo. «Mañana los romperé todos», decidió. «El arte es ingrato», pensó.

Se asomó a la ventana: vio brillar tímidamente la noche, verdosa, salpicada de astros.

El doctor Jiménez se dio cuenta de que no perdería nada; al contrario, al firmar la petición se acrecentaría su prestigio. Sin vacilar estampó su conocida rúbrica en un espacio notorio.

Leonor, aparentemente embebida en la lectura de la página social del periódico, observaba de soslayo el grupo de jóvenes. Era la tercera vez en que se encontraba ella tan cerca de semejantes individuos, heterogéneos, a su manera de ver. Dejó caer el diario en su regazo y miró fijamente a Luis Aníbal, como para manifestarle que lo recordaba, pues, juntos habían asistido al sepelio de su hermano. Pero Luis Aníbal la vio ahora con tamaña indiferencia... Como si por anticipado, desde siglos atrás entre él y Leonor se hubiese marcado una barrera abismal. Se entristeció al constatar desvanecido su deseo prístino de comunicarse con esos seres que le sacaban jugo a cada minuto de la vida y de quienes se desprendía una fuerza palpable... Leonor se extendió, dejando valsado su cuerpo en el mullido sillón, soñadora... Siempre que iban a la finca de El Líbano, vestida de hombre, se paseaba a caballo por las faldas de la montaña, bajo la fronda perfumada de los

cafetos. Aquello se le había vuelto tan normal, que esa naturalidad era ya simplemente banal. Sin embargo ella veía que los peones, a la hora del almuerzo, devoraban con apetito lo que se les ponía en el plato, y por la noche se reunían a cantar acompañados de un trío. Leonor se consumía hastiada del deporte de esos viajes. Durante uno de los días que acababan de pasar allá, Leonor propuso que se hiciese una comida así sencilla, a tres kilómetros de la casa, a la orilla del riachuelo. La comida se hizo, pero resultó algo arreglado, como cuando se está sentado sobre una tabla en falso. Ellos comieron con cuchillo y tenedor y se limpiaron los labios con servilletas almidonadas; al final, resolvieron agarrar los pedazos de yuca con la mano. Sin embargo Leonor veía de nuevo a los campesinos sentados en un barranco, a varios metros de distancia, departir con entusiasmo. ¿En qué consistía? Misterio para Leonor. Más tarde los trabajadores se separaron: cada cual extendió su ruana sobre la yerba y se echó encima a descansar. Alfonso, mozo de unos dieciséis años, trabajaba como jornalero desde hacía tres meses. Alfonso se levantó, sacó del bolsillo una sonda y se echó a correr por el campo; él le inspiró a Leonor la impresión de un animalito domesticado. Desde lejos, ella lo veía atisbar a un pajarillo; las ramas secas crujían bajo sus talones. El sol ardiente, libérimo, o el vaho de la tierra, quizá el murmullo del arroyo y el relincho de las bestias, azuzaron en Leonor una curiosidad nueva, o tal vez su cuerpo joven, en cuyas piernas desnudas cosquilleaba la grama y se hundía la tenaza de los mosquitos, esa masa joven rebosante de salud le pidió colmar deseos soterrados... No era lo mismo en Bogotá con el Pato Gómez... El Pato Gómez le parecía a veces como tan pendejo... ¡ La Sociedad de Amor a Bogotá me tiene hasta aquí! Y lo único que no es aburrido donde las Soto es el chocolate santafereño»... De un solo impulso Leonor se puso

en pie, y, como empujada por la brisa se escapó hacia el bosque:

-¡Alfonso!... ¡Alfonso!... -llamó, impaciente. Paró las orejas y sólo el eco de su propia voz vibró detrás de la hondonada-... ¡Alfonso!... ¡Alfonso! -Nada. Leonor sintió desgarrársele algo en la garganta. De todas formas ella era la patrona y Alfonso estaba obligado a hacerle caso -se dijo a sí misma como para atenuar su despecho.

Alfonso se agazapó en el matorral. Temblaba de miedo, quizá la niña Leonor venía a regañarlo. «Para ellos es pecado matar un pájaro», recordó. De seguida advirtió el movimiento del bosque y escuchó cerca la voz. Tuvo vagamente la creencia de que la voz de la niña Leonor no contenía rabia. Pero tenía de evitarla y se acurrucó más, de manera que estaba casi enterrado, confundiéndose con las plantas. Leonor se detuvo y vio mecerse extrañamente el matorral. Se aproximó:

-Perdóneme, niña Leonor... -imploró el mozalbete, enderezándose y sacudiéndose rudamente el barro.

Leonor se plantó frente a él, indecisa. Un enjambre de pensamientos, sin pies ni cabeza, le abrumaban el entendimiento. Así manos a boca, la primera idea concreta de que adquirió consciencia Leonor fue de que Alfonso le recordaba a su hermano: el pelo negro, rebelde, el cutis renegrecido; sólo que Alfonso ostentaba una piel curtida, áspera. Alfonso no veía venir de Leonor a él sino ira, desprecio. Anhelaba el instante en que ella estallara pues, definitivamente, que le asentara la mano encima, pero que se terminara este calvario. «Eso sí, más bien que no me toque, porque la parto en dos, y la echo agua abajo». Durante el

silencio prolongado, los nervios de parte y parte resolvieron ceder terreno. Se iba aclarando el laberinto:

-¿Tú no querías irte a Bogotá, Alfonso? -le preguntó Leonor, esforzándose por impregnar de algo bueno su voz, quizá de piedad.

-Yo no sé... ¿Y qué hago en Bogotá? -murmuró Alfonso, mirando a tierra.

-Yo tampoco sé... Por ejemplo, de jardinero en casa... ¿Tú serías capaz de ser jardinero?... El que teníamos se largó la semana pasada... Así es que... -Leonor paseó sus ojos en derredor, buscando un sitio limpio, despajado, donde sentarse. Dio media vuelta, caminó tres pasos y con una placidez y elegancia que Alfonso no había visto, se dejó caer en tierra, extendida, las piernas cruzadas. Unas pizcas de sol, filtradas a través del ramaje de los cafetos se movían espejeantes sobre su cuerpo. Después de una pausa larga, Leonor le averiguó:

-¿Qué hace tu padre?

-Yo no lo conocí -respondió Alfonso, apenado, esquivo.

-¿Y tu madre?

-Muerta -murmuró Alfonso-... Tampoco me acuerdo de ella -agregó triste.

-Entonces... -Leonor se calló pensativa. Reanudó:-
...Entonces, ¿quién te crió a ti, cómo creciste?

-Desde que yo me acuerdo, yo he trabajado siempre por la comida y la ropa... Esta es la primera vez que me gano veinte centavos por día-, Alfonso se silenció, y se puso a pensar en si debía retirarse ya o quedarse allí hasta cuando la niña Leonor misma lo despachara.

-¿Y qué piensas hacer tú? -inquirió ella.

-No sé.

-¿Estás contento en la finca?

Alfonso se sonrió sin responder.

-¿Qué te gustaría hacer?

-No sé.

-Pero..., ¡cómo que no sabes!... ¡Tienes que saber algo, mi viejo! -dijo Leonor entre cariñosa y desconcertada-... ¡Dime! -insistió.

-No sé.

Leonor hubiera querido llamarlo, que se sentara a su diestra para platicar con él como dos amigos, conversar algo distinto de cuanto ella había conversado siempre. La hormigueaba una curiosidad impaciente de saber mucho acerca de él, de que le ayudara a comprender por qué ellos, los trabajadores, comían contentos y cantaban en las noches. El viento destrenzó una a una las ramas de los cafetos, y como

renovado, el aroma de los frutos maduros se desprendió en el seno del bosque. Leonor escuchó la caída del agua en la hondonada y el trino de los pájaros; precisamente en aquella rama sorprendió un plumaje azul claro, movedizo... Pero ella francamente no lograba amasar toda la decisión en sus manos y resolverse a llamar a Alfonso. Lo miró sí con una mirada en la cual ella creyó depositar mucha ternura. Alfonso, no se sabe si distraído, la miró también, y al ver esos ojos tristes, se entristeció él también: quizá a la niña Leonor le ocurría algo. Él había oído que aun los millonarios tenían pesadumbres y se acordó del propietario de la finca Getsemaní, el señor Uribe, quien a pesar de no saber qué hacer con la plata no podía comer a causa de una enfermedad en el buche. Leonor se incorporó. Partió una ramilla seca, y, conservando un pedacito puntiagudo, comenzó a escarbar la tierra, a su alrededor; dejando zafar la astillita y caer la cabeza sobre su pecho, pensaba. Alfonso respiró hondo: este que le vino ahora no era de los árboles ni de las flores, no; debía de ser el perfume de la niña Leonor. Algo inesperado vino a estremecer su cuerpo también, la constatación de que aquella mujer era primorosa.

-Si no me necesita niña Leonor..., yo me voy a ensillar las bestias -dijo Alfonso. Esperó un instante plantado frente a ella.

-No, vete -murmuró Leonor y se mordió los labios.

Leonor quiso no atribuirle importancia a eso que acaba de ocurrir, pero en el fondo ello no era traído de los cabellos sino venido a cuento ahora cuando Luis Aníbal igualmente acababa de hacer caso omiso de su suplica. ¿Quizá la última

vez que ella intentaría acercarse a esos seres? ¡Qué horror! -suspiró. Los estudiantes cerraron su pequeña charla con el doctor Jiménez, se despidieron estrechando la mano del doctor; e inclinando la cabeza ligeramente hacia Leonor, desaparecieron.

-Viejo, yo no me siento bien -dijo Leonor, yéndose.

-¿No has ido al médico? -le preguntó el doctor acercándose a la hija... «Este país...», pensó.

Sonó el timbre. La muchacha de la casa le anunció la presencia de una comisión de parlamentarios liberales. Dichos doctores, con la desenvoltura de quien llega a su propia mansión, se fueron despojando de sus pesados sobretodos y sombreros cocos, que iba recogiendo la sirvienta comedidamente.

-Bueno -dijo el doctor Castro-, tal como habíamos hablado con el doctor Cuervo del Corral, la situación requiere un entendimiento urgente con el gobierno... Las pérdidas que estamos nosotros sufriendo en Boyacá... francamente, hay que ponerle coto a esa situación...

-La cosa es que hemos venido planteándole al gobierno la gravedad de los hechos, y el gobierno no cede... El liberalismo debe aprovechar esta coyuntura de efervescencia y calor, como dijera Camilo Torres{4}, y lanzarse abiertamente a la oposición -dijo el doctor Restrepo, dejando descargar violentamente su puño en el brazo del sillón.

-La cosa es -sugirió calmado el doctor Jiménez-, que el gobierno nos garantice el imperio de la constitución... No hay que olvidarlo: hemos llegado a un punto en que debemos ser incluso diplomáticos.

El doctor Castro se paró. Comenzó a pasearse por el salón, frotándose desesperadamente las manos. Se irguió.

«Ellos podrán hacer todo, pero tienen que respetar la Constitución. Ellos podrán hacer todo, pero no podrán sentarse sobre las bayonetas, como dijera Marco Antonio...»

-Yo no sabía que Marco Antonio había tomado parte en la Revolución Francesa... -murmuró el doctor Jiménez.

-Perdón -anotó el doctor Castro-, con la ira se le olvida a uno la literatura.

-A mí me parece que una buena solución sería optar por la oposición pasiva. No prestar el apoyo del liberalismo, en cambio ir nosotros a tronar en el Parlamento Nacional, y que se caigan solos... Solitos se caen. O si no, propiciar el advenimiento de un gobierno militar que haga elecciones imparciales.

-Los godos no se caen solos. Hay que combatirlos desde ahora... Después será más difícil -sostuvo el doctor Peñaranda. Su voz pareció ser apañada en un saco roto. El doctor Peñaranda incubó la idea de retirarse de la reunión. Sin embargo, comprendió que declararse derrotado antes de la pelea era una cobardía... No sé, pero a cualquier tipo honrado, el liberalismo le daría la impresión de una especie de prostituta que se acuesta con el que tenga la billetera más repleta... La

comparación es dura, pero aquí estamos entre machos, si no me equivoco... ¡Cómo es posible que muerto Gaitán no haya quién lo reemplace! Yo estoy por la oposición, pero no la oposición desde la casa, bien comido, bien cuidado, sino en la plaza pública.

La discusión continuó, cada cual arrebatándole al otro la palabra de la boca, hasta cuando se desbandaron.

Ya en su casa, el doctor Peñaranda, con amargura se percató de que no había sacado nada en claro. Al haber un puñado de liberales capaces de acompañarlo, él encabezaría las huestes populares.

Pero eso sería ni más ni menos que dividir al liberalismo, ponerle una pata en la nuca para que se acabara de ahogar. ¿Y después? De todas maneras no hay por qué desanimarse: tenemos mayoría en ambas cámaras, y en los próximos comicios, unidos, les ganaremos la presidencia de la República. El doctor Peñaranda le metió la propuesta en la cabeza del doctor Jiménez: ¡hum!... El doctor Jiménez poseía su malicia indígena. Aquí se necesitaba un zorro. El doctor Jiménez era la última carta que le quedaba al liberalismo. Nada podía ser más sensato que rodearlo. Inmediatamente tomó el teléfono.

-¡Ola, mi querido doctor!... Sí, te llamé no más para hacerte una propuesta excelente... ¿A ver?... Nos tomaremos un tinto esta tarde en el café Molino... Sí... Gracias, muy amable, jefe...

A las seis y media, más o menos, Peñaranda y José del C. Valencia se encontraron en la esquina de la Cigarra y se

encaminaron al café Molino. La muchacha les sirvió dos tintos bien negros y sendos platitos de empanadas, con limón.

-Tú tienes razón, el partido liberal necesita sangre joven -dijo Peñaranda-. Estos carajos oligarcas lo que quieren es que nos cuelguen a todos, mientras ellos están tomando whisky y champaña que da miedo, en los clubes. El doctor Jiménez ha planteado la situación muy clara... Hay que apoyarlo...

-El doctor Jiménez es mi profesor. En caso de que él sea lanzado candidato a la Presidencia yo no me iré en contra, Pero yo personalmente me inclino al grupo de este socialista que se está formando. Es doloroso confesarlo, pero nosotros nos hemos aferrado al liberalismo como a una mujer que te está pateando y sin embargo tú estás prendido a su pollera como si no hubiese más y mejores mujeres en el mundo... Es un romanticismo... El nueve de abril la historia se partió en dos, allí el liberalismo firmó su sentencia de muerte. El mismo Echandía lo sabe... Sin embargo el doctor Jiménez podría ser un puente entre el porvenir y el pasado, a menos que no haya un golpe de Estado salido del mismo Palacio de la Carrera...

-No, ellos aún respetan la Constitución.

-Sí, a Dios rogando y con el mazo dando... No te avispsés no más.

El liberalismo, celoso de no perder el prestigio con los brazos atados, optó por romper la colaboración y se retiró del gobierno. El doctor Jiménez se sentía cansado. Tenía la cabeza grande. Había sido un período delicado, noches enteras sin

dormir; agarrones entre ellos mismos. Encima de eso, problemas familiares: Leonor encinta. El Pato Gómez, alegando que el hijo no era suyo, juró no casarse. El doctor Jiménez, dispuesto a pegarle un balazo al Pato y otro a Leonor, cerraría así el capítulo con la sensación de una novela fantástica. Leonor no salía ni al jardín. Cuando mencionó la posibilidad del aborto, al doctor Jiménez por nada hubo que amarrarlo... «¡Y qué sacaremos!», tronó... «Yo no cederé una pulgada en el terreno del honor». Ya a nadie se le podría tapar los ojos. Ya todo listo, casa, vajilla, mobiliario, dote, invitaciones, faltaba sólo la bendición. El doctor Jiménez resolvió irse a pasar unos días en la finca Las Colinas, en el Líbano.

La puerta de la oficina de José del C. Valencia, se abrió intempestivamente:

-¡Acaban de asesinar a Jiménez en la Cámara! -le grita Peñaranda.

-¡No! -replica abismado José del C.

-En pleno recinto del Parlamento... Varios heridos...

-¡Tenemos que salir a la calle a defender la Constitución! -ahuyó Peñaranda, el rostro congestionado, los ojos inyectados de cólera.

-Un momento, mi querido doctor -propuso reflexivo, José del C.-: Hay que ver cómo es que nos vamos a tirar a la calle... Los godos no son tan pendejos al fin y al cabo...

-¡Es una infamia! -profirió Peñaranda.

José del C. Valencia miró hacia fuera por la ventana. Quiso ver al demonio como el nueve de abril. Sin embargo, a pesar de la animación, no observó ningún río desbordado, ni vio al pueblo posesionándose de los edificios públicos. El doctor Jiménez había sido para él no sólo un amigo, sino un padre; mejor aún, algo así como un símbolo. Acaba de rendir su vida en medio de su pueblo, entre los elegidos, tal un prócer, un Julio César, un Uribe Uribe.

-¿Entonces? -inquirió, más calmado, Peñaranda.

-¡De qué Jiménez hablas!... ¡O qué es la carajada!...

-Jiménez el representante fue el muerto... Sí -replicó Peñaranda.

-¡¿Cómo?! ¡No entiendo, o tú estás loco! -insistió José del C.

-El otro, el otro Jiménez, el representante.

José del C. quedóse pensativo. «Es una lástima», se dijo. Pero no sabía cómo afrontar la cuestión: ¿se encendería íntegro el país? ¿O quizá el pueblo se habría desengañado y no saldría a hacerse matar en las calles otra vez?

El doctor Jiménez presentó sus puntos de vista con una entereza de carácter que dejó a mucha gente anonadada.

-Nosotros no podemos entendernos más con el gobierno. La perfidia goda ha alcanzado un estado de cinismo... O nosotros perdemos definitivamente el prestigio y abandonamos al infortunio a la mayoría de la nación, o arreglamos las cosas recurriendo a una medida que nos acuerda el constituyente: descienda el Presidente hasta las barras del Senado de la República, en calidad de acusado.

En el seno de la reunión se infiltró un escalofrío que le heló la sangre a algunos. El doctor Cuervo del Corral sintió un terror casi mortal ante la posibilidad de tener que aceptar esa proposición de Jiménez. A su manera de ver, Jiménez había perdido la cabeza. Sin embargo no se dejó atar de la emoción. Además, él tenía méritos suficientes para medir su prestigio con Jiménez. El doctor Cuervo del Corral tuvo la visión del inmenso peligro en que semejante actitud pondría los centenares de miles de pesos que él acababa de invertir en un nuevo negocio. Además, el mismo Presidente era uno de sus asociados... Con una tranquilidad desconcertante se paró, y luego de pasar una revista magistral a los concurrentes con su mirada, empezó a hablar. Su primera palabra vibró como el despunte de un monólogo:

-Sí, estamos convencidos. El liberalismo necesita sangre joven, y esa primera oleada verdaderamente ha sido encauzada por el doctor Jiménez, honra de nuestras mejores virtudes, conciencia jurídica de nuestra nacionalidad. Pero, lo joven, lo nuevo, no debe perder de vista la sombra de la vieja roca probada por los vendavales seculares de la experiencia. Yo pido que se me escuche. No hay que ser sectario. El Presidente es un hombre de buena fe. Es cierto que está rodeado de

bandidos. El Presidente tiene un corazón de oro, palabra de honor -dijo, tanteando un tono familiar, persuasivo-. Tenemos que buscar un entendimiento con ese pobre hombre, apelar si se quiere a su caridad cristiana... No podemos olvidar que al fin y al cabo nos une de una manera indisoluble el cristianismo y nuestra americanidad exenta de ideologías extranjeras...

El doctor Jiménez observaba a aquel hombre ya no con respeto, sino con un secreto temor íntimo. Lo conocía muy bien y los sabía capaz de rencores eternos; además, ese hombre manejaba de lo lindo el maquiavelismo. Ese hombre tenía un prestigio inmenso en la nación y meterse contra esa prestancia era una aventura descabellada. Sin embargo, las masas reclamaban a un jefe auténtico, una especie de semidiós nuevo que al ser reconocido apaciguara al genio del mal. «Yo podría ser ese hombre... Si no me equivoco, yo veo los ojos de mi patria, clavados en mí con esperanza.»

En eso Peñaranda se levantó. Hubo un arrastrarse de asientos; muchos estiraban el cuello, carraspeando; en un ángulo se oía toser desesperadamente a alguien. Peñaranda se topó con los ojos de Cuervo del Corral que lo miraban como quien ve a un gorgojo. El doctor Jiménez encendió un cigarrillo, y mientras sacudía el fósforo para apagarlo, ofreció a Peñaranda una sonrisa complaciente, como ayer, de profesor en las aulas.

-El Presidente no es hombre alguno de buena fe, sino un hipócrita. Él es uno de los tantos responsables directos de los asesinatos perpetrados en el país; él ha mentado a sabiendas de su perfidia y ha jugado con la buena voluntad de quienes

hemos tomado a un bellaco por ciudadano de buena fe. Y como todo culpable debe ser acusado y castigado. Hasta hoy, el pueblo deposita aún confianza en el liberalismo, pero esa confianza no podrá ser eterna mientras no se traduzca en hechos concretos. O bien el liberalismo está carcomido y condenado a la desaparición, o bien se renueva y toma en sus manos la salvaguardia de la tradición civilista de Colombia. Yo no soy de los derrotistas. Yo soy de los que creen que podemos salvar la nación. Pero... Pero, si no le salimos al camino a la barbarie goda, a paso de gigantes, no tardará el día de aciaga agonía, en que los puñales penetren hasta las cunas inocentes, a cambiar el arrullo por el gemido... ¡Por la pluma del indio Uribe!... ¡Por la espada de Uribe y Herrera!... ¡Viva el gran partido liberal!

Hubo una tronamenta de aplausos y también un jadeo, un malestar insoportable. Al doctor Cuervo del Corral le comenzó a doler seriamente la cabeza. José del C. Valencia, risueño, se le acercó a Peñaranda estrechándole la mano con efusión, diciéndole algo que no se alcanzaba a oír en el barullo. El doctor Jiménez hizo un esfuerzo sobrehumano para no perder el control de esa gente ni el suyo propio. La decisión a tomar parecía ser la más ponzoñosa. Esta vez sí era cierto que irían a poner el dedo en la llaga. Él quería proponer otra fórmula conciliadora. Decirle al país que tuviera un poco de paciencia; que le ofrecerían de nuevo la colaboración al gobierno para mantener el orden. Pero Jiménez comprendía que el país hervía, exigente, implacable.

A la invitación gallarda, caballeresca, para ser acusado, el Presidente respondió cerrando el Parlamento y sacando a

culatazos a los honorables representantes liberales. Una encrucijada en el fondo de cuyas cavernas era casi imposible vislumbrar la salida inmediata. Los jerarcas liberales dieron la orden de no oponer resistencia a los embates del gobierno. Pero todo el mundo veía claramente que el viejo conservatismo, durante dieciséis años catalogado un cuasi difunto que de vez que cuando apenas si pataleaba o lanzaba un alarido, ese nefasto conservatismo había tomado una forma nueva, organizada: el nazi-falangismo. Algunos jefes liberales, el rabo entre las piernas, prestaron las patas al venado, en pos de un dulce exilio en las ciudades de Europa y los Estados Unidos. El gobierno de los oligarcas comprendía que el pueblo estaba contra él y resolvió abiertamente echar bala y rellenar cárceles y cementerios. Y la violencia fue metódica. Acribillaban a los campesinos en las plazas de mercado de los pueblos y les incendiaban las chozas con sus marranitos y gallinas. En las ciudades comenzaron a pupular vagabundos desarraigados, a acentuarse la miseria y la muerte a lo ancho y a lo largo de Colombia...

El doctor Peñaranda salió de Bogotá hacia una aldea de Boyacá donde moraba su familia. Su oficina de abogado había principiado a tambalear, pues como político liberal apuntado en la oposición, los administradores de justicia trataban de ahogarle todo pleito, con el fin de desprestigiarlo y llevarlo a la ruina. Peñaranda se persuadió de que mejor le era dirigir personalmente sus negocios ganaderos. Dejó en Bogotá a su mujer y a dos hijos, ambos en un colegio de enseñanza primaria. Su presencia en Boyacá tomó carácter de enviado de la jefatura liberal, y su casa diariamente se mantenía apeñuzcada de quienes acudían abiertamente a pedirle protección. En fin, Peñaranda se iba viendo empujado a asumir la defensa de esa gente, y se fastidió. Cuando se vio realmente

en peligro él mismo, se dispuso a mandar a todo el mundo al carajo.

Una noche, al amor de la lumbre y de una taza de café, su padre le había hablado de las guerras civiles y le contó con qué arrogancia, desnudo, el general Uribe había ganado la batalla de Peralonso. Peñaranda observaba afuera la noche apacible, y se olvidó de que aquella calma no era sino una noción del pasado, y de que en aquel instante, quién sabe cuál de los ranchos estaría ardiendo. Peñaranda pensó que lo peor que le podía suceder a un hombre era convertirse en un cobarde. Consideraba honradamente el ser reaccionario en el mundo actual una vergüenza. Él creía que el país podría regresar a la vida de antes, que debería vivir como antaño. Él no le temía a huelgas, ni a peticiones de los campesinos. Él había sabido siempre arreglárselas con sus peones. Incluso estaba resuelto a ayudarlos y, como primera medida, los autorizaría a no trabajar el domingo. Este lunes enviaría al viejo Luis al hospital a que lo operaran; el pobre viejo había trabajado mucho y necesitaba ciertos cuidados. Peñaranda amaba el liberalismo como una cosa, como algo que puede guardar en un baúl y contemplar de vez en cuando para solaz del ánimo. Su carrera política la debía al liberalismo. Su pasión por el liberalismo estaba ligada a la participación directa de su padre en la batalla de Peralonso al lado mismo de Uribe Uribe. Pero, ¿qué es el liberalismo en sí? Él había leído a muchos teóricos. La última vez que le pidieron un artículo sobre la actualidad de las ideas liberales y la permanencia histórica de éstas, no pudo definir bien el fuego que aquella palabra alentaba en sus venas. Lo único que logró fue citar autores, y concluir con una descripción nostálgica del ayer colombiano. El hubiera querido mencionar a Carlos Marx, precisamente para sostener que el simple remozarse del liberalismo

constituía una bofetada certera contra el comunismo. Pero tuvo miedo de citar a Marx, los liberales no debían dar pábulo a que se los confundiera con los comunistas. (Peñaranda oyó a lo lejos el mugido de un buey) «... Francamente yo no veo cómo podrá el país volver a ser lo que era. No está en mí el aceptar la consigna de no luchar. No podrán existir fe ni dignidad en la aceptación pasiva de que se pisotee la dignidad humana, se asesine, se incendie... Pero si yo me rebelo, entonces quedo solo o me tengo que refugiarse en las masas. ¿Y qué sería de mí? Doblemente perseguido: de la oligarquía liberal y de los godos...»

El alcalde recibió la orden de arrestarlo, pero Peñaranda se echó al monte. Organizó un respetable grupo de campesino y se enfrentó a la policía, a la cual causó serias bajas. El gobierno envió refuerzos. La región entera se levantó. El gobierno dio la orden de arrasarlo todo. La finca de Peñaranda fue reducida a cenizas, lo mismo que las de otros liberales de la región. Disfrazado, Peñaranda huyó a Bogotá. Se refugió en una embajada latinoamericana. Los otros con las armas quitadas a la policía y al ejército, siguieron abrazados a la selva, entre los fundadores de la guerrilla.

Él no se hubiera imaginado que Bogotá pudiese convertirse en una prisión tan grande, a como nunca concibiera que todos esos personajes, por quienes otrora se sacrificase, a quienes ofrendara toda su energía, el optimismo de su juventud, lo abandonasen. Se daba, a sí mismo la impresión de estar inundado de una lepra que ahuyentaba a esa decena de oligarcas que en el tiempo de las vacas gordas de los comicios electorales le enviaban a Boyacá telegrama tras telegrama, carta tras carta, y al encontrárselo en la «Cigarra» le estrechaban la mano diciéndole: «Peñaranda, tú eres un águila

que volará muy alto... Confiamos en tí, doctor... Tú serás un repúblico»... Con la boca llena de hiel Peñaranda pensó que los personajes se abstuvieron de terminar la frase: «...un águila que se despeñará, confiando en nosotros». Sin embargo hasta sus oídos alcanzaban a llegar los comentarios acerca de su arrojo. No podía impedirse de saborear cierta tristeza al evocar a aquellos hombres que, haciendo de la selva un abrigo, humildemente defendía el honor de Colombia. «Yo vine a Bogotá no sólo con la intención de refugiarme en una embajada, sino a pedir ayuda, aunque el mero apoyo moral de la plana mayor del liberalismo, y se me ha dado la espalda». Ayer había venido a verlo el doctor Jiménez: se detuvo cronométricamente cinco minutos. «Estoy a tu mandar en lo que pueda» -le dijo-. José del C. Valencia le demostró una solidaridad que Peñaranda no se aguardaba; especialmente le agradecía el haberse puesto a la orden de su señora y de sus hijos inmediatamente después de conocidos los sucesos.

-Mi querido doctor, en el consejo de guerra que te van a seguir, te van a tirar rayo. No vas a poder asomar las narices aquí en mucho tiempo -dijo José del C.

-Yo no he querido decir nada... -dijo Peñaranda-... A ti te lo confieso: me siento desilusionado. Ayer creí que lo peor que le podía pasar a un hombre era la cobardía; hoy sostengo que un hombre que se siente abandonado, hozando en la arena del destierro, tiene derecho a pegarse un tiro. Yo no me he pegado el balazo solamente a causa de esos dos hijos que vienen a verme cada día... -Peñaranda, con un nudo gordiano en la garganta, caminó hacia la ventana como quien quiere mirar el sol; pero, eso era apenas para darle tiempo de pasar a su cruenta emoción.

Más tarde alguien le trajo un periodiquito, tan minúsculo que ni siquiera resistió la primera comparación que se vino a la mente de Peñaranda: «la facha de un cancionero de provincia»... Ese periódico le había llegado repetidas veces a su oficina. Él lo había dejado rodando en la canasta, sin concederle la menor importancia. ¡Qué podía enseñarle a él esa ridícula hojita comunista! Además, los comunistas repetían siempre lo mismo. Ni siquiera en calidad de intelectual y hombre público esa hoja había despertado su curiosidad. Instintivamente tiró el periodiquito en la mesa, pero la hoja cayó sobre el piso limpio, encerado. Se agachó a cogerla. Pero, tal vez a causa de su aburrimiento, del ocio dentro de las cuatro paredes de esa hermosa cárcel se divertiría leyendo las frases hechas de los bolcheviques de nuestra patria. En la primera parte se consagraba un análisis de los sucesos de Boyacá. El doctor Peñaranda sentóse mejor, poniendo la hoja frente a la luz, pues la letricia era materialmente tan pequeña que le ardían los ojos. «¡Sí señor!» -masculló el doctor Peñaranda, aprobando en su fuero interno. De pronto volvió en sí y se dio cuenta de que estaba admitiendo lo estampado por los comunistas. Su amor propio, su orgullo, no sé qué, lo sacudieron y comenzó una lucha consigo mismo por no aceptar aquello porque era comunista. En eso le llegó una visita. El doctor, azorado, escondió velozmente la hoja, sentía como cierta vergüenza de que lo vieran leyendo ese pasquín plebeyo.

Por la noche, al acostarse, volvió a mirar la hoja. Lo sorprendió la manera tan firme como allí se desenmascaraban los mentados consejos de guerra y se exigía el cese de la persecución a quienes se habían batido por la defensa personal. Es una lástima que esto esté escrito así, a las patadas, sin la retórica propia de nuestra tradición periodística. Después encendió un cigarrillo y antes de apagar el fósforo chamuseó el

periódico... «Si los comunistas de Colombia fueran un Marx, un Lenin... Pero, desgraciadamente... ¡En fin!...» Peñaranda quiso ser sincero, pero insistía en no creer. Quería dormir... Pensaba...

Lo único que le faltó a Pedro José fue salir amarrado de Tadó. El cura párroco y los gamonales conservadores lo acusaron de ateo, de inducir a los alumnos por el camino del mal. Sin embargo un grupo numeroso de muchachos bajó a la orilla del San Juan a despedir a su maestro, cuando éste se embarcó en una chamba. Los niños no comprendieron claro el asunto del ateísmo, pero en toda la población no se pudo ocultar que a Pedro José lo habían destituido por ser liberal.

En Quibdó se encontró con Caimacán:

-Ya sabemos la canallada que te hicieron... Déjalos no más; han perdido todo escrúpulo... Ya nos las pagarán todas juntas...

-¿Y tú qué tal, hombre? -le preguntó Pedro José.

-Estoy aquí en Quibdó desde hace quince días...Pues, hay que ver cómo se resuelve la cuestión del San Juan; allá la cosa es grave, como te habrás enterado...

-El otro problema es que ellos no te pueden ver ni pintado a ti. Te tienen un odio. -anotó Pedro José.

-Mejor: vale más ser temido que ser amado, dijo Maquiavelo -replicó Caimacán, soltando una carcajada que llenó la calle.

-¿Y...?

-El gobernador se niega a recibirme. Alega que en carácter de qué vengo yo a quejarme... -dijo Caimacán, sonriente, moviendo la cabeza afirmativamente, pensativo.

-¿Entonces qué, Caimacán?

-Que tenemos que llegar a algún acuerdo... La persecución contra nuestra pobre gente no puede continuar en esa forma... Tú lo sabes muy bien... Al mate se le echa agua hasta que llega el momento en que rebosa...

-Hermano, yo me siento aburrido... -Pedro José dio un paso adelante, se detuvo pensando un instante... Vamos a tomarnos un café...

-Sí, vamos -asintió Caimacán, y añadió-: ¿Entonces, tú crees que no se puede hacer nada?... ¿Tú también figuras entre quienes creen que a este país se lo tragó la tierra?... ¡No!... Si todo el mundo dice como tú: «yo me siento aburrido» y se cruza de brazos... Lo último que muere en el hombre es la esperanza, dice el dicho... Y esa esperanza hay que acompañarla hoy de una lucha a muerte contra los enemigos del pobre campesino, del pobre obrero de Andagoya...

Ojo por ojo, diente por diente... -Caimacán guardó silencio. Pedro José le miraba esas pupilas ardientes, maliciosas, esa boca con sus labios gruesos, ligeramente

torcidos hacia la izquierda, el labio inferior colgante suavemente, imprimiéndole a su rostro un aspecto de dureza, de asco hacia la muerte, hacia el enemigo.

Pedro José en su intimidad veíase como aguijoneado por el deseo de que la realidad huyera. El no quería creer que hoy no sólo había que debatirse por conseguir un pedazo de pan en este país sino alistarse cada minuto para defenderse, para matar, no matar o morir. Sus ojos tiernos, protegidos de largas pestañas, aparentemente clavados en una mancha de la pared, más bien estaban fijos en un extraño horizonte a donde no habríamos de llegar nunca. «Estoy perdiendo la fe.», quiso decirle a Caimacán, como para zafarse de un peso que lo atormentaba y que no lo dejaba moverse. Pedro José se sentía realmente en medio de una selva tupida, sin el mínimo indicio del rastro de una persona, sin siquiera el eco impreciso del zumbido de unas campanas de pueblo. Todo lo hecho por escapar del barro, su más grande deseo -ahorrarse unos centavos para ir a la ciudad y estudiar-, todo lo veía Pedro José, aquí a sus pies, reducido a cenizas. Caimacán encendió un cigarrillo; aspiró una bocanada de humo que respiró luego lentamente por la nariz. Sorbió dos tragos de café y una vena rolliza se le atravesó de la mitad de la frente, hacia las sienes. Suspiró hondo, movió los labios, pero se tragó las palabras. «Irme a los Llanos... Es cierto que la guerrilla de Urrao tiene qué ver con el Chocó... Me parece que más bien me voy a Urrao», discutía consigo mismo Caimacán, como si se encontrase completamente solo.

-¡Entonces qué! ¿Peleamos? -preguntó Pedro José, como si continuase normalmente el diálogo.

Caimacán dio un sobresalto, como si hubiese entrado alguien bruscamente a una pieza donde él estuviese encerrado. La voz de Pedro José le sonó extraña.

-Espérate un momento... Sí, yo he llegado al convencimiento de que estas no son cosas que las puede resolver un solo individuo. Yo solo, ¿qué diablos puedo hacer? Esto nos incumbe a nosotros todos. Además, la cosa es grave, cuando la vida del hombre está de por medio... No hay tal tu tía, esta noche tú tienes que asistir a la reunión... Hacia las cuatro o cinco de la tarde llega el doctor José del C. Valencia, por la carretera.

¡Muy bien! «Fe y Dignidad», he aquí el mensaje de Bogotá. La mayoría se rindió a esa voz que venía de la capital, pero muchos insistían en preguntarse qué era aquello, es decir, en qué iba a parar aquello. Caimacán, Pedro José y otros cuantos cabecillas populares liberales, al principio hicieron mala cara, luego, serían catalogados como indisciplinados, mejor, abiertamente disidentes.

«Cuando a uno lo vienen a atacar dentro de su casa no tiene más remedio que defenderse, a menos que uno sea un Cristo... Y yo, madera de Cristo, eso sí que no...» «Yo les diré sin ambages que yo comienzo a olfatear que la oligarquía, no me refiero sólo a la oligarquía goda sino a la liberal también, la oligarquía, digo, está frenando al pueblo, porque le tiene miedo a una revuelta grande. ¡Mónteme el trompo en la uña!»

Caimacán seguía sosteniendo este punto de vista contra viento y marea. Los de su grupo resolvieron tomar medidas:

pulsar a fondo el ánimo general de nuestra gente; ir hasta el campesino para ponerlo en guardia contra la violencia.

«Por otra parte -concluyó Caimacán-, hay que decirle a la gente con franqueza que el que tenga su escopeteca, que la esconda... Quien quita...».

A las diez de la mañana saldría la lancha que empalma con la carretera Yuto-Cértegui-Istmina, pero Caimacán cogería por el río Quito, en canoa. Su boga, aún imberbe, sería Alcidito, muchacho de confianza, hijo de tío Alcides Mena.

Podrían ser las cinco de la tarde. Alcidito achicó la champa, colocó en el centro cuatro barrotes, separados más o menos media vara uno del otro, encima dos tablas, y sobre éstas una silla baja de madera, con espaldar. «Lo malo é que la champa éta si hace agua... -pensó-. Mañana e mañanita, ahí onde amanejcámo, si no consigo brea, le meto una mecha a la rajarura éta, manque sea con un piazo e camisa.»

Caimacán se presentó acompañado de Pedro José; se descalzó y se arremangó los pantalones; abrió un pequeño maletín color café, donde llevaba una muda de ropa y unos que otros enseres; guardó allí los zapatos; metió la mano al bolsillo y palpó los escasos papeles que llevaba consigo.

-Bueno, compa, ¿loj vamos? -dijo el peón, desencadenando la embarcación.

Caimacán saltó a la champa; la cual con el peso se puso celosa. Estiró la mano para despedirse de Pedro José.

-Adiós, que te vaya bien... Sé fuerte -le recomendó Pedro José, parado en la playa, inmóvil, sonriente.

Alcidito examinó su palanca, tanteó bien el recatón, no fuera a estar flojo; observó si la otra palanca de repuesto estaba, lo mismo que el canaleta. Brincó a la patilla agarrando el canaleta; timoneó con éste, manteniendo la champa al sesgo, y comenzó a bogar para atravesar el río Atrato, la nariz de la champa, mirando al otro lado, hacia la desembocadura del Quito. Caimacán echó una ojeada a la orilla: Pedro José le agitó su pañuelo.

-Alcidito: ¿nos iremos lejos esta noche?

-Compa, er caminante no sabe nunca...

-¿A dónde arrimaremos a dormir más o menos?... O, tú estás dispuesto a jalarle toda la noche.

-Si no juera menguante... Si hace güena noche, mañana loj pasamo e Paimaró... El hombre pone y mi Dioj dispone.

Alcidito, desnudo, apenas con un calzoncillo, daba la impresión de un deportista connotado. Con suavidad y elegancia empuña con las dos manos el canaleta; al remar, como del fondo del agua, se escapaba un ronquido.

El río Atrato es ancho. Frente a Quibdó se distinguen chozas modestas, rodeadas de plantaciones de plátano, maíz, caña de azúcar; bajo el piso un chiquero con uno que otro lechón. Sin cesar suben y bajan canoas grandes y pequeñas, cargadas unas, vacías otras. Alcídito observó el cielo: «Arreboles al poniente, aguacero al día siguiente» -se dijo-. Caimacán, callado, paseaba sus ojos sobre las ondas, en el cielo, allá contra el horizonte. El cefiro erizaba las aguas, y un oleaje escamado golpeteaba los costados de la embarcación; aquella inmensa superficie líquida brillaba, un brillo-candela de cobre reluciente. El sol como quien no quiere se iba ocultando, grande, detrás de los árboles, lejísimos... En un abrir y cerrar de ojos se precipitó la noche. Las bombillas eléctricas de Quibdó parpadeaban ahogándose a lo largo de la orilla. Al borde del río quedábanse los ranchos con el eco de las voces de gentes conversando en tinieblas. De trecho en trecho, ardía en las tinieblas el mechón de un embil, y se oía la sonaja de una tinaja que al entrar en el agua tocaba ligeramente el cascajo. De cuando en cuando estallaban dentro de la hoya del río las voces, gritos, de un diálogo entablado entre dos ranchos situados diagonalmente en orillas opuestas. Y de nuevo el silencio, el resoplido del agua, la sonaja de las piedras cambiando de costado en su lecho anegado, como el deslizarse de una cadenilla sobre la arena... El chasquido del recatón del boga empujándose contra la corriente... De pronto el chirrido de un pájaro nocturno, misterioso, y el grito cuasi mortal de una momura en la enramada... Despejando por un instante la negrura, en el firmamento, una raya quebrada, plateada, rasgaba... y, ¡un trueno!, desmoronándose en ese mundo habitual y sin embargo extraño...

-¡Carajo! ¡Va a llové , helmano! -advirtió Alcidito, escrutando el atmósfera.

-Yo creo, Alcidito, que debemos andar todavía...

-No tema que yo no he soltáo la palanca... Caminámo hajta onde loj arcance la juerza, ¿no veddá?

-Alcidito: me cayó un goterón en la cabeza... ¿Qué vamos a hacer?

-No, tuavía nu é seguro que caiga, una brisa puere lleváse éte aguacero pa otra palte.

No obstante, Alcidito se quedó desconfiado al ver ese cielo negro, así, como tizado de negro-humo. «Hoy no iremo a pará neguna palte», pensó... «Aremá, yo no puerdo ejponé ar compa Caimacán»...

La lluvia comenzó a cernirse, torrencial. El cielo a iluminarse y a apagarse con premura inquietante. Rayos descuajábanse con violencia implacable. Y, en un dos por tres, Alcidito y Caimacán íntegros empapados. La embarcación inundada también, a Caimacán no le bastaban ambas manos para achicarla con la totuma que le dio Alcidito. Allá arriba distinguieron una lucecita. Lo más prudente sería escampar allí, si no toda la noche, al menos hasta cuando cesara la tormenta.

-Me paece que tá creciendo er río compa... -previno, alarmado, Alcidito.

-Entonces el aguacero viene de cabecera -anotó Caimacán.

-En ese caso la creciente é má grande, ¿aluyó?... y arriejgámo a no poréloj mové ni mañana -concluyó Alcidito, palanqueando duro para arriba.

La champa se arrimó en la cabecera de una playa, en el puerto de una casita; había allí otras embarcaciones amarradas a una cadena enganchada de un grueso poste. Punto de tierra blanda, la palanca se chupaba.

-¡Adióoooo!... ¡Adió puéee!... -gritó Alcidito.

-¡Adió jeñóooo! -respondió una voz como desde un fondo de alguna parte.

-¿Hay posada?

-Síii... -respondió de nuevo esa voz melancólica, como surgiendo de la soledad infinita.

-Suba ujté primero, compa -dijo Alcidito a Caimacán-. Yo me quero aquí, a vé cómu é que aseguro la ambalcación.

Al lado de la cadena había un bejuco dispuesto para tal menester; Alcidito amarró su champa lo mejor que pudo; sin embargo temía se le fuera agua abajo. Subieron.

-Compa: mi potro lo asujeté con un bejuco... ¿Cree ujté que tá seguro?

-Vea, vé, lo mejó é metélo en la carena... La carena tá con candáo; yo mejmo voy a bajá a arreglá eso bien...

-Peo, compa, el aguacero tá muy rufo; deme no má la llave der candáo, no baje ujté al agua en balde...

-No je procupe, helmano, yo he viviro en l'agua com'un peje...

El hombre descendió, sombrero de paja en la cabeza, los hombros y la espalda cubiertos con un costal encerado. Caimacán permanecía en el corredor para dejarse escurrir; palpó su maletín, y lo encontró blando, casi deshecho. Dentro de la casa se sentía la respiración de gente dormida. En la cocina ya alguien comenzaba a atizar el fogón. Con la primera llamarada Caimacán distinguió el rostro de una mujer; con el reflejo de la candela ella advirtió afuera, en el corredor, la sombra de Caimacán.

-Entre p'adentro, compa -dijo la mujer.

-Pero cómo atravieso, señora, si estoy hecho agua, les mojo toda la casa.

-Qué se va hacé, pué... Véngase, caliéntese aquí ar rejcoldo...

El hombre se entregó a desatar el nudo de la cadena, mientras Alcidito desentablaba la champa, sacando afuera todo, incluso los barrotes. Los relámpagos, tal una inmensa sábana blanca se abrían. En la penumbra, la lluvia, envuelta en un ventarrón, sacudía rabiosa los árboles y la yerba tierna de la ribera..., doblaba el tallo grácil de la caña de azúcar y mecía la caballera del maizal. El río montando, furibundo, veloz; cuando relampagueaba se lo veía espumoso, remolcando troncos y maleza. En eso vieron rodar una canoa, ciega, sin piloto.

-Hay que rormise con un sueño ligero, pa cuirá re tiempo en tiempo laj champa, ¿eh?... La noche tá parda -comentó el hombre, terminando de asegurar las embarcaciones.

La mujer se acostó en el rincón donde se delineaban otros bultos vivientes, niños quizá. El hombre sentóse al borde del fogón, cubo de barro, bajo, sostenido por tablas. Al claror de las brasas encarnadas y de la llamarada que se alzaba intermitente, al arder la leña seca, se veía la cara negra del hombre, quemada, su cabeza calva, encanecida, el tronco macizo a pesar de su añosa piel flácida; en el mentón le jugueteaba una barba raquítica, desperdiciada; sus ojos pardos, brillantes, ahora delataban una pregunta, una preocupación ojos que al mismo tiempo denotaban una personalidad discreta y capaz de seculares silencios. El viejo se retiró un instante.

-¡Tengo un hambre!... -bostezó Caimacán.

-¡Y yo!... -aprobó Alcidito.

-Entonces, hagamos algo -propuso Caimacán-...
Además, estoy todo entumido.

-Güeno, compa, ponémo a cociná unoj plátano, junto
con un bocachiquito, cara cuá loj comémo una tapa.

-Alcidito, pan pan, vino vino.

El viejo regresó. La candela rugía, la llamada amarillo-rojiza, incluso salía afuera del rancho. Las pisadas del viejo hacían gemir el entablado del palma. Caimacán con cierto cariño, observó ese cuerpo vigoroso, desnudo, apenas cubierto con un pañuelo rabo-e-gallo alrededor de la cintura. El viejo se colocó donde había estado antes, al borde del fogón. Sacó su pipa, pipa ordinaria comprada en un almacén, no fabricada por él; la boca de la pipa tenía una tapa de hojalata, perforada, que permitía penetrar el aire y escaparse el humo. El viejo acariciaba su cachimba, la hurgaba con una astillita de leña labrada cuidadosamente; la cargó, y con un tizón puntiagudo comenzó a encenderla. Se sonrió, sonrisa familiar causada tal vez por el recuero de una pasata, escuchada quién sabe cuándo, o, seguro esta sonrisa precedía a algo que él necesita decir o callar, la duda de no ser satisfecho a cabalidad o el temor de ser imprudente. Pero, ¡cómo hacía! No había de otra, sino preguntar a quien sabía con precisión:

-¡Ah, carajo! -dijo de pronto, clavándole una mirada al joven peón-... Dígamen: ¿vó no sós hijo der compa Alcire, pué?... ¡Ah, cómu hay crecero!... ¡Gallardo muchacho!... Dioj te críe y te lleve con bien.

Alcidito, un sí es no tímido, recibía las alabanzas del viejo mientras con un cuchillo desescamaba el pescado. Caimacán se había cambiado la muda de ropa y se puso a pelar los plátanos. Alcidito lavó el bocachico cuidadosamente.

Caimacán partió cada plátano en tres pedazos; echóles a cocinar en una sartén de acero, rebozante de agua. Encima de los plátanos, entre dos aguas, quedó el pescado abierto, extendido cual dos alas sin plumaje. Salaron la olla y la taparon con hojas de colino. Atizaron el fogón. Al ratico de la olla se dejó venir como el ronroneo de un motor e inmediatamente las hojas se sublevaron perezosas, dando paso al agua hirviendo que se desbordó haciendo un resoplido escandaloso al caer sobre las brasas encendidas. A la tapa de hojas le pusieron un peso, un pedazo de palo, y retiraron algunos tizones del centro, para mejor cocinar el pescado y los plátanos al fuego lento.

Caimacán, acurrucado contra el fogón, meditaba. Les llegaba el rugido del río Quito. La lluvia continuaba, pero más menuda. A ratos se removía la casa, el marrano se rascaba debajo contra un puntal y roncaba. El perro comenzó a ladrar, a ladrar, y vino a la cocina, desesperado. El viejo se paró de un salto y desapareció. Segundos después se oía un grito desde el río:

-¡Alciritooo!... ¡Alciritooo!... -y una última palabra de otra frase-: agua-abájoooo!...

Alcidito brincó. Caimacán lo siguió. Encontraron al viejo forcejeando, resbalándose en el lodo de ese terreno inclinado, sosteniendo una última vez el poste arrancado por la

corriente embravecida. Ya casi se iban agua-abajo las embarcaciones con soporte, cadena y todo. El río como un monstruoso taladro había tajado un enorme bocado de tierra, allí donde estaban aseguradas las canoas. El perro se bajó y parecía querer ayudar él también. En pleno desbarajuste, el viejo echó una mirada a su rancho: sí, los puntajes se veían sólidos al fulgor de los relámpagos, sin embargo con esta tierra arenosa no se podía contar. El viejo escudriñó el cielo: sí, la lluvia había disminuido... «Pero, quién quita que no se destape otra vez el aguacero de ahora un rato...» Las canoas quedaron a salvo. Los hombres se retornaron a la casa. El viejo permaneció sentado en el corredor. No pegaría más los párpados, tranquilo, hasta no percatarse de que la creciente había cesado. Un sueño pesado podría costarles la vida. Caimacán y Alcidito merendaron y se salieron al corredor. La noche se había puesto más negra.

-Er río ha creciro doj deroj má; si sigue así, mañana e mañanita ya se loj anega la casa -dice el viejo-.

-Yo, sabe compa, yo creo qu'eta creciente viene di arriba, er río no tá jugando, no -anota Alcidito-.

-Tá bajando mucho palo y es'agua viene con juelza -dice el viejo.

Hubo el silencio. El viejo tenía la pregunta en la punta de la lengua. La iba a escupir, pero, se la tragó. Al fin y al cabo era mejor aguantarse. «A boca callada no le entra mosco», pensó.

-¿Marquitos vive lejos de aquí? -preguntó de pronto Caimacán-... Yo hubiera querido llegar hasta la casa de él esta noche. El mal tiempo...

-Malquito, como no, tá aquisito no má, en la calle di arriba... Er loj había dicho que pu aquí debía pasá arguien... Yo quería preguntá a ujté... Mmmm..., yo soy Jujto Antonio... -habló el viejo.

-¡Ah!... -comenzó Caimacán, rascándose la cabeza-... Nosotros hemos sentido en el alma el asesinato de su hijo -la voz de Caimacán se quebró, presa de una tristeza áspera.

-Sí, jeñó -suspiró tío Justo Antonio, y agregó calmadamente-.... Dígame, helmano, ¿cómu é que va eja guerra?... Sí, jeñó, m'hijo me lo mataron en Tulbó... Va y un día d'ejto se mete er diablo aquí también, ¿tá uyendo?... Corre un tole tole qu'ijque er gobiello va vení a atacáloj a tóroj... Uno aquí no sabe qu'é lo que pasa esaltamente ni cómu é que loj vamo a olganizá pa la defensa... Aquí loj viene llegando unoj papelito que se repalten ejcondido en Quibdó... Nojotro loj libérale loj hacemo leé del hijo der juináo Célimo; er muchacho sabe leé de corriro como que si er papé le hablara... Mejmo un perioriquito llega de vez en cuando... Peo uno nu ha sabiro bien qu'é lo qui hay que hacé, ¿tá uyendo?...

Caimacán se quedó reflexionando en la oscuridad. Sentía la necesidad de dirigir, de ordenar algo concreto, pero él mismo no sabía a ciencia cierta aquello que deberíamos hacer. De Bogotá la Dirección Liberal mandaba decir no más: «guarden comida», «aquí va a pasar algo», «los godos se caerán solos»... Eso había dicho el doctor José del C. Valencia, y he aquí la causa por la cual Caimacán, Pedro José...

resolvieron formar tolda aparte. Pero, ¿qué es lo que vamos a hacer? El país está ardiendo. Hasta ahora Caimacán había defendido a la gente con memoriales que nunca se escuchaban. «Me sé los códigos casi de memoria y sin embargo estos bandidos siempre se salen por la tangente»... Caimacán se levantó. Acercóse al fogón y al espejo de la candela escribió una boleta para Pedro José. «...En este momento se me ocurre claramente la idea de que debemos tomar contacto con las guerrillas, naturalmente a nosotros nos corresponde conectarnos con la de Urrao... Yo creo que dentro de un mes vuelvo a Quibdó. Escribame con gente de confianza. Cuenten con nosotros en el San Juan. Tío Justo Antonio es un magnífico elemento...»

Caimacán dobló la carta a manera de envelope y se la entregó a tío Justo Antonio.

-¿Quién más está durmiendo ahí? -preguntó Caimacán como por casualidad, al sentir un hondo resoplido de los bultos aquellos, acostados.

-Mi nuera con los dos güelfanitos. Pelicoloráo ya tá durito y le ayura a ganá er pan a la mamá... Er otro día Pelicoloráo se jue a atarrayá ér solo: se cogió suj doce bocachico grande, mi gente, y loj jue a vendé a Quibdó y con la platica qu'hizo le compró un trajecito a su mamá...

Tío Justo Antonio cesó de hablar. Desentrañó la noche con sus ojos acostumbrados a ver el oscuro, y se bajó a la orilla; regresó diciendo que la corriente se había parado. Caimacán y Alcidito se acostaron sobre una esterilla en la cual la mujer había puesto una almohada con sobrefunda, una cobijita de lana y una sábana, limpias. Alcidito se durmió como

por encanto: se soñó ser capitán de un barco que viajaba de Quibdó a Cartagena... El mar se le aparecía como un río con orillas y arrozales... Pero, el buque nunca llegó a Cartagena... Cantó el primer gallo.

Al amanecer, entre oscuro y claro, se levantó todo el mundo. Caimacán sentía la cabeza pesada; hubiera querido no moverse aún; sin embargo, las gallinas comenzaban a pasarle por encima. La mujer atizó la candela y coló el café. El viejo comentaba con Alcídito cómo el río estaba bajando. Pelicoroso se bajó a darle de comer al marrano. El muchacho menor se sentó con un mate entre las piernas a desgranar unas mazorcas de maíz para las gallinas, las cuales ya lo rodeaban y arbitrariamente metían el pico entre los granos.

Alentaba el ánimo aquella vivacidad del amanecer en el campo. De cada movimiento, de cada trino, de cada color, participaba el hombre íntimamente. Caimacán vibraba ante la evidencia agradable y profunda de que nada de esta tierra le era ajeno.

La luz del día brotaba remozada, nueva, casi tangible. El patio, con sus árboles frutales, mangos, aguacates, árbol del pan, caimitos, con sus anchas hojas de verde platanal, con su cañaveral, con sus cocoteros, con sus palmeras de chontaduro, con su arena, todo se presentaba lavado, fresco por completo. La orilla opuesta, con el humo azul envolviendo el espacio de una casa pajiza, con su verdura infinita, mostraba también un bocado de barro rojo, una cinta amarilla-negruzca en el centro, otro bocado tajado por la creciente; las canoas amarradas al puerto, aquí como allá, se balanceaban fuera de peligro.

Recién llegado a Istmina, Caimacán se largó para Andagoya. Al fin y al cabo él mismo trabajó allí dos años; allí se había enfermado hasta el punto de dar al borde del postrer suspiro. El solo verde de las enredaderas, el solo rojo de los caracuchos, detrás de las alambradas donde se encasquillaban los gringos, le producía cólera. «Nadie los puede *regordar* peor que yo» -se decía-. Años atrás estalló en Andagoya una huelga, Caimacán uno de los promotores. El instante en que el último golpe dio con la huelga en tierra, Caimacán se recluyó en la punta de la playa, y sobre la raíz de un árbol tumbado, permaneció horas y horas, triste, rasgado por el ardor de una existencia defraudada...

En Pueblo-Nuevo vivía Pedro María. Pueblo-Nuevo es una especie de apéndice de Andagoya, morada de los negros, a lo largo de un cascote amontonado sobre la margen del río Condoto. Caimacán divisó la casita de paja, cercada de palma, sin empañetar. Por la escalera, dos maderos paralelos con travesaños, subió al umbral de la puerta, a donde sopló desde las entrañas un silencio rancio de casa abandonada. A la nave, apenas entornada, Caimacán dio un sutil empujón: un chirrido. La puerta se espernancó de par en par; la cerró de nuevo y penetró a la alcoba: dos niños dormían desnudos, descubiertos, empapados de sudor. Caimacán abandonó el cuarto y se sentó en un asiento de madera, recostado contra el tabique. Echó un vistazo, abarcando íntegro aquel interior miserable: sus pupilas se detuvieron en una pared recubierta con periódicos viejos, amarillentos, manchados. Los titulares evocaban un pasado remoto. Caimacán enhebró esta imagen rancia con un veloz retorno a lo que él había sido, a cuanto había querido...

«...No nos hemos apersonado de lo que ocurre en lo hondo del país... Yo voy para mis cuarenta años, y he de aceptar con tristeza o sin ella, que no he hecho nada...» Y estuvo a punto de escapársele un lagrimón al reprocharse a sí mismo: «He sido..., hemos sido un fracaso... Colombia entera hasta hoy había sido un fracaso frente a sus hijos... Si bien se le concedió la libertad al negro, eso había sido un espectro de la libertad parido sobre las mantillas de la ignorancia y la miseria... ¿En qué habíamos venido a parar hoy todos nosotros? Ni más ni menos que en la esclavitud moderna para el negro, para el indio, para las masas... Cada cual lleva en este país su boleta de encarcelación, su sentencia de muerte... ¡Ah!... Malditos godos...»

De pronto Caimacán dio un sobresalto, el tañido de la sirena de Andagoya.

Los trabajadores fueron soltando, cansados, las herramientas. Las manos, enfundadas en los amplios bolsillos de los «overoles» azules, engrasados, se repartían unos al campamento colectivo, otros a sus casuchas de Pueblo-Nuevo.

-¡Por hoy se acabó esta carajada! -exclamó Pedro María, retirando el soplete de la llama de la lámpara, desparramada sobre el trozo de hierro incandescente, ya soldado. Sin embargo no se fue del taller. Dedicóse a poner todo en orden, a limpiar las herramientas. Extrajo del bolsillo un pucho de tabaco tan corto que el fósforo casi le quema los labios. Sentía la cabeza pesada. Se sentó sobre una caja de utensilios a bombear su cigarro. Le hubiera gustado, al menos una vez durante el día, no tener en el pecho ese desasosiego por la comida, por el vestidito de los niños, por comprar un buen pantalón dominguero y un traje para su esposa. A ratos se acusaba de derrochador: quizá él o su mujer no sabían manejar la platica de la «década». Pero pensando y volviendo a pensar

veía que nunca despilfarraban un centavo. El sábado por la noche él se tomaba en la cantina dos o tres traguitos de aguardiente. ¿Qué otra cosa? Nada más. «Nosotros llevamos una vida perra» -solía repetirse en su fuero interno. Mañana venir otra vez a darle que darle, íntegro el santo día a estos pedazos de fierro. «¡Estoy jarto!... Me provoca abandonar mujer, hijos, esta soldadura de mielta...; lalgáme al patio de los infiernos». Le parecía tentadora la idea de empujarse en una canoa San Juan abajo y, en Bebedó, meterse a un barco, hacia Buenaventura. A menudo Pedro María se quedaba como sembrado en el taller, lo cual lo separaba un instante más del reencuentro de la miseria en su casa. «Al fin y al cabo a mí me domina mi arte de soldar... Yo gozo cuando tú -le hablaba a un pedazo de hierro-vuelves a quedar nuevecito al pasar por mis manos...» Y sesgó la mirada en dirección de la hélice de una lancha, rota al chocar contra una peña en la mitad del río. La hélice continuaría paseándose en el San Juan y por la hoya del Cajón. Todo mundo aseguraba que Pedro María era el mejor soldador; dejaba chiquitos a los gringos venidos de los Estados Unidos.

Entonces, ¿por qué a él no le pagaban aun cuando cinco pesos más? El ver la hélice compuesta por él lo llenó de satisfacción, y entonó una cancioncita en boga.

Pedro María se percató de que era hora de acercarse a la casa, pero antes haría un alto donde mister Johnson. Lo encontró a la puerta de su casita, repantigado en una silla de extensión, los pies encaramados sobre la varanda del corredor.

-Buenaj talde, mistel Yonson.

-Buenas tardes, señor -respondió mister Johnson con un acento inglés que no se le zafaba.

-¿Cómu é con er sindicato? -le preguntó Pedro María.

-Ay, dejéme, nosotros nacimos y moriremos así -suspiró mister Johnson-... a un negro como nosotros, a ningún colombiano, jamás estos «gringos», como se dice aquí, le pagarán el precio de su trabajo.

-Pero hay que fuerciar -insistió Pedro María.

Y se quedó observando atentamente a mister Johnson. Treinta años como carpintero aquí en Andagoya, sin moverse un milímetro. Una noche refirió el linchamiento de su hermano en el Estado de Kentucky. Parecía que los blancos querían comerse la carne. Pedro María escrutaba aquella cara negra, negra. Ese hombre no se metía con nadie, y sus mejores horas las gastaba así, estirado en su silla de lona, la pipa en la boca, ardiendo como una chimenea. Su rostro -se creyera-revelaba un pensamiento vagabundo, hastiado de revolotear siempre en el mismo punto de partida. Parecía carecer de familia: no escribía a nadie, ni le llegó nunca una boleta. Hombre de pocos amigos, daba la impresión de ser profundamente egoísta, de desconfiar aun de su propia sombra. Eso lo sentía uno como un latigazo, cuando Mister Johnson miraba de reojo. Así pensaba la gente respecto a él. Sin embargo Pedro María siempre metía la mano a la candela por mister Johnson y la metería.

-¿Qué hacemos, mistel Yonson? -dijo semidistraído.

-¡Ah! -suspiró mister Johnson, como si se encontrase solo-... Yo soy una simiente que se fue en el carro de la vida, se

resbaló en el camino, y aun cuando nació, fue yerba que no pelechó, pues no parió frutos, ni apagó nunca su sed el dulce rocío... Dígame, don Pedro María: ¿a qué vuelvo yo a los Estados Unidos?... Salí del abismo y vine al abismo... ¿Qué ventaja en regresar de nuevo al abismo?...

Mister Johnson se levantó súbitamente, llevándose la mano a la frente como si le ardiera la cabeza. Caminó tres pesos, y extrajo de debajo de la almohada de su camastro un periódico en ingles:

-¡No es extraño!... Mire lo que le acaba de pasar a un pobre negro -dijo mister Johnson zarandeando el pliego, entre el pulgar y el índice-... Así descuartizaron a mi hermano, tal como le cuento... Oh, Señor, conduce a tu pueblo a la casa paterna, y que no se descarrile una sola de las cabezas de tu rebaño... Pero, tú -dijo, mirando la columna de la noticia-, te secaste como el ojo del agua durante la sequía... Y yo, y tu madre, y tu hermano, y tu hermana, y tu mujer, y tu simiente, tu pueblo entero, lloramos y no cesaremos de llorar, hasta el día en que se descuelgue el hacha de nuestra paciencia...

Entonces apareció Ana Julia, la compañera de Pedro María:

-¿Vó no sabés, no, que Caimacán te tá ejperando dende hace rato?... Yo no sabía yo tampoco, polque ya taba en er río lavando ropa.

Pedro María apretó el paso, y qué alegrón se pegó al sorprender a Caimacán en su casa.

-¿Por qué no me avisáte? ¿Qué viento jué que te trajo pu aquí, Caimacán, hijo, pol Dio?... Bueno, contame pué que' lo qui hay... aquí la gente con la ejperanza qu'éto si acabe... En er radio qui hay en la tienda di Antoñito no si oye sino amenaza... Sin embalgo uno creé que'so no se va a querá así...

-La cosa es grave, Pedro... -habló Caimacán.

-¡Ana Fulia! -interrumpió Pedro María, llamando a la mujer-, andá vete rápiro a ve qu'é lo que loj vái a hacé de comé... Caimacán debe tené hambre...

-Pues bien, ya hay violencia en Atrato-abajo, como sabes. Los Llanos siguen encendidos, lo mismo el Tolima; la región de Urrao nos queda aquí no más... Cada cual debe preparar su escopeteca y si lo vienen a provocar a uno no dejarse asesinar pendejamente... Se acabó el tiempo en que se amarraban los perros con longaniza...

-Sí... -asintió Pedro María, escuchando con los ojos abiertos, brillantes, se dijera ávidos de ver algo concreto que él deseara ver desde hacía siglos. De rato en rato se paseaba, deteniéndose para sacudir la pata derecha sobre el suelo. De la cocina se esparcía un aroma de llantén, de culantro, poleo; luego el berrido de la manteca al caerle dentro de la olla las tajadas de plátano. Bruscamente, Pedro María se le acercó a Caimacán, y le habló al oído.

-¿Qué vamos a hacé nojotro?

Caimacán se sintió débil en lo más profundo de sí. Constató que el pueblo estaba dispuesto a batirse, que necesitaba una orientación precisa, sincera. Pero Caimacán no había traído esa orden. De Bogotá la Dirección Liberal difundía instrucciones vagas, confusas. Por eso él se había rebelado contra el palabrerío del doctor José del C. Valencia. Sin

embargo Caimacán, siempre preocupado por la vida de los obreros de Andagoya, en busca de una solución había topado en sus lecturas desordenadas con que en la organización perfecta, consciente, de los obreros reside la clave de la liberación de las masas. En Rusia se había hecho una revolución así, en 1917. Era todo lo que él sabía. Un viejo episodio había dejado en Caimacán una inquietud imperecedera y que lo perseguía: una vez, por allá en los días de la famosa huelga fracasada de Andagoya, durante una discusión con el Inspector del Trabajo, éste en tono irónico, insultante, le gritó: ¡Comunista! Desde la cocina vino la voz de Ana Julia, diciéndoles que fueran alistando para acercarse a la mesa...

-Aquí se ha fundado un sindicato, pero a mí me parece que ese sindicato no marcha como debiera marchar... Sindicatos fuertes, unidos, serían una ayuda potente para los guerrilleros. ¿Por qué? Hombre, pues cuando los obreros en todas las ciudades estén en capacidad de paralizar todas las empresas, todas las dragas, las fábricas, entonces le podremos cantar la tabla hasta al diablo.

-Helmano -anotó Pedro María-, yo toy dijuejto a arreglá en serio ese sendicato, pero yo quiedo alveltíte una cosa, y no te vaíl a nojá: ustedes loj que saben deben de vení aquí a ayurálos a nojotro con má jrecuencia... Nojotro, pol más que querámo, ar juín y ar cabo como iñorante... Pongámo er caso: se pasa que a vece uno pire argo, digámo una reclamación fusta, toro mundo se mete de acueldo, peo como uno no conoce la ley el abogáo de la Compañía loj mete gato por liebre... ¿Tái uyendo?...

-Ya tá la comira -gritó Ana Julia.

Más tarde ambos se salieron al corredor a fumar. Caía la noche. Sobre los árboles de la loma, del otro lado de la orilla del río Condoto, sosegaba la vista el sol de los venados. Las casas pajizas ibanse ensombreciendo, bajo densas nubes de humo nocturnal. Un boga soledoso, plantado en la patilla de su potro, con el chasquido del recatón de su palanca, hacía que la champa rajara presurosa las aguas.

-Yo toy pensando qu'eta noche porémo hacé una reunión seria... -propuso Pedro María.

Después de la reunión, Caimacán prometió volver a Andagoya a fines de la semana siguiente. Esa noche se sentía pletórico de alegría, al mismo tiempo que le pesaba sobre sus hombros el temor de no poder corresponder enteramente quizá, al deseo de lucha de aquella gente. «Tenemos confianza en ti», le dijeron al separarse. Caimacán durmió un sueño tranquilo. Bien de mañanita Pedro María le informó que el chófer de uno de los camiones de la carretera Andagoya-Nóvita, estaba dispuesto a llevarlo, a escondidas, hasta la orilla del Tamaná, en caso de que Mister Thomas no concediera el permiso.

-Me voy a pie, ¡qué carajo!... Le evitaré un mal rato al compañero -dijo Caimacán.

-Mejó é po la carretera... Nojotro conocémo er asunto -reflexionó Pedro María.

-No vamos a meter al chófer en camisa de once varas... Los gringos no me pueden ver a mí ni pintado... Dejémoslo para otra ocasión de más urgencia y más importante -anotó Caimacán.

A las siete de la mañana, con una taza de café negro en el estómago, Caimacán agarró a pata limpia la carretera. Había llovido. Los árboles de la selva cuasi virgen destilaban al ser sacudidos por la brisa. En derredor se abría un silencio infinito, apenas interrumpido por una fuente marginada o por el salto de una lagartija. Es decir, Caimacán advertía el silencio de la voz humana, de la presencia de otros hombres en el monte. Los pájaros volaban libérrimos. La tórtola boba parecía gemir en el horizonte. Caimacán apretaba el paso, y entre más andaba le parecía que no caminaba.

«En Nóvita estaré unas horas, y mañana por la tarde me bajo a ver a María Gracia. Desde hace dos meses no la he visto, parece mentira. Si tuviera que dejar de verla un año, tal vez me fuera insoportable. Es extraño ¿eh? Lo que menos me imaginé yo fue amarrarme. Esta vez me tragué el anzuelo. Sin más carajadas, en las vacaciones de junio me caso. En la situación en que me encuentro es difícil, sin embargo, comprometerse a llevar una mujer a la casa, pero quizá entre dos la vida sea más llevadera, quien quita... En Nóvita explicaré la situación del país, espero que nos pongamos de acuerdo, dado que cada noviteño es un leguleyo».

Caimacán sacó del bolsillo un cigarro; saltó por sobre la cuneta; se sentó sobre la raíz de un árbol cuyo tronco yacía, pudriéndose a lo largo de la ruta; prendió su tabaco y descansó. Antes del medio día salió a la cuenta del Tamaná. Ardía el sol; la arena de la inmensa playa vomitaba calor. Caimacán se paró a escuchar los bramidos del Tamaná, mientras observaba las aguas descolgándose vertiginosas. Era un río peligroso en verdad.

La primera persona con quien se topeteó Caimacán en Nóvita fue el maestro Chaverra. Se dieron un abrazo.

-¿De suerte que a Pedro José lo destituyeron definitivamente? ¿Qué más se sabe en Quibdó?

-En el magisterio van a meterle una barrida a los liberales. Mi viejo, los godos no son comida de comer -dijo Caimacán.

-¿Y de Bogotá qué se dice? Como ves nosotros aquí, sin prensa, sin radio, vivimos en ayunas... No más lo que dice el telegrafista, pero se ha vuelto tan corrompido que nada se le puede creer... En fin... -el maestro Chavarra suspiró.

-Debemos prepararnos para echarle la mano al chopo... La violencia la tenemos en la espalda... ¿Qué tal la mujer y los pelados, maestro?

-Los tres muchachos están bien, por no decir otra cosa... Ana, ahí barrigona, esperando otro u otra, pues hasta ahora no ha dado a luz ni una sola mujercita...

-¿Y la maestra de allá abajo?

-María Gracia está buena, la vimos el sábado... Ella me dijo que tú estabas en Quibdó, pero que no tenía noticias de cuándo llegarías a Istmina.

-Si, hombre, me vine. Tuvimos un agarrón con el doctor José del C. Valencia... Vea, maestro, en el seno del liberalismo hay una situación rara... El país sigue ardiendo...

Se detuvieron en el andén de la casa del maestro Chaverra, quien en el umbral de la puerta recibió un telegrama de manos de su mujer. El maestro abrió el telegrama y se le

oscureció la cara. Un aire enrarecido invadió la atmósfera: la mujer apenas si alcanzó a saludarse con Caimacán y a invitarlo a sentarse. El maestro le extendió el telegrama. Caimacán leyó, moviendo la cabeza negativamente. «¡Canallas!» -masculló.

-Es decir, te trasladan a Punta-Ardita, al patio de los infiernos de la costa del Pacífico -comenta Caimacán-... Ellos saben que tienes tres niños pequeños y la mujer embarazada... ¡Bonita gracia!... Ellos han pensado: lo mandamos a la Patagonia, no va, y tiene que renunciar. Esa es la vida nuestra, Chaverra... -Caimacán bostezó.

El maestro Chaverra permaneció silencioso. Observaba a los niños jugar inocentemente con una pelota de trapo. La mujer, callada, iba y venía arrastrando pesadamente sus pies sobre el polvoriento piso de madera, sosteniendo su vientre hinchado por la criatura.

De repente el maestro se irguió:

-Bueno, me voy para Istmina a discutir la cosa con el inspector escolar... si no se arregla nada, le vendo dos meses de sueldo a un agiotista; entre otras cosas ya tengo vendido el mes pasado; yo no sé qué vamos a comer... No les daré gusto: me largo para Punta-Ardita -el maestro miró qué figura hacía su mujer; ésta escuchó y desapareció imperturbable.

Hacia las cinco de la tarde un grupo de amigos se acercó a Caimacán para saber detalles acerca de la situación nacional.

-En síntesis -dijo Caimacán-, el gobierno acentúa la violencia. Ya saben, ¿no?, que Yacopí fue arrasado de tal manera que se chamuscaron niños, ancianos, mujeres, vacas, perros, todo. Allí no volverá a nacer yerba. Quizá muchos de

nosotros caeremos; yo tengo la impresión de que habrá que pelear. El problema es que la Dirección Liberal no se define.

«Esperen», es lo que dicen. Incluso se sabe que en Bogotá varias veces se le ha dicho a la gente: «guarden comida»... Pero..., el que espera desespera...

-...Y esperando se queda -concluyó alguien.

-Vean lo que le aconteció al doctor Peñaranda... Sin embargo de las últimas declaraciones del doctor Jiménez se deduce que podría, de un momento a otro, resultar una actitud enérgica de parte de algunos jefes liberales... -dijo Caimacán.

-Bueno, maestro: ¿y usted? -se dirigió alguien a Chavarra.

Entonces se destapó un aguacero. Las primeras gotas se desmoronaban como pelotas de barro sobre la tierra. Caimacán no pudo, pues, encaminarse esta tarde al caserío de allá abajo, en pos de María Gracia, sino al día siguiente.

Caimacán desembarcó en la playa y se quedó en una casita vecina a la escuela. Observaba soñador las plantaciones de caña de azúcar y las llamaradas alrededor de inmensas sartenes donde se cocinaba la miel para transformarse en panela.

-¿Y qué tal va el negocio? -le preguntó Caimacán al campesino.

-Lo único que yo se decí é que ante ayel jui a Ijmina y no pure comprá gran cosa con lo que me prurajo la calga e panela... Esta carejtia de la vira lo va a rebentá a uno, mi gente... Y si uno le sube a la panela la gente de uno mijmo se le viene encima.

-Es una calamidad -asintió Caimacán.

-¿Quién tiene la culpa? ¿Yo tengo la culpa acaso, yo?
-reflexionó el campesino.

-La culpa no es suya ni mía... Los culpables son otros -dijo Caimacán, mientras pensaba qué debía decirle con precisión a ese hombre. Caimacán se sintió mal; una vez más comprendió que él no era capaz de dar una respuesta contundente, sobre todo cuando se hallaba frente a aquellos individuos simples que deseaban saber algo concreto, nítido-. En fin, en el estado de guerra civil que el gobierno mantiene al país no se puede esperar otra cosa... -agregó.

-Entonces, que si acabe esa guerra... ¿Qué hace la gente matándose hermano con hermano, viviendo como perro y gato?

-Verdad -aprobo Caimacán, y agregó-: Cuando lo vienen a matar a usted dentro de su propia casa tiene que defenderse... Eso ha pasado hoy en Colombia... Es el gobierno quien ha atacado...

-Ah, Vilgen Santísima, ¡amparáloj con tu manto!
-invocó el hombre entre un suspiro.

Caimacán oyó una algarabía. Miró hacia la escuela y vio salir a niños y niñas desperdigándose: unos esfumándose por senderos aledaños, otros a lo largo de la playa -en direcciones opuestas-, otros metiéndose en piraguas, embarcándose agua abajo, o simplemente para atravesar al otro lado. Caimacán, conmovido, observaba el entusiasmo de aquellos niños montaraces, alegres. Ellos no sabían que ejecutaban un sacrificio inmenso por venir a la escuela. Caimacán quiso penetrar en los arcanos del porvenir y ver qué

se le reservaba a estas criaturas. Caimacán sintió en sus venas un temblor de cólera y terror de pensar que niños como éstos habían perecido bajo las llamas de Yacopí. «Tenemos que luchar... Si no se les ataja la mano a los verdugos ésa es la suerte que se nos tiene reservada... Tenemos que rasgar en cincuenta mil pedazos la sentencia de muerte».

Caimacán se encaminó a la escuela... Sorprendió a María Gracia sentada en una vieja silla de madera, sus ojos perdidos en los fulgores del crepúsculo.

-¿Por qué no me avisaste?... Yo ya estaba preocupada, no sé, tenía que te fueran a meter a la cárcel... Tú sabes, Baltasar...

-¡Cómo te escribía! -respondió Caimacán, incierto, quizá ella tenía sobradas razones-... Ocurre que quise mejor venir personalmente, pero no pude llegar antes... Tenemos tantas cosas...

-¿Pedro José fue destituido definitivamente?

-Claro está... Al maestro Chavarra, ¿sabes a dónde lo mandaron? Le llegó un telegrama ayer, trasladándolo a Punta-Ardita... -informó Caimacán.

-...La mujer está encinta... -murmuró María Gracia-... ¿Berta! ¡Berta! -gritó la maestra, llamando a la muchachita que la acompañaba-... Anda a prender la candela y pon unos plátanos a cocinar... Yo iré a preparar el arroz inmediatamente.

-Sí, maestra María, ya voy -respondió Berta desde el patio, detrás de la escuela-... Estoy rajando un trozo de leña, maestra -explicó.

-¿De manera que no te has echado para atrás? -le preguntó Caimacán.

-Yo no... Sin embargo recapacita todavía... El matrimonio es como la muerte...

-Sí, eterno. ¿Y de cuándo acá esas comparaciones macabras? No me gusta que hables así -protestó Caimacán.

-¿Le temes a la realidad, por ventura? -dice María Gracia, un sí es no, irónica.

-Dentro de unas semanas, pues, estaremos juntos -prometió Caimacán, tomándole la mano.

-Si Dios quiere... -musitó María Gracia.

-Maestra María, ya tá lavado el arró -gritó Berta.

Se cerró la noche. Merendaron y salieron a pasear a lo largo de la playa. El eco del oleaje del Tamaná les rozaba el oído. En la punta de la playa sentáronse sobre un trozo de leña depositado allí por la creciente. María Gracia principió a tararear un pasillo.

-Me lo cantó Isacito Rentería el otro día, la noche en que ustedes me dieron la serenata... ¡Cómo bordonea la guitarra Isacito Rentería, sufre, yo no sé, la hace hablar, gemir.

Cuando tú te hayas ido,

Me envolverán las sombras:

Cuando tú te hayas ido,

Con mi dolor a solas,

Evocaré ese idilio,
En mis azules horas;
Cuando tú te hayas ido,
Me envolverán las sombras...

En la negrura, Caimacán suspiró; apretó las mandíbulas y con su mano trémula apretaba frenéticamente la de María Gracia. Esta, entristecida, sentía formarse una pelota en su garganta. Hizo un esfuerzo para no estropear en ese instante la canción:

Y en la penumbra vaga
De la pequeña alcoba.....,
Cuando en la tibia tarde,
Me acariciabas toda...
Te buscarán mis brazos,
Te buscará mi boca,
Y aspiraré en el aire,
Cual suave olor a rosas...

Cuando tú te hayas ido,
Me envolverán las sombras...

VI

Aese salón amplio, desnudo, del caserón sin terminar, limitado por paredes de palma, taqueadas de rehendijas, se infiltró la claridad de la turbia mañana lluviosa. Había dos catres de lona, raídos, donde dormían Caimacán y su hermano Juan Sabino. En el suelo, montones de prensa, libros. En la cabecera de Caimacán un ejemplar del Canto de mí mismo, de Whitman, en castellano, la pasta manoseada. Negro retinto, alto, callado, Juan Sabino se incorporó, desperezándose.

-Creo que porémo dende ahora poné unaj tabla pa que se siente la gente -propuso a Caimacán.

-Por qué no? -respondió éste, un tanto desentendido, los ojos enterrados en la página de un libro.

-Entoje vámo -urgió Juan Sabino.

-Un momentico, Juancho..., ya voy a terminar... Es una vaina muy importante, ¿sabes?

-Leé no má que yo las acomóro yo solo, laj tabla.

Del fondo del salón, desde el minúsculo cuartico único de la casona, venía el sobijeo de la escoba de Rosario, la hermana.

-Bueno, Juancho, hoy debemos tratar en serio dos puntos: la maldita cuestión de la violencia en el país y el salario de los obreros de la Compañía Minera de Chocó-Pacífico.

-Hajta ahora, pué; yo me voy a convocá la gente -dijo Juan Sabino, yéndose. Su rostro se colmó de ese viso de bondad infinita que lo animaba siempre.

Pedro José se hallaba en Istmina también; se habían visto obligados a nombrarlo maestro interino, en reemplazo de

uno enfermo, grave. Juan Sabino se lo encontró en la puerta, pues Pedro José estaba advertido desde la noche anterior. Además solía venir a tomar el café aquí de mañanita.

Juan Sabino, en espera de Isacito Rentería, hubo de arrinconarse a la puerta de la iglesia. Isacito Rentería era algo así como el cantor oficial de la parroquia: hoy, acompañado del armonio, cantaba una misa de cabo de año. «Qué hermosa vój... Cuando uno oye cantá a Isacito en veldá er corazón se le llena a uno di alegría» -se decía Juan Sabino.

-Ya tá er café -invitó Rosario.

Caimacán y Pedro José dirigiéronse a la cocina.

-Hoy va hacer un día malo -observó Caimacán.

-¿Cuándo é que nu ha lloviro en éte pueblo, mi gente? Eso no quíe decí que siá un día malo, ¿no veddá? -anotó Rosario, al tiempo que pelaba unos plátanos verdes para echarlos a cocinar.

-Así es, Rosa... Puede que más tarde se abra el sol -admitió Caimacán.

Pedro José, saboreando su taza, volvióse al salón. Caimacán contempló a su hermana, mujer trabajadora y resignada; vestía una bata vieja de calamaco y, sin embargo, la última vez que ganó una platica, lo que hizo fue obsequiarle a él una camisa. Caimacán se arrimó al quicio de la puerta abierta sobre el río San Pablo. De rato en rato bajaban canoas vacías o cargadas con pasajeros; o se arrastraban embarcaciones con frutos que los campesinos de las riberas del San Juan y sus afluentes, traían al mercado. Caimacán gozaba conversando con ellos. Esos hombres frecuentaban la vivienda de Caimacán, le explicaban sus problemas, le solicitaban su

ayuda. Caimacán era el abogado, digamos. Llegado el caso, litigio o reclamación, Caimacán les redactaba sus memoriales y los presentaba a las autoridades. Quienes podían pagar pagaban, quienes no, no. De eso se sostenía parcamente Caimacán. Ahora se había dedicado a acusar y destruir todo foco de violencia, a defender a los perseguidos, a condenar el crimen. Estaba tan pobre ya, que el otro día no pudo salir a la calle por falta de zapatos... Caimacán veía correr el agua turbia, barrosa. Su imaginación vagaba a través de los recovecos paupérrimos, las casas-ranchos ruinosos de este poblado silente.

Al otro lado, a dos pasos, la montaña y la selva. Y esa neblina y esa lluvia parecían querer estrujar el mismo corazón. «Esta casita nuestra en treinta años no la hemos podido terminar.» El agua seguía bajando sucia, casi con violencia. Sí, la selva virgen con su ropaje de paisaje exótico, con su fama de abrigo legendario que, según pensaban los huéspedes de las ciudades, habría de visitarse algún día. La selva con su tacto terrible, con sus raíces amargas y venenosas. Y ese verde opaco bajo el telón de bruma en ciertas mañanas tropicales, la sensación de la esperanza. De verdad, de una esperanza viril se había venido saturando su imaginación ardiente. A través de la manigua se podría ir muy lejos si uno sabía servirse de ella. En la selva se podrían realizar muchas cosas cuando se sabía domeñarla. No siempre la selva descogotaría al hombre. ¡No!... ¡Jamás!

El maestro apareció de nuevo en la cocina:

-Están llegando -le dijo a Caimacán- Aquí están -agregó, tendiéndole un paquete, envuelto en hojas del periódico El Siglo, cuyos titulares se leían abiertamente.

-¡Ah!, son los folletos que mandó Luis Aníbal de Bogotá! -exclamó Caimacán, contento, recibiendo el paquete como un precioso regalo.

-Que los hagamos circular lo más rápidamente posible, me recomienda en su carta Luis Aníbal -dijo Pedro José.

En la sala había varios hombres: Anselmo, descalzo, pantalón de dril a rayas, camisa rosada, sombrero «panameño», curtido, se paró, enderezó la nuca, carraspeó:

-Yo tengo que decí doj palabra -dijo-: Como ujtere saben, yo vengo der campo... Güeno, er comisario lo trata a uno ni maj ni meno que si uno juera reo, tarvé a un reo no lo tratan en esa jolma: le han decomisáo a la gente su machetico y su ejcopetica chorlera, su jacha. Con qué se brinca uno ar monte a coltá un trozo e leña, una chamisa pa prendé er jogón... ¿Tán uyendo, mi gente?.. Ya no se pure nadie ayuráse matando una peldecita pa rásele e comé a loj muchacho un caldito...

Mientras Anselmo daba rienda suelta a todo aquello que le roía el pecho, se hubieran fácilmente escuchado las pisadas de una hormiga.

Rosario había considerado que a las mujeres no cabía entremeterse en los vericuetos de la política. Encima de eso ella no sabía leer, ni mucho menos expresarse tal cual ella se imaginaba que era menester en las reuniones. Pero el relato de Anselmo, llegado a sus oídos a través de los portillos del tabique, la estremeció. Y, recapacitando en que sus hermanos, ambos, se hallaban tan comprometidos... ella no los podía dejar solos. Rosario, pues, se introdujo en la sala, imperceptible,

como un gusanillo. Se arrinconó a la pared, secándose las manos en el canto del traje. A la altura de su cabeza pendía un viejo afiche: Gaitán, el brazo en alto con el puño cerrado.

-Yo juro, por el ánima de mi madre que está enterrada allí en el cementerio de la loma, que er clavo me lo sacó...

-concluyó Anselmo, azotando en el suelo su sombrero «panameño».

Los concurrentes se cruzaron una mirada silenciosa, cargada con el asentimiento sin reservas de cada cual.

-Yo no sé, peo Isacito Rentería se tá demorando -anotó Juan Sabino, y miró hacia la puerta con unos ojos despavoridos, las aletas de su nariz palpitantes.

De afuera soplaba un oleaje, el eco de un altercado callejero quizá. Juan Sabino quiso salir a percatarse mejor, pero, en fin... -se dijo-, hoy es día de mercado y no puede faltar una bullita...

-Deguérvame mi plata, entonje, don Abelardo -reclamó el campesino.

-el negocio es negocio... ¡Yo no estoy de balde aquí! -replicó el comerciante.

-Yo vine a comprá una libra e manteca y vusté mi da doce onza... ¡Yo no laj recibo! -exclamó el campesino.

-¡Entonces, yo soy bellaco! -gritó don Abelardo, sulfurado, y le caminó al campesino, gruñéndole, mostrándole dos puños.

-Yo no he venido a peleá... su pesa nu é legá... tome su manteca. -dijo el campesino, enérgico, calmado, depositando la manteca sobre el mostrador.

-¡Ah, con que yo soy pícaro!... ¡Vos sós un hiju-e-perra! -insultó al campesino don Abelardo, y agregó-. . Nosotros estamos mandando... -se salió a la puerta y llamó a la policía.

Entraron dos agentes. El campesino abrió la boca para explicarse, pero apenas si vio chispas ante el primer lamparazo de bolillo. El campesino se incorporó acestándole una

patada en la boca del estómago a uno de los agentes; éste cayó patas arriba. Hubo un silbido de muerte, glacial. Entraron dos policías más. Por el pueblo cundió un escalofrío.

-¡La violencia! -gimió una mujer, escapándose con sus dos niños asidos de la mano.

Con medio pecho sacado afuera del balcón de una casa desmantelada, un viejo de cabeza y barba escasa, grisácea, confundido, rugió:

-¡Fuego! -su rostro estrujado por la vida se ennegreció, convencido de que el incendio venía lamiendo las paredes hacia su morada. El viejo paró las orejas para escuchar el tañido de las campanas. ¿Por qué no tocan las campanas? -se preguntaba, azorado-... ¡Las campanas!... ¡Las campanas! -exclamó.

-¡No! ...¡Cobardes!... -apostrofó Isacito Rentería, abalanzándose contra la policía, a punta de piedras. Los guijarros lanzados por Isacito Rentería remaban contra las paredes de madera cual balas de cañón. Catapulta humana, los pies le servían para escarbar la calle desenterrando las piedras,

que atrapaba en la mano como si viniesen subiendo mediante un sistema de engranaje. Dos policías se le enfrentaron. Sacaron sus revólveres, dispararon, al aire tal vez. Isacito Rentería no se rindió. Se jugaría el todo por el todo. Los sicarios embistiéronle. Lo acribillaron a golpes con las cachas de los revólveres.

¡Pavor!

La calle larga íbase desocupando como por encanto. De dentro de las casas salía el estrupicio de las trancas de palo.

«¡Abajo la policía asesina!»...

«¡Muera el Gobierno godol!»...

«¡Viva la libertad!»...

Hollandando la tierra con sus plantas, pasan dos hombres con escopetas: Caimacán y Juan Sabino.

En una esquina curva se detuvieron, y echándose en tierra le gritaron a la policía: «Mansalveros, suéltlenlo». Caimacán no se arriesgaba a disparar aún, temía herir a Isacito Rentería; Juan Sabino lo mismo.

Segundos después surgió el resto de los esbirros. Se erigió el combate. Llegó el momento en que las rústicas escopetas, a boca-jarro con los fusiles modernos, fallaban. Hasta cuando, faltos de pertrechos, Juan Sabino y Caimacán se vieron obligados a empuñar la retirada. Agazapados, de montículos existentes y cunetas haciendo trincheras, emprendieron el escape, para vadear el río con el ánimo de ganar el monte. Por ventura tentaron la cabeza del puente. Allí rastrillaron las postreras cápsulas. Juan Sabino cayó. Caimacán oía el silbido de las balas, lo cual le probaba a sí mismo que

vivía, y que por lo tanto podía defenderse, pelear. Lamía la otra orilla...

Entre cuatro paredes densas de miedo, al alcalde le ardía todo el cuerpo. Él no era nativo del lugar y, a pesar de la fuerza armada a su disposición, se había dado cuenta de que no se podía vivir en medio de gentes que sólo deseaban verlo con los cuatro hachones. Lo peor, comprendía que lo detestaban no por ser antioqueño, sino por conservador. En un momento quiso renunciar, pero el gobernador en persona lo obligó a no claudicar: la presencia de un forastero, sin hijos, sin esposa, sin familia, resultaba mejor; un individuo sin raíces procedía con menos escrúpulos. Esto último, naturalmente, el Gobernador no se lo manifestó.

El alcalde comenzó a rezar. Rezaba con tal ímpetu, que se dejó caer boca-abajo sobre el entablado, y se entregó a revolcarse y a llorar. A ratos se paraba, las manos extendidas, dizque buscando el manto de la Virgen Santísima. «¡Protéjeme entre tus pliegues, Madre mía!» -mascullaba.

Afuera se oyó un ruido, pisadas de varias personas... El alcalde hubiera querido embutirse en esa alcancía colocada encima de la mesa. Se arrancó el escapulario que, de un hilo alrededor del cuello, le colgaba en el pecho; lo mascó y se lo tragó con tela y todo, dizque para darse ánimo... Eran gamonales conservadores del lugar, turbados también; pero, al menos, estos venían a proponerle algo concreto. Según ellos, el alcalde debería pasar ya a la telegrafía y pedir refuerzos al gobernador. Debería enviar mensajes telegráficos a cuantos corregimientos existiere, ojalá en el patio de los infiernos del país, dando la filiación del bandolero Baltasar Mosquera, alias Caimacán. Pues, aun cuando se podía apostar doble a sencillo

que el cadáver de Caimacán se encontraba a unos treinta pasos de la orilla, lo cierto era que nadie poseía allí, tangible, sobre la mesa, el cuerpo.

-Señor Mejía, usted comprende que nosotros tenemos hijos... -decía uno.

-No se pueden pegar los párpados mientras no se sepa el paradero del bandolero -arguyó otro.

-Se lo garantizo -insistió el presidente del concejo-, ese tipo es más peligroso que..., no se sabe quién... Y, por no quitarle méritos a la policía, pero ese tipo puede poner en jaque a la población él solo...

-¡Usted está obligado a tomar medidas, señor Mejía! -le habló con arrogancia aquél.

El señor Mejía se sacudió un poco el culillo. Escoltado por los gamonales se enrumbó a la oficina telegráfica. Cualquier ente, de paso, o parado en el fondo de una calle, le inspiraría miedo... Se toparon una sala solitaria. Sin embargo, el aparato repetía, insistente, a intervalos, el mismos traqueteo... A ratos, a intervalos imperceptibles, ora prolongados, idéntico traqueteo. Producía aquello la sensación de una llamada de callada agonía. El alcalde gritó, vociferó; volvió a gritar al telegrafista por su nombre. Ni el eco siquiera. Los gamonales escudriñaron la pequeña casa. En vano.

-¡Destituirlo por abandono del puesto! -decidió uno.

-¡Y cómo diablos lo destituimos sin saber siquiera dónde diablos se ha escondido el muy canalla! -razongó otro.

-¡No importa! -sostuvo el alcalde Mejía.

-¡Lo esencial ahora no es eso sino comunicarnos con el gobernador! -refunfuñó, colérico, el presidente del concejo.

-¡Se me viene una idea! -afirmó uno, golpeándose la frente-... Pues el muchacho que suele servir de cartero dicen que ya sabe telegrafía...

-¡Que lo capturen! -exigió el alcalde Mejía.

-¿Dónde vive?

-Ahora mismito se halla en la escuela...

-¡Que comparezca! -sentenció el presidente del consejo.

Pero cuando el emisario le trajo la orden al maestro, Pedro José se cuadró:

-Emilio no puede ir. Las clases se terminaron a la cinco.

-Entonces, lo saco -dijo el policía, intentando penetrar al salón.

El maestro Pedro José plantóse en la mitad de la puerta, y, ecuánime, dijo:

-Nuestra escuela no es un potrero, y hágame el favor de no salvar esta raya -le señaló el umbral.

Antes de tocar la campana, Pedro José reunió a los alumnos:

-El hermano de nuestro amigo Caimacán, Juan Sabino Mosquera, hijos ambos del finado Rudecindo Mosquera, ha sido asesinado por la bala oficial. Era hijo nativo del pue blo. Mañana no habrá clase... Es el entierro».

El doctor José del C. Valencia le arrebató el periódico al voceador; quiso devorarlo al instante, pero su consternación era tremenda. Trató de serenarse, lo dobló metiéndoselo al bolsillo y salió disparado.

Al entrar, su mujer apareció vestida de medio-luto; sus mejillas notábanse arrasadas por un vendaval de lágrimas.

-Tú no tenías boca para darme un telefonazo, ¿no? -le reclamó la señora Magola, triste.

-¡Qué teléfono, ni qué ocho cuartos! -replicó él, nervioso, pasando de largo a su escritorio.

-...Pero, ¿cómo fue la cosa..., tú qué sabes?... ¡Explícame! -le rogó, angustiada.

-¿Los niños? -preguntó él, torciendo la nuca para mirar hacia atrás.

-Todavía no han llegado del colegio, murmuró dejándose caer en un sillón... ¡Cómo la desgracia, incluso nos desune! -masculló con amargura la señora Magola.

El doctor José del C. Valencia dio un portazo tras sí, y comenzó a pasearse a diestra y siniestra, meditabundo:

«...Este país es un volcán de violencia... no, un carácter...» Quizá este sería un buen empiezo para su artículo. Miró su reloj. El manuscrito debería ser entregado esta misma tarde, temprano, a El Tiempo, si quería que apareciera mañana. Reflexionó: no, suprimir la palabra violencia. La puerta chirrió suavemente. Con el rabo del ojo el doctor sorprendió la cabeza de la señora Magola. «¡Maldita sea!» -exclamó para sí el

doctor... No estaba acostumbrado a escribir, él era orador. Y soñó en la oración que hubiese pronunciado delante de la multitud, en el cementerio. El doctor Valencia sentóse a escribir sin hacer caso de su señora, como si ella fuera ni más ni menos que una pared. El primer párrafo ha de contener una frase macisa -se dijo-. Escribió: «cuando un hombre periclita, poniendo punto final a su carrera vertiginosa, aun si nosotros no estuvimos de acuerdo con su persona, ni con sus modalidades, ni con su credo filosófico...» El doctor detuvo la pluma, pues el pensamiento se le había detenido en mitad de la ruta. La señora Magola, a su espalda, leía cuanto iba grabando la tinta. Continuó: «su desaparición nos causa un fuerte picotazo en el corazón». La señora Magola frunció el ceño. «Sería mejor no entrometerse» -pensó ella-. El doctor releyó su frase, y tachó la palabra «picotazo».

-¿Y si el individuo que muere es uno de esos que le han causado tanto daño al país? -terció la señora Magola, sin embargo.

El doctor la miró, irónico:

-Ve, oye una cosa: ¡déjame en paz y no te metas en mis asuntos!

La señora Magola, humillada, se apartó. El doctor trazó, empero, una enorme raya diagonal sobre el párrafo íntegro.

En El Tiempo lo recibieron casi con tambores:

-Mucho gusto, doctor, usted es una especie de testigo ocular -le dice uno de los redactores.

-Preparen una página a tres coles, con espacio para el retrato de la víctima -ordena el director. Dirigiéndose al doctor

Valencia-: Siéntese aquí mismo a la máquina y escriba el reportaje... ¡Y un millón de gracias! -concluyó, poniéndole la mano en el hombro.

-Insista usted en la cosa objetiva -le recomienda el redactor-, lo patético, sin alusión al hecho político.

Lo curioso era que el doctor José del C. Valencia no había tenido el placer de hablar. Y cuando aclaró que no venía del Chocó, flotó un enfriamiento abismal entre él y aquella poderosa maquinaria.

-Sin embargo, aquí les trago un artículo en que analizo el fenómeno, lo telúrico -tartamudeó el doctor Valencia.

El director, como si no se diese cuenta de que Valencia no se había ausentado, movía los ojos, torcía la boca, delante del montón de cuartillas que venían a dejarle sumisamente los periodistas.

Bien, el amanecer se precipitó sobre el periódico: el artículo no apareció. El doctor José del C. Valencia saboreó una agria melancolía, al sentir agitarse en su memoria el sendero de su propia existencia, los mojones carcomidos de lo que había sido y hecho él: en vez de florecer como lo deseó ardientemente al principio, entre el fuego de optimismo juvenil, «he venido a parar en la entrega incesante al servilismo, en pos de una piltrafa... ¿Qué más, sino piltrafas, suele desperdigar la oligarquía, a quienes le servimos?... ¡Ah, cuando Gaitán quiso zafarse de sus garras, la oligarquía entera preparó y consumó su asesinato!...»

En eso Luis Aníbal vino a invitarlo a una reunión urgente.

A través de ella se podría ir lejísimos, cuando uno sabía manejar la selva. En su seno se pueden hacer muchas cosas, cuando uno sabe domeñar la selva.

El aguacero venteado se destapó de nuevo, con truenos y relámpagos.

Caimacán no tenía idea de qué horas serían. En la espesura, quizá la oscuridad había cerrado más rápido el horizonte... Caimacán creyó oír algo que lo puso en contacto con el pueblo, y paró las orejas. Sí, las campanas. las de San Pablo Adentro y no las de Istmina. «Lo más prudente es internarme más y más... Y no ir a equivocarme, que en vez de penetrar no arriesgue a devolverme»... Era cierto que las campanas suelen escucharse cerca, cuando en verdad están repicando a distancia... Caimacán había querido ese pueblo con el corazón; él había padecido en carne y hueso el dolor de esa gente, explotada y humillada a lo largo de los siglos. Allí había quedado su hermana Rosario. ¡Quién sabe qué iría a ser de ella!... Sobre el puente, el cadáver de su hermano... ¡Qué digo!... Juancho es un hombre que en la memoria de la lucha permanecerá cálido, porque creyó en la libertad... En el cementerio, allá sobre la loma que bordea la carretera, estaban enterrados sus padres. Al menos, éstos murieron de muerte natural, un consuelo al pensar en decenas de miles de campesinos, hoy asesinados a bala, y que se quedaron insepultos o rodaron con los ríos... O aquéllos, chamuscados, revueltos inocentemente, mujeres y niños, hombres, en Yacopí. «¡Ah, Colombia!...», podía uno exclamar ahora, el corazón en la mano y el rostro entre lágrimas... Pero no había de quedarse llorando, ni en silencio, ni mucho menos allí plantado... Sí, salir de la selva en dirección de la ciudad más próxima...

«¡Me coge la noche!»...

Caimacán quebró ramas tiernas, preparó cuatro pedazos de los más rectos, dejándoles un extremo, en forma de horqueta; encima de las horquetas ya clavadas verticalmente colocó cuatro atravesaños que cubrió de varillas de iraca... Y con hojas de iraca y otras hojas anchas techó ese albergue rústico. Debajo amontonó cuantas más hojas pudo.

Se sentó, acurrucado, ciñéndose las piernas con los brazos. Respiraba el perfume de las chamizas resinosas acabadas de quebrar, y el zumo de las hojas; respiraba el sudor de la tierra húmeda... La lluvia había cesado por completo, pero aquí en el Chocó nadie se atrevería a apostar que dentro de un cuarto de hora no se destaparía de nuevo el chaparrón. Caimacán sintió que algo le cosquilleaba discretamente desde la nuca a lo largo del canal de la espalda; quizá un grano de sudor grueso o una gota de lluvia; empero, una especie de punta férrea, finísima, se hincó en su carne. Caimacán se estremeció, y encorvándose metió la mano por entre la camisa y se arrancó las tenazas. Sin duda toreó por allí un hormiguero. «¡Me tragó mapera!»... «El colmo sería no tener una caja de fósforos en buen estado» -se dijo, introduciendo las manos en los bolsillos delanteros del pantalón: tentó en uno un pañuelo arrumasado, en el otro nada; además, palpó algo como un papel, ¡quién sabe qué diablos!... «Si no traigo fósforos, ¡me jodí!»... Caimacán extrajo trapo y papel, junto con cierto objeto, indiscutiblemente la caja de cerillas. El corazón quería salirsele por la boca, de lo contento. Dentro de la cajetita, a ciegas, tocó una masa pastosa y los palillos sin cabeza. Caimacán suspiró, un suspiro envuelto, de repente, en la evocación de una copla oída en Cértegui:

Qué desgracia la del pobre:

Con hambre y sin qué comé,

Tiene la madre muelta,

Y de palto la mujé;

Loj muchachito llorando:

«Papá yo quiero comé»,

Er comisario en la puerta:

«Señó: vengo por ujté»...

La primera vez que Caimacán advirtió la copla en una cantina, se rió a carcajada. «Me pareció inverosímil tanta calamidad acumulada por el ingenio implacable del pueblo... ¡Quién creyera!... Me parece que eso fuese inventado para mí...»

Aún María Gracia quedaba despedazada detrás de la noche. Caimacán evocó el último encuentro, en la playa:

«Era tarde, tardísimo... Ella se mordía, y me parece que lloraba en secreto.

«Dicen que a las doce en punto, a media noche, el agua se duerme -me decía.

«¡Vámonos!... ¡Vámonos ya!... -me urgía-... Es peligroso cuando el agua se duerme.

«Sólo en caso de una necesidad inaplazable, tal como cuando un hombre va a morir y pide de beber y no hay agua en la casa, entonces se permite despertarla... Se le dan unos golpes, llamándola: ¡Bárbara!... ¡Bárbara!... Porque el agua se

llama Bárbara... Pero es peligroso cuando el agua se duerme...
¡Vámonos!...»

Caimacán, aguijoneado por los insectos, se removía tratando en vano de conciliar el sueño. «Si esta noche logra rodar con suerte, mañana veré la manera de abrigarme mejor»... A su mente afluyó la visión del tiroteo, de Juan Sabino doblado... «Ah, el río Atrato, aun durante el día, semeja manso, cual una ciénaga, pero en el fondo el Atrato es soberbio... Caigo en la cuenta de que así hemos sido nosotros...»

Croa una rana, varias ranas, un concierto de ranas, a menos que no sea una culebra cazadora. De repente Caimacán paró las orejas, procurando no mover ni un pelo, permanecer como si estuviera encolado: un quejido, rugido o bramido, pasó raspándole el oído... No faltaba más sino que lo estuviese rondando un jaguar... Sin embargo, peor que un tigre sería una punta de tatabros. Honradamente, Caimacán sintió un escalofrío que no se lo desearía a nadie.

Con el alboroto de los pájaros, se despertó al día siguiente. ¿Qué horas serían?... Quizá las siete, diez de la mañana o la una de la tarde. El cuerpo molido, surcado de ronchas, sus músculos parecían no hallarse cabalmente al tanto de lo que les esperaba. Al ponerse en pie su cabeza casi tocó la techumbre del rancho. Oyó nítido el rumor de la corriente, un agua precipitándose entre rocas. Por un barranco arenoso subió. Lejos sorprendió los copos de agua yéndose a perder en un abismo enmarañado. Se hubiera creído en la cresta que domina un valle... Lejos, contra el horizonte se erguían unos cerros que antes él hubiera observado con la mayor naturalidad. Paisaje familiar. Pero los cerros eran cerros y desde donde se les mirare, serían impasibles, inalcanzables... Caimacán se sentó. A ratos creía descubrir en el flanco de los cerros altares de

piedra esculpidos. A ratos, una recua de ganado, pastando allá en aquella pradera verde, distante como el azul del cielo. O veía cascadas, o graderías conducentes a templos que deberían estar repletos de oro y platino -eso decía la gente.

Caimacán se pasó la mano por la cabeza. Tenía hambre. Quizás toparía por allí una que otra fruta. Se paró, dio los dos o tres primeros pasos, inconsciente. No quería pensar en que estaba perdido en la selva. No... Perdido, ¡no!... Avanzó en dirección de la cascada, mordiendo una ruta virgen, escarpada. Tenía de agarrarse de los bejucos y del tronco de los árboles para no resbalar. Miró hacia atrás: cerros y cascada habían desaparecido. Quiso devolverse para alimentar su esperanza: no perder esos cerros que se veían desde de todas las cumbres de nuestro terruño; esa agua que iba a parar a una fuente, y esa fuente que iría forzosamente a desembocar en otra más grande, y ésta a un río, no podía él perderlos. «Si muero aquí, pues morirme con mis ojos y mis brazos abiertos hacia la vida, hacia la casa de mis amigos, hacia la orilla del Tamaná donde se nutre de dolor mi hijo... Porque mi hijo tendrá que ser un macho como su padre...». En eso la tierra se movió bajo sus plantas. Caimacán se aferró con toda su alma al árbol, un algarrobo nudoso, preñado de su fruto exquisito. «Si me resbalo me acabé». Hizo un esfuerzo violento y se cimentó... Voz fiel, el agua murmuraba. No sabía dónde exactamente, pero murmuraba. La certeza de ese rumor le renovó el aliento. «De todas maneras yo conozco la gente de estos contornos». Y tuvo la sensación de no ser ésta la primera vez en que se hallaba en semejantes parajes. Divisó una palma enana agobiada de táparos... Bueno, encontró qué comer, por el instante. Caimacán desenterró dos piedras grandes para quebrar los táparos. Una salamanqueja se deslizó por entre la hojarasca. «No se podía quedar allí»... Caimacán comenzó a adquirir la conciencia profunda de que ahora, ahorita mismo, comenzaba a

vivir una nueva vida... Vida que tenía que ver no ya con un bocado de pan para él y su familia, no ya para ayudar a unos cuantos amigos, sino una vida incrustada en el martirio de nuestro país íntegro... Sí, señor, comenzaría para él un nuevo aprendizaje también:

«Al fin y al cabo yo cometí un error haciéndole caso a los provocadores. Aquí lo estoy pagando. Pero, ¿cómo diablos no sulfurarse?... Y quién sabe cuánta más gente habrá caído, estará cayendo, estará siendo detenida para pudrirse en la cárcel por mi culpa. Ser revolucionario no es apenas ser un hombre de cojones. Hay que poseer una cabeza que sepa por dónde va el agua al molino. El que ignorante peca, ignorante se condena: eso me pasa a mí, digo, me pasó y no me volverá a pasar... Pero cuando yo salga de aquí, será otra cosa...»

Caimacán emprendió de nuevo la ruta en pos del murmullo del agua. No marchaba directo, es verdad, a ninguna parte. Pero no quería aceptar, ni vagamente, el hecho de que se encontrase perdido... La palabra perdido le caía encima como un machetazo en el cogote... Alrededor de un árbol, en la maleza, vio temblar unas cuantas orquídeas. Continuó su marcha, sin querer comprender que seguía andando hacia el infinito, hacia un infierno, hacia su propia tumba, quizá...

En eso paró las orejas, casi asustado:

Le llegó al corazón un tañido de campanas. ¿Un mero parecer? «Me estarán buscando»... Ahora, las campanas querían hablar, pero el soplo del viento por entre el ramaje, el ruido del agua le impedían captar el significado total de ese lenguaje. Puso tensas las antenas de su ser. Oyó una tambora:

-«¡Viva el Alto!... ¡Son ellos!»...

Glosario

ala vocablo que especialmente se emplea para llamar la atención de alguien durante la conversación.

banca camino.

Banco de sabana sector de llanura extensa, en los Llanos

Orientales de Colombia.

barco de paquete barco de turismo.

barrer manera de pescar, valiéndose de una manta o paño cualquiera, en lugar de red. bocachico pez.

bocadillos veleños bocadillos fabricados en Vélez (Santander).

cacho herramienta de madera que emplean los mineros para remover la tierra y recoger ésta para echarla en la batea. calamaco tela de color, a cuadros. cangrejera ojo de agua, manantial. capacho paquete.

carajada asunto o problema enojoso, desagradable. cargamanta planta comestible.

citolegia texto elemental de enseñanza primaria en Colombia.

chamón ave trepadora americana. chanfaina empleo, puesto donde se puede ganar algo. chanó árbol de madera resistente, cuyo fruto es una especie de nuez de la cual se come lo exterior, muy agradable. charranguear registrar un instrumento de cuerda (guitarra, tiple).

chata muchacha.

chorlera escopeta de corto alcance, como quien dice para matar chorlas, pajaritos. chupa adulador.

chuzo pequeña tienda de víveres.

col, coles abreviatura de columna (de periódico).

colino plantación de plátanos.

culebra cuenta, deuda.

culillo miedo.

desembolatar lograrse solucionar.

embil candil empleado en el campo, hecho de una mezcla de brea y carbón.

empuntar dirigirse sin tregua a un punto.

encoñar hombre o mujer que se somete servilmente a la voluntad del amante.

enenantico antes, antecitos.

en ejtico en esto, inmediatamente.

equillón aumentativo de equis (la víbora).

galería rústica casa de mercado.

godo conservador, reaccionario.

gosque perro.

guacuco pez.

guachupé pez.

guatín animal roedor.

iraca palma colombiana.

jagüero mate donde se suele depositar la jagua.

jincharse emborracharse.

joder molestar, intranquilizar a alguien: me jodí me acabé, etcétera.

magre-e-culebra deformación de madre-de-culebra
reptil inofensivo.

mamar gallo burlarse de alguien.

mapera fiera legendaria.

Mata de monte bosque en los Llanos Orientales.

mecato golosina. momura lechuza.

número amante muy pasajera.

ñamal plantación de ñame.

ñame tubérculo parecido a la batata.

onces comer algo ligero entre el desayuno y el almuerzo
o entre el almuerzo y la comida.

paisa paisano; en Colombia se suele llamar así a los
oriundos del departamento de Antioquia.

palito cierto aguardiente.

paruma bayeta con que se cubren las mujeres, en el
campo, desde la cintura hasta poco más debajo de las rodillas.

pasata cuento corto, chiste.

patas m el diablo.

patilla (de la canoa) parte de la popa, donde se coloca el boga.

(los) pelaos deformación de pelados muchachos, niños.

pereque molestia, perturbación.

peso del día las horas de más calor

piedracielista piedra y cielo, corriente poética.

piquetear comida al aire libre.

plátano (subir los plátanos a la casa) ganar el pan.

quilato aquel alto.

rabo de gallo pañuelo grande, pintado. remar chocar contra algo.

sabe sabe cierto sabor desagradable, indefinible.

santaferero (chocolate santaferero) así como se acostumbra en Santa Fé, nombre antiguo de Bogotá; el chocolate santaferero es un refrigerio copioso, especial de Bogotá.

sobijeo se refiere al ruido de la escoba, al barrer.

sobrebarriga corte de carne.

tinto café negro.

tulpa trozo de madera.

velarse velación, ceremonia del matrimonio.

verijera cuerda que se pone alrededor de la verija para sujetar cualquier prenda de ropa, especialmente la pampañilla.

zancuro zancudo (mosquito de trompetilla, muy largo de zancas).

{1} [http:// revis taliterariaazularte. blogspot. com/2007/06/arnoldo-palacios- origen-de-un-escritor.html](http://revis.taliterariaazularte.blogspot.com/2007/06/arnoldo-palacios-origen-de-un-escritor.html).

{2} Biblioteca Nacional de Colombia. Fondo Germán y Gabriela Arciniegas, No. 453.

{3} Liberales «genuinos», «auténticos», solían apellidarse los del grupo más bien derechista de la región.

{4} No se trata de Camilo Torres, sino, en realidad, la frase célebre fue de José Acevedo y Gómez, el 20 de julio de 1810.

La selva y la lluvia

Primera edición: Progreso, Moscú, 1958

© 2010, ARNOLDO PALACIOS MOSQUERA

© 2010, INTERMEDIO EDITORES LTDA.

EDICIÓN

Leonardo A. Archila R.

DIAGRAMACIÓN

Rafael Rueda Ávila

DISEÑO DE CARÁTULA

Diego Martínez Celis

FOTOGRAFÍAS DE CARÁTULA

Fondo Jorge Eliécer Gaitán, Archivo Central,

Universidad Nacional de Colombia

Thinkstock

INTERMEDIO EDITORES LTDA.

AV. Jiménez N° 6A-29

Bogotá, D.C.

Primera edición, septiembre de 2010

ISBN: 978-958-757-316-9

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

ePub x Hipertexto Ltda. / www.hipertexto.com.co

Arnoldo Palacios Mosquera (Cértegui, Chocó, 1924) es una de las voces más importantes de la narrativa colombiana. Desde muy joven vive en Francia. Ha publicado *Las estrellas son negras* (1949, reeditada por Intermedio en 2008), *Les mamelles du Chocó* (1989), *Buscando mi madre* (2009) y su obra ha sido traducida al francés y al italiano. En 1958 publicó por primera vez *La selva y la lluvia* en la Unión

Soviética, pero esa edición nunca llegó al país. Por eso, esta publicación es todo un rescate literario, medio siglo después